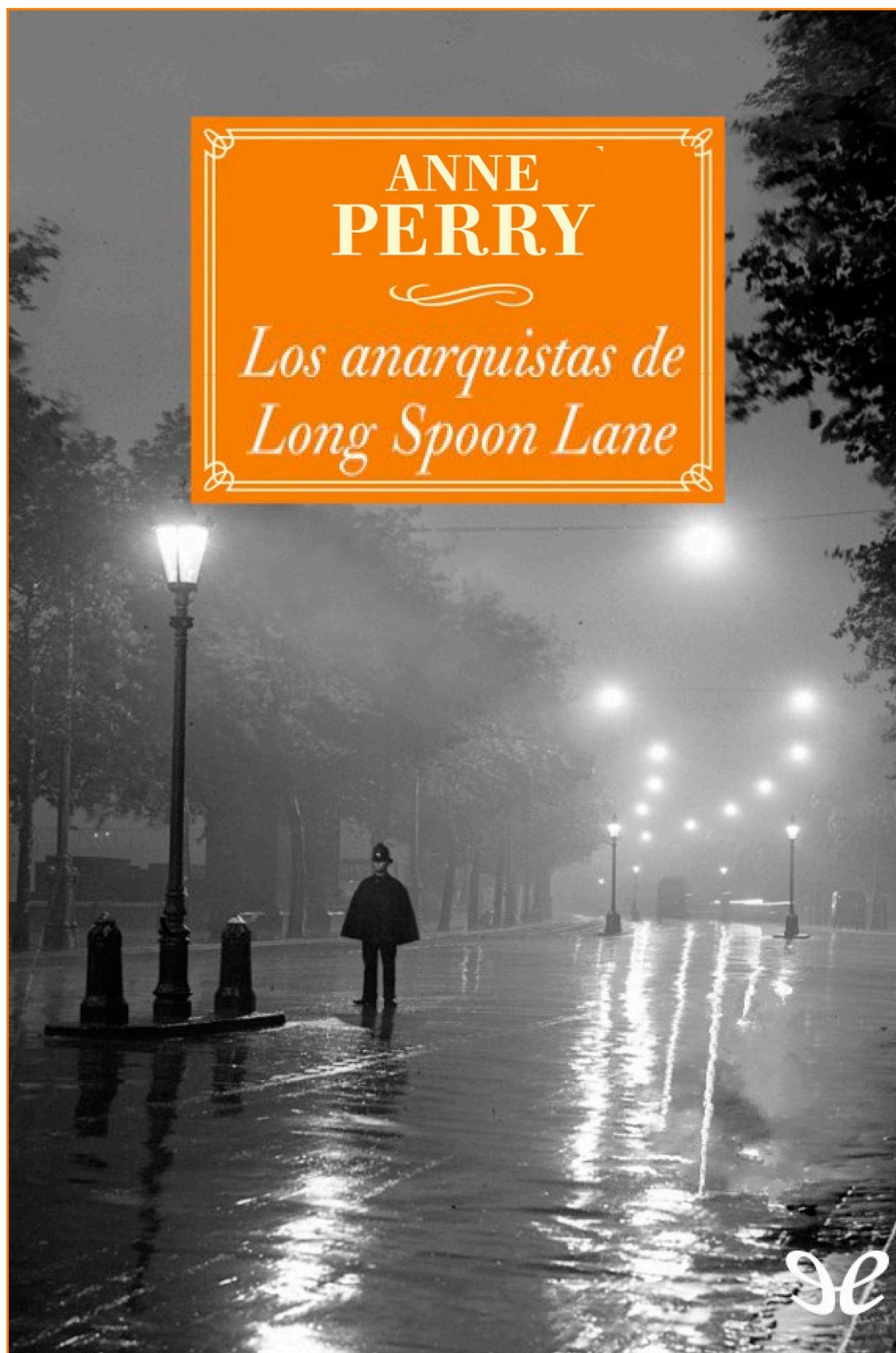


ANNE  
PERRY

*Los anarquistas de  
Long Spoon Lane*



de

Thomas Pitt se enfrenta a un difícil caso que ensucia a la misma policía. Un atentado anarquista descubre, en un barrio marginal de Londres, en este siglo XIX, un submundo de poder y violencia, de chantaje y corrupción. Una nueva entrega de Anne Perry, en la que aquella Inglaterra victoriana y la ciudad de Londres en particular quedan reflejadas en todos sus claroscuros.



Anne Perry

# Los anarquistas de Long Spoon Lane

ePub r1.1

Titivillus 25.07.2017

Título original: *Long Spoon Lane*  
Anne Perry, 2005  
Traducción: Margarita Cavándoli Menéndez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de epublibre.org. Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste



*En recuerdo de mi madre, H. Marion Perry, con gratitud.  
30 de enero de 1912 - 19 de enero de 2004*

El coche de punto de dos ruedas se sacudió al doblar en la esquina y arrojó a Pitt hacia delante, por lo que casi apoyó el pecho en los muslos. Narraway dejó escapar una maldición, con el oscuro rostro demudado por la tensión. Pitt recuperó el equilibrio a medida que cogieron velocidad rumbo a Aldgate y Whitechapel Street. Los cascos del caballo golpetearon los adoquines y ante ellos el tráfico se apartó del medio con toda rapidez. Afortunadamente, a esa hora temprana era escaso: unos pocos carros de vendedores ambulantes, cargados de frutas y verduras; la narria del cervecero, carros de mercancías y un ómnibus tirado por un caballo.

—¡A la derecha! —gritó Narraway al cochero—. ¡Por Commercial Road! ¡Es más rápido!

El cochero obedeció sin replicar. Eran las seis menos cuarto de una mañana de estío y los trabajadores, los buhoneros, los tenderos y los criados domésticos ya estaban en pie. ¡Que el cielo los ayudase, tenían que llegar a Myrdle Street antes de las seis!

Pitt tuvo la sensación de que el corazón estaba a punto de salirse del pecho. La llamada se había producido hacía poco más de media hora, pero parecía que había transcurrido una eternidad. Los timbrazos del teléfono lo despertaron y bajó corriendo, cubierto con la camisa de noche. La voz de Narraway sonó entrecortada y jadeante al otro extremo del teléfono: «He enviado un cabriolé a buscarlo. Reúnase conmigo en Cornhill, del lado norte, a las puertas del Royal Exchange. Venga inmediatamente. Los anarquistas se proponen colocar una bomba en una casa de Myrdle Street». Colgó sin esperar respuesta; Pitt tuvo que subir la escalera y avisar a Charlotte antes de vestirse. Su esposa bajó deprisa y le sirvió un vaso de leche y una rebanada de pan, pero no tuvo tiempo de preparar el té.

Impaciente, permaneció cinco minutos en la acera, a las puertas del Royal Exchange, hasta que el coche de punto con Narraway hizo acto de presencia y se detuvo. El látigo largo del cochero restalló y azuzó al caballo incluso antes de que Pitt tuviera tiempo de instalarse en el asiento.

En aquel momento corrían hacia Myrdle Street y aún no tenía una idea clara de qué ocurría, salvo que la información procedía de las propias fuentes de Narraway en las lindes del agitado mundo del hampa del East End: ámbito de atracadores, timadores, estafadores, salteadores de camino y ladrones de toda calaña que se alimentaban del río.

—¿Por qué ha de ser en Myrdle Street? —inquirió a gritos—. ¿Quiénes son?

—Podría ser cualquiera —respondió Narraway sin apartar la mirada de la calle.

En principio, la Brigada Especial se había creado para hacer frente a las actividades de los fenianos en Londres, pero por aquel entonces se enfrentaba a todo

tipo de amenazas a la seguridad nacional. Precisamente en esa fecha, principios de verano de 1893, el peligro que más inquietaba a la mayoría de las personas era el de los terroristas anarquistas. Se habían producido varios incidentes en París, y Londres había sufrido media docena de explosiones de diversa consideración.

Narraway no sabía si la última amenaza procedía de los irlandeses, que seguían empeñados en alcanzar la autonomía o simplemente de revolucionarios deseosos de derrocar el gobierno, la monarquía o la ley y el orden en general.

En la esquina giraron a la izquierda, subieron por Myrdle Street, cruzaron la calle y se detuvieron. Poco más adelante los policías se ocupaban de despertar a la gente y la hacían salir rápidamente de sus casas. No había tiempo de buscar pertenencias particularmente apreciadas, ni siquiera de coger algo más que un abrigo o un chal para protegerse del fresco aire matinal.

Pitt vio que un agente de alrededor de veinte años no dejaba de meter prisa a una anciana. El pelo blanco le colgaba en mechones ralos por encima de los hombros y apoyaba los pies artríticos en los adoquines. Pitt estuvo a punto de atragantarse de furia contra los responsables de aquel peligro.

Un chiquillo cruzó la calle y parpadeó desconcertado, arrastrando un cachorro de perro callejero sujeto con un cordel.

Narraway se apeó del cabriolé y se acercó a grandes zancadas hacia el policía más cercano. Pitt le pisaba los talones. Con el rostro encendido de preocupación y contrariedad, el agente se volvió para pedirle que retrocediese.

—Señor, tiene que irse. —Señaló con el brazo—. Aléjese, señor. Han puesto una bomba en una de las...

—¡Lo sé! —precisó Narraway secamente—. Soy Victor Narraway, jefe de la Brigada Especial. ¿Ya se sabe dónde la han colocado?

El policía se cuadró a medias, con la diestra todavía en alto para impedir que la gente regresara a sus hogares en aquella mañana silenciosa y casi sin viento.

—No, señor —respondió—. Mejor dicho, no se sabe exactamente. Sospechamos que está en una de esas dos casas de allí.

El agente inclinó la cabeza hacia la otra acera. Las casas estrechas y de tres plantas estaban adosadas, con las puertas abiertas de par en par; los escalones de la entrada blanqueados por mujeres orgullosas y trabajadoras. Un gato salió tranquilamente de una de las viviendas, una niña le gritó con impaciencia y el minino echó a correr hacia ella.

—¿Ya han salido todos? —quiso saber Narraway.

—Sí, señor, al menos por lo que sabemos...

El resto de su respuesta quedó apagada por una explosión ensordecedora. Al principio fue como un chasquido seco, luego un rugido y finalmente un desgarrón y un desmoronamiento. Un trozo enorme de una de las casas voló por los aires y se partió. Los restos se desplomaron sobre la calle y encima de otros tejados; destrozaron las tejas de pizarra y derribaron chimeneas. El polvo y las llamas

dominaban el ambiente. La gente chilló frenéticamente. Alguien gritó.

El agente de policía también gritó, con la boca muy abierta, pero sus palabras se perdieron en medio del estrépito. Sacudió el cuerpo de manera extraña, como si las piernas no le respondieran. Se inclinó y agitó los brazos mientras, horrorizada, la gente no se movía de donde estaba.

Otra explosión resonó en el interior de la segunda casa. Las paredes temblaron y parecieron desplomarse sobre sí mismas, al tiempo que los ladrillos y el yeso salían despedidos hacia el exterior. Hubo más llamaradas y una columna de humo negro.

De pronto, la gente echó a correr. Los piños sollozaron, alguien maldijo a voz en cuello y varios perros ladraron con frenesí. Un anciano juró contra todo lo que se le ocurrió y se repitió una y otra vez.

Narraway había palidecido y sus ojos negros semejaban orificios en la cabeza. No habían tenido la esperanza de evitar el estallido de las bombas, pero era una dolorosa derrota ver semejantes destrozos en la acera de enfrente y personas aterrorizadas y desconcertadas que se movían dando tumbos. Las llamas llegaron a los listones y a las vigas secas y comenzaron a propagarse.

Llegó un coche de bomberos, con los caballos cubiertos de sudor y los ojos en blanco. Los efectivos se apearon de un salto y comenzaron a desenrollar las voluminosas mangueras de lona, pero la suya era una tarea condenada al fracaso.

Pitt experimentó una pasmosa sensación de desilusión. La Brigada Especial se había creado, precisamente, para evitar esa clase de actos, pero habían cometido un atentado y no podía hacer nada que le reconfortara o fuera útil. Tampoco sabía si estallarían más bombas.

Otro agente se acercó corriendo por la calle, agitó los brazos desafortadamente y el casco se ladeó sobre su cabeza.

—¡Por el otro lado! —exclamó—. Se escapan por el otro lado.

Pitt tardó unos segundos en entender lo que el policía decía.

Narraway se dio cuenta en el acto, giró sobre los talones y echó a andar hacia el coche de dos ruedas.

Pitt se sintió impelido a actuar y alcanzó a Narraway en el momento en el que éste subía al coche y ordenaba al conductor que regresara a Fordham Street y girara al este.

El hombre obedeció en el acto, agitó el largo látigo por encima de las ancas del caballo y lo azuzó. Torcieron a la izquierda, cruzaron Essex Street casi sin aminorar el paso y vislumbraron otro coche de dos ruedas, que desapareció hacia el norte por New Road, en dirección a Whitechapel.

—¡Tras ellos! —ordenó Narraway.

No hizo caso del restante tráfico matinal, compuesto de carros y carretas de reparto, que se apartaron y se apiñaron.

No había habido tiempo de plantearse quiénes habían colocado las bombas pero, cuando torcieron por Whitechapel Road y pasaron frente al hospital de Londres, Pitt



reflexionó sobre la cuestión. Hasta entonces las amenazas anarquistas habían sido desorganizadas y no habían planteado exigencias concretas. Londres era la capital de un imperio que abarcaba prácticamente todos los continentes de la tierra, así como las islas que había entre ellos, y también el puerto más grande del mundo. Constantemente llegaban gentes de todas las nacionalidades; en concreto en los últimos tiempos, habían arribado inmigrantes de Letonia, Lituania, Polonia y Rusia deseosos de escapar del poder del zar. Otros, que procedían de España, Italia y, sobre todo, Francia, se trasladaron con intenciones más volcadas hacia el socialismo.

Pitt vio que, a su lado, Narraway estiraba el cuello y mantenía rígido su delgado cuerpo. Miró hacia un lado y luego hacia el otro en su intento de localizar el coche de dos ruedas. Whitechapel se había convertido en Mile End Road. Pasaron frente al inmenso bloque de la cervecería Charrington, que se alzaba a la izquierda.

—¡No tiene el menor sentido! —declaró Narraway apretando los dientes.

El cabriolé que iba delante giró a la izquierda por Peters Street. Apenas había recuperado el equilibrio cuando se esfumó hacia la derecha por Willow Place y después por Long Spoon Lane. El cabriolé de Pitt y Narraway se pasó de largo y tuvo que girar y volver atrás. Para entonces otros dos cabrioles se detuvieron y varios policías descendieron de ellos; el que estaban persiguiendo desapareció.

Long Spoon Lane era una calle estrecha y adoquinada. Las grises casas de vecindad tenían tres plantas y estaban mugrientas y manchadas por el humo y la humedad de varias generaciones. El aire olía a podredumbre y a aguas residuales.

Pitt miró a un lado y a otro, al este y al oeste. Vio varios portales clausurados con tablas. Con los brazos en jarras, una mujer corpulenta bloqueaba la entrada de una casa y observaba con cara de pocos amigos la alteración de su rutina. Al oeste se cerró una puerta y cuando dos agentes la golpearon con los hombros no cedió. Volvieron a intentarlo varias veces, pero no hubo suerte.

—Deben de haber puesto una barricada —comentó Narraway con gran seriedad—. ¡Atrás! —ordenó a los policías.

Pitt sintió un escalofrío. Seguramente Narraway temía que los anarquistas estuviesen armados. Era absurdo. Dos horas antes estaba en la cama, medio dormido, junto a Charlotte; su cabellera, que atravesaba la almohada, parecía un río oscuro. El sol de primera hora había formado una línea brillante que se colaba entre las cortinas; fuera, en los árboles, piaban los afanosos gorriones. Y en aquel momento temblaba mientras observaba la horrible pared de una casa de vecindad en la que se ocultaban los desesperados jóvenes que habían echado abajo una hilera de viviendas.

En la calle había doce agentes; Narraway había asumido el mando, hasta entonces ostentado por un sargento. Envío a algunos efectivos a otros callejones. Con frío pesar, Pitt comprobó que éstos portaban armas. Llegó a la conclusión de que no había otra opción. La colocación de bombas era un delito de gran violencia y poco corriente. No habría tregua para quienes lo habían cometido.

La calle se encontraba extrañamente tranquila. Con los faldones aleteantes, el

rostro tenso y la boca convertida en una delgada línea, Narraway volvió tras dar instrucciones a sus efectivos.

—Pitt, no se quede quieto como una condenada farola. Al fin y al cabo, es hijo de un guarda de caza... ¡no me dirá que no sabe disparar! —Con los nudillos blancos, levantó un fusil y se lo entregó.

Pitt estaba a punto de replicar que los guardas de caza no disparan a la gente, pero se dio cuenta de que no sólo era una impertinencia, sino una falsedad. Más de un cazador furtivo había acabado con el trasero lleno de postas zorreras. Cogió el arma a regañadientes y, por último, las municiones.

Retrocedió hasta el lado más alejado de la calle. Sonrió con cierta ironía cuando vio que se había colocado tras la única farola que había. Narraway se mantuvo al amparo de los edificios de la acera de enfrente, caminó rápidamente a lo largo de la estrecha acera y ordenó a los policías que se pusieran a cubierto como él. Con excepción de sus pisadas no se oía sonido alguno. Habían retirado caballos y coches para que no corriesen peligro. Todos los que vivían en esa calle se habían refugiado en el interior de sus casas.

Los minutos se hicieron eternos. No hubo el menor movimiento. Pitt se preguntó si tenían la certeza de que los anarquistas se encontraban allí y, automáticamente, echó un vistazo a los tejados. Eran escarpados, demasiado abruptos como para que hubiera un asidero, y no se veían buhardillas ni tragaluces a través de los que salir.

Narraway se acercaba. Al reparar en la mirada de Pitt, una llamarada de humor iluminó fugazmente su rostro.

—Se lo agradezco, pero no lo haré —aseguró secamente—. Si decido enviar a alguien a los tejados no será a usted. Tropezaría con los faldones. Antes de que me lo pregunte, le diré que sí, que he enviado efectivos a la parte de atrás y a ambos extremos. —Con gran cuidado se situó entre Pitt y la pared. Pitt sonrió. Narraway dejó escapar una especie de gruñido y acotó con acritud—: No pienso esperar todo el día. He pedido a Stamper que vaya a buscar unos carros viejos, algo lo bastante sólido como para absorber un puñado de balas. Los volcaremos para refugiarnos detrás y luego entraremos.

Pitt asintió y lamentó no conocer mejor a Narraway. Todavía no confiaba en él tanto como lo había hecho en Micah Drummond o en John Cornwallis cuando él sólo era un simple policía de Bow Street. Los respetaba y comprendía sus obligaciones. También había sido profundamente consciente de su humanidad y de sus debilidades, así como de sus aptitudes.

Pitt jamás se había propuesto formar parte de la Brigada Especial. El éxito que había tenido contra la poderosa sociedad secreta conocida como el Círculo Interior había originado su aparente desgracia, ya que le había costado el cargo en la Metropolitana. Por su propia seguridad y para darle algún tipo de trabajo, le habían asignado un puesto en la Brigada Especial y trabajaba para Victor Narraway. En Bow Street, Harold Wetron, miembro del Círculo Interior y por entonces jefe de la

sociedad secreta, había desbancado a Pitt.

Éste se sentía inseguro y con demasiada frecuencia metía la pata. Con sus secretos, su tortuosidad y sus motivaciones medio políticas, la Brigada Especial exigía ciertas habilidades que apenas había empezado a asimilar; además todavía carecía de parámetros para evaluar a Narraway.

También era consciente de que, de haber seguido ascendiendo en Bow Street, no habría tardado en perder su conexión con la realidad del crimen. Su compasión por el dolor que causaba habría disminuido. Todo se habría vuelto de segunda mano, particularmente su capacidad de influir en las decisiones.

Su situación actual era mejor, aunque supusiera permanecer en una calle fría junto a Narraway, a la espera de tomar por asalto una fortaleza anarquista. El momento de la detención jamás era sencillo ni agradable, ya que el delito suponía una tragedia para otro ser humano.

Pitt notó que tenía hambre aunque, por encima de todo, le habría apetecido beber una taza de té caliente. Tenía la boca seca y estaba harto de permanecer en el mismo sitio. A pesar de que era verano, a la sombra la mañana aún era fría. El empedrado seguía mojado por el rocío de la noche. Todavía no se había acostumbrado al olor rancio de la madera húmeda y las alcantarillas.

En los adoquines del otro extremo de la calle se oyó un ruido sordo y apareció un carro viejo, tirado por un caballo de pelaje grueso. Al llegar a la mitad, el carretero se apeó de un salto. Desaparejó al animal y dejó que se marchara al trote. Segundos después apareció otro carro parecido y se detuvo detrás. Ambos vehículos estaban ladeados.

—Correcto —musitó Narraway y se irguió.

Estaba muy serio. Gracias a la suave pero penetrante luz, cada pequeña arruga de su rostro era visible. Daba la sensación de que todas las pasiones que había experimentado a lo largo de la vida habían dejado su huella en él, si bien la impresión dominante que transmitía era de inquebrantable fuerza.

A lo largo de la calle se habían desplegado seis policías, la mayoría de los cuales parecían armados. Otros se habían situado en la parte trasera de los edificios y en los extremos de la calle.

Tres agentes avanzaron con un ariete para abrir la puerta por la fuerza. En ese momento se hizo añicos el cristal de una ventana de las plantas superiores y todos permanecieron inmóviles. Un segundo después sonaron disparos y las balas rebotaron en las paredes a la altura del hombro y por encima. Nadie resultó herido.

La policía respondió a los disparos y estallaron los cristales de otras dos ventanas.

A lo lejos, un perro ladró con furia; se oía el ruido sordo del tráfico pesado que discurría por Mile End Road, a una calle de distancia.

Los disparos se reanudaron.

Pitt era reacio a participar. Pese a todos los delitos que había investigado a lo largo de sus años en el cuerpo de policía, lo cierto es que jamás había tenido que

disparar a un ser humano y la idea le producía un frío dolor.

En ese momento, Narraway corrió hasta donde se encontraban dos hombres, agazapados detrás de los carros; una bala se empotró en la pared, justo por encima de la cabeza de Pitt. Sin pararse a pensar, éste levantó el arma y disparó hacia la ventana de la que había salido la bala.

Los hombres que portaban el ariete habían llegado al extremo de la calle, por lo que quedaban fuera de la línea de fuego. Cada vez que una sombra se movía tras los restos del cristal de las ventanas, Pitt disparaba y se apresuraba a recargar su arma. Aunque detestaba disparar a personas, descubrió que sus manos estaban firmes y que lo dominaba una suerte de regocijo.

Calle arriba repiquetearon más disparos.

Narraway observó a Pitt, le lanzó una mirada de advertencia y recorrió el empedrado hasta donde se encontraban los hombres con el ariete. De una ventana de la planta superior salió otra lluvia de disparos que chocaron contra las paredes y rebotaron o se hundieron en la madera de los carros.

Pitt volvió a disparar y apuntó en otra dirección. Se trataba de otra ventana, desde la cual hasta entonces nadie había disparado. Vio el cristal roto, iluminado por el reflejo de la luz del sol.

Los disparos procedían de diversos lugares: la casa, la calle y el extremo de la vía. Un policía se dobló y se desplomó.

Pitt volvió a disparar hacia arriba, primero contra una ventana y después contra otra, dondequiera que veía una sombra en movimiento o un fogonazo.

Nadie se acercó al herido. Pitt comprendió que no podían hacerlo porque quedarían al descubierto.

Un disparo alcanzó el metal de la farola que se alzaba a su lado y produjo un intenso chasquido que le aceleró el pulso y casi lo dejó sin aliento. Afirmó deliberadamente la mano para el siguiente disparo, que atravesó la ventana. Su puntería mejoraba. Abandonó la protección de la farola y se dispuso a cruzar la calle para acercarse al agente caído. Se encontraba a veinte metros. Un nuevo disparo pasó por su lado y chocó contra la pared. Pitt tropezó y se dejó caer muy cerca del policía. El empedrado estaba manchado de sangre. Reptó el último metro que lo separaba del herido.

—Quédese tranquilo —aconsejó en tono apremiante—. Lo pondré a salvo y luego le echaremos un vistazo.

No sabía si el agente lo oía. Su cara estaba de un color blanco pastoso y tenía los ojos cerrados. Parecía rondar los veinte años y tenía la boca ensangrentada.

Era imposible que Pitt lo trasladase, ya que no se atrevía a incorporarse; si lo hacía, se convertiría en un blanco perfecto. Hasta era posible que, de rebote, lo alcanzase una bala disparada por uno de los suyos, que volvían a abrir fuego con presteza. Se inclinó, cogió al agente por los hombros, retrocedió torpemente y lo arrastró por encima de los adoquines hasta que por fin quedaron al amparo de los

carros.

—Quédese tranquilo —repitió, aunque en realidad hablaba para sí mismo.

Comprobó sorprendido que el agente abría los ojos y esbozaba una débil sonrisa. Con sobresaltado alivio Pitt vio que la sangre de la boca manaba de un corte que tenía en la mejilla. Lo examinó rápidamente para averiguar dónde había sufrido heridas y taponarlas. Siguió hablando en tono suave y tranquilizador para ambos.

El agente había sufrido una herida en el hombro. Perdía bastante sangre, pero no era fatal. Probablemente al caer se había dado con la cabeza en los adoquines, lo que le había dejado sin sentido. De no haber llevado el casco habría podido ser peor.

Pitt hizo lo que pudo con una manga del uniforme, que le arrancó y colocó sobre el hombro sangrante. Cuando terminó, cuatro o cinco minutos después, ya se habían acercado otros agentes a ayudarlo. Les pidió que retirasen al herido y cogió su arma. Se agachó y corrió hasta los que portaban el ariete en el preciso momento en que cedía el marco de la puerta que, al abrirse, chocó estrepitosamente contra la pared.

Nada más entrar había una escalera estrecha. Los policías subieron a la carrera, Narraway les pisaba los talones y Pitt se pegó a su espalda.

Más arriba resonó un disparo y se oyeron voces crispadas y ruido de pisadas; hubo más disparos a lo lejos, probablemente en el fondo de la casa.

Pitt subió los peldaños de la escalera de dos en dos. Al llegar a la segunda planta encontró una amplia estancia que, probablemente, en su origen eran dos habitaciones. Narraway permanecía de pie en medio de la luz intensa que entraba por las ventanas rotas. En el otro extremo se abría la puerta de la escalera que descendía hacia el fondo de la casa. Había tres policías con las armas a punto y dos jóvenes que permanecían absolutamente inmóviles. Uno de ellos tenía el pelo oscuro y largo y la mirada enloquecida. Sin la sangre y la hinchazón en la cara habría sido apuesto. El otro era más delgado, algo demacrado, con el pelo de color dorado rojizo. Sus ojos eran de un azul verdoso casi exageradamente claro. Aunque parecían asustados, ambos intentaban mostrarse desafiantes. Dos policías los esposaron violentamente.

Narraway volvió la cabeza hacia la puerta, junto a la que se encontraba Pitt, y en silencio indicó a los policías que se llevasen a los detenidos.

Pitt se hizo a un lado para dejarlos pasar y recorrió la estancia con la mirada. Con excepción de un par de sillas y de un hato de mantas apiladas en el otro extremo no había nada más. Los cristales de todas las ventanas estaban rotos y las paredes, acribilladas a balazos. Era todo lo que esperaba ver, exceptuando la figura inmóvil tendida en el suelo, con la cabeza en dirección a la ventana del centro de la estancia. La tupida cabellera de color castaño oscuro del hombre caído estaba empapada en sangre.

Pitt se acercó y se arrodilló a su lado. Estaba muerto. En el suelo también había sangre. Lo habían matado de un único disparo. La bala había entrado por la nuca y salido por el rostro; su lado izquierdo estaba destrozado. El derecho indicaba que en vida había sido guapo. Su expresión manifestaba sorpresa.

Pitt había investigado muchos asesinatos, al fin y al cabo se trataba de su profesión, pero pocos habían sido tan sangrientos como éste. Lo único positivo de esa muerte era que debió de ser instantánea. Notó un retortijón en el estómago y tragó saliva para que la bilis no le subiese. Rezó porque el responsable de esa muerte no fuera uno de sus disparos.

Narraway habló con tono quedo a sus espaldas. Pitt no había oído sus pisadas.

—Registre sus bolsillos —propuso—. Tal vez tenga algo que nos permita saber de quién se trata.

Pitt apartó la mano del hombre. Era delgada, bien formada y en el anular llevaba una sortija de sello, un anillo caro, de excelente factura, seguramente de oro.

Pitt giró el anillo. Apenas tuvo que hacer esfuerzos para sacarlo del dedo. Lo estudió de cerca. El sello mostraba un escudo de familia y en el interior llevaba la firma del joyero.

Narraway extendió la mano con la palma hacia arriba. Pitt le entregó el anillo, volvió a agacharse ante el cadáver y registró los bolsillos de la chaqueta. Encontró un pañuelo, un puñado de monedas y una nota dirigida a un tal Magnus. El resto de la hoja no estaba, como si lo hubiesen utilizado para otro mensaje.

—«Querido Magnus» —leyó Pitt en voz alta.

Narraway estudiaba la sortija con los labios apretados. A la intensa luz de la mañana, su rostro estaba alterado y con signos de cansancio.

—Landsborough —musitó como para sí.

Pitt se sobresaltó.

—¿Lo conoce?

Narraway no lo miró.

—Lo he visto un par de veces. Se trata del hijo de lord Landsborough... de su único hijo.

La expresión de Narraway era indescifrable. Pitt no sabía si su intensidad significaba dolor, angustia ante los problemas que estaban por llegar o, lisa y llanamente, malestar por tener que dar la noticia a la familia.

—¿Es posible que lo tomaran como rehén? —inquirió Pitt.

—Tal vez —reconoció Narraway—. Hay algo que está claro: me parece imposible que la bala llegara de la ventana, lo alcanzara en la nuca y cayese así.

—Nadie lo ha movido —afirmó Pitt con seguridad—. Si lo hubieran hecho, habría sangre por todas partes. Con una herida de estas características...

—¡Puedo verlo con mis propios ojos! —La voz de Narraway se alteró, dominada por las emociones; quizá fuera compasión o puro rechazo físico—. Por supuesto que no lo han movido. ¿Por qué demonios iban a cambiarlo de sitio? Es evidente que le dispararon desde el interior de la estancia. Ahora se trata de averiguar por qué y quién. Tal vez está en lo cierto y lo tomaron como rehén. ¡Dios bendito, vaya lío! ¡Vamos, haga el favor de levantarse del suelo! Cuando llegue el forense veremos si nos dice algo más. Debemos interrogar a los otros dos antes de que la policía la

fastidie. Detesto tener que apelar a los agentes, pero no me queda otra solución. ¡Es lo que dicta la ley! —Dio media vuelta y franqueó la puerta—. ¡Venga, vámonos! ¡A ver qué han encontrado en la parte trasera!

El sargento apostado en la parte posterior se mostró desafiante, como si Narraway lo hubiera acusado de dejar escapar al asesino.

—Señor, no lo hemos visto. ¡Su hombre ha bajado la escalera sin dejar de gritar que persiguiésemos a alguien, pero no ha pasado nadie por nuestro lado! Por lo tanto, aún debe de seguir dentro.

—¿Ha dicho mi hombre? —inquirió Narraway en tono seco—. ¿A qué hombre se refiere?

—Señor, ¿cómo quiere que lo sepa? —preguntó el sargento—. ¡Bajó corriendo la escalera, sin dejar de gritar que detuviésemos a alguien, pero no había a quién detener!

—Hemos encontrado a dos anarquistas vivos y a uno muerto —dijo Narraway con gran seriedad—. En la habitación había cuatro, tal vez cinco individuos, lo que significa que al menos uno de ellos ha escapado.

El sargento mantuvo su expresión seria, con los ojos azules como piedras.

—Si usted lo dice, señor... Pero no ha pasado por nuestro lado. Quizá ha dado la vuelta en la planta baja y ha salido por la parte delantera mientras usted estaba arriba, ¿no le parece, señor? —El sargento se expresó con cierto deje de insolencia. A algunos policías no les gustaba que los destinasen a realizar las detenciones que correspondían a la Brigada Especial, pero como ésta no tenía competencias para hacerlo no había otra solución.

—¿Y si ha salido y ha entrado directamente por la parte trasera de otro de los edificios? —propuso Pitt rápidamente—. Será mejor que registremos todas las viviendas.

—Adelante —añadió Narraway secamente—. Miren en todas partes, en todas las habitaciones; bajo las camas, en el caso de que las haya; en los armarios, bajo los montones de basura o de ropa vieja y en los desvanes, aunque haya que entrar a gatas. Y no se olviden de las chimeneas.

Se volvió y caminó a lo largo del callejón, sin dejar de observar atentamente las demás casas, los tejados y las puertas. Pitt lo seguía pisándole los talones.

Un cuarto de hora después estaban de regreso en la entrada principal de Long Spoon Lane. La luz del día era fría y gris y el viento que soplaba por el callejón cortaba el aliento. No habían dado con ningún anarquista escondido. Ningún policía de la entrada reconoció haber visto a alguien, haberlo perseguido por el interior del edificio o haberlo visto salir. El sargento que montaba guardia en la parte trasera no cambió una coma de su explicación.

Pálido y furioso, Narraway no tuvo más remedio que aceptar que quienes habían estado en la casa en la que yacía muerto Magnus Landsborough habían escapado.

—¡Absolutamente nada! —replicó, desdeñoso, el joven de pelo oscuro.

Se encontraba en los calabozos de la comisaría, sentado en una silla de respaldo recto y con las manos todavía esposadas. La única luz procedía de una ventana pequeña y alta que había en la pared que daba al exterior. Sólo había dicho que se apellidaba Welling; ni una palabra más. Tanto Pitt como Narraway habían intentado extraerle información acerca de sus compañeros, objetivos o aliados, así como del lugar en el que habían conseguido la dinamita o el dinero para adquirirla.

El otro, un hombre de piel blanca y con el cabello de color dorado rojizo, respondió que se llamaba Carmody, pero también se negó a referirse a sus compañeros. Ocupaba otra celda y, hasta ese momento, estaba solo.

Narraway se apoyó en la pared de piedra encalada, con el rostro fruncido de cansancio.

—Seguir con el interrogatorio carece de sentido —declaró en tono llano, como si aceptase la derrota—. Irán a la tumba sin darnos un porqué. No conocen su objetivo o no lo tienen. Podría tratarse de violencia ciega y gratuita.

—¡Claro que lo conozco! —aseguró Welling con los dientes apretados.

Narraway lo miró y apenas manifestó interés.

—¿Habla en serio? Usted acabará bajo tierra y yo seguiré sin enterarme —prosiguió—. Que usted lo sepa o no, tiene muy poca importancia, ya que no quiere o no puede compartirlo con nosotros. La verdad es que se trata de una actitud bastante insólita en un anarquista. —Se encogió ligeramente de hombros—. La mayoría de los anarquistas luchan por algo y un gran gesto, como acabar en la horca, pierde su sentido si nadie sabe por qué van al patíbulo como las vacas al matadero.

Welling se quedó petrificado, abrió desmesuradamente los ojos y apenas movió el pecho al respirar.

—No pueden ahorcarme —dijo por fin y se le quebró la voz—. No ha muerto nadie. Un agente ha resultado herido, pero no podrá demostrar que fui yo quien le disparó porque no lo hice.

—Ah, ¿no ha sido usted? —preguntó Narraway con indiferencia, como si no lo supiera o la verdad no le interesara.

—¡Cabráon! —espetó Welling con desdén. De pronto su fachada de serenidad se derrumbó y lo dominó la cólera. Su rostro se cubrió de sudor y abrió excesivamente los ojos—. ¡Es usted como toda la policía... corrupto hasta la médula! —Le tembló la voz—. ¡Verá, le aseguro que no he sido yo! Pero a usted le da lo mismo, ¿no es así? ¡Le basta con tener a alguien a quien echarle las culpas y cualquiera sirve!

Durante unos instantes, Pitt apenas fue consciente de que Narraway había provocado la reacción de Welling, aunque enseguida se dio cuenta de qué había dicho el detenido acerca de la policía. Lo que le dolió no fue la acusación, sino la pasión de su tono de voz. El detenido estaba convencido de lo que decía hasta el punto de gritarlo a pesar de que podía costarle cualquier esperanza de misericordia.

Pitt se obligó a adoptar un tono sereno y a ocultar sus emociones.



—Hay una gran diferencia entre incompetencia y corrupción —puntualizó—. Desde luego que existe algún que otro mal policía, del mismo modo que hay malos médicos o malos... —Calló.

La expresión de desdén de Welling era tan intensa que distorsionó grotescamente sus facciones y las convirtió en una máscara blanca coronada por el pelo oscuro.

Narraway no intervino. Observó a Pitt y a Welling, a la espera de ver quién era el primero en tomar la palabra.

Pitt aspiró y exhaló aire lentamente. El silencio se volvió cortante.

—¡No me dirá que le importa! —exclamó Welling en tono acusador y sarcástico, como si Pitt no tuviese el honor o la inteligencia suficientes para ser capaz de preocuparse.

—Por lo visto, a usted tampoco —replicó Pitt y se obligó a sonreír.

No le resultó nada fácil. Durante toda su vida adulta había sido policía. Había dedicado tiempo y energía, trabajado días interminables y soportado el agotamiento para buscar justicia o, al menos, una mínima resolución de la tragedia y el crimen. Manchar tanto la honradez como los ideales de los hombres con los que trabajaba privaba de sentido a los veinticinco años de su pasado y a su fe en las fuerzas que defendían el futuro. Si la policía carecía de integridad, en vez de justicia proporcionaba venganza y no existía manera de protegerse de ella, salvo la violencia de los poderosos. Ésa era la verdadera anarquía. Y el joven presuntuoso que tenía delante perdería tanto como el que más. Sobreviviría para colocar bombas sólo gracias a que el resto de la sociedad acataba las leyes.

Pitt dejó que el desprecio alterase su voz cuando respondió:

—Si la policía fuese esencialmente corrupta, usted no estaría aquí ni le someteríamos a un interrogatorio. Simplemente lo habríamos abatido. Después habría resultado fácil inventar una excusa. ¡Habría bastado cualquier sencilla explicación! —Se percató del tono áspero de su voz y de que estaba a punto de estallar—. Está aquí y se enfrentará a un juicio precisamente porque nos encargamos de hacer cumplir las leyes que usted viola. Es usted el hipócrita y el corrupto. ¡No sólo nos miente a nosotros, sino a sí mismo!

La ira de Welling se desmandó.

—¡Seguro que serían capaces de dispararnos! —afirmó, se inclinó ligeramente, dobló el cuerpo y casi se atragantó con una carcajada perversa—. ¡Y probablemente lo harán, del mismo modo que abatieron a Magnus!

Pitt observó al detenido y, azorado y con creciente horror, se dio cuenta de que Welling estaba realmente asustado. Sus palabras no eran bravuconadas. Creía en lo que decía. Estaba convencido de que en comisaría lo asesinarían.

Se volvió para mirar a Narraway y durante unos segundos vio el mismo desconcierto, que no tardó en esfumarse. La expresión de Narraway recuperó su cólera impersonal. Enarcó las cejas y precisó con sumo cuidado:

—A Magnus Landsborough le dispararon por detrás. Se desplomó hacia delante,

con la cabeza en dirección a la ventana.

—No le dispararon desde fuera —insistió Welling—. Fue un miembro de la policía, que subió por la parte trasera. Como ya he dicho, la policía es tan corrupta como el mismo demonio.

—Ésa sí que es una acusación en toda regla, pero usted no nos da pruebas —terció Pitt—. Además, esa muerte sucedió posteriormente, por lo que no creo que el móvil sea el mismo que el de las bombas de Myrdle Street. Dicho sea de paso, ¿por qué eligieron Myrdle Street? ¿Qué le han hecho sus habitantes? ¿O acaso da igual de quién se trate?

—Claro que no tengo pruebas de corrupción —apostilló Welling con amargura y volvió a enderezar el cuerpo—. Las taparán, como han hecho con todo lo demás. Sabe perfectamente por qué Myrdle Street.

—¿Qué significa todo lo demás? —inquirió Narraway.

El jefe de la Brigada Especial permanecía de pie, apoyado en la pared y con su delgado cuerpo en tensión. No era corpulento. Su estatura era menor que la de Pitt y parecía mucho más ligero, aunque era fibroso.

Welling reflexionó antes de responder. Pareció sopesar los pros y los contras de hacer uso de la palabra. Cuando por fin habló, dio la impresión de estar dominado por la ira más que por la razón:

—Depende de dónde está y de quién es el implicado. Me refiero a los delitos por los que se pone a alguien entre rejas y aquellos que se pasan por alto... siempre y cuando se entregue un poco de dinero donde corresponde. —Paseó la mirada de uno a otro—. Si diriges un grupo de ladrones y entregas una parte de las ganancias a la comisaría local nadie te molesta. Si posees una tienda o un negocio en determinados lugares, no te roban. Si los tienes en otra parte te despluman.

La mirada de Welling era ardiente y colérica y su cuerpo estaba rígido. La acusación que acababa de lanzar era terrible y de sobrecogedoras repercusiones.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Narraway.

Con ello cortó de plano las preguntas que se acumulaban en la mente de Pitt, y que le resultaban demasiado dolorosas para expresarlas con facilidad.

—¿Quién me lo ha dicho? —espetó Welling—. Los pobres desgraciados que pagan, ¿quién me lo iba a decir? Ya sabía que no me creería. Como tiene intereses creados prefiere no creerme. Pregunte en Smithfield, en Clerkenwell Road y, hacia el sur, en Newgate o Holborn. Las callejuelas y los callejones están llenos de personas que le dirán lo mismo. No mencionaré sus nombres porque se verán obligadas a pagar el doble o de repente la policía encontrará mercancía robada en sus viviendas.

La expresión de Narraway reflejaba total incredulidad. Pitt no supo si era real o si se trataba de una máscara que se había puesto para provocar a Welling a fin de que siguiera hablando, revelase cuanto sabía y demostrara sus acusaciones.

Aunque es posible que se diera cuenta, Welling estaba demasiado contrariado para morderse la lengua:

—¡Vaya y pregunte a Birdie Waters, de Mile End Road! Vaya, qué pena, precisamente ahora está en la cárcel de Coldbath. Cumple condena por incautación. La única pega es que no sabía que tenía los objetos robados. En su casa aparecieron artículos de plata de un robo cometido en Belgravia. —Su voz resultó disonante a raíz de la ira—. Birdie no ha pisado Belgravia en su vida.

—¿Está diciendo que la policía la colocó en su casa? —Pitt interrumpió lo que fuese que Narraway pretendía decir.

—Sólo es un caso entre muchos —espetó Welling—. A la gente buena y decente la roban, la hieren, la asustan para que renuncie a su honor y a sus negocios y la policía se limita a mirar hacia donde más le conviene. —Se sentía tan impotente que estaba al borde de las lágrimas—. El gobierno quiere expulsarnos, destruirnos y tergiversarlo todo hasta que ya no quede nada por lo que luchar. Es necesario hacer tabla rasa y empezar de nuevo. —Sacudió enérgicamente la cabeza; tenía los músculos del cuello y de los hombros agarrotados—. Hay que acabar con todos, con los codiciosos, los mentirosos, los corruptos... —De pronto se detuvo y hundió el cuerpo como si el ánimo lo hubiese abandonado. Se volvió hacia otro lado—. Pero ustedes forman parte del gobierno... de la policía —añadió con desesperanza—. Todo lo que quieren, el dinero y el poder, son herramientas para mantener las cosas como están. Lo sepan o no, forman parte de ello. ¡No pueden darse el lujo de escapar! —Lanzó una carcajada aterradora—. ¿Adónde irían?

Welling mantuvo el mentón en alto y la mirada llameante, aunque sin esperar respuesta.

La mente de Pitt había adquirido una velocidad vertiginosa. Muchas de las calles que Welling había mencionado correspondían a la zona de Bow Street, vigilada por policías de su antigua comisaría, hombres con los que había trabajado y que habían estado bajo su mando. Ahora estaba a cargo del superintendente Wetron, que pertenecía a la Metropolitana... y al Círculo Interior. Pitt se negó a creer que las cosas hubiesen cambiado tanto y tan negativamente en poco más de un año. Sin duda el detenido se equivocaba.

Welling lo observaba con atención; ya había percibido la derrota de Pitt en su expresión. Dejó escapar una risilla nerviosa, como si quisiera impedir que su fragilidad quedara a la vista.

—Le cuesta creerlo, ¿verdad? —inquirió con tristeza.

—¿Por qué eligieron Myrdle Street? —repitió Pitt y retomó la pregunta que el detenido todavía no había contestado—. Allí sólo vive gente corriente.

El escarnio volvió a demudar la expresión de Welling.

—Policías... —pronunció esa única palabra y esbozó una mueca de contrariedad.

—¿Policías? —insistió Pitt.

—¡Como si no lo supiera!

—¡No lo sé! Pertenezco a la Brigada Especial.

Welling parpadeó.

—La casa del medio es la de Grover. ¡Es el hombre de Simbister! Me refiero a Cannon Street.

—¿Y eso merece una condena a muerte? —intervino Narraway en tono gélido.

Welling se mostró desafiante; su mirada estaba llena de odio.

—¡Claro que sí! ¡Si hubiera visto cómo avasallaba y humillaba a la gente... sí que la merece!

Narraway se enderezó y se apartó de la pared.

—Señor Welling, no puede ser juez, jurado y verdugo. Se arroga derechos que no le corresponden.

—¡Pues haga algo! —gritó Welling—. ¡Alguien tiene que actuar!

Narraway no le hizo caso y se dirigió a Pitt:

—Comunicaré a lord Landsborough la muerte de su hijo. Será necesario que identifique el cadáver. —Su voz sonó firme, aunque algo tensa—. Regrese a Long Spoon Lane y examínelo todo una vez más. Quiero saber quién asesinó a Magnus Landsborough y, si es posible, por qué. Da la sensación de que se trata de un acto gratuito. Aunque también pienso que, por definición, la anarquía es inútil.

—¡Ustedes lo han asesinado! —exclamó Welling. Las lágrimas caían por su pálido rostro—. Era nuestro jefe. ¿Cuándo entenderán que si abaten a uno de los nuestros otro se alzaría y ocupará su lugar? Ocurrirá una y otra vez, tantas como sea necesario. No pueden matarnos a todos. Porque, en ese caso, ¿quién trabajará? ¿A quiénes gobernarán? —Su voz temblaba con la pasión de la ironía—. El gobierno no existe a menos que haya alguien que corte la leña y lleve el agua, alguien que reciba las órdenes y las acate.

Narraway habló sin mirarlo:

—Me encantaría demostrar al señor Welling que uno de los suyos es responsable de la muerte de su cabecilla. No disparamos a las personas de las que es necesario deshacerse. Las ahorcamos.

Se dio la vuelta y abandonó el calabozo, dejando que Pitt decidiese si lo seguía o no.

Welling le miró con los ojos ardientes a causa de las lágrimas de impotencia.

Narraway tuvo que realizar diversas averiguaciones y ya era media tarde cuando subió los peldaños del Athenaeum, del 107 de Pall Mall, para hablar con lord Landsborough. Obviamente, era socio, ya que de lo contrario no lo habrían dejado entrar, aunque perteneciese a la Brigada Especial.

—Sí, señor —musitó serenamente el lacayo, cuyo tono de voz fue poco más que un susurro—. ¿Quiere que informe a su señoría de que está usted aquí?

—Quiero verlo en una estancia privada —precisó Narraway—. Lamentablemente traigo muy malas noticias para su señoría. Ocúpese de que en la mesa haya buen coñac y copas.

—Sí, señor. Lo lamento, señor.

El lacayo lo condujo por el pasillo hasta una estancia como la que había solicitado y se retiró. Dos minutos después, otro lacayo se presentó con una bandeja de plata en la que llevaba una botella de Napoleón y dos copas delicadamente talladas.

Narraway permaneció de pie en el centro de la alfombra de Aubusson e intentó organizar sus pensamientos. Se encontraba en el corazón del lugar más civilizado de Europa: un club para caballeros, donde en todo momento los modales eran impecables. Nadie elevaba el tono de voz. Allí podías sentarte y hablar de arte y filosofía, de deportes o de cualquier gobierno, de los confines del Imperio y de otros lugares, de la historia del mundo y siempre con un ingenio profundo y una inteligencia disciplinada.

Sin embargo, había acudido para comunicarle a un hombre que su hijo había sido asesinado durante un tiroteo con los anarquistas, a pocos kilómetros de distancia.

Pitt habría cumplido la misión con más eficacia. Al fin y al cabo, ya estaba acostumbrado. Tal vez incluso tendría un discurso preparado que daría, al menos, cierto tono solemne. Era padre. La imaginación pondría elocuencia a su compasión. Narraway sólo podía esforzarse por cumplir con su cometido. No tenía esposa, hijos, ni siquiera hermanos menores. El trabajo le había enseñado a sobrevivir en solitario, incluso más de lo que el destino le había exigido. Vivía en su mente, en su cerebro brillante, sutil e instintivo... y se preocupaba, pero nunca demasiado. Deliberadamente no tenía familia que pudiese chantajearlo.

Se abrió la puerta; Narraway se irguió rígidamente y aspiró profundamente. Lord Sheridan Landsborough entró y cerró sin hacer ruido. Era un hombre alto y un poco encorvado. Parecía haber superado los setenta años; la expresión de su rostro era irónica pero gentil; en su juventud debió de ser apuesto y todavía emanaba un encanto y una inteligencia excepcionales.

—¿Señor Narraway? —preguntó cortésmente.

Narrawayladeó la cabeza e hizo una ligera inclinación de reconocimiento.

—Milord, ¿no le gustaría tomar asiento?

—¡Mi estimado amigo, no soy tan frágil! ¿O acaso las noticias que lo traen por aquí son tan terribles? —Una sombra oscureció su mirada. Narraway notó que le subían los colores a la cara. Landsborough se dio cuenta—. Lo siento muchísimo —se disculpó—. No puede ser de otra manera. No habría venido usted personalmente si se tratara de un asunto sin importancia. —Se sentó, más para complacer a Narraway que porque lo considerase necesario—. ¿Qué ha ocurrido?

Narraway también tomó asiento para librarse de mirarlo.

—Esta mañana ha habido un atentado anarquista en la zona de Mile End —explicó quedamente—. Nos avisaron y llegamos a tiempo de localizar a los responsables. Los seguimos hasta Long Spoon Lane y asediamos la casa en la que se refugiaban. Antes de tomarla hubo un breve tiroteo. Cuando entramos encontramos dos anarquistas con vida y el cadáver de un tercero, que había recibido un disparo.

Todavía no sabemos quién lo hizo, aunque el tiro no llegó del exterior, sino que se produjo dentro de la estancia. —Narraway miró a Landsborough a la cara y vio que éste ya sabía lo que iba a decirle. Apostilló con gran seriedad—: Lo siento. La sortija de sello que llevaba, así como las declaraciones de uno de los hombres que hemos detenido, lo identifican como Magnus Landsborough.

Es posible que, hasta cierto punto, Landsborough lo esperase, pero de todas maneras su rostro adquirió un tono casi gris. Titubeó durante un largo y doloroso instante, luchó por dominarse y respondió:

—Comprendo. Es muy amable por su parte haber venido personalmente. Supongo que quiere que identifique a...

Lord Landsborough no pudo continuar. Se le cerró la garganta y jadeó para introducir aire en los pulmones.

Narraway se sintió impotente. Acababa de infligir un espantoso dolor a otro ser humano y estaba obligado a seguir allí, sin siquiera desviar la mirada, mientras Landsborough hacía denodados esfuerzos por mantener la dignidad.

—A no ser que prefiera enviar a un pariente cercano —propuso, pese a que sabía que el lord no aceptaría, por mucho que esa persona existiera.

Landsborough intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—No. No hay nadie más que yo. —Se le quebró la voz. Se abstuvo de añadir que no se lo pediría a *lady* Landsborough; semejante idea ni siquiera se le cruzó por la cabeza.

A Narraway le habría gustado disculparse una vez más, pero si lo hacía, Landsborough tendría que restarle nuevamente importancia. Aprovechó el momento para plantear la dolorosa pregunta que estaba obligado a hacer. Existía la remota posibilidad de que Magnus hubiese sido una especie de rehén, si bien Narraway tenía sus dudas. Welling había afirmado que era el jefe y, a pesar de su ingenuidad y su apasionada fe en su ideología, inculta y unilateral, Narraway opinaba que Welling decía lo que consideraba que era la verdad.

—Milord, ¿cuáles eran las ideas políticas del señor Landsborough? —inquirió—. Le agradeceré que me responda en la medida de lo que sabe.

—¿Cómo dice? Ah, sí. —Landsborough reflexionó unos instantes. Al responder su tono era más suave, como si se burlara de sí mismo y del llanto—. Me temo que siguió parte de mis ideales liberales, aunque los llevó demasiado lejos. Si intenta preguntarme con tacto si estoy enterado de que había abrazado medios de acción violentos, la respuesta es que lo desconozco. Tal vez tendría que haberlo sospechado. De haber sido más sensato, tendría que haber hecho algo para evitarlo, aunque no sé qué medidas podría haber adoptado.

Narraway se sintió invadido por una compasión inesperada. Si Landsborough hubiera despotricado contra el destino, la sociedad e incluso la Brigada Especial, probablemente habría sido más sencillo. Se habría defendido. Conocía todos los motivos y las argumentaciones para lo que hacía, así como la necesidad de hacerlo.

Creía realmente en la mayoría de esas razones y jamás había permitido que la opinión de los demás le preocupara. No podía darse ese lujo. Las heridas mudas y resignadas del hombre que permanecía frente a él lo golpearon en los puntos en los que la armadura no lo protegía.

—No podemos obligar a otros a adoptar nuestras convicciones —declaró serenamente—. Y no debemos hacerlo. Los que se rebelan son siempre los jóvenes. Sin ellos apenas habría cambios.

—Gracias —murmuró Landsborough. Carraspeó varias veces y tardó unos segundos en recobrar el dominio—. Magnus era un apasionado defensor de la libertad individual que, en su opinión, estaba mucho más amenazada de lo que yo creía. También debo reconocer que he visto muchas más veces que él cómo cambian las corrientes de opinión. Los jóvenes son terriblemente impacientes.

Lord Landsborough se puso de pie rígidamente, para lo que tuvo que apoyarse en los reposabrazos de la silla. Parecía una década más viejo que cuando había tomado asiento, menos de diez minutos antes.

Narraway supo que no había respuesta a esas palabras. Siguió a Landsborough, recogieron los sombreros de manos del lacayo y salieron a la escalera de entrada, donde parecía que siempre había un coche de caballos a la espera. Dio al cochero las señas del depósito al que habían trasladado el cadáver y viajaron en silencio. No es que Narraway se hubiese quedado sin palabras sino que intentaba que Landsborough pasara por ese trance sin tener que oír inútiles cortesías.

Claro que en algún momento Narraway tendría que plantearle ciertas preguntas acerca de su hijo: compañeros, dinero, nombres, lugares que pudiesen llevarlo a otros anarquistas; todas ellas cuestiones que, por muy dolorosas que fuesen, debía abordar.

El depósito de cadáveres olía a piedras mojadas, fenol y ese aroma inefable de la muerte que Narraway conocía, aunque tal vez para Landsborough fuera extraño. La mayoría de las personas morían en casa, y el cuarto del enfermo, cualquiera que fuese su mal, nunca presentaba esa humedad empalagosa y fregada hasta la saciedad. Ese edificio no estaba destinado a seres vivos.

El encargado los recibió con una máscara profesional de solemnidad. Sabía cómo comportarse ante un dolor abrumador sin imponer su presencia. Los condujo por un pasillo hasta una habitación en la que el cuerpo reposaba sobre una mesa. Estaba cubierto hasta la cabeza con una sábana.

Narraway recordó los destrozos de la cara, por lo que se adelantó a Landsborough y se interpuso entre éste y la mesa. Levantó un lado de la sábana y dejó al descubierto la mano del difunto. La sortija de sello volvía a estar en su sitio y bastaría para que lord Landsborough identificara el cuerpo.

—¿Está realmente tan desfigurado? —preguntó Landsborough con ligera expresión de sorpresa.

—Sí —repuso Narraway y clavó la mirada en la mano.

Landsborough la observó.

—Sí, es el anillo de mi hijo. Creo que se trata de su mano. De todos modos, me gustaría verle la cara.

—Milord... —Narraway estuvo a punto de protestar, pero cambió de idea, ya que estaba actuando como un insensato. Si no se veía la cara, la identificación era incompleta; se hizo a un lado.

—Gracias. —Landsborough agradeció aquel gesto. Levantó la sábana y miró las facciones en silencio: un lado de la cara estaba destrozado y el otro casi en paz. Volvió a cubrirlo con la sábana—. Es mi hijo —confirmó en un susurro. Le tembló la voz, como si hubiera querido decir algo más pero su cuerpo no hubiese respondido—. Señor Narraway, ¿me necesita para algo más?

—Lo siento mucho, señor, pero así es. —Narraway se volvió, condujo al aristócrata por el pasillo, dio rápidamente las gracias al encargado y salió al aire tibio de la calle. Mientras el tráfico resonaba a su lado, apostilló—: Los anarquistas tuvieron que disponer de dinero para financiar las armas. Hay que pagar la dinamita. Si logramos rastrear sus compras es posible que encontremos a los demás antes de que vuelen más hogares. —Se refirió deliberadamente a la destrucción y no hizo caso de la ligera mueca de dolor que tensó el rostro de Landsborough—. Es imprescindible que demos con ellos —insistió—. Necesitamos saber quiénes eran los compañeros del señor Landsborough y conocer cualquier dato de sus movimientos de los últimos tiempos.

—Sí, desde luego —coincidió Landsborough; parpadeó como si repentinamente la luz del sol fuera más intensa que antes—. Lo lamento, pero no puedo ayudarlo. Magnus casi nunca estaba en casa. Yo estaba al tanto de sus convicciones, aunque debo reconocer que no de la intensidad de éstas, pero no conozco a sus amigos. —Se mordió el labio—. En cuanto al dinero, tenía una modesta renta vitalicia, pero no era suficiente para comprar armas, apenas alcanzaba para comer y vestir. Yo pagaba el alquiler de las habitaciones que ocupaba cerca de Gordon Square. Quería ser independiente.

—Comprendo. —Narraway no supo si creer totalmente la respuesta de Landsborough, aunque tuvo la certeza de que, en ese momento, de nada serviría insistir—. Tendremos que registrar las habitaciones de Gordon Square por si ha dejado algo que pueda conducirnos a sus compañeros.

—Por descontado. Pediré a mi mayordomo que le dé las señas y mi juego de llaves. —Landsborough cuadró los hombros—. Señor Narraway, si esto es todo me gustaría volver a casa. Debo informar a mi esposa de lo ocurrido.

—Por supuesto, señor. ¿Quiere que vaya hasta la esquina y llame un coche de punto? —preguntó casi sin pensar; le parecía lo más lógico.

Landsborough le agradeció las molestias que se tomaba y aguardó inmóvil en la acera.



Pitt regresó a Long Spoon Lane lleno de presentimientos. Seguía vigilada por la policía y un agente, que tardó unos segundos en reconocerlo y cuadrarse, le cortó el paso.

No se lo reprochó. La verdad es que Pitt no parecía un agente de policía, y menos aún de alto rango. Era alto y caminaba con la gracia práctica y desgarbada del hombre de campo, acostumbrado a recorrer grandes distancias entre brezales y bosques. Su padre había sido guarda de caza de una gran finca y de niño Pitt había recorrido con él bosques y brezales. Incluso entonces, varias décadas después, solía guardar en los bolsillos objetos que en algún momento podían resultar útiles: pañuelos, trozos de cordel, monedas, lacre, una caja de cerillas, restos de lápices, papel, un par de caramelos redondos y duros, dos sujetapapeles, un limpiapipas, media docena de llaves y botones.

—¿Cómo se encuentra el herido? —quiso saber.

—Se pondrá bien, señor —aseguró el agente—. Ha perdido un poco de sangre, pero se curará. Ha tenido suerte. Seguramente quiere hablar con el sargento.

—Así es. También necesito entrar en el edificio y ver la habitación en la que mataron al joven. ¿Quién fue el primero en llegar a la escalera trasera?

—No lo sé, señor, pero lo averiguaré. ¿Quiere entrar solo o prefiere que alguien lo acompañe?

—Iré solo.

—Bien, señor.

Pitt atravesó los adoquines del callejón y franqueó la puerta destrozada. Subió la escalera peldaño a peldaño. Sólo un par de horas antes había entrado en esa casa con el corazón en un puño. Los disparos todavía resonaban en sus oídos. En aquellos momentos le resultaba extrañamente desolada, como si hiciese semanas que alguien hubiera estado allí. No se debía tanto al polvo asentado o al aire viciado de las casas cerradas, sino a la seguridad de que quienquiera que la hubiera dejado ya no volvería. No había pertenencias personales, nada íntimo o de valor: únicamente una botella rota, un bote de cacao sin tapa y un par de trapos demasiado desteñidos como para resultar identificables.

En la habitación principal del último piso la luz se colaba por las ventanas rotas. El polvo y la suciedad de los trozos de cristal que permanecían sujetos al marco hacían que pareciesen esmerilados o pintados. La sangre del charco en el que Marcus Landsborough había yacido estaba coagulada y pegajosa, pero había perdido la humedad. Se veían manchas producidas por el traslado del cadáver. Por lo demás, todo estaba exactamente como cuando Pitt lo había visto por primera vez. La policía y el forense habían sido muy diligentes.

Pitt se agachó, observó el suelo larga y atentamente y estudió el perfil del cuerpo señalado por pisadas, la sangre seca y las huellas de los hombres que habían

levantado algo pesado y difícil de manipular. Magnus había estado tendido en el suelo cuan largo era. Aparte de muchas cosas más, Pitt llevaba una cinta métrica en el bolsillo de la chaqueta. La cogió y la extendió desde donde había estado la cabeza hasta la marca de los pies. Calculó que el hombre había estado ligeramente encogido y llegó a la conclusión de que superaba el metro ochenta de estatura. No era posible ser más preciso.

De lo que se convenció absolutamente fue de que Magnus Landsborough se desplomó hacia delante cuando el disparo le entró por la nuca. Quedaba descartado que la bala proviniera de la calle y le hiciera caer como lo había hecho. Por si eso fuera poco, el tiro había entrado por la parte posterior del cráneo y había salido por el pómulo izquierdo. La calle era estrecha y se encontraba dos plantas más abajo. De haber procedido de allí, la trayectoria del proyectil habría trazado un ángulo ascendente cerrado, habría entrado por la nuca y salido por la ceja. Por no hablar de que Landsborough tendría que haber estado de pie de cara a la estancia y de espaldas al tiroteo.

¿Cabía la posibilidad de que Welling dijera la verdad y de que el primer agente que subió por la escalera trasera le disparase? En ese caso, ¿por qué? ¿Por ira? ¿Por miedo a que Landsborough sacara un arma y pudiese ponerlo en peligro? No habían encontrado ninguna arma junto al cadáver.

Pitt oyó pisadas en la escalera y al cabo de unos instantes un sargento de uniforme se detuvo en el umbral. Parecía espabilado, probablemente se acercaba a la treintena y su comportamiento era muy discreto.

—Me llamo Linwood, señor —se presentó rígidamente—. ¿Quería verme?

Pitt se incorporó.

—Así es, sargento. ¿Fue el primero en llegar a esta estancia cuando se tomó la casa por asalto?

—Sí, señor.

—Describame exactamente qué vio.

Linwood se concentró y clavó la mirada en el suelo.

—Señor, aquí había tres hombres. Uno estaba de pie en la esquina más alejada y llevaba un arma en los brazos, un fusil. Su pelo era rojizo. Me miró a la cara, pero no me apuntó. Supongo que para entonces el cargador ya estaba vacío. Hicieron muchos disparos por la ventana.

A juzgar por la descripción se refería a Carmody.

—Continúe —solicitó Pitt.

—Había un hombre moreno, con la cabellera muy tupida —acotó Linwood y frunció las cejas en señal de concentración—. Parecía bastante conmovido. Se encontraba de pie justo allí. —Señaló un punto situado a menos de un metro del lugar donde estaba Pitt.

—¿Junto al cuerpo tendido en el suelo? —inquirió Pitt, sorprendido.

Linwood abrió desmesuradamente los ojos.

—Sí, señor. Llevaba un arma, pero es imposible que él disparara a la víctima. Las balas tuvieron que salir desde allí. —Señaló la puerta del otro extremo de la sala, la que daba a la escalera trasera, a través de la cual la policía había perseguido al hombre que disparó a Landsborough y que supuestamente había escapado.

—¿Había alguien más? —insistió Pitt.

—El cadáver en el suelo —replicó Linwood.

—¿Está seguro? ¿Puede describir cuál era exactamente su posición?

—Estaba tal como usted lo encontró, señor. El disparo lo mató en el acto, voló los sesos de ese pobre hombre.

Pitt enarcó las cejas y preguntó:

—¿Ha dicho pobre hombre?

Linwood entreabrió los labios.

—Señor, compadezco a todo aquél al que los suyos le pegan un tiro, sean cuales sean sus ideales. La traición me revuelve el estómago.

—A mí también —coincidió Pitt—. ¿Está seguro de que fue así?

—Señor, me parece que no pudo ser de otra forma. —Linwood lo miró directamente a los ojos—. Oí un disparo cuando me encontraba al pie de la escalera. Pregunte a Patterson, que iba detrás de mí, y a Gibbons, que iba detrás de él.

—¿Welling y Carmody se encontraban donde ha dicho?

—Sí. Por lo tanto, uno de los dos le disparó y el otro miente para protegerlo, o lo abatió uno de los que escaparon —repuso Linwood—. Lo mire como lo mire, fue uno de los suyos.

—Eso parece —reconoció Pitt a regañadientes—. Welling afirma que fuimos nosotros.

—Está mintiendo.

—No se refirió a alguien de uniforme.

—Señor, todos íbamos de uniforme —acotó Linwood con rigidez—. Los únicos de paisano eran usted y el jefe de la Brigada Especial.

—No creo que Welling haya mentido —comentó Pitt, reflexivo—. Diría que fue alguien a quien no conocía o a quien no reconoció.

—Pero no deja de ser uno de los suyos. —La cara del sargento estaba rígida y la cólera le afilaba la lengua—. Le dispararon por la espalda.

—Ya lo sé. Da la impresión de que la anarquía es un problema más serio de lo que suponíamos. Gracias, sargento.

—No se merecen, señor. ¿Es todo?

Linwood se cuadró... más o menos, pues consideraba que los miembros de la Brigada Especial no eran auténticos policías.

—De momento, sí —contestó Pitt.

Linwood se retiró y Pitt permaneció en la estancia imaginando el desarrollo de los acontecimientos. Él subió la escalera detrás de Narraway y de tres agentes. Había ascendido un piso cuando oyó el disparo en la planta superior y, a continuación, los

gritos.

Al llegar a la habitación, segundos después que los agentes, éstos se encontraban a un lado de los pistoleros. La puerta situada al otro extremo aún batía. Alguien acababa de atravesarla. Nadie afirmó haber visto a quien huía, por lo que sin duda había salido cuando el primer agente entró en la parte delantera de la estancia.

Welling y Carmody se negaban a dar nombres, pero insistían en que la policía había disparado a Magnus Landsborough. Dadas la trayectoria de la bala y la posición de Landsborough, el disparo tenía que proceder de la puerta que daba a la escalera trasera. Apparently, el hombre había escapado por allí; Welling y Carmody supusieron que era policía y los agentes apostados en la parte trasera lo confundieron con uno de los efectivos de la Brigada Especial que se encontraba en la parte delantera y pisaba los talones al anarquista. ¡Sin duda había pasado por su lado y lo habían dejado escapar!

La mecánica de lo ocurrido comenzaba a cobrar sentido.

¿Los policías apostados en la parte trasera habían sido descuidados y habían dejado pasar a un hombre al menos o tal vez a más, o eran corruptos y lo habían dejado escapar adrede?

¿Quién había disparado a Landsborough desde detrás de la puerta y corrido escaleras abajo fingiendo que era policía? ¿Había aprovechado la oportunidad que le ofreció repentinamente el destino o aguardó en el edificio de Long Spoon Lane pues sabía que, después de la explosión, los que habían colocado la bomba regresarían?

¿Por qué? ¿Se trataba de rivalidades internas, de una célula que se oponía a otra? ¿Era un conflicto de ideales, una guerra territorial o la lucha por la dirección en el seno del grupo?

¿O se trataba de algo totalmente distinto?

Pitt cruzó lentamente la estancia y franqueó la puerta que conducía a la escalera trasera, por la que el asesino tuvo que abandonar el edificio. Una vez en la calle se topó con otro agente que tampoco le dio información nueva.

Pitt cerró la puerta sin hacer ruido, se quitó las botas y caminó por el pasillo hacia las luces, los sonidos y las risas de la cocina. Eran casi las ocho y, pese a que la tarde era agradable tiritaba de agotamiento, no tanto físico como mental.

Abrió la puerta y se dejó rodear por el aroma cálido a pastelitos y verduras y por el olor seco y delicado de la ropa limpia colocada en el tendedero para que se oreara. La luz de gas iluminaba la vajilla con reborde azul del aparador y la superficie clara y fregada de la mesa de madera.

Charlotte se volvió y sonrió. Aún llevaba el pelo recogido, pero algunos mechones se habían soltado; se protegía la amplia falda con un delantal.

—¡Thomas! —Se acercó rápidamente a su marido, pero al verle la expresión frunció el ceño—. ¿Te encuentras bien? ¿Han puesto una bomba! ¿Qué ha pasado?

—Sí, estoy bien, pero cansado —respondió—. La explosión no ha herido a nadie. Durante el asedio un policía ha recibido un disparo, pero sólo se trata de una herida superficial.

Charlotte le dio un rápido beso en la mejilla, se apartó y preguntó preocupada:

—¿Has comido algo?

—No —reconoció; apartó de la mesa una de las sillas de respaldo rígido y tomó asiento—. Alrededor de las tres he comido un bocadillo de jamón de York. En realidad, no tengo hambre.

—¡Bombas! —exclamó Gracie y dejó escapar un bufido de disgusto—. ¡No sé adónde iremos a parar! ¡Deberíamos meterlos a todos en las norias de castigo de Coldbath Fields! —Se puso de espaldas al fogón y observó a Pitt con posesiva desaprobación. Era mucho más que una criada y manifestaba apasionadamente su lealtad—. Vamos, un trozo de pastel de manzana no le vendrá nada mal. Y también hay nata... espesa como la mantequilla. Puede meter la cuchara, se mantiene de pie.

Sin esperar respuesta, Gracie se dirigió a la despensa y abrió de par en par las puertas de batiente.

Charlotte sonrió a su marido y sacó del cajón una cuchara y un tenedor limpios. En ese momento, Jemima, de once años, bajó corriendo la escalera y avanzó por el pasillo.

—¡Papá! —Se arrojó a los brazos de Pitt y lo abrazó, entusiasmada—. ¿Qué ha pasado en el East End? Gracie dice que habría que matar a todos los anarquistas. ¿Es cierto?

Pitt la estrechó con fuerza y la soltó cuando Jemima recobró la dignidad y se apartó.

—¿No dijo que había que enviarlos a las norias de castigo?

—¿Qué es una noria de castigo? —preguntó Jemima.

—Un mecanismo que da vueltas continuamente, pero tienes que seguir caminando porque, de lo contrario, pierdes el equilibrio y te haces daño.

—¿Y para qué sirve?

—Para nada, es una forma de castigo.

—¿Para los anarquistas?

Gracie regresó con una generosa ración de pastel de manzana y una jarrita de nata y las depositó sobre la mesa.

—Gracias —dijo Pitt, y se sirvió. Es posible que, después de todo, estuviera hambriento. Además, si comía ellas se alegrarían. Respondió a la pregunta de Jemima —: Para todos los que están en la cárcel.

—¿Los anarquistas son malos? —quiso saber la niña y se sentó al otro lado de la mesa.

—Sí —respondió Gracie, ya que Pitt tenía la boca llena—. Claro que lo son. Vuelan casas y destrozan objetos. Odian a la gente que se ha esforzado y conseguido cosas. Quieren echar a perder todo lo que no les pertenece. —Llenó el hervidor y lo puso a calentar.

—¿Por qué? —insistió Jemima—. ¡Vaya tontería!

—Generalmente porque si hicieran otras cosas nadie les haría caso —respondió Charlotte a su hija—. ¿Dónde está Daniel?

—Haciendo los deberes —contestó Jemima—. Yo ya he terminado. ¿Romper cosas hace que la gente te preste atención? A mí me mandarían a la cama sin cenar. —Miró esperanzada el pastel de manzana.

Charlotte tuvo que hacer un esfuerzo para disimular una sonrisa. Pitt la vio en su mirada y giró la cara. El calor de la cocina empezó a calmar el dolor de su interior; la violencia se retiró de sus pensamientos y pasó a ocupar un lugar umbrío más allá de las paredes. La masa del pastel era crujiente y aún conservaba parte del calor de la cocción; la nata era espesa y suave.

—En tu caso sería así —confirmó Charlotte a Jemima—. Pero si estuvieras convencida de que algo es injusto te enfadarías muchísimo y tal vez no guardarías silencio ni harías caso de lo que te dicen.

Jemima miró a Pitt sin tenerlas todas consigo.

—Papá, ¿por eso han causado destrozos? ¿Hay algo injusto?

—No lo sé —respondió Pitt—. De todos modos, poner bombas en las casas no es la solución.

—¡Claro que no! —exclamó Gracie con energía y se puso de puntillas para coger la caja de té del estante—. Si algo está mal, contamos con la policía y con leyes para enderezarlo... y la mayoría de las veces se resuelve. Sumar otro agravio no sirve de nada y es malo.

Gracie mantuvo su espalda pequeña y de hombros cuadrados de cara a los demás. Quitó la tapa de la caja del té con un movimiento brusco. Se había criado en los barrios bajos; mendigaba y robaba para sobrevivir. No obstante, en aquellos tiempos

ya era respetable y no estaba dispuesta a ceder a nadie el imperio de la ley.

Charlotte, que era de buena cuna y había sido educada para convertirse en una dama, antes de ser lo bastante decidida como para enamorarse de un policía, podía darse el lujo de tener una perspectiva más liberal.

—Gracie está en lo cierto —explicó amablemente a su hija—. No puedes hacer daño a inocentes como forma de expresarte. Es malo, por muy desesperada que creas estar. Y ahora sube y deja cenar en paz a tu padre.

—Pero mamá... —comenzó a protestar Jemima.

—En esta casa no permitimos la anarquía —la interrumpió Charlotte—. ¡He dicho arriba!

Jemima puso mala cara, abrazó a Pitt y lo besó. Luego atravesó la puerta y se oyeron sus ligeras pisadas por el pasillo.

Gracie calentó la tetera y preparó la infusión.

Pitt se comió hasta la última migaja del pastel de manzana, se repantigó y permitió por un momento dejarse llevar por la luz y el calor.

Pitt se marchó a primera hora de la mañana y Charlotte se sentó a desayunar sola y a leer los periódicos. En todos ellos se mencionaba el atentado con bomba en Myrdle Street, aunque con diversos grados de dureza. Algunos mostraban una profunda compasión por las familias que habían perdido sus hogares e incluían imágenes de personas asustadas, desconcertadas, apiñadas y con la mirada perdida a causa de la conmoción.

Otros diarios se manifestaban con mayor cólera y reclamaban que los criminales capaces de causar semejante devastación fueran castigados. Criticaban a la policía y más si cabe a la Brigada Especial. Como era previsible, hacían muchas especulaciones acerca de los responsables y de sus fines, y se planteaban si en el futuro se producirían atrocidades de la misma clase.

Mencionaban el asedio a Long Spoon Lane y la detención de dos anarquistas. También se preguntaban amargamente las razones por las que sus compañeros seguían en libertad.

Lloraban la muerte de Magnus Landsborough de diversas maneras. *The Times* se mostraba discreto, se refería sobre todo a la distinguida trayectoria de lord Landsborough como miembro liberal de la Cámara de los Lores y manifestaba su pesar tanto a él como a su familia por la pérdida de su único hijo. Apenas se planteaba qué hacía en Long Spoon Lane, aunque no excluía la posibilidad de que lo hubiesen tomado como rehén.

Otras publicaciones eran menos comprensivas. Partían del supuesto de que era uno de los anarquistas y de que había tenido la mala suerte de convertirse en la única víctima del tiroteo con el que acabó el asedio. También mencionaban al policía herido y elogiaban su valor.

El último periódico que leyó fue el que perturbó a Charlotte. Estaba dirigido por el muy respetado e influyente Edward Denoon, que había escrito personalmente el editorial. Charlotte lo leyó con una creciente sensación de inquietud:

Ayer por la mañana, mientras se preparaban para otra jornada laboral, la policía interrumpió el magro desayuno de los residentes en Myrdle Street para comunicarles que los terroristas anarquistas estaban a punto de dar un golpe. Los ancianos salieron a la calle arrastrando los pies y las mujeres, con niños asustados y aferrados a sus faldas, cogieron unas pocas pertenencias y huyeron.

Pocos minutos después, la destartada hilera de casas ardió. Ladrillos y tejas de pizarra volaron como proyectiles, rompieron los cristales de las ventanas y atravesaron los tejados de los vecinos de varias calles a la redonda. El humo negro llenó el aire matinal y la destrucción y el terror afectaron a montones de personas corrientes, al tiempo que echaban a perder los hogares, las vidas y la paz que los ciudadanos de Inglaterra tienen derecho a esperar.

Los responsables fueron perseguidos, acosados y arrinconados en una casa de vecinos de Long Spoon Lane. La policía los asedió y se produjo un tiroteo durante el cual el agente Field, de veintidós años y vecino de Mile End, resultó herido, si bien fue rescatado de la muerte gracias al valor de sus compañeros.

Magnus Landsborough, único hijo de lord Sheridan Landsborough, no corrió la misma suerte. Su cadáver apareció en una habitación de la planta superior. De momento no se sabe qué hacía allí, si lo habían tomado como rehén o si estaba voluntariamente con los anarquistas.

Debemos preguntarnos qué clase de bárbaros son quienes cometen semejantes atrocidades. ¿Quiénes son y a qué propósitos responden? ¿Acaso tienen la intención de aterrorizarnos y someternos a un dominio espantoso al que por otras vías no nos entregaríamos? ¿Acaso este acto de violencia procede del extranjero y es la primera oleada para conquistar nuestro país?

Este periódico considera que no es así. Estamos en paz con nuestros vecinos cercanos y lejanos. Por muy discreta que sea, no hay información que implique a otras naciones. Nos tememos que se trata de un ideal político de naturaleza tan retorcida que los hombres serían capaces de imponerlo destruyendo todo aquello por lo que nos hemos esforzado a lo largo de siglos de crecimiento y trabajo, a través de las artes y las ciencias civilizadoras y de los inventos que mejoran la comodidad y el bienestar de la humanidad. Albergan la esperanza de construir su propio orden, tal como consideran que debe ser, sobre las cenizas de nuestras vidas. Llámense socialistas, anarquistas o lo que quieran, lo cierto es que son salvajes, criminales a los que es necesario perseguir, detener, juzgar y ahorcar. Es lo que dice la ley, que está para protegernos a todos, tanto a los fuertes como a los débiles, a los ricos y a los pobres.

Esos locos que quieren destruir nuestras vidas son poderosos y huelga decir que están armados hasta los dientes. También es imprescindible que lo esté nuestra policía, los soldados del ejército civil que nos defiende. Son ellos los que arriesgan su vida y en ocasiones la pierden para formar el escudo que se interpone entre nosotros y el caos de la violencia y la anarquía. No podemos permitir que se dirijan al campo de batalla sin armas; intentarlo sería moralmente injustificable.

Ahora bien, no sólo debemos proporcionarles el armamento adecuado, sino legislar para que dispongan de las herramientas legales que necesitan a fin de buscar en nuestro seno a los malos y a los locos que desean nuestra destrucción. La ley exige la prueba del delito y así debe ser. En eso consiste la defensa de los inocentes. Sin embargo, el policía al que se le impide registrar a una persona o la propiedad de alguien del que sospecha que tiene intenciones criminales, sólo puede aguardar impotente hasta que el acto se comete y entonces vengar a la víctima. Necesitamos algo más. Como nos lo merecemos, debemos contar con la prevención del delito antes de que se produzca.

Charlotte dejó el periódico sobre la mesa y, con gran inquietud, miró hacia el otro lado de la cocina.



Gracie regresó de la parte trasera y la observó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó angustiada—. ¿Ha ocurrido algo malo? —Cuando había empezado a trabajar para Charlotte, Gracie no sabía leer ni escribir, pero en aquella época, con su ayuda, lo hacía bastante bien. Había adquirido la costumbre de leer al menos dos artículos del periódico cada día. Lanzó una mirada escéptica al diario de Denoon y al té que se había enfriado en la taza de Charlotte y preguntó con incredulidad—: ¿Ha habido otro atentado?

—No —se apresuró a responder Charlotte—. El director pide que se arme a la policía y defiende el derecho a registrar las casas.

Gracie dejó las verduras en el escurrido del fregadero.

—Veamos, si la gente tiene bombas y armas, la policía no puede luchar contra ella con palos —afirmó sensatamente, y enseguida frunció el ceño—. Claro que no me gustaría saber que el señor Pitt lleva un arma. ¡No se pueden tener en casa... no son seguras! —Su tono de voz descendente puso de manifiesto el rechazo que le producía esa idea—. ¿Por qué hay personas que siempre crean problemas?

—Por lo general únicamente los problemas nos impulsan a cambiar las cosas —respondió Charlotte. Lo que le decía era cierto, pero no contestaba a la pregunta de Gracie, así que prosiguió—: Si alguien tira basura en nuestra calle o hace ruido a altas horas de la noche y no nos quejamos, seguirá haciéndolo.

Charlotte sonrió al ver que la cólera encendía la mirada de Gracie. Había escogido deliberadamente el tema de la basura. Gracie se dio cuenta y sonrió; poco después su actitud risueña se esfumó y se puso muy seria.

—Pero si yo saliera y le pegara un tiro a quien deja basura en la calle me meterían en la cárcel y creo que harían lo correcto. Puedo decirle claramente lo que pienso de alguien sin tocarle. —Una sonrisa triunfal volvió a cambiar su expresión—. ¡Y le aseguro que no volvería a hacerlo!

—Por supuesto —coincidió Charlotte—. El anarquismo está equivocado y es absurdo, pero no estoy segura de que la solución consista en armar a la policía. De lo que sí estoy convencida es de que lograremos que todos se encolericen y se sientan menos dispuestos a ayudar si les damos más poder para entrar en las casas en busca de pruebas sin tener sólidos motivos para creer que hay algo.

—¿Es lo que opina el señor Pitt? —inquirió Gracie y las dudas ensombrecieron su mirada.

—En realidad, estaba demasiado cansado para manifestar su opinión —reconoció Charlotte—. Además, todavía no ha leído este artículo. De todos modos, creo que es lo que dirá.

*Lady Vespasia Cumming-Gould* estaba sentada ante la mesa del desayuno con el mismo periódico; también experimentó sentimientos de congoja, pero la suya tenía que ver con otros aspectos de la tragedia. El nombre de lord Landsborough llamó

inmediatamente su atención y volvieron dulces e intensos recuerdos del pasado. Se conocieron más de cuarenta años antes en una recepción celebrada en el palacio de Buckingham. Ambos llevaban diez o doce años de matrimonio, tenían inquietudes y estaban bastante hartos del mismo círculo social, los mismos cotilleos y las mismas opiniones de siempre.

Por aquel entonces, Landsborough era un idealista que creía en la honradez innata de los seres humanos y estaba seguro de que se conseguiría un gran bien si en las manos de ellos recaían más decisiones, si tenían más libertad para elegir su propio destino. Era un hombre elegante; tenía arte para vestir bien y poseía un encanto que ocultaba una sensibilidad que no estaba dispuesto a mostrar ante la mayoría de las personas.

Cordelia, su esposa, era una belleza morena, ambiciosa y, en opinión de Vespasia, fría como un témpano. No por otra cosa ambas mujeres se habían caído instantáneamente mal, aunque lo habían ocultado con gélidos buenos deseos y la más estricta cortesía. Ninguna de ellas había cometido jamás un error social ni la habían pillado sin estar perfectamente vestida, con las joyas relampagueantes y la cabellera en su sitio.

Por su parte, Vespasia no se sentía incómoda en su matrimonio, pese a que su marido no era el amor de su vida. Se casó en Roma con Mario Corena, patriota y héroe italiano de la revolución de 1848. Compartir la felicidad fue imposible por razones que ninguno de los dos llegó a saber, pero Vespasia jamás olvidó su idealismo, su valor, su sacrificio y la trepidante vida de esperanzas que compartieron.

El año anterior se volvieron a ver fugazmente cuando Mario entregó su vida para hacer fracasar la conspiración de Charles Voisey que pretendía derribar la monarquía británica. Había sido una decisión hermosa, pero terrible. Vespasia pudo vengarse de Voisey, pero a un precio que jamás olvidaría.

Muchísimos años atrás, cuando lo conoció, se sintió atraída por el delicado humor y el peculiar retorcido radicalismo de Sheridan Landsborough. Había manifestado moderación, tolerancia y una confianza casi inocente en la honradez. El ingenio y la regia y solitaria belleza de Vespasia habían despertado algo en el político. Cordelia le había impresionado, pero Vespasia había conseguido que en todas las cortes de Europa se volvieran para mirarla y había destrozado miles de corazones. Poseía pasión, inteligencia y arrestos para atreverse a todo.

En aquel momento desayunaba sola, iluminada por el sol de primera hora y al leer que Sheridan había perdido a su único hijo sintió una profunda tristeza. Los años transcurridos desde el último encuentro se esfumaron y hasta la aversión que sentía por Cordelia perdió importancia. Decidió escribir al aristócrata para darle el pésame. Sin embargo, llegó a la conclusión de que enviar la carta por correo no era lo más adecuado y optó por llevarla en persona.

Se puso de pie y se acercó a la chimenea, junto a la que colgaba el tirador de la campana, para llamar a la doncella. Lo accionó y esperó hasta que respondieron.

—Gwyneth, tenga la amabilidad de prepararme ropa de color negro —pidió, pero cambió rápidamente de idea—. No, es excesivo; vestiré de gris oscuro. Dígale a Charles que prepare el coche para salir a las diez. Visitaré a lord y a lady Landsborough para presentarles mis condolencias.

—Lo siento, *milady* —musitó Gwyneth. No estaba al tanto de la noticia, por lo que desconocía a qué se refería Vespasia—. ¿Le parecen bien el traje de seda gris y el sombrero con la pluma negra de avestruz?

—Excelente. Gracias. Escribiré una carta y luego subiré.

—De acuerdo, *milady*.

Gwyneth se retiró y Vespasia cruzó el pasillo hasta la salita donde tenía su escritorio.

Siempre resultaba difícil saber qué había que decir en esas circunstancias. En el caso de Cordelia, bastaría con una expresión simplemente formal, pero en el de Sheridan, al que había conocido tanto, resultaría envarado, ridículo y hasta cierto punto peor que nada.

Se sentó ante el escritorio, bajo la luz fresca y verdosa. Las hojas filtraban el sol que brillaba al otro lado de las cortinas. Los narcisos primaverales ya se habían secado y aún era demasiado pronto para los colores intensos del verano.

Mis queridos Sheridan y Cordelia:

Me he enterado de vuestra pérdida y estoy acongojada por el dolor que sin duda sentís. Me gustaría ofreceros ayuda, palabras de consuelo y certezas, pero sé que no hay más solución que sobrellevar el dolor. Os ruego que, si la confianza y la amistad pueden proporcionaros algo que merezca la pena, no dudéis en llamarme tanto ahora como en el futuro. Estaré siempre a vuestra disposición.

Afectuosamente,

Vespasia Cumming-Gould

Dobló la hoja, la introdujo en el sobre y lo lacró. No releyó el texto ni se preguntó si era elegante o estaba adecuadamente escrito. Era sincero, lo único que estaba dispuesta a intentar. Si pensaba cómo podría interpretarlo Cordelia, nunca enviaría nada.

Subió la escalera, se puso el traje de seda gris oscuro y se observó en el espejo.

—*Milady*, está guapísima —afirmó Gwyneth a sus espaldas.

Tenía razón. Vespasia era alta y aún conservaba la esbeltez. Los colores fríos favorecían sus facciones aguileñas y su piel clara y delicada. Como siempre, llevaba varias vueltas de perlas alrededor del cuello, que se complementaban con su melena plateada. El corte del vestido era a la última: ceñido en la cintura, con mangas amplias a la altura de los hombros, pegado a las caderas, pero ensanchado a partir de

las rodillas y hasta el suelo. La chaqueta tenía las solapas muy anchas, a la moda.

Gwyneth acomodó el sombrero sobre la cabeza de su señora y le entregó los guantes de cabritilla gris, más suaves que el terciopelo. El pequeño retículo<sup>[\*]</sup>, también de seda gris, contenía un pañuelo, algunas tarjetas de visita y la carta.

Vespasia le dio las gracias, abandonó lentamente el vestidor, cruzó el rellano y bajó la escalera. El lacayo la esperaba en la entrada. Abrió la puerta y la acompañó hasta donde se encontraba Charles, junto al coche.

Fue un trayecto corto, ya que sólo quince minutos la separaban de la casa de los Landsborough en Stenhope Street, cerca de Regent's Park. Vespasia descendió y caminó hasta la puerta, con la carta en la mano. Abrieron al cabo de unos segundos y el mayordomo entrado en años la miró con amable curiosidad. Reconoció el escudo de armas de la portezuela del coche y la saludó por su nombre.

—Buenos días —respondió Vespasia—. Estoy segura de que la familia no recibe visitas, pero prefería entregar la carta en mano en lugar de enviarla por correo. ¿Tendrá la amabilidad de transmitir mi más sentido pésame a lord y lady Landsborough?

—Por supuesto, *milady*. —El mayordomo extendió la bandeja de plata, en la que Vespasia depositó el sobre—. Muchas gracias. Es muy amable por su parte acudir personalmente. Si quiere pasar, entregaré su carta a *lady* Landsborough. Tal vez desee agradecerse.

El mayordomo retrocedió unos pasos.

—No quiero molestarla —acotó Vespasia y permaneció en el umbral.

—*Milady*, le aseguro que no es una molestia, pero si tiene otros compromisos...

—En absoluto —afirmó francamente—. Sólo he venido con este propósito.

Vespasia se dio cuenta de que negarse a entrar sería una descortesía, por lo que lo siguió. En el vestíbulo todo estaba cubierto con crespones negros. Habían parado el reloj de caja y vuelto los espejos cara a la pared. El mayordomo la acompañó hasta la salita; la chimenea no estaba encendida. Sobre la mesa había un jarrón con flores blancas, espectrales a causa de la penumbra que se colaba por las cortinas cerradas.

Sólo podía aguardar a que el mayordomo regresase y le transmitiera el agradecimiento de Cordelia, momento a partir del cual sería libre de irse. No le apetecía sentarse; mejor dicho, le parecía incorrecto, como si tuviese la intención de quedarse. En esas circunstancias nadie se ponía cómodo.

Miró ociosamente a su alrededor e intentó recordar si todo estaba igual que tantos años atrás, cuando era visitante habitual de la casa. La librería ya estaba entonces en ese sitio; dado el reflejo del cristal, los títulos resultaban ilegibles. También conocía el cuadro de los canales venecianos, colgado encima de la repisa de la chimenea. Siempre había pensado que se trataba de un auténtico Canaletto, pero nunca tuvo la franqueza suficiente para preguntarlo. Le costaba imaginar que Sheridan

Landsborough se conformara con una copia.

La mansión estaba muy tranquila, como si el ajetreo habitual de la limpieza y los recados se hubiese interrumpido. Se oía el repiqueteo de los cascos de los caballos en la calle.

Se abrió la puerta y Vespasia se volvió, preparada para ver al mayordomo, pero era Cordelia a quien vio. Apenas había cambiado desde la última vez que se vieron, un par de años antes. En su cabellera oscura había más hebras blancas, pero en mechones anchos y bonitos; no era una mezcla de colores desvaídos. Los rasgos de Cordelia seguían siendo bien definidos, aunque su barbilla ya no era tan firme y la piel del cuello se había arrugado, lo que no podía disimular su vestido de cuello alto. La conmoción había demudado su piel; como era previsible, vestía de negro de la cabeza a los pies.

—Vespasia, te agradezco que hayas venido —afirmó y en el acto estableció una familiaridad que durante años no había existido entre ambas—. Es en momentos como éste cuando necesitamos a los amigos. —Paseó la mirada a su alrededor—. Aquí hace frío. ¿Por qué no pasamos al gabinete? Da al jardín y es mucho más acogedor.

Aunque dio a Vespasia la oportunidad de excusarse, irse después de semejante muestra de amistad habría sido un desaire imperdonable.

—Te lo agradezco —aceptó Vespasia.

Cordelia la condujo por el pasillo hasta una estancia mucho más cálida y agradable. Tenía las huellas del duelo, pero la temperatura era más placentera y la luz que se colaba a través de las cortinas a medio correr trazaba dibujos brillantes en la alfombra burdeos y azul.

Vespasia se devanó los sesos cavilando por qué Cordelia la había invitado a quedarse. Nunca habían sido amigas ni era una mujer que mostrara su alegría o su congoja a los demás.

Ocuparon sofás enormes y mullidos, colocados frente a frente, bañados por la luz parpadeante del sol. Cordelia rompió el silencio cuando declaró con suma gravedad:

—A veces es necesaria una tragedia de esta magnitud para comprender lo que sucede. Vemos que las cosas se deterioran poco a poco, aunque cada paso es tan corto que apenas lo registramos. —Vespasia no sabía a qué se refería. Esperó pacientemente y adoptó una expresión de amable interés—. Si hace diez años me hubieran dicho que la policía intercambiaría disparos con los anarquistas en las calles de Londres, habría respondido que habían perdido los cabales. Ciertamente, habría pensado que pretendían provocar alarma política y casi seguramente que tenían motivos personales para tratar de asustar a la gente. —Respiró hondo—. Pues bien, ahora nos vemos obligados a reconocer que es la verdad. En nuestra sociedad hay locos empeñados en destruirla y la policía necesita todo nuestro apoyo, tanto moral como material.

Vespasia pensó en Pitt, al que conocía desde que su sobrino nieto se había casado

con Emily, la hermana de Charlotte. A George lo habían matado y Emily había vuelto a casarse, pero la relación continuaba e incluso se había reforzado.

—Sí, desde luego —comentó—. Desempeña una tarea difícil y, a menudo, desagradecida.

—Y peligrosa —apostilló Cordelia—. En la refriega hirieron de bala a un agente joven. De no ser por la valentía y la capacidad de reacción de sus compañeros habría muerto desangrado en medio de la calle.

—Así es. —Vespasia lo había leído en dos periódicos—. Pero todo apunta a que se recuperará.

—Esta vez —puntualizó Cordelia—. ¿Y qué ocurrirá en el futuro? —Miró a Vespasia a los ojos, con expresión seria y la espalda tiesa como un palo—. Necesitamos más policía y mejor armados. No podemos fastidiarlos con leyes anticuadas que se elaboraron para una época más pacífica. En Londres abunda toda clase de extranjeros, hombres con desaforadas ideas sobre la revolución, la anarquía e incluso el socialismo. Con tal de poner en práctica sus locuras han dejado claro que destruirán lo que tenemos y que quieren aterrorizarnos para que acatemos su voluntad. —Tenía la mirada encendida por el dolor y la cólera—. ¡No permitiré que ocurra mientras la sangre corra por mis venas! Apelaré a todas mis influencias para apoyar y ayudar a la policía a fin de que nos proteja tanto a nosotros como a todo aquello en lo que creemos.

Cordelia observó atentamente a Vespasia.

Ésta experimentó una ligera punzada de malestar. Fue tan tenue que no supo si se debía a los comentarios de Cordelia o al inconveniente de no expresar nada sobre su verdadero dolor. Cordelia sólo tenía un hijo y la víspera lo habían asesinado. Vespasia tenía varios hijos, que estaban vivos y bien. Ya estaban casados y casi nunca los veía, pero con todos mantenía una cariñosa correspondencia. Era absurdo sentirse culpable por tener mucho más que esa mujer furiosa. Cordelia intentaba hacer frente al dolor convirtiéndolo en ira y en una cruzada que ocuparía su mente, consumiría sus energías y tal vez suavizaría el filo descarnado de sus emociones gracias al agotamiento.

Si quería ser realmente sincera, Vespasia debía reconocer que su sentimiento de culpa se relacionaba, sobre todo, con la ternura y la intensidad amistosa que había compartido con Sheridan Landsborough.

Cordelia seguía esperando una respuesta. Vespasia no estaba convencida de que las fuerzas policiales debieran tener más armas, pero se percató de que no era el momento de decirlo.

—Estoy segura de que, tras la tragedia, habrá muchas personas decididas a que nuestra policía cuente con toda la ayuda que podamos prestarle —coincidió.

Cordelia se obligó a sonreír.

—Debemos ocuparnos de que así sea. Habrá que introducir algunos cambios. Apenas he tenido tiempo de pensar en los detalles, aunque dirigiré todas mis energías

a ese fin. No me cabe duda de que puedo pedirte que apeles a tus influencias.

Cordelia supuso que la visitante estaba de acuerdo y la escrutó como si aún esperase una respuesta.

Vespasia respiró hondo, dudando de los motivos de su reticencia. ¿Sentía genuinas dudas políticas o entraba en juego su vieja aversión por Cordelia? La segunda opción sería vergonzosa y notó que le ardían las mejillas.

—Por supuesto —afirmó demasiado rápido—. Debo reconocer que yo tampoco he tenido tiempo de pensarlo, pero lo haré. Se trata de una cuestión que nos atañe a todos.

Cordelia se acomodó en el sofá y estaba a punto de abordar otro tema de conversación cuando el mayordomo entró y se detuvo discretamente junto a la puerta.

—Porteous, ¿qué se le ofrece?

—*Milady*, los señores Denoon están aquí. Les he dicho que milord ha salido y me han pedido que le pregunte si desea verlos o si prefiere dejarlo para mejor ocasión.

—Hágalos pasar —ordenó Cordelia y se volvió hacia Vespasia—. Sin duda recuerdas que Enid es mi cuñada, aunque ahora que lo pienso me parece que no la trataste mucho. —Se encogió ligera y rígidamente de hombros—. No me apetece demasiado verla. Sin duda se mostrará terriblemente afligida. Sheridan y ella siempre han estado muy próximos. Será una situación difícil. Si prefieres retirarte lo comprenderé.

Sus palabras dejaron claro que la partida de Vespasia era aceptable, aunque su expresión transmitió con toda claridad que prefería que se quedase.

Moralmente Vespasia no tenía opción y se limitó a aceptar, ya que Porteous regresó enseguida, acompañado de Enid Denoon y su marido. A decir verdad, Vespasia la había olvidado, pero al volver a verla evocó lo que, en otras circunstancias, podría haber sido una amistad.

A semejanza de su hermano, Enid era alta y esbelta, pero con los hombros más cuadrados y el porte erguido de una mujer que aún montaba extraordinariamente bien a caballo. Su figura había superado el paso del tiempo mejor que la de Cordelia. Ni su cintura ni sus caderas se habían ensanchado. El pelo castaño claro había perdido gran parte del color, pero su rostro no había cambiado mucho: sus pómulos altos y su nariz bien perfilada mantenían las líneas y su piel mostraba un arrebol que muchas jóvenes habrían envidiado.

A su lado, Denoon resultaba más sombrío y pesado, con la cabellera todavía tupida y casi negra y facciones muy marcadas. Más que apuesto era imponente. Lo único que Vespasia recordaba de él era que no le caía bien, probablemente porque poseía una extraña mezcla de fina inteligencia y una incapacidad casi total de reírse. No captaba lo gozoso de lo absurdo, una de las cosas sensatas de la vida, que ella adoraba. Sin ese rasgo, el mundo de la moda, la riqueza y el poder político habrían sido sofocantes. Enid estaba irrevocablemente casada, con cierto grado de compañerismo pero sin pasión, y reír era la única alternativa a llorar. Cuando lo

conoció tuvo la sensación de que la seriedad de Denoon carecía de delicadeza y ternura.

Enid se mostró muy sorprendida de ver a Vespasia, pero no le desagradó. Claro que, de haberle molestado, era demasiado bien educada como para manifestarlo.

—¿Cómo está, *lady* Vespasia? —preguntó Denoon tras las presentaciones que hizo Cordelia—. Es muy amable por su parte tomarse la molestia de acudir en persona en una ocasión tan triste. —Denoon estuvo a punto de manifestar la sorpresa que su presencia le había producido.

—Al igual que nosotros, *lady* Vespasia reconoce la necesidad de prestar todo nuestro apoyo a la acción —intervino Cordelia. Observó con atención a Denoon pero ni siquiera miró de soslayo a Enid.

La mirada de Denoon se cruzó con la de Cordelia; había una extraña mezcla de comprensión y emoción que Vespasia no logró interpretar, aunque su intensidad persistió en su mente. El hombre se giró y añadió en tono bajo:

—Me parece muy perspicaz por su parte, *lady* Vespasia. Ciertamente, vivimos tiempos más peligrosos de los que, en mi opinión, supone la gente. El caos crece y ayer se produjo una inflexión que para nosotros significa también una trágica pérdida. Lo lamento infinitamente. —El último comentario iba destinado, una vez más, a Cordelia.

—El rey Canuto era muy sabio —afirmó Enid sin dirigirse a nadie en concreto. Cordelia parpadeó.

Vespasia observó sorprendida a Enid y reparó en su mirada perdida, apenada y colérica.

Denoon se volvió irritado y observó furibundo a su esposa.

—¡Era un insensato! —espetó—. ¡Todo el que cree que puede cambiar el rumbo de las cosas es un idiota! Hablo figuradamente. No es necesario aguardar algún movimiento de la tierra o de la luna para modificar las tendencias sociales ni bajar los brazos porque suceden cosas que no nos gustan. ¡Somos dueños de nuestro destino! —Volvió a mirar a Cordelia, contrariado por la falta de comprensión de Enid.

Cordelia intentó tomar la palabra, pero Enid se le adelantó.

—Canuto no pretendía cambiar el rumbo de las cosas —contradijo a su marido—. Sólo intentó demostrar que ni siquiera él podía hacerlo. El poder humano, incluido el de los reyes, es limitado.

—¡Se cae por su peso! —exclamó Denoon tajantemente—. Y no viene al caso. Enid, no pretendo modificar la naturaleza, sino ayudar a la gente a que comprenda las leyes de la tierra para defendernos de la anarquía. Es posible que ya te sientas derrotada y que estés dispuesta a dejarte arrastrar. No es mi caso. —Una vez más se volvió hacia Cordelia.

—No se trata de la marea de la anarquía, sino de la del cambio —lo corrigió Enid.

En esa ocasión Denoon no le hizo caso, pero la cólera tiñó ligeramente sus mejillas.



—Cordelia, a pesar de las apariencias hemos venido a decirte que estamos profundamente afligidos por tu pérdida. Si podemos hacer algo para consolarte o ayudarte, aquí estamos y seguiremos estando. Te ruego que me creas, no son sólo palabras.

—¡Desde luego que no! —apostilló Enid y de repente las emociones alteraron tanto su voz que dio la sensación de que le costaba trabajo hablar—. ¡Cordelia lo sabe perfectamente! —Dirigió una mirada abrasadora a su cuñada, mirada que, más que de pesar, parecía cargada de odio.

Vespasia se quedó de piedra hasta que recordó que para muchas personas el dolor se entrelaza tanto con la cólera que se vuelven inseparables.

Cordelia reaccionó como si apenas la hubiese oído. Siguió mirando a Denoon y mantuvo la sonrisa rígida y gélida.

—Gracias. Es un momento en el que las familias y los amigos se unen, al menos aquellos que comparten ideas afines y afrontan las tragedias y los peligros con valor y resolución. Os agradezco, igual que a Vespasia, que veáis las cosas como yo, y que comprendáis que no es momento de entregarse a sentimientos personales, por muy profundos que sean, mientras permitimos que la historia nos sobrepase.

Aunque no excluyó explícitamente a Enid, Vespasia tuvo la firme sospecha de que era lo que pretendía y que la cuñada de Cordelia era muy consciente de ello.

También le habría gustado tomar distancia de esas opiniones. Denoon manifestó claramente que estaba a favor de aumentar las competencias de la policía para intervenir en la vida de la gente cuando se sospechaba que iba a cometerse un delito, incluso antes de tener pruebas. Vespasia era bastante más cautelosa; temía la posibilidad de que se cometieran abusos y le preocupaba la reacción pública.

Cordelia y Denoon siguieron hablando. Mencionaron a Tanqueray, propusieron un encuentro y mentaron a otras personas.

Vespasia miró a Enid Denoon que, al parecer, ni siquiera los escuchaba. En reposo, su rostro mostraba una fragilidad que sorprendía, como si estuviese acostumbrada al dolor. Sin duda no sabía lo que revelaba su expresión porque, de lo contrario, se habría mostrado más precavida, aunque lo cierto es que ni Cordelia ni Denoon se dignaron mirarla.

En el pasillo sonaron unas pisadas. Al cabo de unos segundos se abrió la puerta. Todos se volvieron cuando Sheridan Landsborough entró. Vespasia esperaba ver dolor en su rostro, pero se sobresaltó al reparar en el tono apergaminado de su piel, en las mejillas hundidas y en las ojeras.

—Buenos días, Edward —dijo fríamente y se obligó a sonreír—. Hola, Enid. —Apenas miró a su esposa antes de volverse hacia Vespasia. Abrió mucho los ojos y sus mejillas recuperaron un poco de color—. ¡Vespasia!

La mujer se acercó un paso. Llevaba preparado un discurso formal, pero se le olvidó antes de que llegara a sus labios.

—Lo lamento muchísimo —dijo en voz baja—. Imagino que no puede ocurrir

nada peor.

—Gracias —murmuró Landsborough—. Te agradezco que hayas venido.

Casi sin saber lo que hacía, Enid se acercó a su hermano. De pie uno al lado del otro, el parecido era sutil pero innegable, no tanto por sus facciones como por la forma de la cabeza, el modo de permanecer en pie, cierta gracia cansina y desgana, tan innata que resultaba imposible abandonarla incluso en un momento como ése.

Cordelia clavó la mirada en su marido.

—Supongo que ya está todo organizado.

La expresión de Landsborough no se suavizó cuando la miró.

—Por supuesto —replicó—. No hay nada que elegir ni decidir.

Su tono no transmitió emociones. Tal vez ese férreo control era lo único que podía soportar. De habérselo permitido, la presa de sus sentimientos se habría roto y provocado una riada. La dignidad se había convertido en una especie de refugio. Magnus era su único hijo. Vespasia pensó que, posiblemente, la distancia entre ambos también era una protección. Cada uno podría haber metido el dedo en la llaga del otro.

Reparó en la atmósfera cargada de electricidad, como antes de una tormenta, y se dio cuenta de que estaba de más. Se dirigió a Cordelia y dijo al tiempo que hacía una ligera inclinación de cabeza:

—Te agradezco que me hayas recibido. Ha sido extremadamente amable por tu parte.

Cordelia no hizo el menor ademán de acompañarla a la puerta.

—Tu ayuda es de un incalculable valor. Ahora debemos luchar más que nunca por nuestras convicciones. —Respiró hondo y sus ojos oscuros acentuaron la extrema palidez de su piel—. Eres una amiga de verdad.

Vespasia no estaba de acuerdo. Cordelia sabía tan claramente como ella que eran cualquier cosa menos amigas.

—No podía obrar de otra manera —musitó y reparó en la ironía de sus palabras.

Sheridan se volvió hacia Vespasia.

—¿Me permites que pida tu coche? —preguntó y se estiró para accionar el tirador de la campana.

—Gracias —aceptó.

Era tanta la tensión que había en el aire que parecía poder cortarse. Enid paseó la mirada de su hermano a su cuñada y Vespasia no supo si su mirada era de cólera o de temor. Tenía los hombros rígidos y la cabeza alta, como si esperase que volviera un antiguo dolor que ni siquiera su valor podría compensar.

—Piers se sentirá muy apenado —intervino Denoon bruscamente.

Vespasia recordó que Enid tenía un hijo. Debía de rondar los treinta años, ya que tenía aproximadamente la misma edad que su primo Magnus.

Cordelia captó el mensaje.

—Creo que nosotros también deberíamos marcharnos —opinó Enid y se dirigió a

Denoon más que a Cordelia—. La discusión acerca de las reformas legales puede esperar un par de días. Además, necesitarán meses, o años, para ponerlas en práctica.

—¡No disponemos de años! —exclamó Denoon colérico y con la cara encendida—. ¿Crees que las fuerzas de la anarquía se quedarán cruzadas de brazos a la espera que las desbaratemos?

—Supongo que se darán por satisfechas viendo cómo nos desbaratamos —replicó ella.

—¡No seas ridícula! —añadió Denoon con voz apenas audible, como si su esposa lo hubiera avergonzado y no supiese cómo afrontar la situación en presencia de Vespasia y Landsborough.

Sheridan Landsborough se tensó, se aproximó a su hermana y se distanció de su esposa. Respiró con los dientes apretados.

Vespasia estaba profundamente incómoda. Se sintió obligada a intervenir antes de que la situación empeorase:

—Es posible que causemos daños si reaccionamos demasiado rápida o drásticamente —afirmó, miró a Enid y desvió los ojos hacia otro lado—. No podemos desatar críticas por ser tan represivos como dicen o que nos vuelvan la espalda por autoritarios. De momento, los corazones y las mentes están a nuestro favor. No podemos permitirnos el lujo de perderlos.

Transcurrieron varios segundos en un insoportable silencio hasta que Landsborough tomó la palabra:

—Sí, por supuesto, tienes toda la razón.

Sheridan salió al pasillo. Vespasia lo siguió. Pidieron a un lacayo que informase a su cochero de que estaba a punto de partir y de que hiciera lo mismo con el de los Denoon. Cordelia comentó algo acerca del tiempo y Vespasia respondió.

Se abrió la puerta forrada de fieltro verde que comunicaba con el alojamiento de los criados y un lacayo con librea la franqueó. Era joven y se movía con la gracia de alguien acostumbrado a la actividad física; parecía seguro de sí mismo. Sólo miraba a Enid; no hizo caso de nadie más, ni siquiera de Denoon.

—Señora, el coche está a punto —anunció respetuosamente y se detuvo a cierta distancia.

Sus miradas se cruzaron unos instantes y el lacayo la desvió deliberadamente.

Enid le dio las gracias y se despidió de Landsborough apoyándole unos segundos la mano en el brazo. Saludó con una inclinación de cabeza a Cordelia, sonrió a Vespasia y se dirigió serenamente hacia la puerta mientras Denoon la seguía.

Poco después también llegó el coche de Vespasia. Landsborough le ofreció el brazo, como discreta muestra de que le gustaría conversar un poco más con ella, si no a solas, al menos fuera del alcance del oído de su esposa.

Vespasia se despidió nuevamente de Cordelia y aceptó el brazo de Landsborough. Franquearon juntos la puerta de entrada y bajaron la escalinata hacia el coche que la aguardaba.

—Gracias por venir —dijo Sheridan quedamente—. Ha sido muy amable por tu parte, sobre todo en estas circunstancias.

Vespasia no supo si se refería a su vinculación en el pasado o a la forma en la que Magnus había muerto y lo que aquello podía acarrear. Tal vez en el futuro habría acusaciones de culpa o ultrajes públicos.

—Lamento profundamente tu pérdida —declaró con sinceridad—. Es indudable que más adelante tendremos que afrontar otras cuestiones pero, de momento, son irrelevantes.

Landsborough esbozó una ligera sonrisa. Su rostro parecía avejentado y tenía la piel delgada como el papel, pero su mirada era la de siempre.

—Pero no tardarán en llegar. Magnus siempre fue demasiado entusiasta. Abrazó algunas causas porque la injusticia lo sublevaba. Aunque no siempre las estudió con suficiente profundidad ni se dio cuenta de que, en ocasiones, hay malas personas que defienden una buena causa. Tendría que haberle enseñado a tener más paciencia y mucha más sabiduría.

—No se puede enseñar a quien no quiere aprender —añadió Vespasia con delicadeza—. Creo recordar que, cuando rondaba los treinta años, fui una especie de revolucionaria. La suerte fue que no me dediqué a ello en mi país, aunque en Roma encendí tanto los ánimos que tuve que irme. Afortunadamente pude regresar a Inglaterra.

Landsborough la miró con una antigua ternura que Vespasia recordó con placer y culpa.

—Jamás me lo contaste. Sólo hablamos del calor y de la comida. Siempre te gustó la comida italiana.

—Tal vez algún día te lo cuente —respondió, aunque sabía que jamás lo haría.

Aquel verano de 1848 formaba parte del pasado, no podía incorporarlo al resto de su vida y no le apetecía compartirlo ni siquiera con Sheridan Landsborough. Además, podría dolerle recordar la juventud, el ímpetu del idealismo y el amor que se le había escapado, y quizá también le recordaría al hijo cuya pérdida lloraba.

El coche aguardaba. Vespasia lo miró a los ojos y vio recuerdos, soledad y tal vez un poco de culpa. En su juventud podría haber sido un revolucionario. La injusticia y el cambio le importaban y había tenido el valor suficiente para expresarlo. Tal vez por ese motivo jamás había ocupado altos cargos en el gobierno. ¿Hasta qué punto estaba al corriente de lo que hacía Magnus? ¿Cabía la posibilidad de que en un principio estuviese de acuerdo y en el presente se dispusiera a defender la memoria de su hijo?

—Adiós —se despidió Vespasia tras aceptar la ayuda de Sheridan para subir al coche.

Durante el trayecto de regreso se planteó las mismas preguntas y a lo largo de la tarde sus pensamientos volvieron a la conversación entre Cordelia y Denoon y a las argumentaciones de Enid en sentido contrario. Su rostro se había encendido a causa de una emoción que era algo más que puro idealismo y el dolor estaba tan a flor de

piel que casi le resultaba imposible controlarlo.

Mientras caía la noche, Vespasia supo que no podía seguir pensando en aquella cuestión en solitario y pidió el coche para trasladarse a Keppel Street.

Charlotte estaba encantada de verla. Ya no se sentía incómoda por la modestia de su casa. Hacía años que se había dado cuenta de que en su cocina Vespasia se sentía mucho mejor que en la suya, en la que era dueña y señora, y donde los criados sólo respondían cuando les dirigían la palabra. Vespasia vivía en una casa llena de personas pero, en muchos aspectos, estaba sola. Así había sido desde la muerte de su marido y hasta es posible que incluso antes. Los hijos le ofrecían otra clase de afecto, que no necesariamente incluía la compañía.

—¡Tía Vespasia! —la saludó Charlotte con sincera alegría—. Pasa, por favor. ¿Quieres que nos sentemos en el salón?

—En absoluto —replicó Vespasia con franqueza—. ¿Hay algún problema en la cocina?

Charlotte sonrió.

—Los de costumbre. La colada está seca, los gatos duermen en la cesta de la leña y Gracie está guardando los platos en su sitio. Claro que también puedo hacerlo yo mientras ella dobla la ropa arriba.

Charlotte cogió la capa de Vespasia, el bastón con empuñadura de plata que solía llevar, pero que en realidad nunca usaba, y el sombrero.

En cuanto abrieron la puerta de la cocina, Gracie se volvió en el banco en el que secaba los platos de la cena y adoptó una actitud muy formal. Hizo una reverencia un poco tambaleante pero muy correcta.

—¡Buenas noches, *lady* Vespasia! —exclamó casi sin aliento.

—Buenas noches, Gracie —saludó Vespasia. Pasó por alto la reverencia, con su habitual estilo—. He tenido un día muy difícil. ¿Serías tan amable de prepararme una taza de té?

Gracie se ruborizó encantada. Cuando se giró dio un codazo a los platos, aunque en el último momento logró evitar que cayesen al suelo.

Charlotte miró a Vespasia, disimuló una sonrisa y se apresuró a intervenir:

—Lamento que hayas tenido un día tan malo. ¿Qué ha pasado?

Vespasia se sentó en una de las sillas de la cocina, con la espalda tan recta como cuando era estudiante y la institutriz le daba con la regla cada vez que hundía los hombros. Aprendió a andar con una pila de libros sobre la cabeza, más exactamente de diccionarios, nada de textos frívolos como las novelas, y desde entonces tenía la costumbre de adoptar siempre una buena postura. Sin pensar recogió a su alrededor las faldas de color gris oscuro para evitar que pudieran molestar.

—Fui a dar el pésame a lord y *lady* Landsborough por la muerte de su hijo —explicó sin circunloquios—. Sólo pretendía dejar una nota y me sorprendió que me

recibieran. —Notó que Charlotte abría mucho los ojos—. Cordelia Landsborough no me cae bien y a ella le ocurre lo mismo conmigo, por diversos y justificados motivos en los que no es necesario entrar. —Charlotte se mordió el labio inferior y no hizo comentario alguno—. Estoy convencida de que me recibió porque quiere utilizar mi influencia política en su cruzada para que el Parlamento apruebe una ley que permitiría a los policías llevar armas de fuego —prosiguió Vespasia—. Y para que, en el cumplimiento de su deber, tengan el poder suficiente para invadir la intimidad de la gente corriente. Esa cuestión me ha dejado muy preocupada. Edward Denoon también estaba allí. Supongo que has leído su editorial en el diario de hoy.

El tono de Vespasia no era el de una pregunta.

A Gracie se le cayó al suelo una cucharada de hojas de té y se agachó a recogerlas. Se movió en silencio para no interrumpir la conversación.

Charlotte miró a Gracie y nuevamente a Vespasia con expresión seria y el rostro ligeramente fruncido de inquietud.

—¿Acaso las palabras de *lady* Landsborough no se deben al dolor? —preguntó—. Pobre mujer, tiene que estar destrozada.

Apretó los labios y tensó los músculos de cuello como si pensara en su propio hijo, que se encontraba en el primer piso y supuestamente repasaba los textos escolares antes de acostarse. Era un niño todavía manejable y dispuesto a obedecer. Al cabo de unos años sería muy distinto; estaría lleno de pasión y obstinación, convencido de saber cuáles eran los males del mundo y la manera de corregirlos. Probablemente sería lo que haría si poseía el ardor y el valor que suele tener la juventud.

—Se sobrepondrá al dolor obligándose a actuar —afirmó Vespasia—. Lo superará a través del agotamiento, de las lágrimas o de cualquier cosa que podamos imaginar.

Charlotte reflexionó unos segundos antes de responder, pero su expresión se suavizó; prefería evitar la dificultad de comprender los sentimientos de Vespasia.

—¿La ayudarás a introducir semejante cambio legal? —inquirió consternada ante esa posibilidad.

Gracie permanecía de espaldas al fregadero y ni siquiera fingía no escuchar la conversación. Embelesada, paseó la mirada de una a otra. Aunque no se atrevió a interrumpir, era evidente que tenía una clara opinión acerca de ese tema.

—No —repuso Vespasia—. No lo haré.

Gracie aspiró aire ruidosamente.

Charlotte sonrió y se relajó un poco.

—Me hago cargo de lo que siente —admitió—. La violencia es aterradora y debemos hacer cuanto podamos para evitarla.

Su tono moderado fue la gota que colmó el vaso para Gracie. Como la que hablaba no era Vespasia, sino Charlotte, no se sintió obligada a seguir en silencio.

—¡Son las personas corrientes las que vuelan por los aires! —exclamó desesperada—. ¡Es posible que no tengan poder ni dinero, pero la policía y el

gobierno deberían protegernos! Me parece horrible. En los periódicos he visto imágenes de lo que han hecho. ¿Dónde dormirán esta noche? Han perdido sus casas y todo lo que tenían. ¿Quién les devolverá sus pertenencias?

Charlotte se ruborizó, incómoda ante la posibilidad de que Vespasia se hubiera ofendido.

Ésta observó a Gracie con absoluta seriedad; la criada palideció, pero no bajó la mirada.

—Ésta es una pregunta tremendamente difícil de responder —repuso Vespasia en tono quedo—. Haré cuanto esté en mis manos para recaudar dinero a fin de ayudar a los que se han quedado sin hogar. Te doy mi palabra. Sin embargo, el motivo por el que no colaboraré con el señor Denoon es que no confío en que su respuesta sea moderada. Me temo que reaccionará tan violentamente que agravará el problema en lugar de solucionarlo.

Gracie parpadeó.

—¿Lo hará? ¿De verdad está dispuesta a ayudarlos?

El agua empezó a hervir, pero no le hicieron el menor caso.

—Ya he dicho que lo haré —replicó Vespasia, muy seria—. Tus comentarios son muy justos. Nos encolerizamos por la destrucción y pensamos en la manera de castigar a los que la han causado en vez de esforzarnos por ayudar a quienes la padecen.

Ninguna de las tres oyó que Pitt cerraba la puerta ni percibió sus ligeras pisadas por el pasillo.

—Gracias, tía Vespasia —dijo Pitt con gran seriedad.

Hacía tiempo que le permitía que la llamara así. Pitt entró en la cocina, saludó primero a Vespasia y a continuación a Charlotte y a Gracie. Tomó asiento en otra de las sillas de respaldo rígido.

—Thomas, ya se ha producido una reacción —le comunicó Vespasia—. Edward Denoon intenta hacer campaña en favor de armar a la policía y de ampliar sus competencias para que pueda registrar a los ciudadanos y sus hogares.

No era necesario que Vespasia explicase a Pitt quién era Denoon.

—Lo sé —confirmó sombríamente—. ¿Crees que lo conseguirá?

Vespasia reparó en la angustia y en la necesidad de tener esperanzas que se reflejaban en el rostro de Pitt. Jamás le había mentado, y no se le ocurriría empezar a hacerlo con un tema de esa gravedad.

—Me temo que será difícil detenerlo. Hay muchas buenas personas que están muy enfadadas y asustadas.

Pitt parecía cansado.

—Es cierto, y quizá tienen derecho a estarlo. Sin embargo, la situación no mejorará armando a la policía. Sólo nos falta tener que enfrentarnos a batallas campales en plena calle. Si registramos a los ciudadanos sin motivos de peso o entramos en sus casas, el único lugar en el que se sienten seguros, perderemos su

disposición a colaborar. No debemos olvidar que tardamos treinta años en conseguirlo.

Gracie parecía profundamente confundida. Pitt estaba de espaldas a ella y no notó su mirada de consternación. Pero Charlotte sí la vio.

—Debemos luchar contra ellos. ¿Qué podemos hacer? ¿Tienes idea de quiénes son o, al menos, de qué quieren?

—Sé lo que dicen que quieren —repuso Pitt cansinamente.

Charlotte percibió en su marido un sentimiento de dolor que hasta entonces no había notado.

—¿Qué quieren?

—El fin de la corrupción policial —respondió.

Charlotte se quedó de piedra.

—¿Has dicho corrupción?

Pitt se tocó los cabellos.

—Desconozco si existe en el grado que afirman, pero tendré que averiguarlo. Es necesario que la gente crea en la ley si queremos que la respete.

Vespasia notó que el frío se apoderaba de ella y experimentó una sensación de pérdida mucho mayor que la que provoca la muerte de un hombre, por muy violenta o trágica que ésta haya sido.

—En ese caso, es posible que tengamos que librar una batalla —aseguró Vespasia—. Debemos prepararnos para el combate.



Por la mañana, Pitt volvió al calabozo para intentar averiguar algo más hablando con los anarquistas. Welling tenía la mirada perdida y parecía agotado. Daba la sensación de que había pasado la noche en vela, andando de aquí para allá, y que estaba demasiado afectado para pensar coherentemente. Ni siquiera se atrevió a hablar con Pitt.

La actitud de Carmody fue distinta. Era un idealista que sólo deseaba hablar de la opresión del gobierno, de la explotación de los pobres y de los males intrínsecos de la propiedad y las normas. Estaba lleno de energía y apenas podía estar quieto.

—¡Somos viejos! —exclamó, miró impetuosamente a Pitt y agitó sus delgados dedos en el aire—. ¡Estamos cansados! Necesitamos un nuevo comienzo. Debemos acabar con los errores del pasado, borrarlos de una vez por todas. —Realizó gestos desaforados con ambos brazos—. ¡Hay que empezar otra vez!

—¿Con nuevas reglas? —inquirió Pitt con amargura.

—¿Lo ve? ¡Ha vuelto a hacerlo! —lo acusó Carmody—. Es incapaz de pensar sin reglas. Finge escuchar, pero no hace el menor caso. Es como todos, intenta imponer su voluntad a los demás. Todo se reduce siempre a lo mismo: el poder, el poder, constantemente el poder. No ha oído una sola de mis palabras. ¡Nada de reglas! Están asfixiando a la gente, la están matando lentamente. ¿No se da cuenta? Terminarán por matar a todo el país.

—En realidad, creo que el problema es precisamente el contrario —puntualizó Pitt y pasó el peso del cuerpo de un pie al otro.

La atmósfera del calabozo era asfixiante y húmeda. Carmody estaba exasperado y la fingida estupidez de Pitt pudo con él.

—¡Fuera! —gritó de repente—. ¡No pienso decirle nada! No fuimos nosotros, sino ustedes quienes mataron a Magnus. No teníamos motivos para liquidarlo. Era nuestro jefe.

—¿Tal vez otro quería ocupar su lugar? —preguntó Pitt sin moverse.

Carmody lo observó con profundo desprecio.

—¿Es eso lo que hacen ustedes? ¿El que quiere ascender en la policía mata al hombre que tiene por encima?

Pitt se metió las manos en los bolsillos antes de responder:

—No daría resultado. Hay reglas que lo impiden.

La ira demudó unos segundos la expresión de Carmody, pero luego se dio cuenta de que se mofaban de él.

—¡Y por descontado ustedes siempre acatan las reglas! —añadió con mordacidad—. Es precisamente lo que he visto en Bow Street.

Pitt estuvo a punto de contestar y de atraparlo en la necesidad que mostraba

Carmody de regirse por ciertas reglas, pero el sarcasmo acerca de Bow Street le dolió más de lo que imaginaba. Por mucho que en aquel momento fuese responsabilidad de Wetron, la fama de esa zona lo preocupaba intensamente. Había trabajado con algunos de esos hombres; recordaba particularmente a Samuel Tellman, que se mostró muy molesto con Pitt cuando asumió el mando. Tellman pensaba que no estaba preparado para dirigirles y que lo habían ascendido inmerecidamente. El mando era coto de los caballeros, de exoficiales del ejército o de la armada, que valoraban los méritos de la experiencia y no estorbaban. Tellman no aprobaba a los que ascendían desde la base. Para ambos fue un recorrido largo y con frecuencia difícil hasta que, poco antes de la expulsión de Pitt, llegaron a confiar el uno en el otro. Al cabo de poco tiempo, la lealtad de Tellman salvó la vida de Charlotte en Devon.

Una expresión triunfal cambió lentamente el semblante de Carmody al ver que Pitt no respondía; supo que su disparo había dado en el blanco.

—Si no quiere reglas —dijo Pitt finalmente—, ¿por qué se queja de que algunos hombres de Bow Street no las respetaran? ¿Cabe suponer que estaría de acuerdo!

—¡Porque son una sarta de hipócritas! —se sulfuró Carmody—. ¡Sólo las respetan cuando les conviene!

—¿Y no es lo que hace usted? —preguntó Pitt—. ¿No es lo que defiende? Que cada uno haga lo que quiera y sin normas, incluso sin reglas sobre el respeto de las reglas. —Carmody estaba confundido. Pitt se inclinó y añadió con gran seriedad—: Escuche, tengo tantos o más deseos que usted de saber quién mató a Magnus. Quien lo haya hecho transgredió mis reglas. Asegura usted que no cree en reglas, pero no es más que una tontería. Está enfadado conmigo porque piensa que le miento...

—¿Y no lo hace? —lo acusó Carmody.

—¡Ajá, veo que tiene reglas acerca de la mentira! —apostilló Pitt. Carmody bufó ruidosamente—. Supone que uno de nosotros mató a Magnus y se enfurece porque no espera que la policía mate a sangre fría. Por lo tanto, tiene normas sobre el asesinato. ¿Qué me dice de la traición? ¿También tiene reglas sobre ella?

Carmody pareció traspasarlo con la mirada.

Pitt se limitó a esperar.

—Sí —reconoció Carmody con mirada precavida y dolida.

—Quien disparó contra Magnus fácilmente podría haber acabado con Welling y con usted. ¿Por qué no lo hizo? —Carmody parpadeó—. Veamos, en el caso de que lo matara un policía, ¿no cree que mi hipótesis tendría sentido? —Pitt aprovechó su transitoria ventaja—. ¿Para qué dejar con vida a un testigo? ¿Qué diferencia hay entre un anarquista y otro?

—Magnus era nuestro jefe —replicó Carmody sin dudarlo—. Matarlo tiene sentido.

—Tuvo que ser uno de los suyos, ¿quién más podía saber quién era el jefe? —quiso saber Pitt. Carmody permaneció en silencio, pero se puso pálido y miró a Pitt

con mucha atención. La apariencia de hastío se esfumó—. De haber sabido algo acerca de ustedes, los habríamos detenido mucho antes de que hicieran estallar una bomba en Myrdle Street. Ahora parecemos unos incompetentes. De todos los policías que hay en Londres, ¿por qué Grover? ¿Por qué volaron su casa?

—Porque se dedicaba a hacer el trabajo sucio de Simbister, en Cannon Street —explicó Carmody.

Se recompuso, aunque la cólera hizo que le temblase la voz.

Pitt tuvo la sensación de que se le formaba un nudo en el pecho.

—¿Cómo se enteraron?

Carmody dejó escapar un gruñido de impaciencia.

—Si hubiera conocido a Magnus, no tendría dudas.

—No lo conocí.

—Era muy cuidadoso. Apuntó horarios, lugares y cantidades. Sabía exactamente quién pagaba y cuánto, quién amenazaba y quién cumplía las amenazas. Incluso ayudó a algunas personas saldando sus deudas.

Su tono era orgulloso y miró a Pitt con una ira que nacía del dolor y de la injusticia de una situación irreparable.

A Pitt se le cerró la boca del estómago, pero le creyó. De todas maneras, necesitaba más información y no podía esperar que Carmody creyese en él. Intentó que su expresión no revelase las emociones de su interior.

—¿Lo sabe a ciencia cierta?

—¡Sí, claro que sí! —Carmody se echó ligeramente hacia delante—. Además, usted me cree. Sabe perfectamente que digo la verdad. Si miente lo suficiente y logra que sus hombres también lo hagan, conseguirá que me ahorquen por el asesinato de Magnus, pero no podrán silenciarnos a todos. Hay pruebas y usted jamás las encontrará. No podrá impedir que el trabajo de quien sea que mató a Magnus continúe.

—¿Qué quería Magnus? Al margen del caos, la falta de reglas, de seguridad para cultivar alimentos y trasladarlos a las ciudades, de transportes, calefacción, luz o protección para los débiles...

—¡Él no quería eso! —exclamó Carmody, contrariado—. Nosotros no perseguíamos el caos, sino el fin de la opresión. —Cambió ligeramente de postura. El aire del calabozo seguía siendo frío y húmedo—. Búrlase todo lo que quiera de nosotros, pero Magnus era un reformista no un revolucionario. Me ha preguntado usted quién quería matarlo. Nosotros, no. Creemos en lo que hacía y estábamos dispuestos a darlo todo para ayudarlo. ¡Y aún lo estamos! —Señaló con el dedo la puerta metálica—. Plantéese quién tiene más que perder... dicho de otra manera, cuál es el móvil. ¿Acaso no es lo que deben investigar los detectives? ¿A quién podía dañar Magnus? A la policía corrupta. Aquí tiene la respuesta.

—¿De Cannon Street? —preguntó Pitt con voz queda.

—Y de Bow Street, Mile End y Whitechapel.

—¿Quién tiene las pruebas?

Aunque no esperaba respuesta, Pitt tenía la obligación de hacer la pregunta.

Carmody dejó escapar un bufido.

—¿Cree que se lo diré? Si realmente lo desconoce, comience por Myrdle Street y diríjase al oeste. Indague en la taberna Dirty Dick de Bishopsgate o pregunte a Polly Quick de la Ten Bells, junto al mercado de Spitalfields.

Pitt sabía que por mucho que insistiera no obtendría más información. Estaba obligado a demostrarlo o refutarlo siguiendo esas acusaciones.

Se puso en pie y replicó:

—Lo haré.

—Están por todo el East End —añadió Carmody con un peculiar e ingenuo tono de esperanza—. Si se lo propone los encontrará.

Pitt regresó a Keppel Street antes de seguir las recomendaciones de Carmody. Para averiguar algo en el East End debía llevar ropa menos llamativa. Para fastidio de Charlotte, en casa guardaba prendas con los bordes raídos, salpicadas de barro, así como botas desgastadas a las que en varias ocasiones había tenido que poner suelas nuevas.

Vestido con esas ropas llegó alrededor de mediodía a Bishopsgate, donde se mezcló con los vendedores ambulantes, los oficinistas y los trabajadores. En esa zona de la ciudad, hombres, mujeres y niños trabajaban incansablemente a fin de conseguir lo imprescindible para sobrevivir: fabricaban muebles baratos, trenzaban cestas, remendaban ropa y comerciaban con todo lo que la gente estuviese dispuesta a comprar. Las calles estaban atestadas, sucias y eran ruidosas. El olor a basura, hollín y apretada humanidad se adhería a la nariz y a la garganta. Algunas vacas y cerdos hociaban entre los desperdicios del mercado en busca de algo comestible. Los perros olisqueaban esperanzados y los gatos perseguían ratas.

Pitt ya se había quitado de los bolsillos los objetos de valor y deambuló por Bishopsgate sin preocuparse por los hurtos. Cruzó Camomile Street, Wormwood Street y a continuación Houndsditch hasta llegar a la Dirty Dick, situada a la derecha. Durante el reinado del soberano francés Luis XVI se la conocía como «Puertas de Jerusalén». Indudablemente había perdido categoría.

La puerta estaba abierta; un hombre fornido y con el pelo pegado a la cabeza hacía rodar un barril por la acera, hacia la trampilla que daba a la bodega.

Pitt se detuvo a su lado.

El hombre levantó la cabeza, la ladeó y dijo:

—Dentro hay alguien que le servirá lo que pida.

—No quiero cerveza —repuso Pitt y no se movió un centímetro.

El hombre enderezó lentamente la espalda.

—Y usted, ¿quién es? —Su tono estaba lleno de desconfianza. Miró a Pitt de

arriba abajo y entornó los ojos—. Es la primera vez que lo veo por aquí —añadió en tono acusador.

Pitt decidió que no faltaría del todo a la verdad.

—No he estado mucho por aquí. Suelo trabajar en la zona de Bow Street.

El hombre soltó sapos y culebras por la boca, pero su voz sonó desesperada y colérica.

Pitt decidió esperar, ya que percibió que algo iba mal, aunque no sabía de qué se trataba.

La expresión del hombre era amarga.

—¡No pienso darle nada! Esta semana ya he pagado y no tengo más. ¡Cierre la taberna si quiere! ¡Vamos, hágalo! ¡Así ya no conseguirá nada! ¡Son unos cabrones repugnantes!

—No le he pedido nada —puntualizó Pitt lentamente—. ¿Qué le ha hecho pensar que vengo a buscar dinero?

El rostro del hombre hizo una mueca de desdén, entreabrió los labios y dejó al descubierto unos dientes amarillentos.

—Me está cortando el paso. Dice que no quiere cerveza. ¿Me toma por tonto? Le aseguro que no lo soy. Tampoco pienso pagarle. ¡Haga lo que le venga en gana! No tengo nada.

A Pitt se le cerró la boca del estómago. Tal como había dicho Carmody, el tabernero pensaba que había ido a buscar dinero a cambio de protección.

—Nadie debe pagar más de una vez —coincidió—. En ese caso es mejor no pagar...

—¿Y que me muelan a palos? —preguntó el hombre fuera de sí—. Diga, ¿quién me ayudará? ¿La policía? —Escupió al suelo, junto a los pies de Pitt, pero estaba a punto de llorar de desesperación. Se le atragantaron las palabras—. ¡Vamos, lárguese! ¡No tengo nada para usted! ¡Mátame y seguiré sin tener nada! ¡Si quiere dinero, quítese del medio y déjeme trabajar!

El tabernero se irguió con los puños cerrados y los hombros rígidos, como si estuviera a punto de perder el control y empezar a dar golpes; probablemente porque ya no le quedaba nada que esperar, ya no tenía con que luchar, salvo los puños. Estaba lo bastante desesperado como para desear que esa situación tocara a su fin.

—Dígame quién le pide dinero y me encargaré... —comenzó a decir Pitt, pero enseguida se dio cuenta de que era inútil. Por mucho que se esforzase por negarlo, era el enemigo. Al menos para el tabernero así era—. Escuche... —insistió.

El hombre avanzó un paso, con la cabeza baja y los músculos en tensión, dispuesto a lanzar el puñetazo.

Pitt retrocedió, se dio la vuelta y se alejó. Ni había manejado bien la situación ni aprendido algo útil. El tabernero estaba convencido de que sus torturadores eran policías, pero Pitt necesitaba nombres, cuentas, horas de recogida, algo demostrable. Tendría que esforzarse mucho más.

Subió por Bishopsgate, giró a la izquierda tras pasar frente al vendedor de cordones de la esquina de Brushfield Street y se encaminó hacia el mercado de Spitalfields. Tres mujeres discutían junto al bordillo. Un niño lloraba a moco tendido. Pasó un crío deshollinador; tenía los hombros redondos e iba manchado de hollín. Media docena de golfillos jugaban hábilmente a los dados en la acera, los lanzaban al aire y los atrapaban al tiempo que movían otros que utilizaban como fichas. Era un buen ejercicio para mantener los dedos ágiles, un buen adiestramiento para coger carteras ajenas con rapidez y sin que la víctima se diese cuenta.

Pitt pasó frente a casas destartalladas, antaño hogares y talleres de comerciantes de seda, que en aquel momento vivían tiempos más difíciles si cabe. Pasó el carro de un vendedor ambulante, la narria de un cervecero y carretas cargadas de carbón y maderos, que se dirigían hacia el puerto.

Al llegar a la taberna Ten Bells, entró y pidió una pinta de sidra. Dejó que durante unos segundos su sabor fresco arrastrara el gusto amargo de las calles.

Reparó en que la tabernera lo observaba discretamente, ya que era forastero. Se trataba de una mujer menuda, metida en carnes y con el pelo rubio que escapaba de las horquillas, pero no dejaba de sonreír. Saludaba por su nombre a la mayoría de los presentes. Su negocio era próspero.

Pitt se acercó a la barra y pidió otra pinta de sidra, así como una ración de pan con queso. La mujer se lo entregó sin dejar de sonreír, aunque su mirada era desconfiada. A corta distancia Pitt reparó en que la piel del cuello blanco de la tabernera estaba algo flácida y surcada de delgadas arrugas. Pese a su energía y su buen humor, hacía mucho que había pasado de los cuarenta.

—Gracias —dijo Pitt tras coger la pinta y el plato—. Tiene un buen establecimiento, hay mucha actividad.

La mujer le clavó la mirada. Pitt supo que ya se había dado cuenta de que le causaría problemas. Detestaba aquella situación, pero necesitaba la información.

—La suficiente —masculló la mujer y simuló que seguía siendo bien recibido.

—La suficiente como para compartir una parte de los beneficios —replicó. Más que una pregunta, fue una afirmación. La expresión cálida de la tabernera se esfumó.

—Yo ya pago... —declaró fríamente.

—¡Lo sé! —Pitt no permitió que siguiese protestando—. Y no se puede pagar dos veces. También lo sé. Por eso le propongo que me pague. Me ocuparé de todo. Págueme, pague menos pero ocúpese de hacerlo regularmente.

—Sí, claro —añadió la tabernera con amargura—. ¿Y qué hago cuando el otro se presente? ¿Le digo que no tengo nada y que se vaya por donde ha venido?

—No. Dígame cuándo vendrá y qué aspecto tiene y yo me ocuparé de él.

La mujer enarcó las cejas y paseó la mirada a su alrededor.

—¿Seguro? ¿Usted y quién más? ¡Son centenares! ¡Es la maldita fuerza policial al completo! Si quita a uno, dos más ocupan su lugar. Dígame, ¿cuántos hay como usted?

Pitt reflexionó unos segundos antes de responder:

—No se preocupe por eso. Dígame quién es, cuándo se presenta, qué aspecto tiene y yo me deshaceré de él. Sólo entonces tendrá que pagarme. —La tabernera estaba atemorizada y desconfiaba. Su mirada dejó traslucir la certeza de la derrota. Pitt experimentó tal arrebató de furia que alteró su expresión, por lo que la mujer retrocedió. Habría querido disculparse, pero habría echado a perder cuanto había conseguido—. ¿Cómo se llama?

—Jones. Lo llamamos Jones «el Bolsillo».

—¿Qué aspecto tiene?

—Tiene la nariz afilada y el pelo negro —repuso y esbozó un puchero—. No es muy alto. No puedo decir si es flaco o gordo porque, tanto en verano como en invierno, lleva un abrigo muy holgado. Debajo podría haber cualquier cosa.

—¿Viene regularmente?

—Como los impuestos y la muerte.

—¿Cuándo?

—Todos los miércoles. Más o menos a media tarde, cuando apenas hay clientela.

—El próximo miércoles hará su última visita —aseguró Pitt con profunda satisfacción.

La tabernera confundió esa alegría con la codicia que había manifestado un rato antes. Se encogió ligeramente de hombros.

—Me da exactamente lo mismo pagarle a él o pagarle a usted. Es igual. Pero no puedo pagar dos veces porque entonces no puedo saldar cuentas con el cervecero y nos quedaríamos todos sin nada.

Pitt se volvió, anduvo sobre el suelo cubierto de serrín y salió a la calle, pero enseguida se arrepintió, regresó e intentó darle ánimos y convencerla de que la situación no tardaría en cambiar.

Al anochecer se encontraba en la entrada del callejón donde se alzaba la casa en la que se alojaba Samuel Tellman. Esperaba a que éste regresara. El viento era más fresco y parecía que iba a llover. Pitt pasó el peso del cuerpo de un pie al otro. Le había dado vueltas y más vueltas al problema y había llegado a la conclusión de que no había otra solución sensata. Tellman trabajaba en Bow Street. Era el único que podía haber oído o visto a los que estaban implicados en la corrupción, aunque no formara parte de ella.

El viento era cada vez más frío y empezaba a lloviznar. Pitt se levantó el cuello de la chaqueta y se pegó a la pared. Las dudas lo carcomían. Tal vez los anarquistas no eran en absoluto ingenuos y pretendían manipularlo. Su objetivo principal era sembrar el caos. ¿Había un modo mejor de conseguirlo que enemistar a la Brigada Especial con la policía y crear sospechas entre ambas? Tal vez también hacían lo mismo, pero al contrario. Cabía la posibilidad de que en ese mismo momento alguien

estuviera diciéndole a la policía que Narraway era el responsable del atentado con bomba y del asesinato de Magnus Landsborough, que de ese modo crearía su propio círculo de poder. Pitt no se lo creía por nada del mundo, pero tampoco estaba en condiciones de demostrarlo. Se sorprendió de lo poco que realmente conocía a Narraway.

Un anciano con el pelo blanco que asomaba por debajo del bombín caminó deprisa por el redondel de luz de la farola y se perdió a lo lejos. Segundos después apareció Tellman, delgado, chupado de cara y con los hombros rígidos.

Pitt abandonó las sombras del callejón y caminó por el empedrado. Lo alcanzó en el mismo momento en el que Tellman llegaba a la puerta de su casa. Su antiguo compañero se volvió, sorprendido.

—Necesito hablar con usted —dijo Pitt a modo de disculpa—. Tenemos que hablar en privado.

No se atrevió a decir que fueran a las habitaciones de Tellman. Pero quería pedirle un favor y era fundamental que no los vieran juntos; de lo contrario, habría propuesto que acudiesen a cualquiera de las tabernas próximas.

Tellman se mostró receloso. Echó un vistazo a la penosa vestimenta de Pitt, pero lo conocía lo suficiente como para saber por qué la llevaba.

—¿Qué ha pasado? —Tellman se puso rígido—. No tiene nada que ver con Gracie, ¿verdad?

Pitt sintió una punzada de culpa por no haber sido claro desde el principio. Había sido testigo de su cortejo pausado, tierno y comedido y de lo mucho que se preocupaban el uno por el otro.

—No —se apresuró a responder—. Se trata de un asunto policial.

Las facciones de Tellman se tensaron.

—Pase. Ahora ocupo una habitación mejor, más grande.

En lugar de esperar a que aceptase, abrió la puerta con su llave y se internó por el pasillo estrecho, con suelo de linóleo y cuadros colgados de la pared. Del fondo de la casa llegó un agradable olor a comida, con un intenso aroma a cebolla. Pitt se dio cuenta de que estaba hambriento.

Tellman subió la escalera hasta el primer piso y abrió la puerta de la habitación que daba a la calle. Era amplia; había una cama con el cabezal de latón en una esquina, una mesa y una silla junto a la ventana y dos sillones tapizados cerca de la chimenea en la que las brasas ardían. Invitó a Pitt a sentarse y, tras aflojarse los cordones y quitarse la chaqueta, ocupó el otro sillón.

Pitt fue directamente al grano.

—Tiene que ver con el atentado de Myrdle Street —dijo sin más preámbulos—. Han sido los anarquistas. Hay un muerto y hemos cogido a dos. Uno, o quizá dos, han escapado. —Tellman aguardó. Sabía que Pitt no le pediría ayuda para encontrarlos—. He interrogado a los que detuvimos. Son jóvenes, ingenuos y se oponen enérgicamente a lo que ellos consideran males sociales... concretamente, a la



corrupción policial. —Escrutó el rostro de Tellman para ver si mostraba cólera o un intento de esconderla. No vio nada. Simplemente, Tellman se mostró cauto, a la espera de que le diese una explicación—. Lo primero que me planteé es por qué atacaron Myrdle Street. Al principio me pareció que lo habían elegido al azar. Después me enteré de que la casa del medio, la que destruyeron, pertenece a un policía de Cannon Street apellidado Grover.

Tellman asintió lentamente.

—Lo conozco.

—¿Qué puede decirme de él?

—Es un hombre importante, de alrededor de cuarenta y cinco años y constitución fuerte. —Tellman lo veía en su mente al tiempo que lo describía—. Pertenece al cuerpo desde que tenía más o menos veinte años. Ascendió a sargento pero, al parecer, no pretendió llegar a más. Conoce como la palma de su mano las calles y a la mayoría de las personas que se mueven por ellas. No hay un solo pintor callejero, un encubridor o un falsificador que no conozca por su nombre o por su oficio.

—¿Cómo lo sabe?

Tellman apretó los labios.

—Por su fama. «Si quieres saber algo de lo que ocurre en la zona de Cannon Street, pregunta a Grover».

—Entiendo. Según al menos dos fuentes, algunos policías cobran por proteger las tabernas del sector de Spitalfields —prosiguió Pitt—. Lo he comprobado personalmente en la Dirty Dick y la Ten Bells. Un hombre al que llaman Jones «el Bolsillo» va a recoger el dinero cada miércoles a media tarde.

—¿Está seguro de que pertenece a la policía? —preguntó Tellman contrariado.

—No. Sólo estoy seguro de que los dueños de las tabernas creen que lo es. Necesito averiguarlo. Quiero que lo detengan y ocupar su lugar.

—¿Para qué? Es posible que a la larga pueda relacionarlo con Grover, pero tendrá que demostrarlo. No sabe a quién rinde cuentas. Y puede estar seguro de que no se lo dirá.

—Tiene razón —coincidió Pitt—. De todos modos, si recaudo el dinero alguien se pondrá en contacto conmigo.

Tellman hizo una mueca sin perder su expresión de seriedad.

—¡Probablemente con un cuchillo en la mano!

—No lo harán hasta que recuperen el dinero que he recaudado y averigüen si trabajo solo.

Pitt era consciente del peligro que correría y le habría gustado encontrar otra forma de llegar al mismo fin, pero no se le ocurría otra.

Tellman estaba a punto de protestar cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo.

Se puso en pie cuando entró la casera.

Era una mujer guapa, de entre cincuenta y sesenta años; llevaba consigo el olor

cálido y sabroso de la cocina. Un delantal blanco almidonado protegía la mayor parte de su vestido de algodón.

—Señor Tellman, ¿quiere que le guarde la cena? —preguntó y miró a Pitt—. Si le apetece, hay suficiente para su visita. Sólo se trata de salchichas con puré de patatas y un poco de col, pero si quiere...

Tellman miró a Pitt.

Pitt aceptó de buena gana y Tellman pidió a la casera que les sirviera la cena tan pronto como pudiese. Aguardaron hasta que la trajo en una bandeja, se deshicieron en agradecimientos y sólo entonces prosiguieron la conversación entre un bocado y otro. Era comida sencilla, pero bien cocinada, y las raciones eran generosas.

—Spitalfields está en la zona de Cannon Street —concluyó Tellman, disgustado—. Es el sector de Simbister. Últimamente Wetron ha hecho buenas migas con él. Por lo visto, ha establecido alianzas por todas partes, más de las que suelen realizarse. Habitualmente suele producirse una especie de... —Tellman buscó la palabra precisa—, una especie de rivalidad... pero ahora no es así. Es distinto. Da la impresión de... de que algo ha cambiado.

Pitt sabía adónde quería ir a parar su antiguo compañero. El Círculo Interior era una red de alianzas secretas, promesas y lealtades entre hombres que, aparentemente, no guardaban la menor relación entre sí. Los de fuera no sabían quiénes eran, simplemente estaban al tanto de que algunas de esas personas habían triunfado donde otras fracasaron. Los acuerdos comerciales se resolvían de cierta manera. Algunos habían ascendido en lugar de otros que tenían más aptitudes. Si Wetron, que era por entonces el jefe de lo que quedaba del Círculo Interior, establecía alianzas con posibles rivales del mando policial de mayor nivel del país, la situación podía ser preocupante.

—¿Simbister? —preguntó Pitt.

—Y otros, pero sobre todo él —repuso Tellman sin dejar de masticar un trozo de salchicha—. Si los que cobran las extorsiones pertenecen a Cannon Street, tienen que ser más de dos o tres. ¡No podrá confiar en nadie!

—Ya lo sé. —Pitt experimentó un escalofrío a pesar de estar en una habitación caldeada y de haber comido—. Por eso le necesito. También querría que alguien en quien confíe detuviera a Jones cuando lo encuentre. Debo comprobar si lo que los anarquistas afirman es cierto.

No explicó por qué tenía que averiguarlo. No sólo tenía que ver con saber quién había asesinado a Magnus Landsborough, sino que se trataba de algo de mucha más envergadura. Estaba en juego la integridad del cuerpo al que ambos servían y en el que siempre habían creído.

Tellman asintió y terminó de cenar sin alegría.

El silencio se prolongó después de que comieran los últimos bocados y empezase a enfriarse el té en la tetera.

El malestar era patente en el delgado rostro de Tellman. Procedía de una familia

pobre pero muy respetable. Su padre había trabajado incansablemente para alimentarlos y vestirlos. Su madre era activa, malhumorada y escrupulosamente justa y los quería con una actitud defensiva que rayó en la violencia. De pequeños los regañaba por ser perezosos, apartarse del camino recto, ir demasiado de juerga, decir mentiras o meterse en asuntos ajenos. Claro que bastaba con que alguien criticara a sus hijos para que los defendiera como una leona. Consideraba que los logros que sus hijos conseguían no eran más que el cumplimiento de su deber y abordaba sus faltas con una estricta disciplina. Los quería a todos, pero del que se sentía más orgullosa era de Samuel porque luchaba por lo que consideraba justo. Lo incomodaba profundamente cuando lo ponía de ejemplo ante sus hermanos menores pero, después de la aprobación de Gracie, la de su madre era la que más importaba a Tellman.

Ver mancillado el buen nombre de su comisaría lo hería profundamente, tal vez incluso más que a Pitt.

—Yo también quiero saberlo —añadió Tellman quedamente—. Es imprescindible. Si también ocurre en nuestro distrito, si nuestros hombres cobran a cambio de dar protección, en mis manos está impedirlo. Si no lo hago también formaría parte de esa situación.

Clavó la mirada en Pitt y lo retó a llevarle la contraria.

—¡Tenga mucho cuidado! —advirtió Pitt de forma impulsiva, pues sabía que fácilmente podía Tellman ser falsamente deshonrado e incluso asesinado.

En ocasiones los agentes de policía morían en el cumplimiento del deber. Sería una muerte heroica. El mismísimo Wetron lo alabaría. Pitt no podría demostrar que las cosas habían ocurrido de otra manera. Con un nudo en el estómago y un gran peso en su interior, se dio cuenta de que, pese a la beligerancia, la peculiar vulnerabilidad, los prejuicios y la tenacidad de Tellman, apreciaba a ese hombre como si perteneciese a su familia. Sufriría algo más que un sentimiento de culpa por haberlo implicado; sentiría soledad, una pérdida dolorosa y definitiva.

Charlaron un poco más y, tras reprimir a duras penas otra advertencia, Pitt salió a la calle. El aire nocturno era más fresco, las farolas amarilleaban a causa del humo y comenzaba a caer una bruma tenue. Caminó hasta la calle principal y cogió un coche de punto que lo llevó a su casa.

Por la mañana fue a ver a Narraway, tanto para informarle de sus avances como para saber qué había averiguado. Lo encontró en su despacho, parapetado tras una pila de papeles acumulados sobre la mesa y con la pluma en la mano.

—¿Qué quiere? —preguntó Narraway bruscamente, tras alzar la cabeza cuando Pitt cerró la puerta.

Pitt tomó asiento sin que lo invitaran a hacerlo. Era la primera vez que hacía algo así. Sabía que Narraway era su superior y, pese a que su posición ya no era oficialmente insegura, la sensación de incertidumbre jamás lo abandonaba.

—Ayer investigué la corrupción de la que Welling y Carmody acusan a la policía —afirmó sin dar rodeos—. Quería demostrar que estaban equivocados.

—Y no lo consiguió —replicó Narraway sin soltar la pluma.

Pitt se llevó una gran sorpresa.

—¡De modo que lo sabía!

Se sintió traicionado porque Narraway no le hubiese mencionado la acusación de corrupción, como si no confiara en su lealtad, independientemente de sus vinculaciones pasadas.

Narraway no le quitaba la mirada de encima. Su rostro se veía tenso y muy arrugado a causa de la luz del sol que entraba por la ventana de la izquierda. Tenía los ojos casi negros. Antaño su pelo había sido muy oscuro, pero en el presente sus sienes estaban generosamente salpicadas de gris.

—No, Pitt, no lo sabía —dijo cansino—. Lo he adivinado. Su actitud indica la gravedad de la situación como si fuera un faro. Si hubiera descubierto que la acusación es falsa no habría entrado en mi despacho a esta hora para comunicarlo sin darme siquiera los buenos días. En ese caso apenas tendría importancia.

Pitt se sintió ridículo. La acusación le había dolido lo suficiente como para afectar su capacidad de evaluación. Debía ser más Cuidadoso, no sólo con Narraway, sino con todos.

Narraway sonrió a su pesar.

—¿Es muy grave?

—Se trata de un caso de intimidación a gran escala —respondió Pitt y pensó en la tabernera de Ten Bells—. Recaudación periódica de parte de las ganancias de negocios más o menos honestos.

Narraway adoptó una expresión sombría.

—No es asunto nuestro y no creo que sea tan grave como para que un hombre como Magnus Landsborough se convierta en anarquista. De todos modos, hablaré con el comisionado<sup>[\*]</sup>. Por lo visto tendrá que hacer limpieza. Lo lamento. Es desagradable descubrir que hay corrupción en nuestras filas. —Bajó la mirada a los papeles y, como Pitt no se movía, levantó nuevamente la cabeza—. ¿Es éste el motivo por el cual colocaron una bomba en Myrdle Street?

—Sí. El hombre de la comisaría de Cannon Street, Grover, del que nos habló Welling, vivía en una de esas casas. Carmody también aseguró que estaba relacionado con las extorsiones y dijo que Magnus Landsborough lo sabía todo sobre él. ¿Ha encontrado alguna relación entre Landsborough y anarquistas extranjeros?

—No. Sabemos dónde están los anarquistas más activos y los más competentes. —Narraway hizo una mueca irónica con la boca—. Los incompetentes han volado por los aires y están en el hospital o están muertos. Por lo que sé, Landsborough no tenía conexiones europeas. Si Welling y Carmody son un ejemplo de la gente que reclutan está claro que les interesan los ingenuos reformistas sociales que no tienen paciencia para utilizar las vías habituales e imaginan que si destruyen el sistema

podrán construir otro mejor que lo sustituya. Todo esto sería realmente absurdo de no ser por las bombas.

Pitt lo observó e intentó evaluar las emociones que contenían sus palabras. ¿Había compasión, pena por la estúpida inocencia que había impulsado a esos jóvenes a despotricar contra la injusticia y soñar con cambiarla, o sólo realizaba un juicio profesional para obrar en consecuencia y, al mismo tiempo, sopesar más atentamente a su subordinado?

—No es eso lo que me preocupa —admitió Pitt, que experimentó cierta satisfacción al ver que un chispazo de sorpresa aguzaba la expresión de Narraway—. Ayer por la tarde estuve con Samuel Tellman. No fui a Bow Street, sino a sus habitaciones —se apresuró a añadir tras percibir la intensa mirada de Narraway—. Le hablé de Grover, de las acusaciones de Carmody y de lo que había averiguado.

—¡Pitt, no le dé más vueltas! —exclamó Narraway.

—Tellman lo creyó... sin pruebas. Y está convencido de que llega hasta las más altas esferas.

—Eso es obvio —espetó Narraway secamente—. ¿Qué pretende decir?

Pitt notó que su cuerpo se tensaba. Detestaba tener que mencionarlo y, por añadidura, Narraway no le facilitaba las cosas.

—Tellman afirma que Wetron establece alianzas con hombres que, en condiciones normales, serían sus rivales a la hora de ascender. Concretamente, con Simbister de Cannon Street.

Narraway expulsó aire lentamente.

—Comprendo. ¿Simbister forma parte del Círculo Interior?

—No lo sé. De todos modos, supongo que si no lo es muy pronto lo será.

—¿Y qué tiene que ver Wetron con esto?

Narraway aferró la pluma y la movió lentamente arriba y abajo, como si no pudiera contener la tensión.

—El poder —replicó Pitt llanamente—. Siempre se trata del poder.

—¿Y utiliza a Simbister? —Narraway elevó ligeramente la voz. Le costaba creerlo.

—Al menos es lo que parece.

—¿Hasta qué punto le interesa que el cuerpo de policía sea corrupto? —preguntó Narraway—. Si aspira a ser comisionado, no sólo debe ser considerado muy competente, sino estar por encima de toda sospecha. En caso contrario, el Parlamento no lo apoyará, por mucho que sea tan rico como Creso. Los que ostentan el poder quieren estabilidad y, por encima de todo, seguridad en las calles. Si la propiedad no está a salvo los electores no se sienten satisfechos.

Narraway adoptó una expresión de desafío, como si esperase que Pitt le llevase la contraria.

—No sé por qué fomentaría un cuerpo de policía corrupto —reconoció Pitt—. ¿Está dispuesto a correr el riesgo de que Wetron esté implicado a través de Simbister?

Narraway ni siquiera se molestó en responder.

—¿Qué le pidió a Tellman?

Pitt titubeó. Había decidido no mencionar a Narraway su plan de detener a Jones «el Bolsillo» y ocupar su lugar, pero tendría que haber pensado que no le quedaría más remedio que ponerlo al corriente. Era inevitable. Se explicó lo más sucintamente posible. No hacía falta decir por qué necesitaba la ayuda de Tellman. La Brigada Especial no tenía capacidad para detener a sus integrantes y Pitt no podía arriesgarse a confiar en un agente de Cannon Street.

—Pitt, tenga cuidado —advirtió Narraway con sorprendente apremio. Su expresión irónica se había esfumado. Se inclinó ligeramente en la silla; ya no fingía interés por el papeleo—. No sabe quién o cuántas personas están implicadas. No sólo ha de tener en cuenta la codicia, sino las viejas lealtades. ¡Bien sabe Dios que debería saberlo y temerlo! ¿Qué sucede con los que no están de acuerdo? Ay, ¡la ambición! Los hombres necesitan trabajo y tienen que alimentar a su familia. ¿Quién quiere tener que explicar a su esposa o a su suegro, por no hablar de sus hijos, los motivos por los cuales no asciende?

—Ya lo sé —reconoció Pitt en voz baja.

—¿Lo sabe? —Más que una pregunta era un desafío—. Cualquier vinculación con usted convertirá a Tellman en un hombre marcado. ¿Se hace cargo de ello? Nadie le toma el pelo a Wetron, y menos usted. Le ofreció la posibilidad de destruir a Voisey y asumir la dirección del Círculo Interior, pero sabe perfectamente que usted es su enemigo más poderoso. Jamás lo olvidará y usted tampoco debería hacerlo.

Pitt sintió un escalofrío. Ya sabía que era así, pero en esa tranquila estancia la situación se hacía más real. Había sido cuidadoso y se había reunido con Tellman en sus habitaciones, al anochecer, cuando las calles estaban llenas de movimiento y había poca luz. ¿Se había equivocado al pedirle ayuda?

Desde luego que no. Tellman no era un niño al que había que proteger de la verdad y, menos aún, al que había que negarle la posibilidad de defender al cuerpo de policía, que apreciaba tanto como Pitt. Por otro lado, sin su ayuda, Pitt no tendría éxito. No podía confiar en nadie más, sobre todo en Bow Street. La guerra no permite poner a salvo a los amigos y enviar únicamente a desconocidos al campo de batalla.

—Lo sé —afirmó—. Lo sé tan bien como él.

—En ese caso, adelante —apostilló Narraway tranquilamente—. Quiero saber quiénes participaron en el atentado. ¿Landsborough era realmente el cabecilla? ¿De dónde salió el dinero para las bombas? Y, por encima de todo y tras la muerte de Landsborough, ¿quién es el nuevo jefe? Antes de que se me olvide, ¿quién asesinó a Magnus Landsborough?

—No lo sé —respondió Pitt—. Carmody y Welling están convencidos de que fue uno de los nuestros, lo que apunta a que lo asesinó alguien que no conocen. ¿Un anarquista rival, uno de los secuaces de Simbister?

—¿Está diciendo un hombre de Wetron? —preguntó Narraway con voz apenas

audible—. Pitt, averígüelo, tengo que saberlo.

Pitt pasó el resto de la jornada entre los escombros del atentado de Myrdle Street. Hizo más averiguaciones acerca de Grover, pero nadie se mostró dispuesto a extenderse salvo para confirmar que había ocupado la casa del medio y que se había quedado sin hogar, como los demás. Sí, era policía. La gente a la que interrogó se cerró en banda y se mostró a la defensiva, por lo que dedujo que estaba asustada. Nadie habló mal de Grover, pero sus miradas denotaron frialdad y falta de simpatía hacia él. La actitud general confirmaba las palabras de Carmody en lugar de refutarlas.

Ensimismado, Pitt caminaba por el dique del Támesis en dirección a Keppel Street; con agrado reparó en los vapores que navegaban por el río, atestados de personas que llevaban sombreros con gallardetes, se divertían y saludaban a la gente que había en la orilla. Justo detrás de la curva, donde no podía verla, una banda tocaba música. Los vendedores callejeros ofrecían limonada, bocadillos de jamón dulce y diversas golosinas. Así era como debía ser Londres a la caída de una tarde de estío. La brisa arrastraba el olor a sal de la marea entrante, y se oían las carcajadas, la música, los cascos de los caballos en los adoquines y el débil rumor del agua.

—Buenas tardes, Pitt. Todo está como debe ser, ¿no le parece?

Pitt se paró en seco. Reconoció la voz incluso antes de girarse: Charles Voisey, al que la reina había concedido el título de *sir* por el extraordinario valor que había mostrado al matar a Mario Corena y salvar al trono de Inglaterra de uno de los republicanos más apasionados y radicales de Europa. En aquel momento también era parlamentario.

Lo que su majestad desconocía y jamás sabría era que, por aquel entonces, Voisey era el jefe del Círculo Interior y había estado a punto de conseguir su ambición de derrocar la monarquía y convertirse en el primer presidente de una Gran Bretaña republicana.

Sin embargo, fue el propio Mario Corena quien intencionadamente desencadenó ese acto, que obligó a Voisey a asesinarlo a fin de salvar su propia vida. Este hecho ofreció a Pitt la oportunidad de que Voisey apareciese como salvador del trono y, por consiguiente, traidor de sus seguidores. Voisey jamás se lo perdonaría, a pesar de que éste había cambiado de bando y casi sin vacilaciones había aprovechado su condición de favorito real para presentarse a las elecciones y salir elegido. El premio era el poder. Sólo los integrantes del Círculo Interior sabían que su objetivo era conseguir la república. Para el resto de la gente era un hombre valiente, ingenioso y fiel a la Corona.

Pitt lo miró, de pie en el sendero y sonriente. Recordaba sus facciones a la perfección, como si lo hubiera visto por última vez un par de minutos antes. Llamaba la atención, pero en modo alguno era apuesto. Su piel pálida estaba salpicada de

pecas y su larga nariz estaba un poco torcida. Como de costumbre, sus ojos transmitían inteligencia; también se mostró ligeramente divertido.

—Buenas noches, *sir* Charles —contestó Pitt, se sorprendió al notar que se le cortaba la respiración y llegó a la conclusión de que aquel encuentro no podía ser casual.

—No es fácil dar con usted —apostilló Voisey. Cuando Pitt reanudó la marcha, anduvo a su lado, mientras la brisa les acariciaba la cara—. Supongo que el atentado de Myrdle Street lo ha preocupado profundamente.

—¿Me ha seguido por todo el dique sólo para decir esto? —inquirió Pitt, contrariado.

—No era más que un preámbulo, tal vez innecesario —repuso el parlamentario—. Quería hablar con usted del atentado en Myrdle Street.

—Si pretende reclutarme para que apoye la campaña de armar a la policía, le aseguro que pierde el tiempo —puntualizó Pitt secamente—. Ya tenemos armas en el caso de que sea necesario usarlas y no necesitamos más autoridad para registrar a las personas o las casas. Hemos tardado décadas en conseguir la cooperación ciudadana y si empezamos a mostrarnos autoritarios la perderemos. Mi respuesta es negativa. A decir verdad, haré cuanto esté en mis manos para que no se apruebe esa propuesta.

—¿Está seguro? —Voisey se adelantó un paso y se volvió para mirarlo con los ojos desmesuradamente abiertos.

Pitt no tuvo más remedio que detenerse para responder.

—¡Sí!

—¿No existe la menor posibilidad de que cambie de parecer, aunque esté sometido a presión?

—En absoluto. ¿Pretende ejercer alguna presión sobre mí?

—No, de ningún modo —repuso Voisey, que se encogió ligeramente de hombros—. Por el contrario, me produce un profundo alivio saber que no cambiará, al margen de que haya amenazas o súplicas. Es lo que esperaba de usted, pero oírlo de su boca me llena de alivio.

—¿Qué quiere? —preguntó Pitt con impaciencia.

—Tener una conversación sensata —replicó Voisey, bajó la voz y de pronto se mostró muy serio—. Hay cuestiones de gran importancia en las que coincidimos. Estoy al corriente de ciertos asuntos que probablemente usted desconoce.

—Dado que es parlamentario, lo que dice es indiscutible —afirmó Pitt cáusticamente—. De todos modos, está muy equivocado si supone que compartiré con usted información de la Brigada Especial.

—¡En ese caso, cállese y escúcheme! —espetó Voisey. De repente su fuerte temperamento pudo con él y se ruborizó—. Un parlamentario apellidado Tanqueray presentará un proyecto para armar a la policía londinense y dotarla de mayor capacidad de registro y detención. Tal como está la situación, en este momento tiene muchas probabilidades de lograr que se apruebe.



—La policía retrocederá varios años. —A Pitt le preocupaba esa posibilidad.

—Probablemente —coincidió Voisey—. Pero hay algo mucho más importante.

Pitt no se molestó en disimular su impaciencia; el pinchazo de la curiosidad no cesaba de agujonearlo. Voisey debía de querer algo, y tenía que ser importante para tragarse el desprecio que sentía por Pitt, seguirlo y hablarle en esos términos.

—Lo escucho.

Voisey había palidecido y se le movía un pequeño músculo de la mandíbula. Miró a los ojos a Pitt mientras permanecían cara a cara en la acera del dique, bajo el viento y el sol de finales de la tarde. No oían a los transeúntes, las risas, la música y el chapoteo de la marea creciente en la escalera que se extendía a sus pies.

—Wetron aprovechará el temor de la gente para respaldar el proyecto —explicó Voisey con voz baja—. Cualquier atropello que se produzca favorecerá sus propósitos. Permitirá que los delitos aumenten hasta que nadie se sienta a salvo: me refiero a robos, asaltos callejeros, incendios provocados y hasta es posible que nuevos atentados con bombas. Quiere que la gente tenga tanto miedo que le ruegue que consiga armas, más hombres y competencias, lo que sea con tal de que vuelva a sentirse segura. Y en cuanto le concedan todo esto pondrá fin a los delitos de la noche a la mañana y se convertirá en el gran héroe.

—Y usted quiere impedirlo —dijo Pitt, que entendía la intensidad con la que Voisey debía de odiar al hombre que tan genialmente le había arrebatado el cargo al que aspiraba.

En su intento de disimular sus emociones, el rostro de Voisey se tornó casi inexpresivo.

—Al igual que usted —replicó sin inmutarse—. Si se sale con la suya, Wetron se convertirá en uno de los hombres más poderosos de Inglaterra. Será quien salvó a Londres de la violencia y el caos, quien restableció la seguridad para poder caminar por las calles y dormir tranquilamente sin temor a explosiones, robos o a perder el hogar o el negocio. Ni siquiera tendrá que pedir que lo nombren comisionado. —La furia alteró su tono de voz y no pudo esconder el desdén. Sus ojos brillaban—. Estará al mando de un ejército privado de policías, con armas y competencias para registrar y detener, lo que garantizará que nadie podrá echarlo del cargo. Seguirá cobrando tributos del crimen organizado y recibiendo pagos porque podrá seguir extorsionando sin que nadie lo moleste. Si alguien desobedece o protesta, lo detendrán o registrarán su casa, donde misteriosamente descubrirán que tenía en su poder mercancía robada. El pobre desgraciado acabará entre rejas y su familia en la miseria.

Junto a ellos pasó un landó descubierto en el que unas jovencitas con vestidos en tonos pastel y con los parasoles en alto reían y llamaban a las amigas que se desplazaban en dirección contraria.

—Nadie acudirá en ayuda de ese hombre corriente —acotó Voisey, que no hizo caso de las muchachas—. Nadie lo auxiliará porque hará mucho tiempo que los que ostentan el poder habrán sido silenciados. La policía no confiará en nadie porque la

mitad de sus miembros se habrán vendido a Wetron, aunque no se sabrá quiénes son. Satisfecho porque habrá ley y orden, el gobierno mirará para otro lado. Pitt, ¿es esto lo que quiere o esa posibilidad le desagrada tanto como a mí? Sus razones me traen sin cuidado.

En la mente de Pitt se acumulaban los pensamientos. ¿Era posible? La ambición de Wetron no tenía límites, pero ¿poseía realmente la imaginación y la osadía necesarias para intentar algo tan terrible? Supo la respuesta incluso mientras se formulaba la pregunta: desde luego que las tenía.

Voisey lo percibió, se relajó y la expresión de pánico abandonó su mirada.

A Pitt le molestó que hubiese visto tan fácilmente qué pasaba por su cabeza pero, por otra parte, le habría molestado más que Voisey supusiera que no le importaría o, peor aún, que le inquietaba pero le faltaba valor para tomar medidas.

—En ese caso, alíese conmigo —propuso Voisey amablemente—. ¡Ayúdeme a demostrar lo que Wetron está haciendo y a impedirselo! —Pitt tenía sus dudas. El odio que había entre ambos era como la hoja afilada de una navaja—. ¿Qué es más importante para usted, su afecto por Londres y sus gentes o el odio que siente hacia mí?

Una banda situada en el dique interpretaba música de baile. La gente que navegaba por el río reía y se saludaba. A lo lejos un organillo tocaba una canción popular. El viento arrancó el sombrero a una niña y las cintas aletearon.

—El odio no tiene nada que ver —apostilló Voisey secamente—. Confío en usted... al menos es previsible. Reflexione. Ocupo un escaño en el Parlamento y conozco el Círculo Interior. Juntos nos irá mejor que si vamos cada uno por su cuenta. Pitt, piense en qué quiere. Y no se olvide de que «el enemigo de mi enemigo es mi amigo...», al menos hasta que acabe la lucha. Medite. Mañana nos reuniremos y me dará su respuesta.

Pitt necesitaba más tiempo. Era una idea absurda. Voisey era un hombre peligroso que lo odiaba y lo destruiría a la primera oportunidad que se presentase. Sólo gracias a lo que sabía... y de lo que tenía pruebas, que guardaba cuidadosamente escondidas, Voisey no hacía daño a su familia. Incluso había utilizado a su propia hermana, la única persona del mundo a la que quería, para cometer un asesinato.

La suposición de que Wetron aprovechara la amenaza anarquista para hacerse con el poder era demasiado creíble como para restarle importancia. Pitt lo sabía y Voisey se había asegurado de que así fuera.

—Pasado mañana —puntualizó Pitt—. ¿Dónde?

Voisey sonrió.

—No hay tiempo para satisfacer deseos personales. Tendrá que ser mañana. Propongo que nos reunamos en un lugar agradable y público. ¿Qué le parece a mediodía en la cripta de St. Paul, junto al mausoleo de Nelson?

Pitt respiró hondo. Miró a Voisey y vio que él ya sabía que estaría de acuerdo. Asintió.

—Allí estaré.

Pitt dio media vuelta, se alejó y cruzó la calle; Voisey se quedó solo junto al río, que brillaba a sus espaldas con los últimos rayos del sol.

Pitt no experimentó la alegría de costumbre cuando franqueó la puerta principal de Keppel Street. Voisey le había estropeado ese placer. Si mencionaba su nombre, Charlotte recordaría la desdicha y la violencia del pasado. Sería muy egoísta contarle el encuentro sólo para no tener que tomar la decisión en solitario.

Entró y se desabrochó las botas, pero no la llamó para que supiese que estaba en casa. Carecía de sentido hablarle de Voisey si al final decidía no aliarse con él. Y si aceptaba su ofrecimiento, sería mejor para Charlotte no saberlo. Siempre le había contado las cosas importantes. Se conocieron a causa de un asesinato. Charlotte era observadora y sensata y comprendía a las mujeres como él jamás llegaría a hacerlo. Y, lo que era más significativo en sus observaciones, su esposa entendía las peculiaridades de su clase social de una forma que Pitt, que no pertenecía a ella, no podía. En diversas ocasiones habían sido las observaciones de Charlotte las que le habían mostrado algún aspecto decisivo, una anomalía, un móvil, una forma de pensar.

De todas maneras, la protegía de algunas cuestiones y la necesidad de trabajar con Voisey sería una de ellas. Aunque todavía no había tomado una decisión. Deseaba rechazar aquella propuesta y su intuición también se oponía a esa vinculación.

Recorrió lentamente el pasillo hasta la cocina. Las luces estaban encendidas y oyó el entrechocar de los platos.

Cada vez que estaba a punto de rechazar la perspectiva de trabajar con Voisey, el rostro terso y frío de Wetron acudía a su mente y pensaba que tal vez Voisey tenía razón. Quizá Wetron aspiraba al más alto cargo policial, a tener la ley de su parte y disfrutar de un poder casi ilimitado para corromper. Tal vez aliarse con Voisey era la única forma de derrotarlo.

¡Desde luego jamás confiaría en Voisey! Sin embargo, tal vez podría utilizarlo para ese fin. Era mucho lo que podía perder si no corría semejante riesgo. O, mejor dicho, tal vez la pérdida sería excesiva si no lo intentaba.

Abrió la puerta de la cocina y entró.

Durante la cena no mencionó el dilema que lo preocupaba ni se refirió a la corrupción policial. Charlotte percibiría su sufrimiento y también se sentiría dolida. Sabría que sus palabras, los abrazos, el afecto y la confianza no facilitarían lo que tenía que afrontar.

Cuando terminaron de cenar y recogieron la mesa, Pitt se repantigó en su sillón del salón y observó a su esposa, que estaba sentada con la cabeza inclinada. La luz de la lámpara situada a un lado marcaba las sombras de sus pestañas en la mejilla. Con manos ágiles Charlotte clavó la aguja en la ropa que remendaba; Pitt se alegró de no haber perturbado su paz.

En el salón no había más sonido que el suave repiqueteo de la aguja contra el dedal y el ligero chisporroteo de las llamas. Aquella imagen y el silencio casi absoluto eran reconfortantes. La seguridad, la compañía, esa familiaridad eran el verdadero premio al final de la jornada; era más que el alimento, el calor o el tiempo disponible para hacer lo que le viniera en gana. Se trataba de la certeza de que todo importaba. Estuviesen o no de acuerdo, habían emprendido una campaña a favor de algo que a ambos les interesaba. Triunfales o vencidos, llenos de energía o demasiado agotados para pensar, lo cierto era que Charlotte estaba de su parte.

Era una estupidez asustarla con la posibilidad de trabajar con Voisey o con los aspectos más desagradables de la corrupción policial. Además, si reflexionaba minuciosamente, era sensato y sopesaba todas las posibilidades, tal vez encontraría una solución más adecuada.

Jack Radley era la persona a la que le convenía consultar. Era el cuñado de Pitt, el marido de Emily, la hermana de Charlotte. También era parlamentario y estaba adquiriendo mucha experiencia. Por la mañana Pitt acudiría a la Cámara de los Comunes y le haría algunas preguntas. Pero para esa noche ya era hora de alejar la cuestión de sus pensamientos y dejar que el calor penetrase en su interior y le reconfortase.

Jack respondió con cierto nerviosismo:

—Tanqueray.

Había optado por no reunirse con Pitt en su despacho, donde corrían el riesgo de ser interrumpidos por empleados, funcionarios y otros parlamentarios, por lo que se vieron en el exterior, en la terraza que miraba al río. De espaldas al gran palacio gótico de Westminster y a la torre del Big Ben se confundirían con la gente y probablemente se librarían de ser reconocidos.

—¿Es verdad? —inquirió Pitt sin levantar demasiado la voz.

Un par de ancianos pasaron tras ellos y Pitt olió en la brisa el aroma a humo de cigarro. El sol destellaba sobre el río, en el que hileras de barcazas se dirigían aguas arriba con la marea a favor.

—Sí, desde luego —respondió Jack con emoción—. Además, tiene muchos partidarios. De hecho, lo que cuenta son los partidarios... Tanqueray no es más que el portavoz. Es una de las muchas cuestiones que me preocupan. En realidad, no sé quién está detrás de las presiones para armar a la policía.

—¿Su proyecto no es la reacción al atentado en Myrdle Street? —quiso saber Pitt. Jack esbozó una apenada sonrisa.

—Han utilizado ese argumento, pero están demasiado preparados para haberlo conseguido en un par de días. Todavía no han redactado el proyecto, pero ya cuentan con los compromisos y las argumentaciones principales para sustentarlo. Están tanteando a la opinión pública, pero existe un gran acuerdo. A lo largo del último año

los delitos callejeros han aumentado. —Miró de soslayo a Pitt y entornó los ojos para protegerse del resplandor del sol—. Todos conocemos a alguien a quien han asaltado, que ha sufrido un incidente desagradable o que simplemente prefiere volver a casa por el camino más largo porque existe la amenaza de la violencia. Es posible que no te hayas dado cuenta porque no estás en la comisaría, sino en la Brigada Especial.

—Por no hablar de la corrupción policial —acotó Pitt sin levantar la voz—. Tampoco había reparado en ella.

—¿Qué corrupción? —preguntó Jack y frunció el entrecejo—. ¿Dónde? ¿Cómo lo sabes?

—Por los dos anarquistas que detuvimos —respondió Pitt y echó a andar lentamente—. Por eso colocaron la bomba en Myrdle Street... al menos es lo que dicen. Sólo pretendían destruir la casa del medio... que pertenece a un policía de Cannon Street. Por lo visto no son muy hábiles con la dinamita. Destruyeron al menos tres casas y hay otras cinco tan dañadas que habrá que demolerlas.

Jack enarcó las cejas.

—¿Les crees? —preguntó y avanzó junto a Pitt.

—Al principio, no. Llevé a cabo personalmente algunas investigaciones y sé que parte de lo que dicen es cierto.

—¿Y lo demás?

—Todavía no lo sé, pero me propongo averiguarlo.

—¿La corrupción está muy extendida?

Llegaron al final de la terraza y se volvieron para reanudar la caminata.

—Llega hasta lo más alto —respondió Pitt.

Jack permaneció varios minutos en silencio porque tras ellos caminaban algunos parlamentarios, a tan poca distancia que había el riesgo de que los oyeran. Dos o tres se dirigieron a Jack, que respondió escuetamente. No presentó a Pitt.

—¿A quiénes te refieres? —preguntó cuando por fin tuvo la certeza de que nadie los oía.

—A Wetron, de Bow Street, y a Simbister, de Cannon Street —contestó Pitt—. No sé si hay alguien más implicado, pero el que importa es Wetron.

Jack no le preguntó por qué era así. Sabía que Wetron era jefe del Círculo Interior porque Pitt se lo había contado durante el episodio de Whitechapel.

—La policía dice que no puede protegernos de los robos ni de la violencia a menos que disponga de más efectivos. —Jack se detuvo y observó el agua alborotada por el viento—. En este momento pide más armas para que sus hombres puedan protegerse y los argumentos son muy poderosos. Todavía no han muerto muchos policías en el cumplimiento del deber, pero todo se andará. No podemos pedir que nos protejan y negarnos a proporcionarles los medios. La próxima vez que hieran gravemente a un agente habrá un clamor generalizado, por no hablar de que habrá más policías que abandonarán el cuerpo. Thomas, la gente está asustada y tiene motivos para ello.

—Lo sé. —Pitt se apoyó en el muro, junto a Jack, y miró el transbordador que pasaba bajo los arcos del puente de Westminster—. De todas maneras, armar a la policía no ayudará, sólo empeorará las cosas. Ya disponemos de armas si debemos enfrentarnos a una situación realmente grave, como el asedio en Long Spoon Lane. Si tenemos demasiado poder, tarde o temprano alguien se aprovechará y abusará. Nos separaremos del pueblo, del que se supone que formamos parte.

Jack se mordió el labio.

—Sucederán cosas peores —afirmó apenado—. Todavía no sé cuáles, pero ocurrirán.

—¿Peores? —Pitt se sobresaltó—. ¿Hay algo peor que una policía corrupta, con armas y competencias para que sus agentes vayan donde les apetezca y puedan registrar a quien les dé la gana sin tener que dar explicaciones? ¡Es como autorizar la creación de un ejército privado!

—No sé, no sé. Sólo se trata de un rumor, algo de lo que nadie habla con claridad. De todos modos, estoy convencido de que existe un gran riesgo. Digamos que, al menos, temo que exista. —Se incorporó y se volvió para mirar a su cuñado—. Thomas, el miedo se está generalizando. Se palpa el temor al cambio, a la violencia, a la apatía que nos llevaría a perder lo que tenemos. Es el peor motivo para tomar medidas. Reaccionamos sin tener en cuenta las consecuencias.

Pitt sonrió con amargura y se acordó de Welling y Carmody, así como de Magnus Landsborough, al que no había llegado a conocer.

—Como los anarquistas, que están dispuestos a bombardear un objetivo sin pararse a pensar en el modo de reemplazar lo que se destruye.

—¿Es eso lo que declararon? —Jack se mostró curioso.

—¿Te sorprende?

—Según... depende. La vieja teoría de la anarquía no resulta muy práctica, al menos en mi opinión. Hace demasiado hincapié en la bondad inherente al ser humano. Sostiene que los hombres sabios deben controlar su comportamiento al margen de la interferencia de los gobiernos. —Sonrió a su pesar—. El problema es quién decide quiénes son sabios y quiénes no. Además, ¿qué hacemos con los perezosos, los inadaptados o los que, simplemente, no quieren colaborar en el bienestar general? Siempre existirán enfermos, viejos y cortos de entendederas, y no hablemos de los rebeldes. ¿Quién se encargará de ellos? ¿Quién frenará al intimidador, al mentiroso y al ladrón? Tiene que hacerse por consenso general, con lo cual volvemos a la cuestión del gobierno.

—Y de la policía —coincidió Pitt, pese a que lo que Jack acababa de decir acerca del anarquismo era prácticamente desconocido para él.

Esas palabras arrojaron una nueva luz sobre Magnus Landsborough y también sobre Jack. La anarquía era algo que había que tomarse en serio; era una ideología y no una simple manifestación de protesta.

—Hay algo más —apostilló Pitt—. Ayer estuve hablando con Voisey en el dique.

Jack se tensó.

—¡Con Voisey!

Pitt le contó lo que Voisey le había dicho de las ambiciones de Wetron; de escalar posiciones para regir con mano férrea toda la ciudad.

—¡Dios bendito! —exclamó Jack enérgicamente. Bajó la voz al darse cuenta de que había llamado la atención de un grupo de hombres que pasaba junto a ellos—. ¡Se ha vuelto loco! ¿Lo está? —preguntó con incredulidad—. ¿Qué opina Victor Narraway?

—No lo sé —reconoció Pitt—. Todavía no se lo he dicho.

—¿Y cuándo te propones comunicárselo?

—Cuando me marche de aquí.

—¡No confíes en Voisey! —añadió Jack con apremio—. No olvida ni perdona nada. Quería ser presidente de Gran Bretaña y prácticamente fuiste tú quien se lo impidió, con la ayuda de *lady* Vespasia. Estoy convencido de que tampoco lo ha olvidado.

—Lo sé —confirmó Pitt—. Si Voisey no me hubiera echado, ahora yo sería el jefe de Bow Street en lugar de Wetron. ¿Acaso esto vuelve falaz la acusación contra éste?

Jack lo miró atentamente y palideció. El viento arreció y le agitó los cabellos.

—No —reconoció a regañadientes—. Supongo que no. ¿Qué quiere Voisey? Estoy convencido de que pretende algo a cambio.

—Quiere que colabore con él para impedir que Wetron triunfe —aclaró Pitt.

—¡No debes hacerlo! —Jack estaba consternado—. ¡Thomas, no puedes trabajar con Voisey! A la primera oportunidad que se le presente te asestará una puñalada tramera. ¡Por Dios, sabes que lo hará!

—Sí, lo sé. —Pitt se levantó el cuello de la chaqueta—. Pero también sé que es posible que esté en lo cierto y, en ese caso, Wetron acabaría haciéndose con el control de Londres y de todo el Imperio. —Jack guardó silencio. Ambos pensaban que aquella posibilidad era aterradora—. Y eso no es todo —apostilló Pitt y echó a andar por el camino que ya habían recorrido—. ¿Y si Wetron no es tan inteligente como piensa y lo traiciona alguien que pertenezca al Círculo Interior, alguien con simpatías en el extranjero? ¿La conspiración se limita a Inglaterra? Yo no lo sé. Aunque así fuese, algunos hombres se venden por dinero, por poder o por miles de razones. No es descabellado pensar que un integrante del Círculo Interior podría traicionar a Inglaterra. No sería la primera vez que el Círculo se escinde en facciones y cambia de líder. Así es como Wetron acabó con Voisey, y podría volver a ocurrir.

Jack miraba hacia abajo y tenía el ceño fruncido.

—¿No has pensado que Voisey podría habérselo inventado para conseguir que le ayudaras a destruir a Wetron? —inquirió, pero su tono delató que no creía en lo que decía—. Sin duda lo odia incluso más que a ti. ¿Existe satisfacción mayor que enfrentar a tus enemigos? Da igual que pierda uno u otro; tú ganas y el superviviente



queda lo bastante debilitado como para que puedas rematarlo.

—Ya lo sé. —Aquella posibilidad formó un nudo en el estómago de Pitt—. ¿Podemos darnos el lujo de permanecer al margen?

Jack esperó largo rato antes de responder. Casi habían llegado a la puerta de entrada al palacio y a su despacho.

—No —reconoció en tono quedo—. Pero ten cuidado, Thomas. Por amor de Dios, ten mucho cuidado. No confíes en Voisey, ni siquiera un segundo. —Pitt guardó silencio—. ¿Qué quieres de mí?

Pitt lo miró firmemente a los ojos.

—Ya me has respondido. Tanqueray seguirá adelante con el proyecto y crees que podrían aprobarlo. Si ocurre, Wetron tendrá poder para imponer su dominio en Londres. Sean cuales sean los riesgos, si hay una forma de impedirlo la utilizaré.

Jack escrutó su rostro.

—Mantenme informado —dijo finalmente Jack—. Ocúpate de... —Se encogió de hombros—. Lo siento. La sola idea me resulta detestable.

Pitt sonrió.

—A mí también.

Pitt entró en el despacho de Narraway y se puso tenso incluso antes de abordar el tema. Su superior estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a la puerta, y la luz destacaba las canas de su cabellera. Cuando Pitt entró, Narraway se volvió con expresión expectante.

—Llega tarde —espetó—. ¿Qué más ha averiguado de Magnus Landsborough? Tengo que saberlo antes de que los anarquistas se reagrupen y nombren a otro jefe. —Estaba impaciente—. ¿Quién financió la operación? ¿Hay más implicados? He hablado con mis fuentes de información y, por lo que me han dicho, no existe ninguna conexión con grupos extranjeros. El East End está atestado de polacos, judíos, franceses, italianos, rusos y lo que se le ocurra, pero a nadie le interesaba que Myrdle Street volara por los aires.

—No creo que existan conexiones extranjeras —opinó Pitt y también permaneció de pie. Estaba demasiado rígido y tembloroso como para sentarse. Llegó a la conclusión de que era mejor ir directo al grano. Por otro lado, tampoco habría podido dejar de comunicárselo a Narraway—. Llego tarde porque he ido a la Cámara de los Comunes y he estado hablando con Jack Radley. En su opinión, hay muchas probabilidades de que sea aprobado el proyecto de Tanqueray para armar a la policía y aumentar sus competencias en registro y detención.

Narraway soltó juramentos con una violencia contenida que revelaba la intensidad de sus emociones.

—He recibido una oferta de ayuda que voy a aceptar porque la situación posiblemente es peor de lo que suponemos y Jack está convencido de que se

deteriorará todavía más —añadió Pitt.

—¿Cómo ha dicho? ¿Que ahora los anarquistas pretenden volar... el palacio de Buckingham? —preguntó Narraway con ironía.

—Sabotaje por corrupción —explicó Pitt—. En el caso de que se apruebe el proyecto, el cuerpo de policía podría convertirse en el ejército privado de Wetron.

El jefe de la Brigada Especial aspiró aire y de pronto pareció darse cuenta de la situación. Relajó los hombros, aspiró profundamente y se le iluminó la mirada.

—Wetron aprovechará la oportunidad —comentó con serenidad—. ¡Genial! En ese caso, no querrá que atrapemos a los anarquistas. Deseará que vuelvan a asestar un golpe para que los ciudadanos se asusten y le concedan el poder que desea. En ese momento invertirá la corrupción que ha fomentado. No le costará detener a los responsables porque ya sabe quiénes son... ¡Que Dios los ayude, fue el mismo Wetron quien los instigó! Pitt, ¿cómo lo ha descubierto?

Los ojos negros de Narraway adquirieron un brillo que podría ser de admiración.

Sólo existía una respuesta posible: la verdad.

—Lo supe por Charles Voisey —respondió Pitt—. Ayer me abordó en la calle. Quiere que colabore con él para impedir la aprobación del proyecto.

Una sucesión de emociones alteró el rostro de Narraway: desconcierto, incredulidad y, fugazmente, humor.

—¿Es lo que quiere? —preguntó por fin—. ¿Qué le respondió?

La expresión de Narraway estaba llena de curiosidad.

Pitt se obligó a mantener la calma.

—Le dije que me lo pensaría y que hoy al mediodía le respondería. He quedado con él en St. Paul. De todos modos, aceptaré.

La voz de Narraway sonó muy suave, casi como el ronroneo de un gatito:

—Ah, aceptará. —Más que una pregunta era un desafío.

Pitt estuvo a la altura de las circunstancias.

—Sí, aceptaré. No puedo permitirme el lujo de rechazar ese ofrecimiento. Y usted no puede permitirse que yo diga que no. Necesitamos que la policía coopere para llevar a cabo eficazmente nuestro trabajo. Con Wetron de comisionado y el Círculo Interior en nuestra contra, por no hablar de que se considere a la policía un enemigo público, nos impedirían cada paso que quisiéramos dar. Sólo podríamos hacer aquello que Wetron nos permitiera.

—¿Cree que es así? —inquirió Narraway—. ¿No se le ha ocurrido pensar que Voisey ha podido inventárselo a fin de utilizarle a usted para destruir a Wetron y recuperar el control del Círculo Interior?

—Por supuesto que se me ha ocurrido —contestó Pitt con amargura—. Estoy convencido de que Voisey sabe que se me ha pasado por la cabeza, pero esto no cambia el proyecto de Tanqueray ni la corrupción policial que, esté o no enterado de su existencia, Wetron ha sido incapaz de evitar.

Narraway apretó los labios y asintió ligeramente.

—¿Quién mató a Magnus Landsborough?

—No lo sé —reconoció Pitt—. De todos modos, estoy empeñado en averiguarlo. Tengo que volver a hablar con Welling y Carmody, pero lo cierto es que resulta cada vez más difícil sacarles información. Son unos idealistas con una visión muy simple: la autoridad es corrupta y sólo es posible deshacerse de ella a través de la violencia. Detonaron las bombas después de avisar a los habitantes para que salieran. —Intentó expresar con palabras la inocencia o la inutilidad fundamental de dichas tácticas—. No querían derramar sangre, que es el arma definitiva, pero estaban dispuestos a destruir los hogares y las pertenencias de los pobres y a privarlos de los medios que hacen más llevadera la vida. Son jóvenes, gozan de buena salud y no tienen esposa ni hijos, lo que significa que no podemos chantajearlos utilizando sus familias. Son soñadores que viven al margen de la realidad, de las emociones y las necesidades que impulsan, recompensan y hieren a las personas. No sé qué decirles.

Al parecer, Narraway ya lo había pensado.

—Acabarán en la horca —afirmó y miró de frente a Pitt. Se metió las manos en los bolsillos—. Supongo que lo saben, aunque tal vez no pensaron en ello. Aunque en el atentado de Myrdle Street no murió nadie, uno de los anarquistas disparó a un policía y lo hirió. Si usted no hubiera acudido en su auxilio y no hubiera parado la hemorragia, tal vez habría muerto. Podemos acusarlos de intentar asesinar a un agente de policía mientras cometían un delito muy grave.

Pitt sintió un escalofrío a pesar de que en el despacho hacía calor. Por muy desencaminados que estuviesen, ajusticiar a esos jóvenes que hacían lo que consideraban justo era un aspecto de su trabajo que le provocaba náuseas.

De todos modos, sabía que discutir con Narraway no serviría de nada. Mejor dicho, no sabía qué opinaba éste de condenar a hombres a la horca o qué sentía acerca de los placeres y los sinsabores del trabajo. Narraway era meticuloso con la vestimenta y los hábitos, pero era desordenado con el papeleo. Comía frugalmente, pero le gustaban la buena repostería y el buen vino. Leía mucho: historia, biografías, ciencia y poesía. Pitt no lo había visto nunca con una novela en las manos, salvo algunas obras traducidas de otras lenguas, sobre todo del ruso. Desconocía absolutamente qué emocionaba a Narraway, qué le hacía daño o qué le quitaba el sueño.

—Propóngales la amnistía a cambio de información para acabar con la corrupción policial y el compromiso de no cometer más atentados. —La voz de Narraway interrumpió los pensamientos de Pitt—. Plántelo como quiera, pero de forma que funcione.

Pitt estaba sorprendido y preguntó, incrédulo:

—¿Ha dicho amnistía?

Su superior abrió mucho los ojos.

—¡No deja de sorprenderme, pensé que le gustaría! Obviamente, no es ése el motivo por el que lo hago. Propóngales cinco años de cárcel en vez de la horca, pero

consiga que se lo ganen.

Pitt se alegró.

—¿A quién tiene que consultar para que sea oficial? ¿Cuándo lo sabrá?

Narraway se metió las manos en los bolsillos.

—Pitt, ya lo sé. —Una ligera chispa de diversión iluminó su mirada—. Vaya a ver qué consigue a cambio.

Cinco minutos antes de mediodía Pitt recorrió el suelo de piedra blanca y negra de la catedral de St. Paul y bajó la escalera que conducía a la cripta. Franqueó discretamente los arcos e intentó evitar que sus pisadas perturbasen aquel silencio sepulcral. Abajo sólo vio a dos personas: un anciano de pelo ralo y expresión apacible y soñadora y una mujer joven, muy concentrada en el papel que sostenía en la mano. Nadie lo miró cuando pasó.

De las paredes colgaban placas que conmemoraban a los héroes muertos en las grandes batallas del pasado. Le sorprendió que muchos fueran capitanes de la Marina caídos en Trafalgar. Fue un crudo recordatorio de qué sombrío parecía entonces el futuro de Inglaterra, con Napoleón en plena conquista de Europa y preparado para apoderarse también de Gran Bretaña. En aquel momento daba la sensación de que nada podía detenerlo.

Pitt divisó el techo central, con arcos de color claro, donde se unían las columnatas, y debajo, en el corazón mismo de la cripta, el gran sepulcro de Horatio Nelson. Voisey estaba de pie frente al mausoleo. ¿Acaso analizaba en silencio el heroísmo, el sacrificio y las vicisitudes de la guerra, que podían cambiar la historia tras una sola batalla? ¿Podría controlar todos aquellos factores un hombre dotado de visión, aptitudes y valentía? La señal de Nelson a la flota antes del ataque pasó a la historia y hasta es posible que explicara la esencia de ser inglés: «Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber».

¿Por qué Voisey había elegido ese sepulcro entre todos los que albergaba la gran catedral? Había una veintena de lugares donde reunirse, todos de fácil acceso. ¿Por qué había llegado tan temprano?

¿Se trataba de su primer y sorprendente error táctico? Pitt había calculado que Voisey se retrasaría diez minutos, no tanto para que se marchase, pero lo suficiente para que estuviera ansioso y se sintiera en desventaja, como si él fuese quien esperaba una respuesta.

Pitt se detuvo unos segundos para ver si Voisey se daba la vuelta y lo buscaba. No lo hizo. ¿Estaba más seguro de lo que daba a entender su temprana llegada o acaso veía el reflejo de Pitt en la superficie de mármol negro del sepulcro?

Por si era así, Pitt sonrió y avanzó. No echaría a perder su ventaja dando la sensación de que era calculada.

—Buenos días, *sir* Charles —dijo. Empleó el tratamiento que correspondía y que

recordaría a Voisey que, en su más duro enfrentamiento, era Pitt quien había ganado.

Habría preferido no tener que llamarlo así, pero evitarlo habría resultado incluso más obvio. Habría indicado que temía evocar aquel recuerdo. Darse cuenta de lo mucho que había pensado en Voisey le creó un gran desasosiego.

Voisey se volvió poco a poco. Iba elegante y sobriamente vestido, como si estuviera allí para recordar a los héroes del pasado en vez de para debatir batallas políticas del presente.

—Buenos días, Pitt —respondió—. Llega un poco tarde. ¿Es la primera vez que visita St. Paul? Si es capaz de concentrarse en el asunto que nos ha traído aquí tal vez podríamos caminar por la cripta. Le mostraré los sepulcros de otros notables aunque, como es evidente, nada puede rivalizar con este puro... —titubeó—, con este puro espectáculo.

Pitt observó el magnífico monumento. Tenía diversos adornos y estaba resplandeciente; era el tributo de una nación a un hombre que no sólo había sido el artífice de su mayor victoria naval, sino un héroe muy querido que había muerto en el momento de su triunfo. Pitt valoró el monumento y se sintió lleno de un profundo orgullo mientras permanecía delante; olvidó fugazmente que Voisey se encontraba a su lado.

—Perdimos cerca de cuarenta oficiales y quinientos efectivos. Las palabras de Voisey interrumpieron sus pensamientos, por lo que preguntó, sorprendido:

—¿En Trafalgar? —Parecían muy pocos para una batalla de tanta importancia.

—En la flota británica —contestó Voisey, con expresión irónica y la mirada encendida—. Obviamente, esa cifra no incluye a los franceses ni a los españoles. —Pitt guardó silencio y se sintió un poco ridículo—. Perdieron más de cien oficiales y mil cien efectivos —precisó Voisey. En esta ocasión Pitt tampoco respondió—. Era un hombre peculiar. Se mareaba al principio de cada travesía. —Voisey se refería a Nelson.

—Lo sé —afirmó Pitt.

—Le gustaban las mujeres gordas y malolientes —apostilló Voisey.

Pitt no tenía ni idea de si aquello era cierto o falso, pero tampoco le interesaba. Observó a Voisey y apartó rápidamente la mirada. Supo por qué lo había mentado: se trataba de una cuestión de clase. Le recordaba que era un caballero mientras que Pitt no lo era. Contraponía la soltura aristocrática a la falibilidad de los héroes y los aspectos más terrenales de la naturaleza con la mojigatería de la clase obrera. Tanteaba el terreno, intentaba encontrar la forma de herirlo.

—¿Está seguro? —preguntó Pitt con indiferencia—. ¿Cuántos barcos perdimos?

—Los franceses y los españoles de la flota combinada perdieron veintiuno —contestó Voisey.

Pitt sonrió y entre ambos se produjo cierta sensación de confianza.

—Por lo visto, ha estudiado el tema.

—Fue un momento decisivo de la historia, una de las batallas navales más

importantes. —En ese momento era Voisey quien estaba a la defensiva—. Me habría gustado verla. —Miró en dirección al sepulcro. A pesar de todo, su voz sonó cargada de orgullo—. Una fría mañana de octubre sesenta y dos buques de guerra se encontraron cara a cara. Nos superaban numéricamente y en cañones por treinta y tres a veintinueve.

—¿Cuántos barcos perdimos? —repitió Pitt.

No quería sentir aprecio por Voisey porque le interesara la historia ni estaba dispuesto a identificarse con su patriotismo, pero tuvo que esforzarse y pensar exclusivamente en los hechos.

—Los franceses perdieron ocho y los españoles, trece —replicó Voisey.

—¿Y nosotros?

Voiseyladeó la cabeza para señalar el sepulcro.

—Nosotros perdimos a Nelson.

—¿Cuántos barcos? —insistió Pitt. No quería pensar en los seres humanos, sus vidas y sus pasiones; decidió ceñirse a lo mensurable.

—Ni uno. No perdimos barcos. Todos regresaron a puerto. —Voisey frunció ligeramente el ceño y parpadeó, como si sus emociones lo hubiesen pillado con la guardia baja—. Es la mayor victoria de nuestra historia naval. Nos salvaron de la invasión, pero la flota regresó a Inglaterra con las banderas a media asta, como si se tratase de una derrota. —Su voz sonó grave y dejó de mirar a Pitt.

Éste estaba decidido a que el odio que Voisey sentía por él no se apartase jamás del primer plano de su mente; no podía permitírselo. Pero a pesar de ello, acabó atrapado por la magnitud del combate, la gloria y la pérdida. Sabía qué estaba haciendo Voisey: intentaba establecer un vínculo entre ambos, una tentación para que bajase la guardia. Pero si rompía ese vínculo sería rebajarse, negar quién era, algo que Voisey también había provocado. Tuvo la sensación de que Voisey movía los hilos como un titiritero.

Al final fue Voisey quien rompió el silencio.

—¿Le ha dicho Jack Radley que la propuesta de Tanqueray será aprobada? —inquirió.

Pitt disimuló la sorpresa que le provocó enterarse de que Voisey ya sabía que había hablado con Jack.

—Sí —reconoció—. También me ha comentado que hay muy poca resistencia organizada. Tendremos que ser mucho más listos de lo que hasta ahora hemos sido si queremos capear el temporal. —El empleo de la metáfora marinera no fue intencionado.

Un esbozo de sonrisa divertida apareció en los labios de Voisey, pero tenía los puños cerrados a los lados del cuerpo y sus potentes nudillos estaban blancos.

—Eso suena a derrota —comentó y el intenso simbolismo del lugar en el que se encontraban no pasó desapercibido, que era precisamente lo que Voisey pretendía.

—Debería sonar a cautela —precisó Pitt—. Creo que, al menos de momento, nos

superan numéricamente y en armamento. Hace falta algo más que bravuconadas para ganar y, por desgracia, algo más que una causa justa.

Voisey enarcó un poco las cejas.

—¿Necesitamos un Nelson? —Una leve sonrisa entreabrió sus labios—. ¿Cree que Narraway está a la altura de las circunstancias?

—Aún no he decidido hasta qué punto le consultaré —contestó Pitt.

En esta ocasión Voisey sonrió de oreja a oreja y la diversión llegó hasta sus ojos.

—¡Estaba convencido de que le caía bien! ¿Me he equivocado?

—Eso no viene al caso —respondió Pitt cáusticamente. El tono divertido de Voisey le había molestado—. Me guste o no, soy capaz de trabajar con quien sea si considero que su objetivo es el mismo que el mío y si esa persona es competente. ¡Suponía que ya lo sabía!

—Está bien —reconoció Voisey suavemente, con voz apenas audible—. Si hubiera dicho que confiaba en mí habría pensado que era usted un mentiroso, que además mentía mal, pero está claro que se da cuenta de que mi objetivo es el mismo que el suyo. Con eso me basta.

—Vayamos por partes —advirtió Pitt. No preguntó si Voisey confiaba en él. Al fin y al cabo, ésa era la ventaja del parlamentario y ambos lo sabían. Pitt se regía por las normas del cuerpo, en cambio Voisey no tenía limitaciones—. ¿Cómo es Tanqueray?

El humor encendió las facciones de su interlocutor.

—Como una tarta de mermelada —contestó—. Atrae a los que tienen más apetito que sentido común y luego acaban chupándose los dedos y buscando un lugar donde lavarse. Nunca basta con una servilleta.

Pitt sonrió muy a su pesar.

—¿Por qué lo eligieron?

Voisey enarcó las cejas.

—¿Quiere que le dé mi opinión? ¡Porque hay un montón de parlamentarios que piensan que no hay nada más inocente o inofensivo que una tarta de mermelada! Si les ofrece un bizcocho borracho o una lionesa de crema pensarán que quiere algo.

Pitt se dio cuenta de adonde quería ir a parar.

—¿En quién más pueden confiar?

—En muchos —contestó Voisey apesadumbrado—. Dyer es el más poderoso. Es un mendigo zalamero. Parece un reverendo al que han obligado a colgar los hábitos; yo no le confiaría ni los fondos del partido ni a mi ahijada si tuviese menos de veinte años. Lord North solía decir de Gladstone que no le molestaba que guardase un as bajo la manga, pero se negaba a aceptar que fuese Dios quien los había puesto ahí. ¡Dyer es igual: más papista que el Papa!

Pitt se volvió para disimular la risa que había estado a punto de traicionarlo. No quería que nada de Voisey le gustara. Se alejó del sepulcro y dio unos pasos hacia el lugar por el que había llegado.

—¿Quién mató a Magnus Landsborough? —inquirió el político.

—No lo sé —replicó Pitt—. De todos modos, lo averiguaré. ¿Le preocupa eso? ¿No es la corrupción policial lo que le interesa? Será la carta principal que tendrá que jugar contra ellos en el Parlamento.

—Ni más ni menos. ¿Está seguro de que no son dos asuntos estrechamente unidos?

—No, no estoy seguro. Tal vez están relacionados.

—Necesitaré algo más sólido —apostilló Voisey—. Quiero pruebas de corrupción o, al menos, las suficientes para dar por supuestas muchas más cosas.

—Claro, ya sé qué necesita y para qué —coincidió Pitt—. Podría conseguirlo y entregárselo sin más dilaciones a Jack Radley. —Se volvió para mirar a Voisey. No pudo evitar intentar comprobar si la mención del nombre de Jack, que debía de traerle recuerdos de su derrota, herían su amor propio. El sentimiento de odio que alteró la expresión del *sir* fue tan amargo como la bilis. Pitt ya sabía que existía y verlo unos segundos con toda su crudeza lo perturbó, aunque no tendría que haber sido así. Le sirvió de recordatorio. Tendría que estar agradecido, ya que olvidarlo resultaba demasiado fácil—. ¿Qué me dará usted que él no pueda proporcionarme?

—Información del Círculo Interior —contestó Voisey y le tembló ligeramente la voz—. Nombres, detalles y quién debe qué y a quién.

Podría ser la traición definitiva a todas sus promesas, la venganza hacia aquellos que le habían vuelto la espalda y escogido a Wetron. Las emociones que mostraba eran abrumadoras: júbilo, pero también temor. Daría un paso definitivo que se castigaba con la pena de muerte.

—¿Cuánta de esa información está dispuesto a utilizar? —preguntó Pitt con voz muy baja.

No sólo se protegía de que lo oyese alguien, que podía formar parte de esa hermandad secreta, también evitaba revelar sus necesidades.

—Toda —replicó Voisey—. Hasta que el Círculo sea tan inútil como los huesos que reposan en este mármol.

—Comprendo.

—No, no lo entiende, pero acabará por hacerlo. Le enviaré un mensaje si tengo algo que comunicarle acerca de lo que sucede en el Parlamento. De lo contrario, volveremos a reunirnos aquí la semana que viene y me dará la información de que disponga. Váyase de una vez. No estamos juntos. Simplemente, por azar, nos encontramos en el mismo lugar y a la misma hora.

Pitt tragó saliva. Notó que se le había secado la boca. Deseaba decir algo tajante y definitivo, pero su mente sólo estaba ocupada por la certeza del odio corrosivo e irreversible de Voisey. Se dio la vuelta y se alejó hacia la escalera que conducía a la inmensa catedral y al resto del mundo.



Por la noche, al llegar a casa, Pitt se entusiasmó con la alegría de sus hijos mientras se sentaban a la mesa para cenar. Acogió de buena gana sus incesantes preguntas e intentó no mirar a Charlotte cuando ella intervino para poner un poco de orden.

—Papá, ¿qué quiere decir anarquista? —preguntó Daniel con la boca llena—. La señora Johnson dice que son demonios. ¿Es verdad?

Charlotte dejó escapar una exclamación y se dispuso a decirle que acabara de comer la verdura, pero su esposo la interrumpió.

—No, las personas nunca son demonios, aunque por razones muy diversas a veces obran mal. Los anarquistas no creen en el orden. Prefieren prescindir de las reglas y el gobierno. —No quiso confundir a su hijo con la definición más política y sutil de Jack.

—¿Por qué?

Charlotte puso los ojos en blanco y disimuló una sonrisa. No estaba dispuesta a ayudar.

Pitt estuvo tentado de dar una respuesta graciosa, pero reparó en la expresión seria y bastante preocupada de su hijo y cambió de parecer.

—Creen que sería mejor que cada uno hiciera lo que quisiera.

Daniel se mantuvo expectante.

—¿Recuerdas el día que fuimos a Piccadilly en coche de caballos? —intervino Charlotte con delicadeza—. ¿Te acuerdas de que la rueda de un coche se enganchó en la de otro y se soltó? Todos corrieron en distintas direcciones para recuperarla y acabaron empeorando la situación. —Daniel movió afirmativamente la cabeza y la satisfacción iluminó su rostro—. Pues bien, sería más o menos lo mismo —concluyó su madre—. Durante un rato resultó muy divertido, pero no te haría gracia si tuvieras prisa, estuvieses muy cansado, sintieras frío o te encontrases mal. Si hay reglas, a la larga todos llegamos donde queremos ir.

Daniel se dirigió a su padre:

—¿A quién puede interesarle tanto lío? ¡Es una tontería!

—Hay personas tontas —intervino Jemima—. Dolly Fielding es tonta. Mi gato tiene más sentido común.

—Los gatos son muy sensatos —coincidió Charlotte—. Deja de llamar tonta a la gente y acábate las zanahorias.

—Los gatos no comen zanahorias. —Jemima probó suerte.

—Tienes razón —reconoció Charlotte—. ¿Prefieres un ratón?

Jemima dejó escapar un grito de asco y con dos bocados se acabó lo que quedaba en su plato.

Ya eran casi las nueve de la noche cuando Pitt se quedó a solas con Charlotte. Le

resultó imposible seguir eludiendo el tema, no porque se sintiera obligado a plantearlo, sino porque su esposa se le adelantó.

—Hoy he visitado a Emily —comentó Charlotte, que no había cogido la labor de costura, doblada y colocada en la pequeña mesa contigua a su sillón.

Los niños estaban en el primer piso y Gracie tenía libre el resto de la noche.

—¿Cómo está? —preguntó Pitt; en parte por cortesía y en parte porque apreciaba sinceramente a su cuñada, pese a que en ocasiones también lo exasperaba.

Hacía un par de años que ni Emily ni Charlotte se entrometían tanto en sus casos. Y él ya no estaba tan preocupado como antes por la seguridad de las mujeres; incluso reconocía que habían sido inteligentes, imaginativas y que habían demostrado que no tenían miedo al peligro.

—Está preocupada —contestó Charlotte.

Pitt estaba encantado de hablar de las preocupaciones de Emily. Probablemente tenían que ver con sus hijos o con alguna cuestión doméstica. Se libraría de sentirse culpable por no compartir sus sentimientos con Charlotte. No podía contarle que colaboraría con Voisey. Cada vez que llegase a casa media hora más tarde de lo previsto su esposa tendría miedo y pensaría en actos de violencia y traición.

—¿A qué se debe?

Su mujer lo miró a los ojos.

—Al proyecto de armar a la policía —replicó—. Teme que hombres como Wetron, que como todo el mundo sabe es el jefe del Círculo Interior, convenzan a parlamentarios como Tanqueray, que es un inconsciente, para que se apruebe el proyecto. De esa forma Wetron tendrá todavía más poder. No sabemos quién está a favor y quién se opone. Es posible que Charles Voisey vuelva a formar parte del Círculo e incluso que compre su vuelta apoyando el proyecto.

—No lo apoyará —se apresuró a decir, aunque enseguida se arrepintió de haber sido tan categórico—. Al menos... —Calló. Charlotte lo miró con el ceño fruncido.

—Thomas, ¿cómo lo sabes? —No fue un desafío. Se había dado cuenta de que estaba al corriente de la situación y simplemente le pedía explicaciones. No le quedaba más remedio que decir la verdad o, por primera vez, mentirle deliberadamente. Se enterase o no, Charlotte notaría su sentimiento de culpa. Se daría cuenta de que había faltado a la confianza que había entre ambos y a partir de ese momento no volvería a existir la misma calidez, la misma seguridad. Insistió—: Thomas, ¿cómo sabes que Voisey no apoyará el proyecto?

Charlotte temería por la seguridad de su marido si se enteraba de lo que pensaba hacer.

—Wetron no necesita que vuelva a formar parte del Círculo —contestó, sin faltar totalmente a la verdad—. Además, sería tonto si confiara en él.

¡Cuánta ironía había en aquella respuesta! ¿Acaso alguien era tan mentecato como para confiar en Voisey?

—¿Confiarías en él? —preguntó Charlotte de forma directa y franca.

—Confiaría en que es capaz de actuar por su propio interés. Quizá para ampliar sus posibilidades de venganza.

No hacía más que empeorar las cosas. Acababa de meterse en una situación en la que era imposible decirle que colaboraría con Voisey; por otro lado, no estaba preparado para sacrificar la confianza que se tenían y mentirle. Deseaba batirse en retirada y pedirle, simplemente, que no siguieran hablando de ello, pero era una evasiva que sólo aumentaría los temores de su esposa.

—Voisey no está implicado en este asunto. —Las palabras de Charlotte eran una afirmación más que una pregunta, pero su expresión suplicante parecía pedirle que lo confirmase.

—Desde luego que no —reconoció Pitt—. Hará cuanto esté en sus manos para perjudicar a Wetron y, si lo consigue, yo estaré encantado. De todos modos, si lo que preguntas es si sé qué se propone, tengo que responder negativamente; no lo sé.

—Pero ¡algo hará!

—Supongo que sí. Espero que haga algo.

La mujer suspiró.

—Comprendo.

A Pitt le habría gustado inclinarse, tocarla y estrecharla entre sus brazos, pero la sensación de que la había traicionado se lo impidió.

Se hundió un poco más en el sillón, como si estuviera agotado, y sonrió a su esposa.

—Te prometo que tendré mucho cuidado —aseguró—. Al igual que Vespasia y tú, yo tampoco he olvidado lo que hizo.

La misma mañana que Pitt fue a St. Paul para reunirse con Voisey, Charlotte telefoneó a Emily para decirle que iría a verla y que quería hablar con ella de un asunto de cierta importancia. Ésta tuvo a bien cancelar los compromisos que tenía con la sombrerera y la modista y estaba en casa cuando su hermana llegó.

La recibió en la sala privada, la de los cojines con dibujos de grandes flores. El bastidor de bordado se encontraba junto a la cesta con los hilos de seda, bajo el cuadro del castillo de Bamburgh con el mar de fondo.

Emily llevaba un vestido de muselina de su color preferido: el verde claro. El corte era del año anterior, pero nadie se daría cuenta a menos que fuese un fanático seguidor de la moda. La línea de la falda, lo amplio de las mangas y la colocación de los abalorios o los lazos delataban ese hecho.

El paso del tiempo había sido muy generoso con Emily. Mediada la treintena, aún conservaba una figura esbelta, pues había tenido dos hijos en lugar de la media docena que habían parido muchas de sus amigas, y su piel poseía la delicadeza del alabastro, propia de las rubias naturales. No era exactamente hermosa, pero desprendía elegancia y carácter. Lo mejor era que sabía qué la favorecía y qué no le sentaba bien. Evitaba lo vulgar y para las ocasiones importantes escogía colores fríos: los azules y los verdes del agua, los grises y los granates de las sombras. No se vestiría de rojo aunque le fuera la vida en ello.

Charlotte estaba limitada por las restricciones económicas. Eran muchas las ocasiones en las que, para moverse en sociedad, había tenido que pedir ropa prestada a Emily, lo cual era un engorro porque medía cinco centímetros más, o a la tía abuela Vespasia. Por añadidura, ninguna de las dos poseía su tez cálida y con toques ambarinos, sus ojos grises y su pelo de color caoba.

Esta vez Charlotte sólo iba a conversar con su hermana, por lo que el vestido de muselina azul grisácea y mangas amplias era totalmente adecuado.

—¡Charlotte! —Emily la aguardaba en la puerta del gabinete, con el rostro muy animado. Le dio un rápido abrazo y retrocedió—. ¿Qué ocurre? Tiene que haber pasado algo importante, de lo contrario, no habrías venido a esta hora. ¿Se trata de uno de los casos de Thomas? —Su tono reveló un deje de apremio, casi de esperanza.

Charlotte recordó los tiempos en los que ambas participaban en las investigaciones de Pitt. En su mayor parte eran asesinatos, producto de la codicia o para evitar que se hiciese público algún pecado privado. En nombre de la investigación, juntas habían hecho cosas que en esos momentos parecían escandalosas, pero lo cierto es que no se avergonzaban. Habían descubierto la verdad y obtenido cierta justicia, aunque también había habido tragedias. Añoraba aquella época, aunque en el presente aquellas hazañas eran imposibles, ya que Jack se tomaba

demasiado en serio su carrera parlamentaria y temía una indiscreción de Emily, y porque habían encomendado a Pitt a labores más secretas y peligrosas en la Brigada Especial. El cambio de Jack era positivo y el de Pitt, inevitable; por consiguiente, no servía de nada lamentarse.

—Hasta cierto punto tiene que ver con el trabajo de Thomas —respondió Charlotte. Siguió a su hermana al interior del gabinete y tomó asiento—. Está relacionado con el atentado anarquista de Myrdle Street, en el que Magnus Landsborough perdió la vida.

La alegría se borró de la cara de Emily.

—¡Es espantoso! Toda esa destrucción es terrible, al igual que la muerte de Magnus Landsborough, aunque me pregunto qué hacía con esa gente. Hay un grupo en el Parlamento que intenta presentar un proyecto para armar a la policía y permitir que registre las casas con cualquier pretexto. Jack teme que acabe con la colaboración de los ciudadanos de estos últimos años y que, lejos de ayudar a la policía, dificulte enormemente su trabajo. —Su mirada se había ensombrecido—. No estoy segura de que sea tan importante como dice, pero me ha sido imposible convencerlo de que no se oponga.

Charlotte la miró. Emily estaba sentada y echada hacia delante en el elegante sillón. Tenía las manos rígidas y el rostro tenso de ansiedad. Pese a la luz del sol y a los colores que las rodeaban, a los jarrones con flores y al aroma del césped recién cortado que se colaba por la ventana entreabierta, en el gabinete se respiraba temor.

—¿No quieres que se oponga? —quiso saber Charlotte.

Suponía que, después de que Jack desperdiciara su juventud, Emily debía enorgullecerse de él por decidirse a defender una causa e incluso debería sentirse aliviada por que tuviera un claro propósito. Su hermana lo había deseado durante mucho tiempo, había luchado por ello, insistido y lo había convencido.

Emily apretó con impaciencia sus delicados labios.

—¡Charlotte, es una batalla horrible! —declaró—. Muchas personas están preocupadas por ello. Están asustadas y el miedo las vuelve peligrosas. Tanqueray, el impulsor del proyecto, no es alguien importante, sino un simple portavoz. Está respaldado por poderosos intereses y no habrá paciencia ni misericordia para quienes intenten bloquearlo.

Charlotte sonrió para sus adentros, por lo que apenas se notó en su rostro. ¿Acaso Emily suponía que las batallas de Pitt jamás eran peligrosas y que no tenía nada que perder? Era la primera vez que su hermana sabía qué significaba permanecer despierta y sola por la noche, sobrecogida de temor por alguien a quien quería de forma intensa y protectora... y a quien no podía ayudar. Ella estaba acostumbrada; aunque en realidad, no podía decir que eso fuera cierto, ya que nunca le resultaba fácil.

—¿Sabes si hay alguien más implicado? —preguntó y evitó tocar el tema del peligro hasta tener la certeza de que su cólera no afloraría.

—¡Podría darte montones de nombres! —respondió Emily sin dilaciones—. Algunos ostentan altos cargos y están totalmente dispuestos a arruinar a Jack o a cualquiera que se interponga en su camino. ¿Qué opina Thomas? ¿Está de acuerdo con que los policías vayan armados? Jack dijo que Thomas disentería, aunque es posible que haya cambiado de opinión después del tiroteo de Long Spoon Lane.

Charlotte se mordió el labio. No pensaba transmitir su sensación de exclusión a Emily, pero le resultó casi imposible seguir manteniendo el secreto. Comprendía a la perfección los temores de su hermana y no debían separarse precisamente en esos momentos.

—No quiere que armen a la policía —contestó quedamente y miró a Emily a los ojos—. Hay algo que lo inquieta mucho más de lo que me ha dicho y sospecho que no sólo se trata de un peligro, sino de algo que lo apena y lo avergüenza, razón por la cual no quiere hablar de ello.

—¿Has dicho que Thomas se siente avergonzado? —preguntó Emily sorprendida.

—No tiene que ver con él. —Charlotte, a la defensiva, corrigió el error que acababa de cometer—. Tiene que ver con la policía. Ha hablado de corrupción y me parece que es más grave de lo que admite. Prácticamente no tiene en quien confiar.

—¡La corrupción...! —exclamó Emily bruscamente y el último resto de alegría se esfumó de su rostro—. No me extraña que Jack no quiera que los policías vayan armados. Si lograra demostrar que la corrupción existe...

—¡No! —Charlotte estiró el brazo como si con la mano pudiese detener físicamente a su hermana—. Recuerda que Wetron está al mando de Bow Street, lo que tal vez significa que todo el Círculo Interior está implicado, que es como, decir el Parlamento o, al menos, buena parte de sus integrantes.

Emily tensó los músculos de la cara.

—¿Sabías que el Círculo tanteó a Jack para que se hiciese miembro? Se negó. —Tragó saliva—. A veces lamento que haya obtenido un escaño. De no ser así podría haberse dedicado a otra profesión, tendría la conciencia tranquila y estaría a salvo. —Emily se mordió el labio; casi se arrepentía de haber hecho aquella confesión.

—¿Estás segura? ¿Realmente preferirías que se dedicara a otra cosa? —preguntó Charlotte y sonrió sin entusiasmo ante su debilidad—. A veces yo también deseo lo mismo. Si Thomas se hubiera quedado en el cuerpo como agente e hiciera lo que otro le ordena, no tendría que tomar decisiones que tal vez no agraden a otros ni correría muchos peligros. Y seríamos más pobres, por descontado. En tu caso, si Jack hubiese permanecido en una posición de menos categoría, a ti no te habría afectado gracias al dinero que heredaste, pero a él le habría influido y se sentiría incómodo.

—Lo sé, lo sé. —Emily se dio por vencida y bajó la mirada—. De todas maneras, lo que nos habría gustado no viene a cuento porque sólo podemos hacer frente a lo que tenemos. Hay algunas personas valiosas que se oponen al proyecto... como Somerset Carlisle. No podía ser de otra manera. —Mencionó a otros seis parlamentarios e hizo algunos comentarios irónicos y algo despectivos—. Por

descontado, algunos de sus prósperos electores reclaman la paz en las calles, la seguridad en los hogares y la vuelta del imperio de la ley. Aseguran que la policía no es eficiente porque no la dotamos del poder y de las armas que necesita. —Miró firmemente a Charlotte—. Uno de los principales adversarios al proyecto y uno de los mejores oradores en contra de su aprobación es Charles Voisey.

—Vaya... —Charlotte empezó a pensar a toda velocidad. Se acordó de una oscura noche en Dartmoor, en la que, con la ayuda de Tellman, tuvo que huir con Gracie y sus hijos de la casita que tenían alquilada; de las largas noches que pasó en solitario en Keppel Street porque Pitt estaba en Whitechapel y no sabía cuándo regresaría... si es que volvía alguna vez. Thomas había tenido que vivir en pensiones y deslizarse por los callejones bajo la tenue luz de las farolas de gas, entre las sombras. Todo había sido por culpa de Voisey, por culpa de su odio. Tenía mucho sentido que librara esa batalla, aunque sólo fuera para fastidiar a Wetron. Emily la observaba con atención, pese a que sabía relativamente, tal vez intuía mucho más—. No es el aliado que yo habría elegido —comentó Charlotte y sonrió con ironía—, aunque quizá sea mejor que nada.

—Yo también preferiría a otros. —Emily observó la expresión de su hermana y comprendió sus sentimientos, pese a desconocer los detalles—. Dicho sea de paso, por si no lo sabes, su hermana, la señora Cavendish, ha vuelto a la sociedad. Incluso se habla de que ha encontrado un buen partido para volver a casarse. Sólo era un cotilleo. Tendré que averiguar lo que pueda acerca de los parlamentarios. Te aseguro que a veces me gustaría que las mujeres tuviésemos derecho de voto. Tal vez así se verían obligados a prestarnos más atención.

—¡Deberemos esperar a que nos lo concedan! —replicó Charlotte—. Por favor, pensemos en qué ayudas podemos recabar ahora.

Evaluaron la cuestión unos minutos, plantearon propuestas y las aceptaron o las descartaron. Elaborar juntas un plan era algo que Charlotte había echado de menos; aquella situación le resultaba agradable, a pesar de la gravedad. Era casi la hora de comer cuando oyeron las pisadas de Jack en el exterior; segundos después se detuvo en el umbral. Parecía agobiado y se sorprendió de ver a Charlotte.

Emily se volvió hacia su marido y se puso rápidamente de pie. Su actitud revelaba una solicitud impropia de ella, pero Charlotte la conocía lo suficiente como para detectar sus temores. Saludó a su cuñado; éste habló con ellas, pero daba la sensación de que las preocupaciones seguían dando vueltas por su mente y de que se había sorprendido de que Emily no estuviera sola.

Con la intención de explicar su presencia en la casa, Charlotte dijo:

—Estábamos hablando del proyecto de armar a la policía. Thomas está muy contrariado con ese tema.

—Sí, ya lo sé —confirmó Jack—. Ha venido a verme esta misma mañana, temprano. Ojalá pudiera haberle dicho algo útil.

Tomó asiento en un sillón grande y mullido y se reclinó, pero en modo alguno

pareció relajado. Sonrió a Charlotte, pero apenas la miraba.

Emily permanecía de pie en el centro del gabinete. La luz del sol formaba dibujos brillantes en la alfombra y en la madera brillante que la rodeaba. El aroma de los tulipanes tardíos era embriagador a causa del calor.

—Intentamos pensar en quién más puede prestar ayuda —explicó Emily—. Se nos han ocurrido algunas ideas.

Jack frunció el ceño.

—Preferiría que no te involucraras —pidió a su esposa—. Agradezco tu ayuda, pero esta vez prefiero que no me la prestes. —Jack notó que Emily se tensaba y vio una mezcla de cólera y desdicha en su expresión—. La situación se pondrá muy fea. La gente está asustada. Como la policía no sabe quiénes son los anarquistas, Edward Denoon se ha dedicado a soltar los fantasmas de la violencia, como si todos corriéramos el peligro de sufrir un atentado con bomba.

—¡Ya los encontrarán! —exclamó Charlotte con más brusquedad de la que pretendía. El comentario de Jack parecía una crítica a Pitt—. No podemos pretender que la policía resuelva un asesinato en un par de días.

A pesar de que apenas era mediodía, Jack parecía agotado.

—Así es —coincidió cansinamente.

Emily estaba muy pálida.

—Si no puedes ganar, no eches a perder tu carrera en el intento —declaró y tragó saliva—. Carece de sentido. Ni defiendas ni te opongas al proyecto. Ya lo rechazarán Somerset Carlisle y Charles Voisey. ¡Te prometo que no pediré ayuda a nadie! —Su marido permaneció en silencio—. ¡Jack! —Emily avanzó un paso hacia él—. Jack...

Charlotte sintió un escalofrío de sorpresa y de alarma. Reparó por primera vez en lo asustada que estaba Emily y se preguntó cuánto tiempo había convivido ella con el temor de que Pitt resultara herido emocional o físicamente. Se hizo cargo del apremio de su hermana, que no estaba acostumbrada a sufrir semejante ansiedad; siempre se había sentido segura. Charlotte también percibió con toda claridad la cólera de Jack por verse obligado a hacer algo que lo asustaba y de lo que, por otro lado, no podía librarse. Intuía que habría dolor y un choque de voluntades en el que no debía entrometerse.

Se puso de pie y sonrió a Emily.

—Creo que, después de todo, deberíamos abandonar este asunto.

—Charlotte tiene razón —acotó ésta con firmeza—. Al fin y al cabo tal vez no sea tan malo. La policía tiene que poner freno a los delitos. Es lo que todos deseamos.

—No es ésa la cuestión —puntualizó Jack—, sino el modo en que se lleva a cabo. Además, la anarquía no es el único delito.

—Desde luego que no —coincidió Emily—. Todos dicen que también han aumentado los asaltos, los robos con allanamiento y los incendios provocados. Además de la violencia en las calles, la prostitución, las falsificaciones y cualquier otro delito que se te ocurra.



—No es a eso a lo que me refería. —Jack parecía desdichado, como si todo ocurriese contra su voluntad—. Emily, tengo que oponerme al proyecto. Es un error. Está...

—¡No, no tienes por qué oponerte! —aseguró acaloradamente su esposa—. Además, no puedes ganar. Ya se ocupará otro. Que se oponga Charles Voisey si le apetece. ¿A quién le importa lo que pueda ocurrirle? O que lo haga Somerset Carlisle, si es tan corto de miras como para hacerlo. —Dio un paso hacia su marido y apoyó suavemente las manos en las solapas de su chaqueta. La luz del sol sacó fuego de los diamantes de su sortija—. ¡Jack, te lo ruego! Vales demasiado como para echar a perder tu carrera luchando por una causa que está perdida de antemano. —La mujer tomó aire para seguir hablando.

Jack la interrumpió:

—Emily, eso no es todo.

La cogió delicadamente de las manos y las apartó. Su tono era tajante. El encanto que solía desprender espontáneamente se trocó en una resolución casi fría. Se diera o no cuenta Emily, Charlotte sabía que esa decisión se mezclaba con el miedo. Su cuñado se sentía obligado a oponerse al proyecto por mucho que supiera que pagaría un precio muy alto.

—¿Qué más hay? —Emily estaba contrariada. La situación le parecía totalmente irracional, como si su marido se lanzara al peligro voluntariamente—. Además, la policía ya tiene armas. ¡De lo contrario, los agentes no habrían mantenido un tiroteo en Long Spoon Lane! Que les den más armas si las necesitan. Si detienen a demasiadas personas en la calle o registran sus hogares, el Parlamento podrá modificar el proyecto.

—No puedes modificar los sentimientos sólo porque es lo que te gustaría —puntualizó Jack.

Charlotte se acercó al marido de su hermana.

—Jack, acabas de decir que eso no es todo. ¿Qué más hay?

—No es más que una suposición —declaró con cara de preocupación—. Tal vez no ocurra, pero tengo que luchar como si estuviera ocurriendo. —Se volvió para mirar a Emily y se disculpó—: Lo siento mucho, pero no hay otra posibilidad. Quieren añadir el derecho a que la policía interrogué a los criados sin el conocimiento o el consentimiento de los dueños de la casa.

Emily se quedó atónita.

—¿Que los interroguen acerca de qué? ¿De mercancías robadas? ¿De armas?

—Nadie lo sabrá, ¿no es cierto? —La habitual sonrisa seductora de Jack se esfumó—. Ésa es, precisamente, la cuestión. ¿Quién estuvo en la casa, cuánto dinero se gastó, adónde lo trasladó el cochero, con quién habló, a quién le escribió cartas, quién le escribió a usted? ¿Qué dijeron? ¡Podrán interrogarlos acerca de lo que quieran!

Emily meneó la cabeza.

—¿Qué sentido tiene? ¿Por qué tendría que importarles lo que digan unos criados?

Charlotte veía que aquello era una monstruosidad, pero estaba más familiarizada con el trabajo de la policía y conocía el temor de Pitt a la corrupción.

—Daré carta blanca al chantaje —intervino con voz baja—. Si plantean las preguntas adecuadas, pueden dar a entender prácticamente cualquier cosa. Viviríamos sometidos al terror de las murmuraciones y los malentendidos. ¡Es francamente paradójico! En el pasado los criados vivían con el miedo de perder su reputación si su señor o su señora hablaban mal de ellos. Me parece entrever qué sucedería ahora. Viviríamos atemorizados por los criados. Bastaría una palabra a la policía para acabar con nuestra reputación. Es imposible que aprueben semejante proyecto, ¿verdad?

Jack se volvió y la miró cabizbajo.

—No lo sé. Piensa en el poder que otorga. Basta un agente de policía deshonesto, simplemente indiscreto, o alguien que busca un favor o se siente insultado. Las posibilidades son infinitas. En principio sería una ley que sólo se usaría en caso de que existan sospechas de anarquía o traición, pero luego se empleará para robos, sospecha de malversación de fondos, de conspiración para cometer un fraude o de chantaje a los chantajistas. La policía podrá hacer prácticamente lo que le venga en gana; todos seremos vulnerables.

—Pero nosotros no tenemos nada que... —comenzó a decir Emily.

—¿Nada que ocultar? —preguntó Jack y enarcó las cejas—. ¿Quién ha dicho que debe ser cierto? ¿Qué sucederá con un criado descontento, con uno al que hayan pillado robando o perezoso, impertinente, que bebe, apuesta, tiene una amante o, simplemente, quiere más dinero? —Su tono de voz se tornó tajante—. ¿Qué ocurrirá con un criado que esté asustado, enamorado, que se deje dominar fácilmente o que esté emparentado con alguien que tiene problemas o...?

—¡Ya está bien! —gritó Emily—. ¡Lo he entendido! ¡Lo he entendido! Es monstruoso. No hay un solo parlamento en su sano juicio que esté dispuesto a aprobar semejante ley.

—¡Emily, no se planteará en esos términos! —exclamó su marido, exasperado—. Parecerá muy sensato que la policía interroge a los criados en privado. El señor o la señora no se enterarán a fin de proteger al criado y evitar que se le presione para que mienta y consiga conservar su puesto.

—Y ahora, ¿no pueden hacerlo? —preguntó Charlotte, desconcertada.

—Por supuesto que la policía puede interrogar a los criados o a quien quiera —contestó Jack—, pero no en secreto. ¡Sería como tener ojos y orejas en tu casa, en la mesa del comedor, en la cocina y en el dormitorio! La excusa es que se intenta protegernos de la anarquía, aquí radica la diferencia. La policía no tendrá que dar razones de su actuación. Ahora debe sospechar que alguien ha cometido determinado delito para interrogarlo abiertamente. Estamos hablando de que sería en secreto y sin dar explicaciones. Comenzaría despacio, pero iría en aumento sin que nos diéramos

cuenta.

Emily bajó la mirada y declaró en tono resignado y de aceptación:

—Comprendo. Supongo que tienes que luchar.

—¿Cuándo te has enterado? —preguntó Charlotte.

—Acabo de saberlo. Después de que Thomas se marchara a... supongo que volvió a la Brigada Especial. Tengo que decírselo. Necesita saberlo. Lo lamento. No quería preocuparos con este tema. —Se volvió hacia Emily con el rostro fruncido de pesar y una mirada afable—. ¿Te das cuenta de los motivos por los que, cueste lo que cueste, tengo que luchar? De no haberme enterado me podría volver atrás, pero ahora lo sé.

—¿Quién te lo dijo? —quiso saber Emily.

—Voisey. Es verdad. He visto el borrador.

—¿Voisey? —repitió Emily, furibunda.

Jack le apoyó las manos en los hombros y la sujetó con firmeza, sin hacerle daño.

—Es verdad. Antes de actuar lo llevaré a las más altas esferas, si es necesario hasta el primer ministro, y te aseguro que seré el hombre más feliz de Westminster si se demuestra que es mentira, pero no sucederá. La propia policía lo ha solicitado. Asegura que la Brigada Especial no es suficientemente competente para acabar con la violencia anarquista y el aumento de los delitos. —Se estremeció ligeramente—. Con el fin de proteger al pueblo, la policía necesita esa competencia para utilizarla en caso necesario. No le dan importancia y aseguran que casi nunca la aplicarán, pero la cuestión es que en cuanto tengan poder para actuar no podremos detenerlos, ya que como bien sabemos el poder corrompe y lo hemos planteado de tal manera que no hay forma de impedirlo.

Emily miró a Charlotte y nuevamente a Jack.

—De acuerdo —accedió—. Pero eso no impide que esté asustada.

—Yo también —reconoció Jack suavemente y le apartó la mano del hombro para acariciarle la mejilla—. Yo también.

Jack permitió a Charlotte que le contara a Vespasia lo que acababa de decirle. Después de comer, Charlotte declinó el ofrecimiento de Emily de utilizar su coche y empezó a recorrer bajo el sol de principios de verano los poco más de dos kilómetros que la separaban de la casa de Vespasia. El paseo le permitió sosegar su acelerada mente y ordenar sus pensamientos. El viento era fresco y cálido a la vez, las hojas de los árboles susurraban y el sol salpicaba el suelo de manchas. A su lado pasaban coches descubiertos en los que viajaban mujeres vestidas a la última moda, con sombreros extravagantes, diminutos y adornados con plumas y con enormes lazos y volantes de raso. Prácticamente no se fijaba en nada.

Llegó en el preciso momento en el que Vespasia, con un vestido de seda gris, estaba a punto de salir a realizar las visitas vespertinas. Tras ver la angustia y la

desilusión de su sobrina, canceló sus compromisos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cuanto tomaron asiento.

La tranquila estancia estaba orientada al jardín y a la rosaleda; sólo el rosal trepador amarillo, que era el primero en florecer, daba un toque de color.

—Estaba hablando con Emily acerca del proyecto de armar a la policía y concederle más competencias —respondió Charlotte—. Jack regresó de Westminster y nos contó la nueva dimensión que ha adquirido el asunto, mucho peor de lo que hasta ahora yo sabía, y que ya era bastante malo. —No se anduvo con rodeos, ya que con Vespasia no sólo habría sido innecesario, sino insultante. Se conocían y se comprendían perfectamente—. Al parecer, los ánimos están exacerbados y es posible que se calienten todavía más si se denuncian más delitos de los habituales.

—De eso podemos estar seguros —reconoció Vespasia, muy seria—. Claro que nosotros también tenemos recursos. Supongo que Jack se pondrá firmemente de nuestra parte. El joven ha respondido bastante bien. También podemos contar con Somerset Carlisle. Siempre ha luchado contra cualquier injusticia, sin tener en cuenta el coste personal. —Charlotte tuvo la sensación de que una sombra oscurecía el rostro de Vespasia y esperó, ya que hacerle preguntas habría equivalido a entrometerse—. Hasta hace poco habría asegurado que lord Landsborough se opondría vivamente a este proyecto —prosiguió Vespasia en tono sereno y apesarado—. Su influencia habría bastado para que dos o tres ministros cambiasen de parecer. Pero puesto que quien murió era su único hijo, es posible que ahora opine de otra manera o que prefiera mantenerse al margen. —Adoptó una expresión de contrariedad—. Has dicho que era peor de lo que suponías. ¿Ha habido alguna novedad?

—Sí. Todavía no ha ocurrido, pero Jack se ha enterado y está profundamente asustado. —Charlotte notó el temor en su propio tono de voz—. Se proponen añadir una disposición para que los agentes de policía puedan interrogar a los criados sin el conocimiento o el permiso del señor o la señora de la casa.

Vespasia se quedó de piedra.

—¿Interrogarlos acerca de qué?

—De lo que quieran. Dado que se realizará en secreto, nadie se enterará.

Charlotte miró a su tía y vio cómo se alteraba su rostro cuando comprendió qué significaba dicha ley.

—No creo que la aprueben. —Vespasia exhaló aire lentamente—. Abrirían la puerta al chantaje. Sería como si... —Ni siquiera se molestó en terminar la frase—. Supongo que es producto del miedo, de no pensar de antemano en lo que sucederá. —De repente parecía agotada—. A veces me desespera lo obtusa que puede ser la gente. Habla con cualquiera que haya tenido que tratar con criados; son seres humanos como todos: buenos, malos e indiferentes. Al igual que nosotros, tienen pasiones y rivalidades, codicias y ambiciones. Es posible manipularlos aunque, en ocasiones, son ellos los que manipulan. Algunos dicen lo que quieres oír simplemente para que estés contenta. Otros corren el riesgo de llamar la atención o se esfuerzan por superar

a un rival.

—¿Es posible que las esposas convenzan a los parlamentarios de que no pueden ser tan idiotas? —preguntó Charlotte, aunque no se hacía ninguna ilusión—. ¿No te sorprende lo que la gente es capaz de hacer cuando está asustada? De todos modos, me parece que tenemos un aliado.

—¿Quién?

—Charles Voisey —replicó Charlotte y sintió un escalofrío a pesar de encontrarse en aquella estancia iluminada por el sol.

Vespasia permaneció inmóvil, con el mentón en alto y la mirada perdida.

—Ya veo. ¿Lo hace por amor a la libertad o por odio a la policía, representada en el superintendente Wetron?

—Por odio —se apresuró a replicar Charlotte—. De todos modos, no es el odio que siente por Wetron lo que me asusta, sino que Thomas se ha involucrado en la cuestión y están en el mismo bando. Apenas me ha hablado de ello... en realidad, se muestra esquivo, lo que no es propio de él. Sé que Voisey está implicado. Me lo ha dicho Jack. Tengo miedo de lo que Thomas pueda hacer. Ni siquiera sé si sabe que alguien es capaz de dejarse consumir por el odio, como Voisey.

Charlotte se mordió el labio y tuvo la sensación de que hablar con tanta libertad era traicionar a Pitt, pero si no era franca no podría pedir ayuda a su tía, que probablemente sería lo único que se interpondría entre Pitt y el desastre. Vespasia asintió lentamente.

—Conozco a la gente como Voisey —añadió Charlotte—. Thomas no sabe cómo son. Cree que los caballeros con cierta educación también poseen determinadas cualidades y que hay actos que no se rebajan a realizar, pero no es cierto. —Miró desesperada a la anciana—. Casi siempre Thomas da una segunda oportunidad. No odia... al menos, no siente ese odio implacable que vi en la mirada de Voisey cuando la reina le concedió el título de *sir*. Sería capaz de todo con tal de vengarse de nosotros.

Vespasia dejó escapar un suave suspiro.

—Por lo que dices, deduzco que no tienes idea de qué es lo que Thomas se propone y que tendría que ver con Voisey.

—No lo sé.

—En ese caso, debemos buscar munición que podamos usar contra Voisey. Podría ser necesaria. Sabemos muy poco de él. Nos convendría recordar la historia de David y Goliat...

—¿Es realmente un Goliat? —preguntó Charlotte con pena—. Sé que en la Biblia gana David, pero en la vida con demasiada frecuencia son los seres como él los perdedores. Supongo que, si no fuera así, el relato no tendría sentido. —Esbozó una sonrisa torcida—. Estoy bastante segura de que nuestra causa es la de Dios, pero no tengo tanta fe en nuestra justicia como para presentarme ante el ejército filisteo al completo, armada únicamente con una honda y un par de piedras. Me falla la fe,

¿verdad? ¿O acaso soy más modesta y realista? —Bromeó para disimular el doloroso temor que corroía su interior cada vez que pensaba en Pitt.

—No tengo la menor intención de enfrentarme en solitario a Goliat —aseguró Vespasia con cierta aspereza—. Sólo me refería a que llevaba una armadura impenetrable que, sin embargo, dejaba al descubierto sus sienes... un espacio pequeño pero muy vulnerable para alguien con excelente puntería. ¿Cuál es el punto débil de Charles Voisey? Tenemos que apuntar con precisión.

—¡No lo sé! —Charlotte tragó saliva y suspiró, temblorosa—. Discúlpame, creo que el miedo se ha apoderado de mí. Thomas está muy trastornado por la corrupción policial. Al menos una parte corresponde a Bow Street, su antiguo distrito. No me gusta verlo tan dolido.

Vespasia suspiró.

—Supongo que, con Wetron al mando, era previsible que existiera corrupción. ¿Estás totalmente segura?

—No, pero es una suposición con fundamento —repuso su sobrina—. Tellman corteja a Gracie...

Vespasia sonrió con súbito y sincero placer.

—Querida, lo sé perfectamente. La echarás muchísimo de menos.

—Tienes toda la razón. No quiero ni pensar cómo será la vida sin los comentarios de Gracie. Me desagrada la idea de tener a otra persona en casa. Daniel y Jemima se quedarán desolados. De todos modos, sé que la vida de Gracie debe seguir adelante.

—¿Y qué tiene que ver con la corrupción en Bow Street?

—Anoche y esta noche Tellman ha anulado su cita con ella —explicó Charlotte—. Eso significa que está haciendo algo de enorme importancia. De lo contrario, no dejaría de llevarla a pasear. No se lo explicó, por lo que ambas dedujimos que está trabajando para Thomas y, de momento, sólo puede estar relacionado con la anarquía y la corrupción.

—Estoy de acuerdo. Parece lo más probable. —Vespasia movió afirmativamente la cabeza—. Por eso es imprescindible que averigüemos cuál es la debilidad de Voisey. Tiene que haber algo que le interesa, una pasión o una necesidad, algo que quiera conseguir o tema perder. Tal vez Thomas se siente limitado por su propio código de honor...

—Así es.

—Lo sospechaba. Y ambas lo queremos más si cabe porque lo tiene —apostilló Vespasia sin vacilaciones—. Tengamos que apelar o no a ella, debemos encontrar la manera de protegerlo. ¿Tienes idea de qué aspira conseguir Voisey con esa maniobra? ¿Es sólo vengarse de Wetron?

Charlotte estaba a punto de responder afirmativamente, pero comenzó a cavilar.

—No lo sé. Tal vez se propone utilizar de algún modo a Thomas para destruir a Wetron y sustituirlo. Necesitamos un arma, ¿no es así? El problema es que me temo que, si tengo un arma, llegue a utilizarla.

Observó atentamente a Vespasia, escrutó sus ojos y buscó desesperadamente una respuesta reconfortante que aliviara el miedo que se había instalado en sus entrañas.

—Por supuesto que la usarías —replicó Vespasia con toda certeza—. Cualquier mujer lo haría si sus seres queridos estuvieran en peligro. Cuando se amenaza al marido o a un hijo, la mujer lucha a muerte y sólo posteriormente piensa en las consecuencias, cuando ya es demasiado tarde para echar marcha atrás. Aun así, no creo que se arrepienta. De todos modos, seguimos necesitando un arma, aunque lo cierto es que a veces basta con saber que se tiene, no es necesario usarla.

—¿Estás segura? —preguntó la joven, llena de dudas—. ¿No crees que se dará cuenta de que me marco un farol?

—¿Qué farol? —preguntó Vespasia en tono quedo. Charlotte optó por cambiar de tema.

—Lamento haberte interrumpido. Espero no haberte causado demasiadas molestias. Te agradezco sinceramente que me hayas concedido tu tiempo. Eres la única persona a quien podía contarle lo que me pasa.

Vespasia sonrió y su mirada reflejó una alegría profunda.

—Los recados que tenía que hacer no eran urgentes —aseguró restándole importancia—. Te ruego que pienses en qué haces con respecto a Voisey. Dado que Jack y él están de acuerdo en lo referente al proyecto de Tanqueray, tienes sobrados motivos para interesarte por él. Ni por un segundo lo tomes por tonto o supongas que te subestimaré. —Vespasia se puso en pie—. Analizaré con más profundidad el tema de la anarquía y las razones por las que un joven como Magnus Landsborough estuvo dispuesto a renunciar a una vida cómoda por ella.

Charlotte también se incorporó y concluyó en tono suave:

—Muchas gracias. Te lo agradezco sinceramente.

A última hora de la tarde, cuando Charlotte y su hermana se sentaron en la galería de visitantes de la Cámara de los Comunes, Emily exclamó:

—¡Te ruego que no digas nada! —Estaba a punto de comenzar el debate sobre el proyecto de ley de Tanqueray. Estaban rodeadas por el frufrú de las sedas y el incesante movimiento de las damas; todas deseaban mirar por encima de la barandilla y vestían a la última moda. Emily se inclinó y susurró con impaciencia—: Allí está.

Charlotte siguió la dirección de su mirada, pero no divisó a Jack, cuya apuesta cabeza habría resultado fácilmente distinguible.

—¿Dónde? —preguntó.

—Más o menos en la mitad, justo detrás del primer banco —contestó Emily—. Tiene el pelo castaño rojizo, como un zorro desteñido.

—¿Qué has dicho?

—¡Charlotte, me refiero a Voisey, no a Jack!

—Ah, sí, claro. ¿Dónde está Tanqueray?

—No lo sé. Creo que tiene alrededor de cuarenta y cinco años, pero no sé nada acerca de su aspecto.

Llegaron justo a tiempo. El portavoz, con peluca y toga, llamó al orden. El ministro del Interior mencionó el tema de los anarquistas y de la violencia generalizada en el East End. Añadió que el gobierno lo había analizado a conciencia y actuaría en consecuencia.

La leal oposición lanzó abucheos y siseos. Tras unos ruidosos instantes, se oyeron algunos insultos y aplausos y a renglón seguido se puso en pie un hombre con el rostro suave y franco. Las luces iluminaron su tupida cabellera, teñida de blanco en las sienes. El portavoz lo presentó como el ilustre representante de Newcastle-under-Lyme.

—Es Tanqueray —musitó Emily a Charlotte—. He reconocido su distrito electoral.

Ante todo, Tanqueray expresó el dolor de la Cámara por el miedo y las pérdidas sufridas por los habitantes de Myrdle Street; luego se explayó hasta incluir todo el East End. Se refirió a la posibilidad de que el anarquismo se extendiese por todo Londres.

—¡Caballeros, debemos abordar inmediatamente esta amenaza! —declaró con fervor.

Como un solo hombre, los parlamentarios aguardaron con la respiración contenida. Tanqueray esbozó las medidas en las que había pensado a fin de que todas las comisarías de policía dispusiesen de armas. También propuso que se modificase la ley con el objeto de proporcionar a los agentes de patrulla el derecho de parar a cuantas personas quisieran y registrarlas o hacer lo propio en hogares o locales comerciales.

Los que estaban a favor lanzaron gritos de aprobación, aplaudieron a rabiar y se prepararon para obtener más información. La oposición no presentó argumentos de peso en contra.

Charlotte se tensó, a la espera de oír la inclusión de la medida que permitiría interrogar a los criados. Miró fugazmente a Emily, que continuaba a su lado, y ésta le dirigió una ligera y apenada sonrisa.

Ante ellas, una mujer voluminosa con un vestido de bombasí apretó la mano de la joven que se encontraba a su lado.

—Ahí lo tienes, querida —murmuró impetuosamente—. Estaba segura de que nos protegerían.

Tanqueray detalló su plan e hizo múltiples comentarios acerca de las penurias sufridas por la gente corriente a causa de los robos, los incendios provocados y las amenazas de violencia. Los presentes recibieron sus palabras con murmullos de comprensión y agravio.

—¡Debemos hacer cuanto esté en nuestras manos! —concluyó—. Nuestro deber para con el país consiste en ejercer el poder con la mayor discreción. Me comprometo



a no descansar hasta que hayamos dotado a nuestros policías de toda la ayuda posible y de toda la protección necesaria para el cumplimiento de su tarea de mantenernos a salvo.

En cuanto Tanqueray se sentó, en medio de ensordecedores aplausos, Jack Radley pidió la palabra; contó con el enérgico apoyo de su jefe.

Emily sonrió, pero contuvo el aliento. Charlotte vio que cerraba los puños y notó que la tela de sus guantes se tensaba en los nudillos.

—Mi ilustre amigo ha hecho referencia a las penurias de la gente corriente —comenzó Jack—. Afirma justamente que debemos protegerlos en sus oficios y en sus vidas. Sus hogares y sus familias deben estar a salvo. Éste es el cometido principal de la policía.

Sonaron murmullos de aprobación. Tanqueray parecía estar muy satisfecho de sí mismo.

El rostro de Voisey se ensombreció.

—Estoy convencido de que para ello no podemos negarnos a concederles los mismos derechos de dignidad e intimidad de los que nosotros queremos disfrutar —prosiguió Jack. Se hizo un incómodo silencio. Los presentes se miraron desconcertados. ¿A qué se refería ese parlamentario?—. ¿Entre los presentes hay alguien a quien le gustaría que los policías registrasen su hogar? —preguntó y miró a los representantes—. ¿Que leyeran sus cartas y revisaran sus pertenencias? ¿Que un policía echara un vistazo a sus ropas y efectos personales, su dormitorio, su estudio e incluso a los vestidos, las enaguas y los guantes de su esposa porque sospecha que ha ocultado algo que podría ir contra la ley?

Los murmullos de alarma se trocaron en cólera. Los parlamentarios se miraban en busca de apoyo, preguntándose si era posible que alguien aceptara aquellas ofensivas ideas.

Emily cerró los ojos y dejó escapar un gemido; tenía los hombros rígidos, echados hacia delante, y las manos cruzadas sobre el regazo.

Charlotte vio que su hermana estaba asustada. Sabía hasta qué punto el éxito social y político dependía de contar con valedores. Jack estaba muy cerca de conseguir el ascenso por el que tanto había luchado, y ahí estaba, decidido y empeñado en ganarse enemigos.

—Si pueden hacer todo eso —añadió Jack con temible claridad, como si hubiese tomado la decisión de sellar su propio destino—, ¿qué no harán por pura curiosidad? ¿Es posible que lean la factura del proveedor de vinos, la carta del sastre, del banquero, del suegro... y, que Dios nos perdone, de la amante? —Sonaron risas, pero eran nerviosas, sin alegría—. ¿Y cómo lo interpretarán los criados? —insistió y se encogió deliberadamente de hombros. Emily permanecía inmóvil, tan estirada como podía—. ¡Si la policía entra en casa y lo registra todo, la cocinera tendrá la tan ansiada excusa para despedirse!

Se trataba de una amenaza muy real. Nadie que hubiese encontrado una buena

cocinera quería perderla. Con demasiada frecuencia el éxito o el fracaso social dependía de sus aptitudes.

Mentalmente, Charlotte lo aplaudió. Le pareció genial que con una sola frase hubiese recordado a los presentes sus comodidades materiales y su prestigio. Hubo murmullos procedentes de todos los bancos. Los presentes se miraron con expresión horrorizada.

Jack volvió a tomar la palabra en cuanto el ruido disminuyó un poco. No volvió a mentar a los criados. Se limitó a sostener que el éxito de la policía dependía en gran parte precisamente de las personas con más posibilidades de ser abordadas o registradas, y del apoyo de la comunidad. Puso ejemplos conmovedores y concluyó su discurso afirmando que, en su opinión, el proyecto de Tanqueray era desmesurado y totalmente inadecuado.

Dos representantes hablaron a favor de dicho proyecto usando argumentos lógicos y emotivos.

Fue entonces cuando Voisey se puso de pie. El silencio fue absoluto. La mujer de negro que se encontraba junto a Charlotte murmuró un comentario de aprobación. Charlotte no supo si ya sabía qué se proponía decir Voisey.

En primer lugar, alabó las palabras de Jack y su valor por pronunciarlas, dado el coste que posiblemente tendrían. También sostuvo que Radley no era un hombre que se movía por sus intereses, sino por principios. En ese momento Emily lanzó una pesarosa mirada de reojo. Charlotte la miró a los ojos y volvió a observar a Voisey. Dijera lo que dijese, estaba decidida a no olvidar jamás que era el enemigo. Debía estudiarlo hasta descubrir su punto débil personal o profesional: un sueño, una esperanza, un error, lo que fuese.

Voisey prosiguió; puso en duda la sensatez de dar armas a los hombres que habitualmente se ocupaban de los elementos violentos de la sociedad. ¿No sería la manera de que más armas cayesen en manos de los delincuentes, principalmente de los anarquistas? ¿No originaría guerras callejeras, de las que un buen número de inocentes acabarían siendo rehenes, víctimas y finalmente perdedores? Afectaría negativamente los negocios y, en última instancia, costaría votos. Ese argumento apelaba a los intereses menos nobles. A Charlotte le pareció despreciable. ¡Sin embargo, qué inteligente había sido! Nadie lo abucheó ni siseó. El discurso fue recibido con un perturbado silencio.

Charlotte y Emily permanecieron en su sitio hasta que se presentó la oportunidad de marcharse. Se disculparon, bajaron la escalera hasta el vestíbulo principal y salieron.

—¡Sacrificará su carrera a cambio de nada! —exclamó Emily, furiosa.

Evidentemente, se refería a Jack.

—¿Estás diciendo que sólo debemos hacer lo correcto en el caso de que no nos cueste nada? —preguntó Charlotte con incredulidad; prácticamente no intentó disimular su tono horrorizado.

Emily la fulminó con la mirada y espetó:

—¡No seas estúpida! ¡Sólo digo que no tiene sentido realizar un sacrificio innecesario! Es mucho más práctico guardar la munición y utilizarla cuando sea útil. —Caminaba tan rápido que Charlotte tenía dificultades para seguirle el paso—. ¡La política no consiste en grandes gestos, sino en ganar! —prosiguió Emily; su elegante falda blanca y negra estuvo a punto de hacerla caer—. Representas a otros... que no te han elegido para hacer de héroe, pavonearte con gestos grandiosos e inútiles y calmar tu conciencia. ¡Te eligen para que las cosas cambien, no para que te lances ante los cañones del enemigo como la carga de la brigada ligera!

—Creía que te elegían para que representes sus opiniones —replicó Charlotte, que no hizo caso de la metáfora militar.

—Para que los representes con una finalidad, nunca inútilmente. ¡Eso lo podría hacer cualquier tonto!

Emily caminó todavía más rápido y Charlotte tuvo que acelerar el paso para seguirla. Sus faldas se arremolinaron y estuvo a punto de chocar con un joven que iba en dirección contraria.

—Lo siento —se disculpó.

—Está claro que no puedo esperar que lo comprendas —respondió Emily—. Nunca te has encontrado en semejante posición.

—¡No era a ti a quien pedía disculpas! —espetó Charlotte, contrariada—. ¡He chocado con alguien!

—¡En ese caso, mira por dónde vas!

—¿Crees que eres la única mujer cuyo marido corre peligro por hacer lo que considera justo? ¡Me parece que te has vuelto increíblemente egocéntrica!

Emily se detuvo tan bruscamente que los hombres que caminaban detrás estuvieron a punto de chocar con ellas.

—¡No es justo! —protestó sin hacer el menor caso de los hombres.

—Claro que es justo —aseguró Charlotte—. Discúlpennos —dijo a los desconocidos—. Está muy agitada. —Se volvió hacia Emily—. Si eres sincera contigo misma y conmigo, no desearías que él fuese de otra manera. Si tu marido evitase la cuestión, no perderías un segundo en ella; por otra parte, tal vez lo querrías, pero también lo despreciarías. Deberías saber que esa clase de amor es efímero.

Emily estaba consternada y su furia desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Charlotte, lo siento muchísimo! —dijo, arrepentida—. Me aterroriza que se meta en un lío terrible y no sepa cómo salir. ¡Ya no sé qué hacer para ayudarlo!

Charlotte sabía perfectamente qué sentía Emily: impotencia y cólera porque era injusto, pero tendría que haberlo previsto. Sabía perfectamente cómo funcionaba la sociedad y, si se paraba a pensarlo, comprendería que Jack también lo sabía. Había elegido ese camino porque era lo que quería..., tal como Pitt había hecho tantísimas veces.

—No puedes ayudarlo, salvo creyendo en él —explicó Charlotte con cariño; lo

único que deseaba era echarle una mano—. No permitas que dude de sí mismo y, por encima de todo, no debe pensar que no tienes confianza en él, por mucho que estés terriblemente asustada.

—¿Es lo que harás? —quiso saber Emily.

—Más o menos —reconoció Charlotte—. A partir de este momento averiguaré todo lo que pueda acerca de Charles Voisey. Debe de tener algún punto débil y tengo que descubrirlo. Te mantendré al corriente.

A continuación esbozó una ligera sonrisa, se dio media vuelta y se alejó.

Había decidido observar a Voisey y, en el caso de que fuera posible, hablar con él.

Tal como sucedieron las cosas, fue el parlamentario quien habló con ella.

—Buenas tardes, señora Pitt.

Charlotte se volvió y vio que estaba a un par de metros de ella, con una ligera sonrisa.

—Buenas tardes, *sir* Charles. —Contuvo el aliento y tuvo que carraspear. Se enfadó consigo misma porque la había pillado con la guardia baja—. Ha pronunciado un discurso impresionante.

Las pupilas de Voisey apenas se dilataron tras el halago de Charlotte.

—Señora Pitt, ¿le interesa el tema de armar a la policía? Ahora su marido pertenece a la Brigada Especial. Está autorizado a llevar arma siempre que considere que la situación lo justifica. —Bajó ligeramente la voz—. Por ejemplo, en el asalto en Long Spoon Lane. Debe de sentirse muy aliviada de que no resultara herido. Fue un episodio desagradable.

Voisey parpadeó lentamente y sonrió. Su mirada era severa y segura. El odio la encendió unos segundos; se dio cuenta de que no lo había disimulado.

—Desde luego —replicó Charlotte en tono casi sereno—. Pero la misión de la Brigada Especial consiste en ocuparse de resolver cuestiones desagradables y, por consiguiente, a menudo también tiene que ver con seres desagradables. —Se obligó a sonreír, no porque supusiera que Voisey le correspondería, sino para demostrarle que se dominaba más de lo que imaginaba—. Me alegra mucho que considere insensato e innecesario dar a la policía más armas o competencias para registrar a la población sin demostrar que hay causas que lo justifican. Está totalmente en lo cierto cuando afirma que la cooperación de la gente corriente es la mejor ayuda, ya que sirve a los intereses de todos.

Voisey observó su expresión para ver si escondía otro significado. No supo si Pitt confiaba o no en ella y durante un fugaz instante Charlotte lo percibió.

—Señora Pitt, no sirve a los intereses de todos —puntualizó quedamente—. Es posible que satisfaga los suyos y los míos, pero existen otras personas con ambiciones distintas.

—No me cabe la menor duda —coincidió y titubeó, pues no estaba segura de si quería que supiese hasta qué punto lo comprendía.

Voisey lo notó y le sonrió.

—Buenas tardes, señora Pitt —añadió con un deje de humor—. Haberla visto ha sido un placer inesperado.

Se disculpó y se alejó a paso vivo. Charlotte se quedó con la extraña sensación de hallarse en desventaja, mientras el recuerdo de aquel instante de odio quemaba en su interior.

Vespasia se devanó los sesos en busca de una excusa razonable que le permitiese volver a visitar a Cordelia Landsborough. Nunca se habían caído bien y, a menos que se le invitara, a nadie con un mínimo de sensibilidad se le ocurriría visitar a una persona que acababa de perder a un ser querido. Sólo había un pretexto aceptable: el deseo de Cordelia de ser imprescindible en la aprobación del proyecto de Tanqueray.

El coche recorrió las tranquilas calles de una zona residencial. Las elegantes casas con fachada georgiana miraban los árboles cargados de hojas nuevas. Había pocos transeúntes, en su mayor parte mujeres con faldas que agitaba la brisa y parasoles protectores.

Vespasia pensó en Charlotte y en el temor que había detectado en su voz cuando habló de tener un arma y utilizarla en el caso de que Voisey amenazase a Pitt. No era la posibilidad de resultar herida lo que la asustaba, sino la posibilidad de herir y la certeza de que lo haría.

De repente una idea cruzó por su mente. Cuando llegó a casa de los Landsborough y descendió del coche supo exactamente qué diría en el supuesto de que Cordelia la recibiese. A decir verdad, se preparó para que resultara muy difícil negarle la entrada.

Sin embargo, la hicieron pasar inmediatamente al vestíbulo sombrío y la acompañaron al gabinete. Cordelia estaba de pie junto a la ventana mirando el césped y las flores de principios de verano.

—Es muy amable por tu parte volver tan pronto —afirmó Cordelia, sin mordacidad en su tono ni en su rostro pálido y agotado.

Durante unos segundos, Vespasia la compadeció. Sus facciones severas y sólidas mostraban el dolor con más dramatismo de lo que lo harían unos rasgos más suaves y femeninos. Estaba ojerosa, unas arrugas profundas iban de la nariz a la boca y sus labios parecían exangües. Nunca se había maquillado; sus cejas eran negras y en ese momento parecían dos tajos abiertos por encima de sus hundidos ojos.

—Puedo parecer entrometida, aunque espero que no lo interpretes así —explicó Vespasia delicadamente—. No he dejado de pensar en el problema de la violencia anarquista y en el terror que despierta en la gente. Es algo contra lo que tenemos que luchar y admiro tu valor y tu generosidad al hacerlo en un momento en el que has sufrido una pérdida personal tan grande.

Por extraño que parezca, era verdad. A pesar de que Cordelia siempre le había desagradado y en ocasiones la había considerado cruel y demasiado indulgente, en

ese instante su entereza impresionaba a Vespasia.

Es probable que Cordelia percibiese su sinceridad, ya que la reconoció:

—Te lo agradezco. Aprecio que no confundas mi compostura con indiferencia por la muerte de mi hijo.

—¡Desde luego que no! Me parece una idea absurda y ofensiva —acotó Vespasia con ardor—. Siempre se llora a solas. He venido porque, tras analizar lo que debemos hacer para luchar contra esos actos, he pensado en algunos peligros y sé que no podemos permitirnos el lujo de esperar a que las circunstancias mejoren. Tenemos muchos enemigos, no personales pero sí de nuestra causa, que atacarán mientras crean que somos vulnerables.

Con expresión curiosa y consciente de la profunda ironía de esas palabras, Cordelia se volvió para mirarla. De todos modos, optó por concentrarse en el tema que Vespasia había planteado y preguntó:

—¿Tenemos enemigos en el Parlamento?

—Por supuesto, y por diversas razones —se explayó Vespasia—. Algunos creerán sinceramente que no es aconsejable dar más poder a la policía y otros tendrán simpatías y ambiciones personales. Me temo que siempre hay gente que actúa por enemistades personales, dondequiera que conduzcan. No podemos permitir que nos tiendan una emboscada.

—¿Una emboscada? —repitió Cordelia con incertidumbre—. Dado que has venido, por decirlo de alguna forma, con la espada en la mano, supongo que has elaborado un plan de defensa.

—Eso creo, pero no podré ponerlo en práctica sin tu colaboración —precisó Vespasia. Permanecieron de pie junto a la ventana y sus faldas se rozaron. Vespasia había ido a buscar información—. Estoy segura de que sabes mucho más que yo, pero debemos trabajar juntas.

Cordelia vaciló. Semejante idea era arriesgada, dada la relación que hasta entonces habían mantenido. No se dejaría convencer tan fácilmente.

Vespasia aguardó. No debía mostrar impaciencia porque entonces revelaría sus intenciones. Por muy profunda o sincera que fuese, la compasión no debía impedirle ver el carácter de Cordelia. Sonrió ligeramente y añadió:

—Al menos en este asunto.

Cordelia se tranquilizó.

—¿Te apetece una taza de té?

—Encantada. Será un placer.

Cordelia accionó el tirador de la campanilla.

En cuanto la dueña de la casa pidió el té, ambas tomaron asiento y se acomodaron las faldas con movimientos casi iguales. Vespasia tomó la palabra y fue a por todas. Una vez establecida la alianza tenía que justificarla.

—Los que están contra nosotros atacarán nuestros motivos. Debemos cerciorarnos de que nuestras razones son aceptables y lógicas; serán las únicas que

daremos. Si diéramos demasiadas explicaciones parecería que pedimos excusas. — Cordelia no se dejó impresionar—. No podrán criticaros a vosotros ni al señor Denoon. —Vespasia hizo un esfuerzo sobrehumano para disimular su impaciencia—. Probablemente tampoco podrán criticar al señor Tanqueray, aunque lo cierto es que no lo conozco lo suficiente para estar segura de ello. ¿Y qué decir del resto de nuestros aliados? La mejor táctica es atacar a los más vulnerables y derribar a los partidarios de uno en uno.

Un súbito brillo de inteligencia iluminó el rostro de Cordelia.

—Sí, tienes razón —confirmó—. Y también funciona a la inversa. Nos convendría saber quiénes son nuestros adversarios.

Vespasia controló su mirada y su tono de voz y mantuvo las manos apoyadas en el regazo. Era un juego peligroso, pero sabía perfectamente lo que hacía.

—Ni más ni menos. Somerset Carlisle será uno de nuestros adversarios. Es un excéntrico. —¿No podía decirse que esa definición explicara su participación en la retirada de los cadáveres de Resurrection Row! Claro que, excepto Pitt, nadie lo sabía—. Por otro lado, es muy apreciado —continuó sin inmutarse—. Ya han intentado difamarlo, pero no lo han conseguido. Por lo que tengo entendido, también está Jack Radley. Está lejanamente emparentado con mi familia y desempeña un puesto secundario en el Parlamento. Me temo que atacarlo se considerará un acto desesperado y no estaría bien que pareciéramos rencorosos o forzados a apelar a cualquier recurso.

—Hasta ahora parecen adversarios insignificantes —coincidió Cordelia—. ¿Hay alguien que deba preocuparnos?

Su mirada denotaba cierta diversión, pero estaba pendiente de todo y sabía que Vespasia había acudido con algún propósito.

—Sir Charles Voisey —contestó Vespasia con la esperanza de no haberse equivocado al llamar la atención de Cordelia acerca de ese hombre—. Ejerce mucha más influencia de lo que parece.

Cordelia enarcó inquisitivamente sus negras cejas.

—¿Lo dices en serio? No había oído hablar de él hasta aquel asunto con los republicanos, sus disparos contra aquel italiano y la forma en que salvó a la soberana. Nunca sé hasta qué punto creer en estas cosas.

A Vespasia le dio un vuelco el corazón; sintió la intensidad de aquella pérdida como si hubiese ocurrido la víspera. «Aquel italiano» al que Cordelia se había referido tan condescendentemente había sido el gran amor de su vida. Se miró las manos apoyadas en el regazo porque no habría soportado cruzar la mirada con Cordelia.

—Voisey tiene muchos asociados —añadió en voz baja—. Tiene amigos y enemigos en muchas partes. Ya sabes cómo son estas cosas, los hombres contraen obligaciones y adquieren ciertos conocimientos.

—¿Estás diciendo que...? —comenzó a preguntar Cordelia.

No pudo terminar la frase porque apareció una criada que le anunciaba la llegada de los señores Denoon. Ésta quiso saber si debía hacerlos esperar en la salita o los hacía pasar.

A Cordelia no le quedó más alternativa que recibirlos. Fingió no darse cuenta de que la conversación había quedado interrumpida y ordenó a la criada que los acompañase.

Como era de prever, Enid vestía de negro, pero el luto quedaba suavizado porque en el cuello lucía un camafeo de extraordinaria belleza, al que su cabello rubio dotaba de una delicadeza y de una sensación de vida de las que Cordelia carecía. Saludó a Vespasia con interés y cierta sorpresa.

Denoon estaba muy serio. Se mostró cortés, pero no fingió alegrarse de ver a una relativa desconocida en lo que evidentemente suponía que sería una reunión familiar.

Cordelia enseguida explicó la presencia de Vespasia. En cuanto cruzaron los saludos de rigor, no se anduvo con rodeos ni hizo concesiones a las sutilezas.

—*Lady Vespasia* está muy preocupada por nuestros intereses —declaró sin ambages—. Acaba de advertirme no sólo de la importancia de protegernos de los ataques políticos, sino de cuidar de nuestros aliados.

—Muy considerado por su parte, *lady Vespasia* —dijo Denoon con frialdad; su expresión reflejaba una clara condescendencia—. Pero es del todo innecesario. Estoy al tanto de esas corrientes. Es imposible dirigir un periódico si se es un ingenuo.

Cordelia estalló, quizá porque quería contar con la ayuda de Vespasia y Denoon había sido muy descortés.

—Si estabas enterado de los asociados secretos de *sir Charles Voisey*, lo más indicado habría sido que te hubieses tomado la molestia de informarme —reprochó en tono gélido.

Denoon se tensó.

—¿Has dicho Voisey?

Vespasia lo miró y observó los músculos de su cuello y la ligera modificación de su postura. En ese instante tuvo la certeza de que Denoon no sólo era un firme aliado de Wetron, sino que también era miembro del Círculo Interior y sabía perfectamente qué había sido Voisey antes de que se desmembrara el Círculo. Y eso era exactamente lo que Vespasia había ido a averiguar.

—Así es —replicó con el rostro casi inexpresivo—. Por lo visto, no apoya el proyecto y dará a conocer sus opiniones con gran entusiasmo.

—¿Cómo lo sabe? —la desafió Denoon.

Vespasia frunció delicadamente las cejas.

—¿Cómo dice?

—¿Cómo sabe...? —Denoon se interrumpió.

Enid tomó la palabra:

—¿Hace apología de la anarquía? —preguntó y estornudó enérgicamente—. Lo siento.



Enid buscó un pañuelo en el bolsito. Sus ojos claros se llenaron de lágrimas.

Por cortesía Cordelia desvió la mirada.

—Lo dudo mucho —respondió—. Sería una posición insostenible. Supongo que dirá que la policía ya cuenta con las armas que necesita y que la información acerca de los grupos subversivos es mucho más valiosa que las competencias para registrar a la gente al azar. No es probable que la policía consiga la ayuda de la gente corriente si ésta cree que es opresiva y propensa a abusar del poder.

Enid volvió a estornudar. Daba la sensación de que el resfriado empeoraba rápidamente. Tenía los párpados enrojecidos.

—Se trata de una argumentación muy débil. —Denoon la descartó de plano—. Si tal como dice, la policía dispusiera del poder necesario para obtener dicha información, habría abortado el atentado de Myrdle Street. Creo que está clarísimo.

Vespasia titubeó. Si decía que las armas y los registros tampoco habrían permitido conocer la participación de Magnus Landsborough parecería innecesariamente cruel y podría hacerles pensar que defendía a Voisey. No sólo era un juego de emociones, sino de datos.

—Señor Denoon, no defiendo a *sir* Charles ni su punto de vista —declaró con delicadeza y un levísimo toque de condescendencia—. Creo que hemos permitido que se exprese de manera razonable en el Parlamento y en los periódicos que podrían optar por publicar sus opiniones, lo cual me preocupa. Sólo he venido para decir que probablemente se opondrá con todas sus fuerzas al proyecto del señor Tanqueray.

Denoon expulsó el aire silenciosamente y, con más serenidad, añadió:

—Sí, por supuesto. ¿Está al tanto de a qué responde su interés por este tema? ¿Sabe si es personal o político?

Denoon la observaba con más atención de la que aparentaba.

Enid volvió a estornudar y abandonó su asiento en el gran sofá. Tenía los párpados abotargados.

Vespasia se encogió de hombros casi imperceptiblemente. Fue un gesto elegante y en apariencia espontáneo.

—No tengo la menor idea —mintió.

Cordelia se impacientó e intervino con bastante entusiasmo:

—Probablemente da lo mismo. Es obvio que se trata de un hombre ambicioso. —Miró a Enid—. Será mejor que te sientes en otra parte —añadió con frialdad—. Edward, ¿serás tan amable de abrir la ventana? —Lo dijo como una orden que se da a un criado y que ni siquiera se piensa que no vaya a acatarla. Denoon la miró con el ceño fruncido y no se movió ni un milímetro—. ¡Enid se está ahogando a causa de los pelos del gato! —exclamó Cordelia—. ¡Ya sabes que es alérgica a los gatos! Por el amor de Dios, a Sheridan le pasa exactamente lo mismo. El pobre animal debería permanecer en los alojamientos de los criados, pero por lo visto se ha escapado y ha andado por aquí. Esta mañana lo he echado, pero debe de haber dejado pelo.

A regañadientes, Denoon se acercó a la ventana y la abrió en exceso, por lo que

entraron el aire fresco y el aroma a hierba segada y mojada.

—Gracias —dijo Enid y volvió a estornudar—. Lo lamento. —Se volvió hacia Vespasia—. Me gustan los gatos... son animales muy útiles, pero en casa no podemos tenerlos. Tanto Piers como yo somos muy sensibles a ellos. Le pasa a toda nuestra familia, Sheridan incluido... —Dirigió este último comentario a Cordelia.

—Por eso el animal debe estar en los alojamientos de los criados —precisó Cordelia—. Sheridan nunca los visita.

—Por cierto, ¿dónde está? —quiso saber Denoon—. ¿Volverá a casa esta tarde? Su ayuda nos sería de gran utilidad para la causa. Podría expresarse con más energía que nadie. Sería magnífico que prestase su apoyo a la campaña. Si cambiara de parecer y abandonase su posición liberal, movería a mucha gente.

—Claro que estará en casa —confirmó Cordelia—. ¡Sólo se retrasa!

Su expresión era de cólera y desprecio.

—Creo que deberíamos seguir elaborando nuestros planes aunque no esté e informarlo cuando llegue —propuso Denoon.

Vespasia se volvió ligeramente y detectó una expresión de profundo odio en el rostro de Enid, que miraba a su marido. Era tan violenta que se quedó francamente sorprendida. Segundos después se esfumó; Vespasia se preguntó si había sido fruto de su imaginación o una mala pasada de la luz estival que se colaba por la ventana.

En el vestíbulo sonaron pisadas y voces. La puerta del gabinete se abrió y Sheridan Landsborough entró. Paseó la mirada por los presentes, miró con sorpresa y agrado a Vespasia y no se disculpó por haberse retrasado. Daba la impresión de que no sabía que lo esperaban. Estaba pálido, con la cara ensombrecida por la pena, y sus ojos habían perdido la vitalidad.

Enid lo miró con profundo afecto, como si deseara acercarse a su hermano, pero no hubiera modo de consolarlo. Su pérdida era irreparable y Enid lo sabía.

Cordelia no manifestó el mismo calor. Como sucede a menudo, la muerte del hijo parecía separarlos en vez de acercarlos. Cada uno lamía sus heridas a su manera: Cordelia estaba furiosa y Sheridan se había apartado y replegado incluso más que antes.

Denoon se comportaba como si no estuviese emocionalmente implicado.

—Analizábamos la mejor forma de promover el proyecto de Tanqueray —explicó a Landsborough—. Por lo visto, *lady* Vespasia piensa que Charles Voisey se convertirá en un adversario digno de ser tomado en serio.

Landsborough lo observó con muy poco interés.

—¿De verdad?

—¡Sheridan, ya está bien! —exclamó Cordelia impetuosamente—. Ahora mismo, cuando todas estas atrocidades están en la mente de todos, debemos prestar la ayuda que podamos. Ahora no podemos estar de duelo.

—Exactamente —coincidió Denoon, sin quitarle ojo a Landsborough—. Sin duda conoces a Voisey. ¿Cuáles son sus debilidades? ¿Dónde están sus puntos flacos?

Tengo la impresión de que *lady* Vespasia opina que probablemente se convertirá en una molestia. Si quieres mi opinión, no comprendo por qué habría de serlo.

—Lo más probable es que se oponga al proyecto —aseguró Landsborough sin alterarse. Continuaba de pie, como si deseara marcharse en cuanto pudiera—. Por lo que ha llegado a mis oídos, está convencido de que la reforma será más eficaz si se realiza de manera moderada, aunque con el tiempo será necesaria para conseguir una sociedad pacífica.

—Es un oportunista —declaró Denoon fríamente—. Sheridan, tienes una opinión demasiado buena de los demás. Te falta realismo.

Vespasia se puso furiosa y preguntó en tono gélido:

—¿Cree que lo que ha dicho es una visión idealizada del comportamiento de *sir* Charles?

—Creo que su defensa de una reforma pacífica es interesada —dijo Denoon. Su tono daba a entender que incluso a Vespasia tendría que haberle resultado evidente.

—Por supuesto que es interesada —espetó Vespasia—, pero no es ésa la cuestión. A nosotros lo único que nos importa es qué defenderá, no cuáles son sus convicciones.

Denoon se sonrojó.

Un atisbo de sonrisa apareció en los labios de Cordelia.

—Vespasia, había olvidado qué franca eres —comentó casi con regocijo.

—Y tu gran sensatez —apostilló Landsborough. Vespasia sonrió ligeramente.

—Espero que tenga la amabilidad de concederme el placer de oír su opinión —añadió Denoon a regañadientes.

Cordelia lo miró, furiosa.

—Espero que Vespasia nos ofrezca algo más que su opinión. Dado que coincide con nosotros en la urgencia y la necesidad de acabar con la violencia y de tomar alguna medida para que la policía pueda hacerlo antes de que la ola de destrucción nos arrolle a todos, Vespasia podría sernos de gran utilidad.

Durante unos segundos el intento de dominar su arrogancia se reflejó en el rostro de Denoon, pero no tardó en disimularla. Miró con afabilidad a Vespasia.

—Me parece excelente. Sé perfectamente que tiene mucha influencia en ciertas personas cuyo apoyo necesitaremos. Huelga decir que dicha influencia sería de un valor incalculable.

La criada entró con la bandeja del té y el debate se centró en cuestiones prácticas. Mencionaron a otros parlamentarios, a directores de periódicos y de panfletos políticos y hablaron de conseguir su ayuda o, en el caso de que no compartieran sus ideas, del mejor modo de contrarrestarlos.

Vespasia se fue en cuanto la cortesía se lo permitió. Dijo que tenía otros compromisos. Se excusó y se despidió de Cordelia y de Denoon. Algunos minutos antes Enid había abandonado el gabinete sin dar explicaciones. Vespasia pidió que se despidieran por ella y se dirigió al vestíbulo en compañía de Landsborough.

El mayordomo mandó buscar su coche; durante la espera, Vespasia miró hacia el pasillo que daba a la puerta que conducía al jardín y vio que Enid hablaba en voz baja con un lacayo. No llevaba la librea de los Landsborough, por lo que probablemente pertenecía a la casa de Enid y había llegado con ella. Se trataba de un joven apuesto, condición que a menudo se exigía a los de su profesión. De todos modos, fue su expresión lo que llamó la atención de Vespasia y la mantuvo momentáneamente atenta. La mirada del joven era directa, muy sincera, y escuchaba a Enid como si ésta le diera instrucciones para llevar a cabo una tarea complicada y de gran importancia. El lacayo se cuadró mientras Enid le hablaba en voz baja; se acercó a él más de lo necesario y parecía que no habían reparado en la presencia de nadie más.

En ese momento Landsborough regresó y sus pisadas interrumpieron la escena. Enid se calló y el lacayo retrocedió un paso y recobró su actitud sumisa. Aceptó las instrucciones y se retiró para cumplirlas. Enid regresó lentamente al vestíbulo y con gran naturalidad se acercó a Landsborough.

Vespasia volvió a despedirse. Enid se lo agradeció y se dirigió hacia el gabinete. Landsborough acompañó a Vespasia hasta el coche.

—¿Estás realmente convencida de que será bueno que se dé más armas a la policía? —preguntó Sheridan, con la cara fruncida de preocupación. Ya estaban en la acera.

La mujer dudó. Landsborough la miraba con desconcertada honestidad y a cambio esperaba sinceridad. En el pasado se habían dicho muchas cosas que probablemente eran más amables que verdaderas, aunque nunca con la intención de engañar. Pero en esos momentos era distinto; aquella faceta de su relación pertenecía al pasado y hacía mucho tiempo que los acontecimientos la habían alterado. La pena y la sabiduría habían sustituido a la impaciencia, y en el presente la soledad era de otra naturaleza y requería un tratamiento distinto.

¿Qué verdad sería soportable en medio de un sufrimiento tan desgarrador? Al evocar el afecto de la expresión de Enid cuando lo miró, Vespasia no sólo recordó la frialdad de Cordelia, sino la clara indiferencia que había manifestado Sheridan. También estaban presentes otras penas, más antiguas, pesares que podía deducir. Por el bien de todos, ¿hasta qué punto debía confiar en él?

Un coche avanzó por la calle, el caballo levantó las patas a gran altura y su arnés resplandeció bajo el sol.

—Es necesario hacer frente a los anarquistas —respondió Vespasia—. Pero todavía no sé con certeza cómo.

—Aumentar las competencias policiales no es el camino adecuado —añadió Landsborough con gran seriedad—. Magnus me habló mucho de los abusos que ya se habían cometido. La ley debe proteger a los inocentes y también atrapar y castigar a los culpables; de lo contrario, se convierte en una licencia para oprimir.

—Lo sé.

Vespasia escrutó su rostro, deseosa de comprender las emociones que había tras

sus palabras. ¿Hasta qué punto estaba al corriente de lo que Magnus había hecho? ¿Qué podía creer que fuera soportable para él?

—¡No confíes en Voisey! —exclamó Sheridan y repentinas y profundas emociones dieron gravedad a su voz—. ¡Te lo ruego! Vespasia, sigas el camino que sigas, ten mucho cuidado y asegúrate de en quién confías. Hay en juego mucho más de lo que parece.

Como si se hubiera dado cuenta de que lo observaban desde las ventanas que se encontraban a sus espaldas, Landsborough se despidió, la ayudó a subir al coche e inclinó educadamente la cabeza cuando el coche se alejó.

Tellman estaba empeñado en dar lo antes posible con Jones «el Bolsillo», pero sabía que debía hacerlo con sumo cuidado y en su tiempo libre, no durante su jornada en Bow Street. Si alguien lo veía tendría que dar explicaciones de su interés por un hombre cuyos delitos, en el caso de que existieran, no se habían cometido en su distrito. Tarde o temprano la situación llegaría a oídos de Wetron, que no tardaría en sacar sus propias conclusiones.

La primera noche, Tellman se puso ropa vieja, que era algo que detestaba porque le recordaba su juventud, los tiempos en los que era lo único que tenía. Muy a su pesar, tuvo que hacerlo. Necesitaba pasar desapercibido y sabía que su cara chupada y peculiar era reconocible en demasiados lugares. Era la única ventaja de desplazarse a la zona de Cannon Street, pero tampoco se atrevía a pedir ayuda a los agentes de esa comisaría. No tardarían en mencionárselo a Simbister y, pocas horas después, llegaría a oídos de Wetron. Si Pitt tenía razón y la corrupción estaba tan extendida como temía, Tellman no trabajaba con la policía, sino contra ella.

Había nacido en el East End. Conocía las calles, los callejones, los atajos, las tabernas y las casas de empeño. Ya no trataba a muchos de sus habitantes, pero sabía perfectamente cómo eran sus vidas. Fue extraño y desagradable volver a recorrer esos lugares conocidos, como si el olor jamás hubiera abandonado el fondo de su garganta y sus pies todavía reconociesen el empedrado irregular que pisaba.

Había pasado muchas veces frente a cada una de esas tiendas y casas; solía ir con las botas agujereadas, siempre hambriento, sin saber si obtendría alimento o calor y temeroso del futuro. Si Jones «el Bolsillo» procedía de ese barrio, Tellman lo comprendería demasiado para sentirse cómodo persiguiéndolo. El caso de Grover era todavía peor. Tellman lo compadecería porque conocía la vida de la que había escapado y lo odiaba porque había traicionado el camino que el propio Tellman había seguido para salir.

Grover también había visto cómo su madre luchaba para alimentar y vestir a sus hijos y probablemente había perdido a alguno de ellos por culpa de alguna enfermedad. Tellman jamás olvidaría el silencio, el miedo y el sufrimiento que había en su casa. Los viejos podían morir, era previsible, pero a pesar de los años transcurridos el dolor seguía siendo aterrador e inconsolable cuando se trataba de un niño. Si cerraba los ojos aún veía el rostro de su madre la noche que ocurrió, y volvía a sentir aquella impotencia.

Una parte de su ser odiaba a Grover por aprovecharse de los demás. Sin embargo, comprendía que, si se tiene hambre y se está desesperado, se coge lo que se puede cuando se puede. Había que ser muy fuerte, listo o afortunado para no acabar derrotado.

De todos modos, esos pensamientos no afectaban en absoluto su decisión de dar con Jones «el Bolsillo» y detenerlo. Aunque era una situación que no le producía la menor alegría.

En el transcurso de la noche visitó todas las tabernas situadas en un radio de tres kilómetros de la Dirty Dick y la Ten Bells. Observó a los propietarios y buscó el camino más corto para desplazarse de una taberna a otra.

Al día siguiente envió a los hombres que solían trabajar con él a realizar diversos recados que los mantendrían ocupados toda la tarde. A mediodía regresó a la Ten Bells. Según lo que Pitt había explicado, era el día de recaudación, por lo que pidió un bocadillo de ternera y una jarra de cerveza y se dispuso a esperar. Se sentó cerca de la puerta y observó a cuantos entraban.

Para mayor seguridad había llegado temprano. Al cabo de media hora, un hombre con una larga nariz y el pelo alborotado entró, bromeó con la camarera y pidió un pastelito caliente y una pinta de cerveza.

Tellman estuvo a punto de no fijarse en el siguiente parroquiano. Tenía la cara afilada y puntiaguda, ojos saltones y llevaba un ancho abrigo que al moverse le golpeaba las piernas. De repente la cara de la tabernera rubia se volvió inexpresiva. Sin aguardar a que hablase, la mujer le sirvió una medida de ginebra en un vaso y la dejó encima de la barra. El hombre la cogió, la bebió con un rápido movimiento y volvió a dejar el vaso vacío en la barra. No hubo intercambio de dinero.

Tellman apuró su cerveza y se puso en pie.

La tabernera extendió la mano, con la palma hacia arriba.

El hombre del abrigo buscó una moneda y se la entregó.

Tellman se sintió ridículo. Tendría que volver a sentarse. Después de todo, ese individuo no era Jones.

La tabernera estaba rígida e incómoda. En su rostro no había ninguna sonrisa, como la que le había dedicado a Tellman que, después de todo, era un desconocido en la taberna. Se dirigió al cajón en el que guardaba el dinero como si fuera a buscar el cambio. Hizo un movimiento brusco, llevó la mano a otro cajón y sacó una bolsa con monedas. Lo cerró bruscamente, se volvió y le entregó la bolsa al hombre. Éste la cogió, pronunció unas palabras que Tellman no llegó a oír y con mucho cuidado guardó las monedas en uno de los amplios bolsillos exteriores de su abrigo. El pago se había realizado pero, para cualquiera que hubiese estado menos atento, lo ocurrido no era más que el habitual intercambio de dinero por una consumición.

Jones había terminado su tarea. Se dio la vuelta y salió a la calle. Tellman salió detrás de él.

Lo siguió, aunque a cierta distancia. Incluso se permitió perderlo de vista, ya que sabía adónde iba. Sólo lo preocupaba que no entregase el dinero ese mismo día. En ese caso no sabría dónde encontrar nuevamente a Jones antes de la semana siguiente

en la misma ruta, pero Pitt no podía esperar siete días más.

Eran cerca de las seis y no había visto que Jones diera el dinero a otra persona o entrara en un edificio que pudiese ser su hogar.

Al final Jones entró en una taberna de Bethnal Green y pidió la cena. Tellman reparó en que la camarera se la sirvió sin pedirle que pagase. En un primer momento llegó a la conclusión de que formaba parte de su ronda, pero vio que la mujer reía y se dio cuenta de que no estaba molesta. Caminaba contoneando ligeramente las caderas. Parecía muy segura de sí misma; coqueteó con otros clientes cuando pasaba a su lado, miró a algunos y les guiñó el ojo. Bromeaba con ellos. Un hombre corpulento replicó y la camarera fingió que se escandalizaba. Sonaron más risas. Jones se sumó a ellas.

La mujer regresó a la barra, apuntó algo en un trozo de papel y lo guardó en el cajón.

Jones era un cliente habitual. No la extorsionaba: la mujer simplemente apuntaba la cena en su cuenta. Sin duda solía comer allí. Lo más probable es que viviese cerca.

Por fin había averiguado dónde encontrar nuevamente a Jones. Se marchó con paso ágil. Notó que estaba hambriento, pero decidió comer en otro lugar, no quería cenar en la misma taberna que Jones «el Bolsillo».

Tellman llegó a su alojamiento con una sensación triunfal, pero cuando se tumbó en la cama y pensó en ello se dio cuenta de que, aunque sabía exactamente qué era lo que había visto, no tenía pruebas de que Jones hubiera cometido un delito por el que pudiese arrestarlo. Paradójicamente, pensó que si el proyecto de la nueva ley se hubiera aprobado habría podido aplicar las nuevas competencias de la policía. Claro que lo último que le apetecía era llevar un arma y, menos aún, que la policía corrompida por Wetron y los de su calaña dispusieran de ellas.

Necesitaba una excusa para detener a Jones y mantenerlo encerrado el tiempo suficiente para que Pitt ocupara su lugar, recaudara el dinero y esperara a que sus jefes fuesen a buscarlo.

Sin embargo... si los jefes suponían que Pitt también era corrupto, como ellos esperaban, sus motivos para detener a Jones no tenían por qué ser honrados.

Pero si los jefes no eran corruptos y Wetron se enteraba, Tellman caería en sus redes y pagaría por su delito durante el resto de su vida.

Se dio la vuelta y se tapó con la ropa de cama. Tuvo la sensación de que la almohada estaba llena de plumas apelmazadas. Tan pronto tenía mucho calor como al minuto siguiente se moría de frío.

Había algo peor que caer en las redes de Wetron: perdería el honor. ¿Qué pensaría su madre? Imaginó su desprecio y también, más amargo que el desprecio, su dolor.

Por no hablar de Gracie. Se pondría furiosa con él por no haber sido lo bastante inteligente para encontrar una salida más airosa. A sus ojos dejaría de ser un héroe.



Desde un punto de vista legal, ¿con qué motivo podía arrestar a Jones? Era culpable de extorsión, pero no había forma de demostrarlo porque nadie declararía que había pagado contra su voluntad; nadie se atrevería a decirlo. Si lo hacía, se arriesgaba a recibir la visita de la policía, que, misteriosamente, encontraría en su casa mercancía robada, dinero falsificado o algún documento comprometedor cuidadosamente colocado a fin de comprometerlo.

Se incorporó en la cama y, a través de la camisa de dormir, notó el aire frío. ¡Ya lo tenía! No había visitado todas las tabernas del barrio. Al día siguiente Jones iría a cobrar más dinero. ¿Y si en alguna le pagaban con billetes falsificados? Sería fácil organizarlo. No era un delito pagar una extorsión con dinero falsificado. Tellman no tendría dificultades para hacerse con un puñado de billetes falsos. En la zona de Bow Street había al menos un timador que le debía un favor y que estaría encantado de saldar su deuda. ¿Cuánto costaba un billete falsificado? Dadas las circunstancias, muy poco.

Evidentemente tendría que moverse con mucho cuidado: vigilaría a Jones, se cercioraría de que cogía el billete y sólo entonces lo detendría. El dinero falso, a cuyo autor no podría delatar porque no lo conocía, sería el motivo que le permitiría ponerlo entre rejas durante varios días, tal vez una semana, el tiempo suficiente para que Pitt pudiera reunirse con sus jefes.

Tellman estaba demasiado desvelado para conciliar el sueño; ya había tomado una decisión. Lo único que faltaba concretar era a quién llevaría consigo para efectuar el arresto. No se atrevía a hacerlo solo por si Jones le plantaba cara, cosa que podía ocurrir. En zonas como Mile End o Whitechapel había suficientes callejones oscuros o patios cerrados en los que podía clavarle un cuchillo y escapar. Nadie acudiría en ayuda de Tellman, que no se atrevería a recurrir a la policía local. Cualquier agente podía ser tan corrupto como el propio Jones, e incluso podía ser su jefe o un intermediario.

Se tumbó y al final durmió con un sueño ligero; cuando despertó, empezó a pensar en quién confiaba lo suficiente como para que lo acompañase.

Finalmente, apenas tuvo elección. Se llevaría a Stubbs o a Cobham. Éste era novato y se mostraba poco dispuesto a acatar órdenes. Solía hacer preguntas y buscar un motivo para todo y no había tiempo para explicaciones. Elegiría a Stubbs. Lo único que sabía acerca de ese agente era que, al igual que él, era el mayor de una familia numerosa. De vez en cuando se refería a su madre, aunque nunca hablaba de su padre. Tal vez estaba muerto. Era posible que Stubbs tuviese ambiciones o lealtades personales, pero lo mismo podía decirse de todos los demás. Ese temor podía impedir que Tellman se atreviese a dar un solo paso. Era una de las peores cosas de la corrupción: paralizaba la acción, dificultaba la toma de decisiones hasta que, al final, dudabas de todos, incluso de tu propia capacidad.

Cuando salió, muy temprano, a buscar el dinero falsificado la mañana era fría y una ligera bruma cubría el río. A las ocho ya había hablado con el dueño de la taberna que pagaría a Jones con los billetes falsos. Para cerciorarse de que todo fuera bien, Tellman le recordó las dificultades que podía tener si la operación fracasaba y las futuras ventajas de las que disfrutaría si tenía éxito.

A las nueve estaba en Bow Street, como siempre; cumplió con sus deberes y se mantuvo tan apartado como pudo de Wetron. Prefirió no correr el riesgo de comentarle a Stubbs que lo necesitaba; a la hora de comer fue a verlo a su mesa, donde estaba resolviendo el papeleo y le dijo que tenía una tarea para él. Stubbs, que detestaba el trabajo burocrático, aceptó encantado.

Salieron juntos e interrogaron a un prestamista acerca del robo de una urna y un par de candelabros de plata. Era algo que Tellman podría haber hecho perfectamente en solitario; luego, se dirigieron al este, como si prosiguiesen la investigación. Compartieron un agradable almuerzo en la taberna Smithfield y se dirigieron tranquilamente al *pub* en el que Tellman supuso que Jones recaudaría el dinero de la extorsión. En un principio, pensó dar antes con Jones, cerca de donde vivía, y seguirlo hasta la taberna en la que estaba el dinero falso. Pero si Stubbs era leal al Círculo Interior o a cualquiera de sus miembros, si estaba en deuda con ellos, se asustaba o simplemente Tellman se mostraba descuidado, se las apañaría para advertir a Jones del riesgo que corría.

Por lo tanto, estaban obligados a esperar. El cielo se encapotó y cayó un chaparrón que los hizo tiritar de frío. Stubbs se mostraba cada vez más desconcertado y descontento.

Tellman decidió que no le daría explicaciones, ya que tendría que contarle algunos detalles que no le apetecía mencionar.

Cayó otro chubasco. Durante unos minutos el granizo golpeó los escaparates de la tienda situada a sus espaldas. En ese momento apareció Jones; caminaba por la acera, con los faldones del abrigo aleteando y con el sombrero negro calado. Entró en la taberna, salió diez minutos después, se pasó el dorso de la mano por los labios y se dispuso a cruzar la calle hasta la acera de enfrente.

—¡Adelante! —exclamó Tellman tajantemente—. ¡Es nuestro hombre!

—¿Por qué? —preguntó Stubbs, aunque obedeció rápidamente. Metió el pie en un charco y maldijo en voz baja—. ¿Quién es?

—Alguien que pasa dinero falsificado —contestó Tellman.

—¿Cómo lo sabe?

Stubbs lo alcanzó al tiempo que, un poco más adelante, Jones entraba en un callejón para coger un atajo hasta su siguiente parada.

—Es mi trabajo —repuso Tellman. Cruzó la calle tras Jones y se internó en el callejón.

Le preocupaba seguir al extorsionador a un lugar que no conocía y en el que fácilmente podían tenderle una emboscada, pero no se atrevía a perderlo de vista. Si

dejaba de verlo durante un par de segundos podría pasarle el dinero a alguien y su plan se iría al garete.

La corrupción policial lo indignaba profundamente y le resultaría insoportable fracasar a causa de un momento de cobardía. Por añadidura, dejaría a Pitt en la estacada, lo cual era casi peor.

El callejón estaba oscuro, las nubes de tormenta teñían el cielo de gris y hacían que las sombras resultasen agoreras. Jones iba más adelante y se acercaba velozmente a un hombre fornido, con un pecho imponente y las piernas cortas y ligeramente arqueadas. Tenía un rostro fuerte, con facciones afiladas y ojos hundidos. Permaneció en el centro de callejón, justo en la trayectoria de Jones, pero éste no vaciló y tampoco hizo ademán de darse la vuelta o querer distanciarse.

Tellman ya no podía elegir. En cuanto el dinero cambiase de manos se quedaría sin motivos para detener a Jones.

—Tenemos que cogerlo —dijo con voz queda.

De esa forma comprobaría de qué lado estaba Stubbs. Se le hizo un nudo en el estómago y se le cerró tanto la garganta que durante unos instantes le costó respirar. Se adelantó, se lanzó sobre Jones, lo cogió por detrás, le retorció el brazo a la espalda y mantuvo su cuerpo como un escudo ante el otro hombre. Si llevaba un arma, fuera la que fuese, de momento no la utilizaría. A sus espaldas oyó las pisadas de Stubbs en el pavimento.

—Policía, señor Jones —dijo Tellman con toda claridad—. Queda detenido por pasar dinero falsificado.

Jones lanzó una exclamación, en parte de sorpresa, pero sobre todo de dolor, porque intentó soltarse y Tellman le aferró el brazo con más fuerza.

—¡Comprobaré que no llevo nada! —declaró, ultrajado.

—Usted es de Bow Street —intervino en tono suave el hombre de las facciones afiladas. Su voz era ligera y su dicción extraordinariamente clara, lo que no coincidía en absoluto con su imagen—. ¿Qué hace aquí? Me llamo Grover. Soy el sargento Grover, de Cannon Street.

—Soy el inspector Tellman. Le sigo la pista al dinero desde la zona de Bow Street —repuso Tellman.

—¡Es mentira! —exclamó Jones, indignado—. Nunca he estado ni siquiera cerca de Bow Street.

—Inspector Tellman, ¿está totalmente seguro? —preguntó Grover y dio un paso hacia ellos, por lo que sólo quedó a tres metros de distancia.

Tellman retrocedió, arrastró consigo a Jones, se alejó de Grover y se aproximó a Stubbs.

—Sí, sargento, estoy seguro —contestó—. Es muy fácil comprobar si lleva encima dinero falsificado. Echemos un vistazo. ¡Agente Stubbs! —No le pidió que sujetara a Jones. Si lo soltaba, podían convertirse en tres contra uno y a Tellman no le quedaría ninguna salida. Ordenó—: Regístrele los bolsillos.

Durante unos momentos nadie se movió; por fin, Stubbs se adelantó.

Jones dejó escapar un resoplido.

—¡Comprobarán que no llevo dinero falsificado! —se defendió, furibundo—. ¡Sargento Grover, usted me conoce! Ésta es su zona. ¿Por qué permite que este agente de Bow Street se salga con la suya?

—Si lo que dice es verdad, le pediré disculpas —intervino Tellman y lo sujetó incluso con más fuerza, por lo que Jones retrocedió—. Incluso le pagaré la cena. ¡Muévase, Stubbs! ¿Qué le pasa?

A Tellman le costaba cada vez más sujetar a Jones; reparó en que alguien aparecía en el otro extremo del callejón y se acercaba por detrás de Grover. Éste debió de oírlo, ya que se volvió, pero se giró de nuevo y miró a Tellman con una expresión de duda.

El recién llegado se acercó a la zona iluminada. Era Leggy Bromwich, un ladrón de poca monta que Tellman conocía desde hacía años. En un par de ocasiones Tellman había hecho la vista gorda cuando Leggy intentaba recuperar lo que era suyo, por lo que le debía algún que otro favor. No es que sirviera de mucho, pero al menos ya era algo.

—Hola, Leggy —saludó Tellman con una sonrisa que consistió, básicamente, en mostrarle los dientes—. ¿Has visto alguna buena falsificación en los últimos tiempos?

—¿Tiene alguna, señor Tellman? —preguntó Leggy y se le iluminó la cara.

—La tendré en cuanto el agente Stubbs se decida a cumplir su trabajo.

Leggy se detuvo más allá del alcance de Grover, abrió los ojos de par en par y una ligera sonrisa alegró su rostro delgado.

Stubbs registró los bolsillos de Jones y sacó un puñado de dinero.

—Sólo son monedas —declaró con expresión impávida. Jones permaneció en silencio.

Tellman sintió que se le caía el alma a los pies. ¿Jones ya había entregado a Grover el billete falsificado o el tabernero lo había traicionado y no se lo había dado al extorsionador? Notó el sabor del fracaso en su boca.

—¡Mire dentro de la camisa! —ordenó bruscamente.

—¡Señor Tellman, ya está bien! —protestó Jones—. ¡No tienen ningún derecho! ¡Soy inocente!

Tellman retorció un poco más el brazo de Jones, que gritó.

—Inspector, no está en su distrito —advirtió Grover.

Stubbs miró a Grover e inmediatamente a Leggy. Introdujo la mano en la camisa de Jones y extrajo dos billetes de cinco libras.

—Mírelos —ordenó Tellman—. Obsérvelos atentamente.

Stubbs le hizo caso. Incluso a un metro de distancia Tellman se dio cuenta de que eran muy distintos. Al menos uno de ellos era una falsificación, y no muy buena por cierto.

—Sargento Grover, ¿qué me dice? —preguntó Tellman, que se alegró mucho de que Leggy Bromwich estuviera presente.

—Señor Jones, no sabe cuánto me ha decepcionado —aseguró Grover con falso pesar y retrocedió un paso—. Parece que, después de todo, el inspector Tellman tenía razón. Ha sido descuidado, muy descuidado.

Tellman volvió a mostrar los dientes a modo de sonrisa.

—Es una falsificación. Esta porquería es inútil. ¡No me gustaría que me pagasen una deuda con un puñado de esos papeles! Agente Stubbs, tenga la amabilidad de darme las esposas. Tendremos que llevarnos al señor Jones. Señor Grover, Leggy, que pasen un buen día. —Empujó a Jones para que mirara hacia el otro extremo del callejón y lo hizo avanzar, con Stubbs a su lado.

Se dirigió hacia la calle principal en la que, con un poco de suerte, encontrarían un coche de caballos. No volvió la vista atrás para ver la expresión de Grover ni la satisfacción que supuso iluminaba el rostro de Leggy Bromwich. Durante al menos un par de meses lo más sensato sería no volver a cruzarse con Grover.

Esa noche, después de dar la noticia a Pitt, Tellman se encontraba con Gracie en la calle, a la entrada del Gaiety Music Hall. La muchacha resplandecía de entusiasmo. Hacía casi tres semanas que le había prometido llevarla y en dos ocasiones habían tenido que postergarlo por culpa de las peticiones de Pitt. Esa noche estaba dispuesto a olvidarse de todo y salir con Gracie. Su luminoso rostro era suficiente motivo para tratar de apartar el problema de la corrupción de sus pensamientos, al menos hasta que regresara a su alojamiento y se diera cuenta de que no podía confiar en nadie.

Por otro lado, cabía la posibilidad de que los anarquistas estuvieran equivocados en cuanto al grado de corrupción. No eran, precisamente, personas muy sensatas o racionales. ¿Cómo podían hablar de algo tan absurdo como destruir el orden establecido a fin de volver a crear la justicia a partir del caos?

La duda de lo que Stubbs habría hecho si Leggy Bromwich no hubiese estado presente perseguía a Tellman. ¿Qué debía de haberle contado Stubbs a Wetron? Y, por otra parte, ¿qué le habría dicho Grover a Simbister? ¿Creía que Jones había dado realmente dinero falso o sabía que era el propio Tellman el que había colocado ese billete? De lo que estaba seguro era de que Grover no se delataría y acusaría al tabernero de pagar el dinero de la extorsión con billetes falsos.

Si la corrupción estaba tan extendida como temía Pitt y no la erradicaban, Tellman tendría que enfrentarse a un nuevo problema. Con profundo pesar se dio cuenta de que no podría continuar en la policía. Tendría que dedicarse a otra profesión... ¿cuál? No sabía hacer otra cosa. Acababa de proponerle matrimonio a Gracie. ¿Qué podía ofrecerle si no tenía trabajo?

La joven se aferró a su brazo, para no separarse de él en medio del gentío que empezó a avanzar cuando se abrieron las puertas. Fue una sensación agradable, cálida

y enternecedora. ¡Bien sabía Dios cuánto había tenido que esperar para que Gracie le hablase cordialmente! Recordó el desdén que al principio había manifestado hacia él. Pasaba a su lado con la barbilla en alto, lo cual era todo un logro si se consideraba que apenas llegaba al metro y medio y era muy delgada. Sin embargo, tenía mucho carácter y desde el primer momento Tellman quedó fascinado. También debía reconocer que durante casi un año se había engañado y convencido de que lo único que ocurría era que lo irritaban sus intervenciones.

Entraron con el gentío y buscaron sus asientos. Se oían comentarios y risas mientras las mujeres se acomodaban las faldas, se quejaban de quienes tenían al lado y saludaban a los conocidos.

El espectáculo era excelente: un acróbata, un malabarista, dos contorsionistas que trabajaban juntos, una bailarina, varios cantantes y dos cómicos de primera. Tellman había comprado chocolate y caramelos de menta para Gracie y en el entreacto se proponía invitarla a una limonada. Durante tres horas apartaría de su mente todo lo que tuviese que ver con los delincuentes.

Se alzó el telón. En medio de los aplausos, el maestro de ceremonias anunció las actuaciones con el habitual lenguaje florido y rebuscado. Gracie y Tellman disfrutaron con el malabarista, que además de divertido era muy hábil, y con el acróbata, elegante y con dotes para la mímica. Se sumaron entusiasmados a los cantantes, al igual que hizo todo el público. La primera parte del espectáculo concluyó con desternillantes carcajadas tras la actuación de uno de los cómicos.

Cuando cesaron los aplausos y el telón de terciopelo rojo cayó, Tellman se puso en pie.

—¿Te apetece una limonada?

—Sí, Samuel, gracias —aceptó Gracie cortésmente—. Me encantaría.

Tellman regresó diez minutos después. Gracie cogió el vaso y bebió con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué te pasa? —preguntó el policía, preocupado—. ¿Está demasiado ácida?

—Está deliciosa —contestó—. Estoy preocupada por el señor Pitt.

—¿Por qué? —inquirió, deseoso de tranquilizarla. Si había reparado en la ansiedad de Pitt o en el sentimiento de culpa que lo carcomía porque el cuerpo en el que trabajaba y en el que había creído durante toda su vida estaba bajo sospecha de corrupción, tendría que alejarla de la verdad y darle otra explicación—. No olvides que trabajar en la Brigada Especial es muy duro. No resulta tan sencillo como ser policía de comisaría.

—Tienes toda la razón —coincidió y bebió otro sorbo de limonada. Cuando prosiguió, su voz sonó tan bajo que probablemente los de al lado no la oyeron—: Intenta averiguar si los estúpidos que colocaron la bomba dicen la verdad acerca de la policía. Pero no se lo puede preguntar a cualquiera, ¿verdad? ¿En quién puede confiar?

—¡Casi todos nosotros somos tan honrados como los integrantes de la Brigada

Especial y el señor Pitt lo sabe! —exclamó Tellman acaloradamente.

—Sabe que tú lo eres —lo corrigió—. Del resto no sabe nada.

—Claro que sí. Sabe que... —Calló, consciente de que ni siquiera él mismo sabía en quién podía confiar.

Gracie lo observó con una mirada sagaz y reparó en la duda que había alterado su rostro. Tellman notó calor en las mejillas y se dio cuenta de que se había ruborizado.

—¿Te lo ha contado? —preguntó abiertamente tras dejar a un lado la limonada—. Por lo tanto, sabes de qué está asustado, ¿verdad?

La amistad de Gracie era demasiado valiosa para arriesgarse a decir mentiras, incluso verdades a medias.

—No puedo hablar de temas policiales, ni siquiera contigo —respondió con seriedad.

Si le hubiera dicho que lo hacía para que no se preocupara se habría puesto furiosa. Ya lo intentó una vez y lo acusó de tomarla por tonta, para postre durante los dos meses siguientes lo trató como a un leproso.

—¡Ni falta que hace! —apostilló rígidamente—. Hace casi diez años que trabajo para el señor Pitt y sé que, le cueste lo que le cueste, no permitirá que la corrupción continúe. Tampoco lo detendrá ver que la señora Pitt esté terriblemente asustada.

—¿No es lo que querías? —preguntó Tellman, que había notado la admiración en su tono de voz y el brillo con el que lo miro a los ojos.

Gracie vaciló; tenía muchas dudas. Tellman no lo entendió.

—¿No era lo que querías?

Estaba seguro de que no se había equivocado al interpretar sus emociones. Además de que la conocía, era lo que él también creía. Gracie miró para otro lado.

—Sé que eso es lo que él tiene que hacer —respondió en un tono tan bajo que apenas la oyó. Se volvió para mirarlo con los ojos llameantes y llenos de lágrimas—. Pero ¡no es tu caso! Si se enteran de lo que estás haciendo, ¿quién te sacará del aprieto? —Tragó saliva con el cuerpo rígido y los hombros cuadrados—. ¡Estás solo en el cuerpo de policía y si te atrapan ni el señor Pitt ni nadie podrá ayudarte! —Tellman abrió la boca para negar que estuviera haciendo algo peligroso—. ¡Samuel Tellman, no se te ocurra mentirme! —espetó; estuvo a punto de atragantarse—. ¡Ni te atrevas!

—No pensaba mentirte —se defendió rápidamente. No le quedaba otra salida. Si permitía que Gracie le dijera qué podía o no hacer, tomaría una decisión equivocada de la que no se libraría el resto de su vida y, por mucho que la quisiera, no estaba dispuesto a permitirlo—. Quería ahorrarte la preocupación de hablar de ese tema, pero no sé cómo te has enterado. Yo no te lo he dicho y estoy seguro de que el señor Pitt tampoco lo ha hecho.

—No es necesario que me lo digas —espetó sin dejar de hablar en voz baja, aunque impetuosamente—. ¡Puedo deducirlo yo solita! Parece que los anarquistas volaron a propósito esas casas, una de las cuales pertenece a un policía de Cannon

Street. El Parlamento intenta aprobar una ley para dar armas al cuerpo, pero el señor Pitt no quiere porque dice que dificultará las labores policiales, ya que la población le volverá la espalda. Su antigua comisaría de Bow Street está al mando de un cerdo intrigante que, como todos sabemos, es jefe del Círculo Interior, que hace poco estuvo a punto de matar al señor Pitt.

—¡Gracie! —exclamó, alarmado—. ¡Baja la voz! ¡No sabes quién puede oírte!

La muchacha no le hizo el menor caso.

—*Lady Vespasia* y la señorita *Emily* también están preocupadas. Hasta hoy no habíamos podido venir al espectáculo porque estabas muy ocupado y ahora estás tan ojeroso que parece que te hayan apaleado. ¿Sigues pensando que soy incapaz de deducir qué ocurre?

Tellman tendría que haber supuesto que ni siquiera podía albergar la esperanza de que Gracie sólo conociese parte de la gravedad del problema. De todos modos, en lo que a sus deberes se refería daba igual.

—Al parecer puedes hacerlo —admitió—. Esperaba que no te enterases para que no tuvieras que preocuparte. —Gracie dejó escapar un bufido de desdén ante tamaño disparate—. Sigo decidido a hacer cuanto esté en mis manos. Y no vuelvas a preguntarme nada, porque no quiero tener que pedirte que no lo hagas ni pienso contarte lo que ocurre, no porque desconfíe de ti, sino porque prefiero que no tengas secretos con la señora Pitt ni te veas obligada a mentirle.

—¡Ya lo sabe! —exclamó y tragó saliva—. ¡También sabe sumar dos más dos! ¡Sabemos que volaron esa casa porque el policía que vivía en ella es corrupto!

—En ese caso, da igual que yo no diga nada. Gracie, dejémoslo ya. Así serán las cosas y lo mejor es que te acostumbres.

Tellman permaneció muy quieto y la miró con decisión y expresión seria.

La muchacha se puso furiosa y apretó los puños en el regazo; sus dedos pequeños palidecieron y parecieron los de una cría. Respiró hondo varias veces, como si buscara la respuesta adecuada. Tellman detectó temor en su mirada, un miedo abrumadoramente real.

Estuvo a punto de ceder. ¿Y si se sentía demasiado al margen, tan excluida que no lo perdonaba? Tomó aire para añadir algo más suave.

—De acuerdo, Samuel —aceptó afablemente.

—¿Qué has dicho?

Tellman estaba desconcertado. ¡Gracie le hacía caso!

—¡Ya me has oído! —Su voz volvió a sonar aguda y enfadada—. ¡No pienso repetirlo! Pero... pero cuídate mucho, ¿de acuerdo? Prométeme...

—¡Te lo prometo! —replicó, aliviado.

Deseaba estrecharla entre sus brazos y besarla, pero se habría sentido incómoda ante semejante muestra de afecto en un lugar público. Los asistentes volvieron a ocupar sus asientos para la segunda parte, las faldas se arremolinaron, la mitad de los presentes pisaron a la otra mitad. Hubo protestas y apresuradas disculpas.



Gracie se mantuvo tiesa y con la barbilla en alto. Se sorbió ligeramente los mocos y buscó el pañuelo, pero su cara estaba encendida de orgullo y de una especie de entusiasmo interior. No tuvo nada que ver con los contorsionistas del acto siguiente, con el cómico que le provocó dolor de barriga de tanto reír ni con el cantante que cerraba el programa y que logró que todos entonasen alegres canciones.

Tellman sonreía tan ufano que el vecino de asiento pensó que se le había escapado el sentido de uno de los mejores chistes, pero no preguntó nada.

Por la mañana, la alegría de Tellman se esfumó cuando llegó a la comisaría de Bow Street y encontró un mensaje en el que le ordenaban que acudiese inmediatamente al despacho del superintendente Wetron.

—A sus órdenes, señor —dijo y, con la boca seca, se detuvo ante el escritorio de Wetron.

Éste levantó la cabeza. Era un hombre de aspecto corriente, con entradas. Era de estatura y corpulencia medias y sus facciones eran vulgares hasta que se reparaba en la rígida brillantez de sus ojos y la línea inflexible que formaban sus delgados labios.

—Ah... Tellman. —Se echó ligeramente hacia atrás en la silla. Su escritorio estaba impecable y ordenado—. No estaba informado de que en nuestro distrito había un problema de falsificación. Por lo que sabía, sólo circula algún que otro billete, pero, generalmente tan mal hecho que no engaña a nadie.

Tellman se puso tenso y se ruborizó.

—Señor, no creo que tengamos ese problema. Le agradecería que lo dejáramos correr.

—Desde Cannon Street me han informado de que ayer procedió a una detención en su terreno y que trasladó al hombre a ésta comisaría. ¿Es así?

—Sí, señor. Tenía motivos para suponer que el billete había salido de nuestro distrito, por lo que el delito nos correspondía.

Hasta cierto punto era verdad. Debía tener muchísimo cuidado con lo que le decía a Wetron. Desconocía qué le había contado Stubbs.

—¿Se refiere al billete de cinco libras? —Wetron enarcó ligeramente las cejas y con el tono dejó claro lo poco que importaba.

A Tellman le molestó, pero no podía permitir que se notase.

Una ligera mueca de diversión apareció en el gélido rostro de Wetron y continuó en silencio.

De repente, Tellman supo que Wetron aguardaba a que se disculpase y se retirara lo antes posible; daba la impresión de que estaba asustado o se sentía culpable. La cólera aumentaba en el interior de Tellman, que se repitió que debía ser muy cuidadoso. Cada palabra, cada matiz, incluso su manera de permanecer de pie o su expresión serían recordados. No estaba dispuesto a retroceder.

—Señor, en su momento pensé que dicha falsificación podía ser muy importante

—explicó y se irguió ligeramente para cuadrarse ante el escritorio de Wetron—. Los anarquistas necesitan dinero. Hizo falta bastante dinamita para volar la casa del sargento Grover y las contiguas.

Experimentó una profunda satisfacción al ver un fugaz instante de incertidumbre en la mirada de su superior, como si lo hubiera pillado con la guardia baja. Pero enseguida se esfumó.

—Sí, no cabe duda —coincidió Wetron—. No sabía que este asunto le interesaba tanto. Claro que en su caso es bastante lógico. Sospecho que todavía sigue siendo leal a Pitt. —Dejó en el aire la ambigüedad de sus palabras—. Está a cargo de la investigación del atentado con bomba, ¿verdad?

Con gran alivio, como un corredor que recupera el aliento, Tellman recordó que esa información había aparecido en los periódicos.

—Sí, señor, es lo que dice la prensa, pero lo que me preocupa es que el sargento Grover es de los nuestros.

—¡No sabía que lo conocía!

—Y no lo conozco, pero si esta vez le ha tocado a él, la próxima podría ocurrirme a mí. —Respiró hondo—. A no ser que haya algo acerca de Grover que desconozco.

La expresión impasible de Wetron no reveló nada. Sus manos continuaron inmóviles sobre el escritorio.

—¿Cree que el sargento Grover es la víctima a la que apuntaron los anarquistas?

—Señor, no tengo ni la más remota idea, pero tampoco estoy dispuesto a correr riesgos. Podría ser una coincidencia que dinamitasen la casa de un policía, pero el señor Grover conoce a muchas personas de esa zona y quizá ha ofendido a algunas porque las ha puesto entre rejas y ha reducido los beneficios de sus negocios. Tal vez esas personas falsificaron un poco de dinero para los anarquistas y comentaron que les harían un favor si colocaban la dinamita en determinada calle, ¿no le parece?

Tellman quedó satisfecho con esa explicación porque tenía sentido.

Wetron lo miró fijamente.

—¿Es lo que piensa el señor Pitt, inspector?

—No lo sé, señor. —Aunque no lo pareciese, acababa de decir la verdad—. Supongo que está más interesado en atraparlos que en saber si realmente querían colocar la bomba en casa del señor Grover.

Wetron sonrió y mostró sus dientes pequeños y regulares.

—Su querido señor Pitt no es muy rápido, ¿verdad? —preguntó en un tono burlón casi imperceptible—. Los anarquistas no necesitan ayuda para recaudar fondos. Hasta yo lo sé; basta estar atento a lo que se dice. ¡Parece que, pese a sus esfuerzos, Pitt es incapaz de averiguarlo! Y por lo visto usted tampoco lo ha deducido.

La ira incendió las mejillas de Tellman; notó el calor y se imaginó que Wetron se daría cuenta. Por instinto habría defendido a Pitt antes que a sí mismo. Tal vez en eso consistía la provocación de Wetron. Si no saltaba, su jefe sabría que se mostraba deliberadamente cauteloso. ¿Qué esperaba? ¿Un farol? ¿Un doble farol?

Wetron se mantuvo expectante y no dejó de observarlo. Tellman debía reaccionar, ya que cualquier tardanza revelaría su ansiedad y lo haría aparecer deshonesto.

—Quizá sí —coincidió—. Tal vez tras dejar de formar parte del cuerpo ya no se entera de lo que ocurre. Por lo visto, tampoco se lo dijimos.

—Yo no estaría tan seguro. —Wetron no dejó de sonreír—. Supongo que tiene sus propios contactos e informadores, ¿no le parece, inspector?

Tellman notó que a causa de la tensión su voz sonaba ronca y parecía impostada. Sin embargo, no carraspeó.

—Veamos, señor, si usted sabe lo de los anarquistas y el señor Pitt no, hay que pensar que sus informadores no son muy competentes —razonó Tellman.

—Desde luego que hay que pensarlo. Debe de consultar a aquéllos en los que sus superiores y los compañeros de sus superiores no confían.

Por fin había aparecido la advertencia indirecta. Tellman podría contárselo a Pitt y ser uno de ellos o abstenerse de decírselo y volverse indigno de su confianza.

Wetron parecía muy satisfecho. Tellman tuvo la impresión de que podía olerla.

—Ha sido muy insensato por su parte —prosiguió Wetron—. Un policía que recorre las calles y no cuenta con la lealtad de los hombres en los que confía se encuentra en una posición muy peligrosa. En Londres hay muchísimos lugares en los que esa situación podría costarle la vida.

Tellman se acordó de cuando estaba en el callejón con Grover y Stubbs. ¿Wetron lo sabía... se lo había dicho alguno de ellos? Sólo la llegada accidental de Leggy lo había librado de quedar a merced de Stubbs, estuviera donde estuviese su lealtad.

—Así es, señor —confirmó—. ¿Debemos hacer un favor a la Brigada Especial e informarles del modo en que los anarquistas obtienen dinero? Sería conveniente y útil que estuvieran en deuda con nosotros.

—¿Cree que algún día nos lo devolverán? —preguntó Wetron, sorprendido.

Tellman se sintió ridículo. Pitt lo haría, pero Victor Narraway era otra historia.

Wetron pareció pensárselo.

—Podríamos cambiarlo por otra cosa —comentó, reflexivo—. Si dentro de tres o cuatro días siguen dando palos de ciego los tantearé. —A Tellman no se le ocurrió una respuesta ni se atrevió a discutir. Wetron se repantigó en el sillón y, como si apenas le interesara, preguntó—: ¿Están investigando a la familia de Magnus Landsborough?

Tellman se sobresaltó.

—Señor, no tengo ni la menor idea.

Wetron volvió a sonreír.

—Deberían buscar por ese lado. Su primo, Piers Denoon, es la persona por la que habría que empezar. Cabe la posibilidad de que, algún día, Pitt lo deduzca.

Miró a Tellman, con los ojos encendidos e inflexibles, como si pudiese leer su mente.

Tellman sabía exactamente qué hacía su jefe, que se divertía mucho con el dilema

de su subordinado. ¿Tellman se lo repetiría a Pitt y se traicionaría a sí mismo o guardaría silencio y traicionaría a Pitt? La amenaza del fracaso recaería en Pitt aún más de lo que lo había hecho en la Brigada Especial, ya que la mitad de Londres se quejaba de que sólo habían cogido a dos anarquistas y ni siquiera podían dar los nombres de los demás, por no hablar de capturarlos.

—Muy bien, señor —apostilló Tellman quedamente. Temió incluso que su tono lo delatase. Wetron había revelado algo de manera irrevocable. Si alguna vez había pensado que su jefe estaba al servicio del pueblo y no de sus propios intereses, dicha ilusión se había hecho añicos. También era posible que su jefe supiera que, en ese aspecto, hacía años que Tellman no se engañaba. No había perdido nada. Con gran amabilidad preguntó—: ¿Algo más, señor?

—No —contestó Wetron y se enderezó en el sillón—. Sólo quería saber por qué está tan interesado en el falso billete de cinco libras. Parece... parece algo insignificante.

—Señor, no creo que haya solamente un billete. —Tellman sonrió y elevó ligeramente las comisuras de los labios—. Si alguien tiene las planchas puede imprimir tantos como quiera.

—¿Y ese tal... Jones le proporcionó alguna información útil?

—Todavía no, señor —contestó Tellman—. Pero todo se andará.

Wetron asintió lentamente. Estaba claro que acababa de trazar las líneas de la batalla y que estaba convencido de que ganaría.

—De acuerdo. Puede retirarse.

A Tellman sólo le quedaba una salida. Por muy peligroso que fuese, no podía permitir que Pitt desconociera algo que podía ser una información decisiva.

Por otro lado, podía tratarse de una trampa no sólo para pillar a Tellman, sino también a Pitt. Wetron y él se habían usado mutuamente. Wetron era el jefe del Círculo Interior sólo porque Pitt había destruido definitivamente la reputación de Voisey. Era imposible que alguien hubiese olvidado o pasado por alto las victorias de Pitt sobre el Círculo. Era su enemigo más encarnizado y sus integrantes lo sabían.

Tellman debía averiguar por su cuenta si lo que Wetron había comentado de Piers Denoon era cierto. En caso de ser falso y de que Pitt lo persiguiera por lo que Tellman le hubiera contado, cosa que Wetron obviamente negaría, se ganaría enemigos que no podía permitirse. Tellman debía comprobarlo y darle las pruebas a Pitt en lugar de transmitirle un rumor sin confirmar. Por si eso fuera poco, tenía que averiguarlo en su tiempo libre.

Dos noches después de su conversación con Wetron, Tellman encontró al hombre que necesitaba. Le costó más tiempo y dinero de lo previsto. Dio con él en la Rat and Ha'penny, una taberna situada en la esquina de Hanbury Street, no lejos del lugar donde, cuatro años y medio antes, había aparecido una de las víctimas de Jack el

Destripador, con el rostro desfigurado y el vientre rajado.

El local estaba lleno a rebosar, la gente reía ruidosamente y era muy intenso el olor a cerveza, a sudor y a cuerpos que no tenían los medios ni el deseo de asearse. Se sentaron frente a frente en una mesa pequeña.

—¡Es un chiflado! —dijo Stace haciendo una mueca. Alzó el vaso y lo miró con actitud apreciativa—. Lo bastante desgraciado como para cortarse el cuello en este momento y al siguiente rajárselo a cualquier otro. Es la persona que he conocido que más disparates dice. No le tiene miedo a nada, como si le diera igual estar vivo o muerto. Repito, está loco. Tiene dinero, montones de dinero.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Tellman y fingió que le interesaba muy poco, como si simplemente le estuviera dando charla.

Stace se encogió de hombros antes de responder:

—De petimetre. Parece que se pinte la mugre. No forma parte de él, como ocurre a la gente que vive aquí. La ropa le sienta como anillo al dedo y es pulcro. Tiene unas manos delicadas, como alguien que no ha trabajado un solo día en su vida. —Miró de soslayo a Tellman—. En su lugar yo no le llevaría la contraria. Se enfurece enseguida y es inteligente.

—¿Inteligente para qué? —Tellman bebió otro sorbo de cerveza.

—No lo sé, aunque algunos individuos raros le dedican mucho tiempo.

—¿En qué sentido son raros?

—Chalados que vuelan cosas —contestó Stace. Se llenó la boca con el último trozo de pastel y siguió hablando—: Siempre dicen que se libran de la ley y no sólo me refiero a los policías, sino al Parlamento y a todo lo demás. Si pudieran harían volar por los aires a la reina.

—¿Son extranjeros? —inquirió Tellman inocentemente.

—Algunos, aunque en su mayor parte son tan ingleses como el Big Ben —replicó Stace contrariado.

—¿Podrían ser irlandeses?

—Hay de todo. —Stace se encogió deliberadamente de hombros—. Van cambiando. Pasan de un lugar a otro. Ya le he dicho que ese hombre es muy raro. Debe de ser por el opio o por algo así. Siempre mira por encima del hombro, como si el demonio le pisara los talones. En ninguna parte se queda el tiempo suficiente para sentarse. Da la impresión de que tiene miedo de que su propia sombra lo ataque. ¿Me invita a otra pinta? También me comería otro pastelito.

Tellman accedió. La información lo merecía. Fue a buscar el pastel y la cerveza y regresó a la mesa. Stace los atacó inmediatamente, no fuera que Tellman cambiase de parecer.

Tellman no quería ir directamente al grano. Todo lo que dijera llegaría a oídos de la persona para la que Stace trabajaba... o a los de cualquiera a quien pudiera vendérselo.

—¿Ha dicho chalado? —repitió.

—Como una regadera —confirmó Stace.

—¿Fuma opio?

—No lo sé, no estoy seguro.

—¿De dónde saca el dinero?

—Tampoco lo sé. Ya le he dicho que está chiflado. —Stace dio un buen mordisco al pastel y tragó antes de proseguir—. Está loco, pero no es tonto.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Tal vez esa pregunta era demasiado directa; en cuanto salió de su boca se arrepintió de haberla planteado.

—No lo sé —contestó Stace—. ¿Cuánto vale la respuesta?

—Si no lo sabe, no vale nada —precisó Tellman sin miramientos—. Ha dicho que llevaba ropa cara y que bajo la suciedad estaba limpio.

—¿No nos pasa a todos lo mismo? —Stace sonrió y dejó al descubierto sus dientes rotos.

Tellman no discutió aunque, en realidad, no era así. Al parecer, Piers Denoon regresaba a casa a dormir, probablemente a comer y sin duda a darse de vez en cuando un baño caliente. Tal vez fuera el único lugar en el que podría encontrarlo. Era posible recorrer durante meses el East End sin toparse con él. Y no disponían de meses, al margen del evidente peligro que representaba no sólo para Tellman, sino para Piers que las personas equivocadas supieran que lo estaba buscando.

—Muchas gracias —concluyó sinceramente—. ¿Le apetece otra pinta de cerveza?

—Dado que me la ofrece, no la rechazaré —contestó Stace educadamente.

Esa noche Tellman no encontró a Piers Denoon y al día siguiente no tuvo ocasión de continuar la busca. Estaba cansado y desalentado cuando volvió a casa a cenar y a cambiarse de ropa. Durante el día había llovido intermitentemente y tenía los pies doloridos, las perneras mojadas y hacía dos días que no comía caliente. Se puso a pensar en Piers Denoon, y lo imaginó disfrutando de un baño caliente en la casa de sus padres en Queen Ann Street; lo embargó un sentimiento de amargura.

Sabía dónde estaba la casa porque se había tomado la molestia de averiguarlo. La primera noche se presentó y entregó un mensaje. El lacayo le respondió que el señor Piers no estaba en casa.

La segunda noche tampoco estaba pero, como Tellman no tenía nada mejor que hacer, se pasó el resto de la noche aguantando el frío viento en la acera de enfrente; se preguntaba cuánto tiempo más resistiría y si merecía la pena quedarse.

En dos ocasiones tiró la toalla, caminó hasta el final de la calle y se dispuso a bajar hasta Cavendish Square, pero cambió de idea y decidió concederle otro cuarto de hora.

Eran las diez y media cuando un coche se detuvo tres puertas más adelante y un

joven descendió, trastabilló y estuvo a punto de chocar con una farola antes de cambiar de dirección. Iba sin afeitar y se le veía muy demacrado. Su ropa estaba sucia, pero indiscutiblemente bien cortada y cosida, hecha a la medida de su cuerpo, delgado casi hasta lo enfermizo. Tellman volvió a esconderse en la oscuridad y no se movió hasta que el individuo descendió los escalones que conducían a la puerta de la cocina, como si quisiera entrar por allí.

Tellman reaccionó, cruzó rápido la calle con un par de saltos y bajó los escalones. Alcanzó al hombre que intentaba abrir la puerta de servicio.

—¡Señor Denoon! —exclamó Tellman con apremio.

Piers dio un brinco como si hubiera gritado, se volvió, apoyó la espalda en la puerta y preguntó en tono imperativo:

—Y usted, ¿quién es?

Tellman ya había preparado la respuesta.

—He venido a hacerle una advertencia. ¡No se trata de una amenaza! —añadió. Gracias a la luz que permanecía encendida encima de la puerta de la cocina vio que Piers Denoon estaba ojeroso y tan tenso y nervioso como Stace había dicho—. Los policías que investigan el atentado de Myrdle Street saben que usted consiguió el dinero para la dinamita.

Piers lo miró fijamente; se notaba que hacía esfuerzos para no creerle. El terror de su expresión era tan patente que Tellman sintió una punzada de culpa. De todos modos, sabía que en ese momento no podía permitirse el lujo de ser misericordioso.

—Han interrogado a los detenidos, a Welling y a Carmody —añadió en tono apremiante—. Alguien debe de haber hablado. ¡Tiene que ser muy cuidadoso y avisar a los que le proporcionan el dinero!

—¿Avisarles? —preguntó Piers Denoon y contuvo el aliento. Sus ojos parecían fosos insondables.

—¡Escuche, yo no puedo hacerlo! —aseguró Tellman con gran sensatez—. No se entretenga, se están moviendo con gran rapidez.

¿Sería suficiente? ¿Lograrían sus palabras que Piers Denoon se reuniera con los que apoyaban a los anarquistas? ¿Obtendría así la prueba que Pitt necesitaba?

—Lo he oído —masculló Piers en voz baja. Estaba pálido y sudoroso, como si se encontrara enfermo.

Tellman movió afirmativamente la cabeza.

—Me alegro. Hágalo.

Se dio la vuelta, subió los escalones que conducían a la calle y se alejó. Se detuvo seis puertas más adelante y permaneció fuera de la vista por si Piers lo vigilaba. Cruzó la calle, bajó la mitad de los escalones de una casa en la que no había luces encendidas y se dispuso a esperar.

Cuarenta minutos después obtuvo la recompensa: vio que Piers Denoon subía nuevamente los escalones, en esta ocasión limpio, afeitado y ataviado con ropas en perfecto estado. Caminó rápidamente hacia el oeste, en dirección a Cavendish

Square. Tellman tuvo que correr y lo alcanzó justo a tiempo de ver que abandonaba la acera y subía a un coche de caballos.

El policía maldijo para sus adentros y buscó otro coche con la mirada. Era tarde, hacía frío y la plaza estaba prácticamente desierta. Corrió por la acera hacia Regent Street y sintió un gran alivio al ver a veinte metros otro coche que se movía en dirección contraria. Corrió nuevamente. No se atrevió a detenerlo hasta que llegó a su lado; no quería llamar la atención. Subió y pidió al cochero que diese rápidamente la vuelta y siguiera al otro vehículo.

Fue una persecución frenética. En dos ocasiones perdió de vista a Piers Denoon, pero al final volvía a alcanzarlo. Estaban separados por una distancia de veinte metros cuando Piers se bajó a la mitad de Great Sutton Street, en Clerkenwell. Pagó al cochero y, tras mirar la acera arriba y abajo, llamó al número veintisiete.

Tellman gritó a su cochero que lo llevase a Keppel Street; se dio cuenta de que su voz sonaba ronca y de que tenía la boca seca. El sudor empapaba su cuerpo y se enfriaba, como si el aire se congelara.

Faltaba poco para la medianoche.



Pitt despertó al oír que Charlotte le hablaba con apremio; su voz delataba inquietud:

—Thomas, en la puerta hay alguien.

Pitt intentó despejarse. El dormitorio estaba a oscuras, apenas distinguía el perfil de su esposa pero notaba la sensación de calor de su proximidad. De todos modos, oyó unos golpes suaves e insistentes en la puerta.

—Ahora voy —dijo, estiró el brazo para tocarle el hombro y acarició unos segundos la suave piel de Charlotte.

Salió de la cama, cogió la vela y encendió una cerilla. La llama despidió la luz necesaria para buscar la chaqueta y el pantalón. Si debía salir tendría que volver para vestirse correctamente. Consultó el reloj de bolsillo, que había dejado sobre el tocador. Era poco más de la una y cuarto.

Las llamadas a la puerta habían cesado. Quienquiera que fuese debía de haber visto la luz a través de las cortinas y sabía que no tardarían en abrir.

Pitt encendió la lámpara de gas del rellano, bajó corriendo la escalera y se acercó a la puerta principal. Descorrió el cerrojo, la abrió y se encontró con Tellman. A la tenue luz del vestíbulo se le veía pálido y agotado.

—Pase —dijo Pitt en voz baja—. ¿Qué ha sucedido?

Tellman entró y Pitt cerró la puerta. El aspecto del inspector era peor de lo que le había parecido. Tenía la piel pastosa, las mejillas hundidas y cubiertas de barba de un par de días y la mirada perdida.

—¿Qué ocurre? —insistió Pitt—. ¿Tengo que vestirme o tenemos tiempo de tomar una taza de té?

Tellman temblaba ligeramente.

—No iremos a ninguna parte, al menos de momento.

Sin más comentarios, Pitt se volvió y lo llevó por el pasillo hasta la cocina. Tenía los pies fríos porque iba descalzo, pero el suelo de madera estaría calentito y, dado que la noche no estaba muy avanzada, tal vez podría reavivar el fuego del fogón sin necesidad de vaciarlo y empezar de nuevo.

Encendió la luz de gas de la cocina.

—Siéntese —ordenó a Tellman—. Subiré a decirle a Charlotte que es usted y prepararé el té.

Tellman obedeció.

Pitt regresó pocos minutos después con la camisa y los calcetines puestos. Retiró la ceniza del fogón, puso leña fina sobre las ascuas que seguían encendidas y esperó a que prendieran. Añadió carbón y cerró la puerta frontal para que el tiro funcionara bien. Llenó el hervidor y lo puso a calentar. En la cesta situada junto al fogón, los gatos *Archie* y *Angus* se movieron, se desperezaron, se acomodaron y volvieron a

dormirse.

—¿De qué se trata? —preguntó Pitt. Se sentó frente a Tellman, ya que el agua tardaría unos minutos en hervir. Tellman pareció relajarse un poco. La cocina en la que Gracie trabajaba y en la que Pitt y él se habían reunido tan a menudo era lo más parecido a un hogar que tenía. A pesar de todo, una profunda tristeza demudó su expresión.

—No sé cuánto tiempo retendrán a Jones «el Bolsillo». —Se mordió el labio—. Si la situación es tan mala como sospechamos podrían perder la prueba en su contra. Será mejor que actúe deprisa.

Miró a Pitt con expresión firme y apenada.

—¿De qué se le acusa? —inquirió Pitt, deseoso de saber cómo se las había apañado Tellman—. ¿A qué prueba se refiere?

—De pasar dinero falso —respondió Tellman con un ligero tono de orgullo—. Es lo que hizo... con un poco de ayuda. Me llevé a un agente, para tener un testigo, pero no sé si puedo confiar en él. Podría sufrir un ataque de ceguera repentina. O, peor aún, podría decir que le metí el dinero en el bolsillo.

—¿Y podría haberlo hecho? —Pitt estaba preocupado por la situación de Tellman.

—No. Me ocupé de no acercarme a sus bolsillos. Lo sostuve y ordené a Stubbs que lo registrase.

—¿Cómo llegó el dinero falso a sus bolsillos? —preguntó Pitt con curiosidad.

—Se lo entregué a una de las personas a las que fue a cobrarle. Ese hombre me debía un favor y se alegró de saldarlo.

—Entendido. ¿De qué se trata?

Pitt se moría de ganas de preguntar a Tellman por qué se había presentado en su casa a la una y media de la madrugada, pero su aspecto era tan penoso que se abstuvo de plantearlo abiertamente.

—Wetron me llamó a su despacho para hablar del tema —respondió Tellman con serenidad y se miró las manos, apoyadas en la mesa de la cocina—. ¡Tarde o temprano tenía que enterarse, pero ocurrió demasiado rápido! No sé si se lo dijo Stubbs o Grover, de Cannon Street, que estaba con Jones cuando lo detuve. —Levantó la mirada y clavó los ojos en Pitt—. Tras pavonearse un poco, Wetron me dijo que Piers Denoon, el primo de Magnus Landsborough, recauda el dinero de los anarquistas. Aseguró que todos lo saben y que es sorprendente que la Brigada Especial no lo haya averiguado. Me desafió a que se lo comentase.

—Sí... —coincidió Pitt. Oyó que el hervidor empezaba a pitar—. Ya me lo imagino. Usted...

—Es cierto —lo interrumpió Tellman—. Lo he comprobado yo mismo. Pregunté por él, lo esperé en su casa y le dije que la policía sabe lo que hace. Después fue inmediatamente a avisar a su jefe.

La cara de Tellman estaba casi gris y Pitt oyó a sus espaldas el sonido del

hervidor, pero no le hizo el menor caso.

—¿De quién se trata?

—De Simbister.

Pitt notó agudamente el frío y se le revolvió el estómago. No debería sorprenderse. Era lo que Welling y Carmody habían dado a entender. Pero en diversas ocasiones había intentado eludir el tema.

—¿De Cannon Street? ¿Está seguro?

—Sí.

—¿Fue a su casa a avisarle? ¿No le cabe la menor duda?

—Ninguna. ¿Visitará a Jones?

—No. Si lo hago corro el riesgo de que Wetron se entere. Dudo de que pueda decirme algo útil.

Tellman asintió muy a su pesar.

—Se lo agradezco.

Pitt se puso en pie para retirar el hervidor del fogón antes de que despertase al resto de los habitantes de la casa.

—¿Qué sabe de Piers Denoon? —preguntó mientras cogía la caja de té.

Tellman se lo explicó tranquilamente.

A primera hora de la mañana Pitt envió un mensaje a Voisey y a mediodía volvió a bajar los escalones que conducían a la cripta de St. Paul y recorrió el mismo pasillo con arcadas. En esa ocasión pasó de largo el sepulcro de Nelson y llegó al del gran duque de Wellington, vencedor en la lucha contra la coalición maratha de la India, comandante de la campaña de la guerra contra las tropas napoleónicas en España y Portugal y vencedor en Waterloo.

Voisey se encontraba de pie en el otro extremo y pasaba el peso del cuerpo de un pie al otro. Volvió la cabeza al oír las pisadas de Pitt. Su rostro mostraba una gran irritación.

—¡Supongo que tiene buenos motivos para celebrar este encuentro! —exclamó en voz baja en cuanto Pitt se detuvo a su lado—. Estaba a punto de reunirme con el ministro del Interior.

—Por supuesto —replicó Pitt con concisión y observó el magnífico monumento. Era solemne e imponente, como corresponde al mayor jefe militar de la historia británica, aunque menos cargado y personal que el de Nelson. Denotaba gloria y admiración, pero no cariño—. ¿Cree que lo mandaría llamar por algo que no fuera importante?

Voisey tuvo dificultades para no ofenderse con las palabras «mandaría llamar» y su expresión lo reflejó.

—Bien, ¿de qué se trata? —preguntó.

Por descontado que Pitt no le contaría la detención de Jones «el Bolsillo» ni

mencionaría el plan de ocupar su lugar. Tal como estaban las cosas, la situación ya era bastante peligrosa y no podía hacer mucho por protegerse. Por esos mismos motivos no hablaría de Tellman.

—Los anarquistas obtienen fondos a través de Piers Denoon, único hijo de Edward Denoon —informó a Voisey—. Es un joven excéntrico y nervioso pero, por lo visto, es muy bueno consiguiendo dinero. —Notó que el rostro de Voisey se iluminaba con un interés demasiado claro para disimularlo. Pitt prosiguió—: Cuando lo asustaron porque le hicieron creer que la policía lo sabía, inmediatamente, casi a la una de la madrugada, se lo comunicó a Simbister, jefe de la comisaría de Cannon Street.

Voisey dejó escapar una maldición y exhaló aire lentamente. En esa ocasión no disimuló sus emociones. Tenía las mejillas arreboladas, por lo que los manchones de las pecas casi habían desaparecido.

—¡Lo sabía! —exclamó con los dientes apretados—. ¡La corrupción afecta a todos los niveles! ¿Quién le habló de Piers Denoon? ¿Fue Wetron?

—Indirectamente...

A propósito, Voisey miró el sepulcro de Wellington.

—Fue un gran táctico —declaró. En su expresión se mezclaban ironía, diversión y fastidio—. ¿Sabe en qué consistía su «política de tierra quemada»? Es una táctica que consiste en arrasar todo lo que facilita el avance del enemigo. Supongo que usted no estaría de acuerdo con ella.

La inflexión de su voz apuntaba a que en realidad quería decir otra cosa: que en el caso de Pitt, el desacuerdo se basaba en una debilidad, en la incapacidad de ser valiente.

Volvió a mirar ese enorme e impresionante sepulcro.

Pitt se encontraba en desventaja, lo que sin duda se correspondía con las intenciones de Voisey.

—Supongo que la política de tierra quemada tiene algo que ver con Wetron o con Denoon porque, de lo contrario, no se tomaría la molestia de mencionarla en este contexto.

—Claro que tiene que ver, Wellington no es un héroe muy querido, ¿verdad? —Ese comentario era como una acusación—. Supongo que prefiere a Nelson. Todos lo adoraban. Por añadidura, tuvo el buen gusto de morir en cubierta en el momento de su mayor victoria. Por tanto, ¿a quién se le ocurriría ponerlo en duda? Parecería una blasfemia. Por su parte, Wellington, pobrecillo, cometió la insensatez de regresar sano y salvo y de convertirse en primer ministro. ¡Imperdonable! —Voisey esbozó una fugaz sonrisa. Su disfrute era tan sincero que costaba enfadarse—. Al principio de la guerra contra la ocupación francesa ganó en Vimeiro, y al año siguiente persiguió al ejército galo hasta Madrid. En 1810, cuando lo obligaron a replegarse, en su retroceso arrasó la tierra que acababa de pisar. Horrible... pero muy eficaz.

—¿Le parece admirable? —preguntó Pitt, que enseguida se dio cuenta de que

había mostrado el asco que esa situación le producía.

Se arrepintió de ello. Tendría que haber sido más sensato y haberse reunido con Voisey en cualquier esquina en la que no pudiesen discutir de héroes, batallas o tácticas.

¿Por qué temía que Voisey lo conociese tal como era? ¿Acaso sus convicciones y su admiración o falta de consideración por las figuras históricas eran debilidades que debía esconder? ¿O se trataba de sentimientos contrapuestos: horror por algunas cosas, gloria por otras y en algunos casos compasión? Ojalá se juzgase a los hombres por los valores y las convicciones de su época y sus circunstancias personales, la gran mayoría de las cuales jamás llegan a conocerse.

¿O simplemente respondía a que Voisey sabía muchísimo más que él y tenía necesidad de exhibirlo? ¿No era eso otra debilidad?

Voisey seguía sonriente, saboreaba el momento.

—¿Prefiere separar al hombre de la campaña? —preguntó y elevó ligeramente el tono de voz—. Es posible que, sin Wellington, Napoleón hubiera ganado. Mejor dicho, es casi seguro. Fue un genio. ¿No comparte mi opinión?

Su tono contenía un claro desafío. Sospechaba que Pitt era un patriota de miras estrechas, un «pequeño inglés». Lo sondeaba, intentaba descubrir sus creencias para luego echarlas abajo.

—Desde luego que lo fue —coincidió Pitt—. ¡Aunque fue algo imprudente al atacar Moscú! Alguien más sensato habría aprendido de la política de tierra quemada practicada en España. Tal vez no se dio cuenta de que quemada y helada son básicamente las dos caras de la misma moneda cuando se trata de alimentar a un ejército.

Voisey abrió desmesuradamente los ojos con una llamarada de humor.

—Pitt, ¿sabe una cosa? ¡Podría llegar a olvidarme de lo que pienso de usted y cogerle simpatía! En el momento en el que considero que es totalmente previsible me sorprende.

—Es muy arrogante creer que es posible prever lo que otro hará —comentó Pitt—. Y quien dice arrogancia dice estupidez... en ocasiones con consecuencias fatales. No podemos permitirnoslo.

—¡En un momento es prosaico, luego agudamente perspicaz y por último complaciente hasta la idiotez! —Voisey continuó como si Pitt no hubiese tomado la palabra, si bien el ángulo agudo que formó su cuerpo reveló la tensión a duras penas contenida—. Tal vez tiene que ver con ser en parte guarda de caza y en parte aspirante a caballero.

Pitt se obligó a sonreír, pero no le resultó nada fácil. El ataque a sus orígenes le dolió. ¿Por qué Voisey se empeñaba siempre en atacarlo? ¿Qué había en Pitt que lo perturbaba tanto como para que no lo ocultase?

—Dígame, ¿la política de tierra quemada de Wellington tiene algo que ver con Wetron y el atentado anarquista o con Simbister y Denoon? —preguntó Pitt con

curiosidad—. ¿O sólo quiere averiguar si sé tanto como usted de historia militar?

Una sucesión de emociones demudó el rostro de Voisey: ira, sorpresa y confusión. De repente se echó a reír abiertamente y, al parecer, con sincero humor.

Pitt se obligó a recordar que Voisey lo odiaba. Había provocado la muerte del reverendo Rae, un anciano bueno e inocente, y había liquidado personalmente a Mario Corena, aunque en este caso se había visto obligado a hacerlo. Estaba detrás de otros actos de codicia y destrucción. Su ingenio y su humanidad, su capacidad de reír o de sentirse herido no tenían la menor importancia. Su odio era lo único que contaba y Pitt no debía olvidarlo jamás. Si dejaba de tenerlo en cuenta le costaría cuanto había conseguido.

Por otro lado, si convertía la risa y el sufrimiento en algo sin importancia, probablemente Voisey se llevaría la mayor victoria: habría destruido la esencia de su personalidad, de aquello por lo que había tratado de convertirse a lo largo de su vida. ¿Era lo que Voisey se proponía? Destruirlo interiormente...

Voisey lo miraba, estaba atento a todo e interpretaba su expresión. Detectó un cambio, una decisión, cierta calma que interpretó como una especie de pérdida.

La sonrisa de Pitt dejó de ser forzada y se relajó. Al menos en ese instante era totalmente real. Dominaba la situación y ambos lo sabían. Pitt preguntó:

—¿Cree que Wetron se propone quemar la tierra en el caso de que le obliguen a replegarse?

—Sospecho que la quemará hasta convertirla en cenizas —replicó Voisey—. Y a usted, ¿qué le parece?

—Sólo lo hará si está convencido de que ha perdido. En este momento cree que está muy lejos de perder.

Voisey no dejaba de observarlo con atención. Si alguien pasó junto a los sepulcros de los ilustres, ni Voisey ni Pitt lo vieron u oyeron.

—Creo que le encantaría arrojar al inspector Tellman a las llamas —apostilló Voisey en tono quedo—. Estoy casi seguro de que podría hacerlo.

Pitt tuvo la sensación de que se le helaban las entrañas. Tendría que haber sabido que Voisey deduciría que, gracias a Tellman, estaba al corriente de lo que sucedía en Bow Street, pero que lo dijera explícitamente lo asustó.

—Por supuesto —coincidió—, pero no destruirá un instrumento que cree que puede utilizar.

Quería que Voisey tomase nota de ese comentario.

—¿Contra quién? —Voisey enarcó las cejas—. Destruyendo a Tellman a usted lo heriría mucho más que con cualquier otra cosa. —Su mirada reveló un agudo brillo de satisfacción—. Lo añoraría, pero además la culpa por haberlo implicado y colocado ante semejante peligro lo corroería eternamente.

Clavó la mirada en Pitt e intentó adivinar qué pensaba; quería descubrir las pasiones delicadas y vulnerables que había en su interior, ver dónde estaba el centro del dolor. ¿Se refería a Wetron o intentaba recordarle que, si se lo proponía, podía

hacerlo él mismo?

Pitt apartó los ojos de Voisey y contempló el monumento erigido en honor de Wellington.

—Fue un gran militar —comentó casi con indiferencia—. Supongo que los vencedores tienen cosas en común. Una de ellas es que no persiguen satisfacer las vanidades personales o las cuestiones menores de venganza o justificación, y se dedican únicamente a una gran causa. —Siguió con la mirada el nombre tallado en la fachada de mármol—. Jamás se le habría ocurrido abandonar Waterloo para batirse en duelo con un hombre, quienquiera que fuese. Sin duda eligió a sus lugartenientes por su capacidad y no porque le agradaran o le disgustaran o por favores debidos o esperados. Nunca perdió de vista el verdadero objetivo. —Volvió a mirar a Voisey—. Se trata de una cualidad que escasea: la capacidad de concentración. Me parece que Wetron la posee. ¿Qué opina?

Un arrebató de furia tiñó de rojo las mejillas de Voisey. Lo último que deseaba que le recordasen era que Wetron lo había derrotado y que en esos momentos dirigía el Círculo Interior.

—Todavía no hay nada definitivo —respondió con voz débil y rígida—. Se suele decir que el que ríe último ríe mejor. Pitt, no sea arrogante. —Sus palabras revelaron cierto rencor, el recordatorio de lo endeble que era su alianza—. Si cree que, por haberlo derrotado una vez, lo vencerá siempre, es más tonto de lo que imaginaba y no me sirve como aliado, sólo como carne de cañón. —Pronunció las últimas palabras con enorme desprecio.

—El militar que no se enfrenta a los cañones no sirve para nada —precisó Pitt—. De momento, nuestro mejor ataque lo ha realizado Tellman. Por su interés y por el mío lo mejor es que hagamos lo que podamos para mantenerlo con vida. Si eso significa permitir que Wetron crea que puede proporcionar información a ambos bandos, me resignaré. Sin embargo, parece que Piers Denoon ha quedado definitivamente relacionado con los anarquistas, ya que les proporciona dinero. Cuando se sintió amenazado acudió directamente a Simbister. Se presentó a la una de la madrugada y le abrieron la puerta.

—Lo que habría que saber es si Edward Denoon apoya a los anarquistas —dijo Voisey lentamente—. ¿Podemos demostrarlo? Por otra parte, ¿qué sabía Sheridan Landsborough acerca de las actividades de su hijo?

—Podía saberlo todo o nada. Aunque es un tema interesante no nos ayuda a luchar contra la propuesta de ley. En el mejor de los casos, lo máximo que nos permitirá saber es con qué bando se aliará. De momento sabemos por el periódico que Denoon defiende el proyecto y que Landsborough no se ha manifestado.

—¿Qué debe de opinar? —preguntó Voisey quedamente.

—No lo sé. Acaba de perder a su único hijo. Me parece que él tampoco lo sabe. De todas maneras, el nuevo aspecto del proyecto legislativo podría resultar excesivo y abrir la puerta a los chantajistas.

—¿Se refiere al derecho de interrogar a los criados sin que el dueño de la casa lo sepa? —inquirió Voisey con amargura y el rostro tenso de cólera—. ¡Por amor de Dios, desde luego que es abrirle las puertas al chantaje! Wetron podría tener en sus manos a los dirigentes de la nación. Creo que en Inglaterra no existe un solo hombre cuyo ayuda de cámara no sepa algo que su señor preferiría ocultar. Podría tratarse de algo tan sencillo como que lleva corsé para disimular la barriga o que su esposa prefiere dormir con el lacayo.

—Probablemente tiene razón —coincidió Pitt—. De todos modos, ésa es la flaqueza en vez de la grandeza del proyecto. Significa que nadie se sentirá lo bastante seguro para votar a favor.

Voisey cerró los ojos.

—¡Es usted maravillosamente ingenuo! Mejor dicho, sería maravilloso si no fuera tan peligroso. —Abrió los ojos de par en par—. ¡Tonto, no lo plantearán en esos términos! Darán toda clase de garantías de que no aplicarán la ley a los inocentes. Jurarán que sólo se empleará con los sospechosos de conspiraciones anarquistas. Todos los parlamentarios saben que en ese aspecto son inocentes; por otra parte, los que ya están aliados con Wetron supondrán que cuentan con su protección. Probablemente están en lo cierto si pertenecen al Círculo Interior.

—Seguramente usted tiene la capacidad y posee o puede conseguir la información necesaria para comentar con algunos de sus amigos que en sus vidas privadas hay cuestiones de las que preferirían que sus criados no hablaran.

Voisey permaneció mudo algunos segundos; poco después una sonrisa irónica curvó sus labios.

—Vaya, Pitt, tiene bastante habilidad para el chantaje. ¡Qué interesante! Reconozco que jamás lo habría imaginado tratándose de usted.

—Hay que tener cierta idea de en qué consiste el delito para resolverlo con éxito —reconoció Pitt secamente.

Voisey se metió las manos en los bolsillos.

—Lo que acaba de decir es evidente en el caso de Wetron, pero me pregunto cómo es posible que no me diera cuenta de que usted también la posee. Acepto la crítica.

Súbitamente Voisey se incorporó y sonrió.

Pitt se dio cuenta de qué intentaba hacer: pretendía ofenderlo comparándolo con Wetron.

—No se dio cuenta porque Wetron es el jefe del Círculo Interior —respondió con ecuanimidad— y sólo lo comparó con usted mismo.

El dardo dio en el blanco. Voisey retrocedió ligeramente y, sorprendentemente, se encogió de hombros.

—Pitt, lo he subestimado. Si no se pone nervioso podría resultar realmente muy útil. Tiene más inteligencia de la que le atribuía. Lo que me preocupa es su voluble conciencia.



Pitt sonrió.

—Todos tememos lo desconocido.

Voisey dejó escapar un ligero gruñido, pero su mirada estaba cargada de humor. Comenzó a alejarse del sepulcro. Pitt se volvió y lo alcanzó.

—Al parecer se le ha olvidado algo.

—¿A mí? —Voisey no se detuvo.

—Cuando propuso... cuando propuso esta colaboración me dijo... que usted podía aportar determinados conocimientos relativos al Círculo Interior. Ya es hora de que ofrezca algunos. Para empezar, ¿Sheridan Landsborough es uno de sus miembros?

—No —respondió Voisey titubeante—. A no ser que se haya sumado durante los últimos seis meses, lo cual es posible, aunque lo dudo. Tiene grandes ideales... otra vez nos topamos con la conciencia... y con la satisfacción inmoderada de los deseos. —Su mirada se cruzó con la de Pitt y luego la desvió—. Landsborough jamás habría abandonado Waterloo por un duelo personal, aunque podría haber dejado el campo de batalla para rescatar a un perro que se ahoga o algo por el estilo. Es muy poco práctico. Quizá ahora todos hablaríamos francés.

—Siempre pensé que la anarquía era poco práctica. —Pitt caminaba a su lado—. Los ideales me atraen, pero sólo los realizables. Y hablando de lo que funciona, sin duda conoce a varios parlamentarios que forman parte del Círculo y los conoce lo suficiente para saber que preferirían mantenerse al margen de la intervención de la policía. Recuérdeles los peligros.

—Los integrantes del Círculo Interior no se traicionan entre sí —declaró Voisey mientras se acercaban a la escalera que conducía a la nave central de la catedral—. Es una de sus principales virtudes: la lealtad por encima de todo.

—Lo sé. Y el castigo por la traición es la muerte. Ya lo he visto. ¿Los parlamentarios aspiran a que sólo los policías del Círculo Interior tengan poder para interrogar a los criados?

Voisey se volvió y perdió el equilibrio, pero lo recuperó aferrándose a la barandilla.

—Tomo nota de lo que ha dicho. Se trata de un arma que debemos emplear. La próxima vez nos encontraremos en el monumento a Turner.

—De acuerdo —accedió Pitt—. Turner me gusta.

Voisey sonrió.

—¿Por lo visto los policías ganan más de lo que creía! ¿Tiene muchos Turner en casa o sólo tiempo de sobra para visitar las galerías?

—Formé parte del departamento de robos de obras de arte —respondió Pitt y sonrió—. No tiene mucho sentido tratar de recuperar un cuadro robado si es imposible distinguirlo de una falsificación.

—Fascinante —opinó Voisey secamente—. Está claro que el trabajo policial es más complicado de lo que pensaba.

Subió la escalera hasta el montón de gente que estaba allí congregada y miraba a su alrededor.

—En la casa en la que me crie había un Turner —añadió Pitt—. Siempre me ha gustado más que Constable. Tiene que ver con el empleo de la luz.

Sonrió a Voisey y se alejó. Era cierto: la finca en la que su padre había sido guarda de caza contaba con varios cuadros de excelente factura. De todos modos, dejó que Voisey extrajera sus propias conclusiones.

Pitt informó sucintamente a Narraway. Tenía que saber lo de Piers Denoon y Simbister, aunque suponía que no se llevaría una gran sorpresa.

—De modo que Denoon le pone una vela a Dios y otra al diablo —comentó Narraway, se repantigó en el sillón y observó a Pitt—. ¿Padre e hijo están en bandos distintos? Qué interesante. ¿Y los Landsborough? ¿También estaban en bandos distintos? En su juventud Sheridan Landsborough fue extremadamente liberal. Tenía una gran conciencia social y estaba en contra de lo que consideraba un gobierno autoritario. Utilizaba la palabra «interferencia». Como suele decirse, todo hombre con corazón es liberal en la juventud y todo hombre con cabeza es conservador en la vejez. Pitt, ¿qué es Landsborough ahora? ¿Un maduro conservador del orden o un senil defensor de las libertades? —Enarcó las cejas—. ¿Político sensato, padre inconsolable, marido que busca la paz en el hogar? ¿Hermano que defiende al hijo de su hermana? O, simplemente, ¿un hombre confundido, dolido y perdido?

—No lo sé —reconoció Pitt—. He estado muy ocupado investigando la corrupción policial.

Su actitud era desafiante, no porque le molestara ser atacado sino, simplemente, para dejarle claro a Narraway cuál era su prioridad. Le preocupaba mucho quién había asesinado a Magnus Landsborough, pero esclarecer ese crimen estaba supeditado a la cuestión principal. Ni siquiera sabía si el motivo de esa muerte había sido personal o político. Averiguarlo era el siguiente paso que se proponía dar. Habló con Narraway de Jones «el Bolsillo» y de su plan de recoger personalmente el dinero de la extorsión. Narraway se sentó muy tieso.

—Pitt, no me gusta —precisó quedamente—. No puedo protegerlo... y a Tellman tampoco. Lo ha dejado muy expuesto.

—Lo sé —confirmó Pitt. Aquello le dolía y era muy consciente del peligro.

—¿Qué pasa con Voisey? ¿Cuál es su papel en todo esto?

—Hará lo que pueda para frenar el proyecto referente a la policía, particularmente en lo relacionado con interrogar a los criados en secreto. Gracias a que pertenece al Círculo Interior debe de saber lo suficiente como para asustar a unos cuantos.

Narraway observó atentamente a Pitt.

—De todos modos, la información ya debe de estar en manos de personas como Wetron. No la empleará para destruir a los suyos. Los miembros de Círculo Interior

jamás se enfrentan, salvo en el caso de Voisey y Wetron, y éste se ocupará de que no vuelva a suceder. Si a alguien se le ocurre hacerlo acabará destrozado por los demás. Sobreviven gracias a la lealtad. Pitt, debería saberlo.

—Lo sé —aseguró Pitt y se sentó frente a Narraway—. ¿Cree que cualquier policía al que una ley parlamentaria dé poder pasará la información a su superior y lo olvidará sin más? La mayoría de ellos son honrados, pero la corrupción engendra más corrupción. Ese contagio es lo que más detesto. Los hombres que podrían haber sido buenos policías terminan manchados y, cuanta más corrupción hay, más difícil resulta sobrevivir sin quedar contaminado. Si tienen poder, tarde o temprano las personas caen en la tentación de abusar de él. Hace falta alguien muy fuerte para no aprovecharse, alguien lo bastante sensato para ver las consecuencias, tan valiente como para ir contra la corriente y, por si fuera poco, puede costarle muy caro.

El rostro de Narraway se ensombreció y se irguió en el sillón; ya no estaba cómodo.

—Tenga cuidado con quien esté detrás de la extorsión —aconsejó—. Recuerde que usted se rige por las reglas y ellos no.

Pitt se dio cuenta de que su superior estaba preocupado por él, pero la advertencia no dejó de irritarlo.

—Habla como Voisey.

Narraway se incorporó de un salto y las patas de su sillón chirriaron en el suelo.

—¡Por Dios! ¿No le habrá dicho usted que...?

—¡Por supuesto que no! —espetó Pitt bruscamente—. Sólo le hablé de Piers Denoon. Se muestra condescendiente conmigo, como si yo no supiera nada de los delitos que se cometen. ¡Me toma por un párroco rural!

Narraway sonrió, se relajó y volvió a tomar asiento.

—He conocido a algunos párrocos rurales. Recuerdo a uno de ellos que sabía de la crueldad y la codicia humanas más que cualquier persona que he tratado. Las reconocía aunque sólo fueran insignificantes pecados, pero ya veía en ellos el ansia de dominio sobre los demás, el desprecio, y las incontables y pequeñas humillaciones que destruyen la fe. —De repente calló, como si recordara que debía regresar al presente—. Adelante, Pitt. Descubra qué ocurre exactamente en el seno del grupo anarquista.

—Sí, señor. ¿Ha averiguado algo que yo deba saber?

Narraway lo miró, divertido.

—Pitt, ¿me está pidiendo explicaciones?

Pitt dudó si responder con sinceridad, pero finalmente optó por arriesgarse:

—Sí, señor, podría resultar útil.

Narraway volvió a enarcar las cejas.

—Hasta ahora es poco probable que el Círculo Interior esté bajo la influencia de alguna potencia europea. Sin embargo, en el ámbito financiero hay ciertos hombres de elevada posición cuyos intereses podrían no coincidir con los de Inglaterra. No es

necesario que sepa nada más. Encárguese de la corrupción policial, que nos pone en peligro a todos.

—Sí, señor.

Pitt se disculpó y se retiró; sabía que se había librado por los pelos.

Encontró a Welling en una celda de la cárcel de Newgate. Parecía tener frío a pesar de que en la calle el día era muy agradable. Daba la impresión de que la piedra retenía la humedad y que ésta penetraba en las carnes y llegaba hasta los huesos. Estaba más pálido y tenía el pelo más alborotado que la última vez que Pitt lo había visto. Estaba sentado en el catre con los hombros hundidos.

—¿Qué quiere? —preguntó en cuanto Pitt entró y el carcelero cerró la puerta de hierro—. Ya le he dicho que no pienso dar nombres ni lugares. ¿No me cree?

—Creo que habla en serio —contestó Pitt.

El aire de la celda estaba viciado. Aunque allí sólo vivía un hombre, contenía el olor de muchos seres humanos, como si nunca la hubieran limpiado o si en su interior jamás hubiese entrado el aire fresco. La humedad aumentaba la sensación de frío.

—¿Por qué viene aquí a perder el tiempo? ¿Tiene alguna idea de quién asesinó a Magnus? —preguntó Welling con actitud burlona—. ¡Sé que fue la policía, pero usted no está dispuesto a reconocerlo! No puede hacer nada.

—Si fue un agente de la policía, me gustaría saber de quién se trata —reconoció Pitt.

—¿En qué cambiarían las cosas? No creo que haga nada al respecto.

—¿No le interesa saber quién lo mató?

Welling se hundió un poco más en el catre y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—¿Para qué? En mi opinión son todos iguales. Magnus estará igualmente muerto y seguirá sin haber justicia. Me importa un bledo quién lo hizo.

Pitt notó la cólera y el miedo del detenido. También le enfureció su ceguera, lo que lo llevó a sentir compasión. Había vivido algo muy parecido cuando de pequeño a su padre lo acusaron falsamente de caza furtiva, una forma de robo que por aquel entonces se consideraba muy grave. No pudo demostrar su inocencia, por lo que lo deportaron y Pitt no volvió a verlo. Se concentró en el presente.

—¿A cuántos policías conocía Magnus? —preguntó y tuvo que esforzarse para controlar el tono de voz.

—¿Cómo dice? —Welling se sobresaltó. Pitt repitió la pregunta—. ¡A ninguno! —espetó, enfadado—. Los policías son mentirosos, opresores corruptos y ladrones de los pobres. ¿Por qué me hace una pregunta tan absurda?

—En ese caso, ¿por qué razón un policía habría matado a Magnus? —quiso saber Pitt.

—¡Porque sabemos de qué pasta están hechos! ¿Se ha vuelto loco? —preguntó

Welling.

—Sí, al parecer lo saben ustedes bien —coincidió Pitt—. En ese caso, ¿por qué mató a Magnus y dejó con vida a Carmody y a usted? ¿O acaso era Magnus el único que representaba un peligro para la policía?

Welling tardó un par de segundos en entender a qué se refería, momento en que se ruborizó, ultrajado.

—¿Cómo se atreve, repugnante...? —Calló bruscamente. De pronto, como alguien que abre la puerta de una habitación iluminada, comprendió lo que Pitt estaba diciendo.

—Exactamente. —Pitt asintió—. A Magnus no lo mataron por anarquista, sino por motivos personales, ¿está de acuerdo?

Welling tragó saliva y movió el cuello.

—Sí... —reconoció con voz ronca—. Pero ¿quién pudo hacerlo?

—No lo sé. Será mejor que empecemos por el móvil.

Welling lo miraba con horror, como si acabara de pensar en algo que hasta entonces no se le había ocurrido.

Con sorpresa y un poco de compasión, Pitt llegó a la conclusión de que esos jóvenes eran muy ingenuos. Odiaban apasionadamente a un enemigo que estaba formado por toda una clase, seres sin nombre, rostro, personalidad ni vida. Comparado con odiar a individuos concretos resultaba más fácil. Luego, en algún momento, se veían obligados a reconocer que se odiaban a sí mismos y debían reunir la fuerza suficiente para matar a sus enemigos, al menos Welling se sentía desconcertado por ello.

—¿Alguien pretendía reemplazar a Magnus como cabecilla?

—¡Claro que no! —La sola idea repugnó a Welling, como mostraban sus ojos desmesuradamente abiertos y su boca torcida—. Eso es propio de ustedes, no de nosotros. No nos gusta la moral según la cual una persona tiene que obedecer sin que importe lo que le dicte la conciencia. No buscamos el poder. La sola idea del poder es corrupta.

—Alguien cogió un arma, se escondió detrás de la puerta y disparó a Magnus por la espalda —recordó Pitt—. No sé si lo definiría como corrupto pero, sin lugar a dudas, va contra mi ley. ¿También va contra la suya o contra su falta de ley?

—¡Sí, también va contra mis convicciones! Es una vileza. No sólo se trata de un acto brutal, sino de una cobardía.

—Parece que no quería que lo vieran —precisó Pitt—. Es posible que, de haberlo visto, hubieran reconocido su cara.

Welling volvió a tragar saliva.

—Tal vez.

—Nuevamente se trata de alguien que Magnus conocía —prosiguió Pitt—. Y por si eso fuera poco, alguien que sabía dónde irían ustedes después de la explosión en Myrdle Street. Nosotros no lo sabíamos. ¿Quién tenía esa información?

Welling clavó la mirada en el policía y parpadeó lentamente.

—¿Otras células anarquistas? —inquirió Pitt.

—¿Por qué querrían asesinar a Magnus? —preguntó Welling, apenado—. ¡Todos aspiramos a lo mismo!

—¿Está seguro? ¿Sólo existe una clase de caos? Tal vez piensan que hay varios.

—¡No buscamos el caos! ¡Es usted un hombre ignorante... y estúpido! —Welling estaba cada vez más molesto y volvió a sentarse muy tieso—. Habla como si fuera capaz de pensar y comprender y acto seguido dice algo tan intolerante y burdo que estropea todo lo anterior. La anarquía no tiene nada que ver con el caos o la violencia. —Agitó la mano en el aire y se inclinó hacia Pitt con la mirada encendida—. La anarquía consiste en liberarse de la tiranía para que todos los hombres sean libres y muestren lo mejor de sí mismos. Los seres humanos sensatos e íntegros deberían crecer y desarrollar lo mejor de sí. —El entusiasmo hizo que elevara la voz—. Deberían evolucionar hasta ser hombres libres y hacer caso omiso de las reglas impuestas por leyes, tribunales, gobiernos y ejércitos de pequeños hombres que esclavizan la mente. Sólo existe una ley verdadera: la de la razón y la hermandad universal. El resto es miedo al encarcelamiento, al dominio perverso de un hombre sobre otro. Seamos iguales y libres.

Pitt reflexionó y finalmente dijo:

—Sin embargo, todo tiene un precio. No creo que todos los hombres estén preparados. Algunos son perezosos y otros codiciosos. Si no existen leyes ni alguien que se encargue de que se cumplan, ¿quién protegerá a los débiles?

—¡No entiende nada! —lo acusó Welling.

Pitt se apoyó en la pared de piedra.

—Tenga la amabilidad de explicármelo.

—Sin opresión no sería necesario proteger a los débiles —declaró Welling—. Nadie les haría daño.

—Salvo los que se esconden detrás de una puerta y disparan por la espalda.

Welling se puso muy pálido.

—¡No fue uno de los nuestros!

—Yo creo que sí.

—¡No, no lo fue! —gritó Welling—. ¿Podría haber sido el viejo? Había un viejo que lo abordó varias veces en la calle. Al parecer Magnus lo conocía. Los vi discutir. La disputa fue muy acalorada, pero Magnus no quiso contarnos quién era o a qué se debió.

—¿Un viejo? —preguntó Pitt—. Descríbalo.

Welling abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Cree que podría haber asesinado a Magnus? —Su rostro se iluminó, esperanzado—. ¿Por qué lo haría? Sólo fue una disputa. ¿De dónde pudo sacar el arma? Era demasiado viejo para ser anarquista.

Pitt sonrió a su pesar.

—¿Era muy viejo?

—No estoy seguro. Sesenta, quizá un poco más. Era un hombre alto, delgado y de pelo canoso.

—¿Y discutieron?

—Sí.

—¿Cuál era su actitud?

Welling se quedó pensando; un brillo de comprensión encendió su mirada. Respondió suavemente:

—Caballerosa. No iba vestido como un caballero, pero su voz...

—¿Podría ser su padre? —inquirió Pitt con la esperanza de que Welling lo negase.

No pudo dejar de pensar en su hijo y se preguntó cómo reaccionaría si en un futuro lejano Daniel abrazaba una ideología extremista que lo llevaba a matar. ¿Qué haría para tratar de salvarlo de algo que consideraba negativo? ¿Cómo consolaría a Charlotte? ¿Hasta qué punto se consideraría culpable de lo que había salido mal? Le resultó fácil ponerse en la piel de Landsborough.

¿Era lo que había sucedido? ¿Había intentado proteger a su hijo o al sistema político en el que él mismo creía... o tal vez el honor de la familia, con todas las comodidades y privilegios que entrañaba? Su hijo era la deshonra de la familia.

Se trataba de una idea espantosa, pero la honestidad obligó a Pitt, como mínimo, a tomarla en consideración.

Welling lo miró.

—Es posible. Magnus nunca habló de él, pero ese viejo no fue el único, también se veía con un hombre más joven y bien vestido.

Pitt estaba desconcertado.

—¿Cómo hablaba?

—No tengo ni la más remota idea. Que yo sepa, nunca habló.

—¿Un anarquista de otra facción?

—A mí me pareció un criado; discreto, pero criado al fin —respondió Welling y su ingenuidad se esfumó—. No estoy dispuesto a decirle nada acerca de nosotros. Los anarquistas somos leales.

—No me cabe la menor duda —confirmó Pitt en tono admirativo—. Por lo visto, los anarquistas están dispuestos a acabar en la horca por sus compañeros. —Vio que Welling palidecía. Tal vez estaba más asustado de lo que lo había estado Carmody. Pitt prosiguió—: Debe de estar muy convencido de que los ideales son los mismos. Lo que me lleva a preguntarme por qué un anarquista acabó con la vida de Magnus y lo hizo desde un escondite.

La expresión de Welling se volvió desdeñosa.

—No puede ahorcarme por haber matado a Magnus. Ni siquiera puede acusarme por ello. Cuando entraron yo ya estaba en la estancia, lejos de la puerta desde la que le dispararon. Todos oyeron cómo escapaba. Hasta la policía lo oyó bajar por la

escalera trasera y lo dejó pasar. —Le tembló la voz al advertir que podrían mentir, aunque sólo fuese para ocultar que habían cometido semejante error. Tragó saliva. En su mirada quedó claro que creía que Pitt era capaz de mentir, al igual que el resto de los agentes—. ¡Yo no lo habría matado y usted lo sabe!

—Así es, lo sé —coincidió Pitt—. Al menos, no creo que lo hiciera personalmente, aunque podría haberse confabulado con alguien. Es lo bastante listo como para proteger a quien lo hizo, por lo que también es razonable suponer que son aliados e incluso que le pagó... —Percibió horror en la mirada de Welling y en ese instante supo que era inocente—. Claro que, en realidad, me refería al policía al que dispararon en plena calle.

—No estaba... no estaba muerto... —La incertidumbre de Welling se reflejó claramente en su cara.

Pitt venció la tentación de dar a entender que había perdido la vida.

—No, pero por pura suerte. Intentaron matarlo.

—Yo... yo... —La voz de Welling se apagó. No había argumentación posible.

Pitt aguardó mientras el detenido reflexionaba. El encarcelamiento le resultaría a Welling más duro de lo que hubiera imaginado, pero la horca tenía un carácter irrevocable.

—¿Es usted creyente? —preguntó Pitt de sopetón.

Welling se sobresaltó.

—¿Cómo dice?

—¿Es creyente? —repitió Pitt.

La mirada burlona volvió a alterar el rostro de Welling, pero fue una bravuconada más que una muestra de confianza.

—No es necesario creer en Dios para tener moral —replicó con amargura—. ¡La Iglesia cuenta entre sus filas con los peores hipócritas que existen! ¿Tiene idea de las propiedades que tiene? ¿Sabe cuántos religiosos predicán una cosa y hacen otra muy distinta? Condenan a personas cuyas vidas ni siquiera son capaces de comprender y...

—No pensaba en la moral —lo interrumpió Pitt—. Los hipócritas me caen tan mal como a usted. Me refería a si hay algo que esperar después de la muerte. —Welling se puso pálido y de pronto le costó respirar. Pitt adoptó un tono más afable —: Es usted joven. No tiene que renunciar a su vida ni a todo lo que puede hacer, a los aciertos y a los errores, si me ayuda a averiguar quién mató a Magnus Landsborough y a demostrarlo. Según su moral y la mía, fue un acto infame. Si colabora estoy autorizado a no acusarlo por haber disparado al policía y por el resto de sus acciones.

Welling se humedeció los labios.

—¿Cómo puedo estar seguro? ¿Cómo sé que no miente? ¡Tal vez el policía ha muerto!

—No, no ha muerto. Dentro de pocas semanas se reincorporará a su trabajo. El



disparo le atravesó el hombro, pero no tocó la arteria.

Pitt sacó del bolsillo el papel con la promesa que Narraway había redactado y se lo entregó a Welling, que lo cogió, lo leyó y parpadeó varias veces mientras las manos le temblaban ligeramente.

—¿Qué será de Carmody? —preguntó por último—. No... —Tuvo que carraspear—. No me salvaré a cambio de que lo ahorquen.

Pitt se imaginó lo que le había costado pronunciar esas palabras y lo admiró.

—No es necesario —garantizó—. La misma oferta vale para él en caso de que la acepte. Dígame todo lo que sabe de Magnus Landsborough, quién lo sustituirá como jefe... o defínalo como prefiera y... y hábleme también del viejo con el que habló. Quiero saber con cuánta frecuencia, dónde, a qué hora del día o de la noche y cómo reaccionó Magnus.

Welling se lo contó paso a paso; medía cada palabra para callar lo que no le interesaba que se supiese. No puso nombre al tipo que, según creía, se convertiría en el nuevo jefe, si bien su respeto por él era evidente. Compartía el apasionamiento de Magnus contra el dominio injusto de una persona sobre otra. Lo enfurecía la indefensión de los pobres y las desventajas por motivos de salud, falta de inteligencia o educación, y cuestiones de nacimiento o, simplemente, de posición social. En su opinión, el poder sin responsabilidad era el peor de los males, ya que engendra crueldades, injusticias y todos los abusos que una persona puede infligir a otra.

Pitt analizó con Welling los medios con los cuales pretendía enmendar la situación. Tal vez el detenido lo apreció, ya que empezó a hablar con menos desdén y más cordialidad acerca de sus esperanzas de alcanzar un mayor equilibrio entre los hombres.

Pitt no discutió la idea de que la sociedad debe tanto a la naturaleza del ser humano como a cualquier sistema político concreto. Se le pasó por la cabeza plantearlo, pero la frialdad de la celda y el olor a cerrado le recordaron la urgencia de atajar la corrupción y evitar un mayor poder de Wetron en el futuro.

Welling también le refirió los encuentros de Magnus con el viejo. Habían tenido lugar seis veces y habían perturbado al joven fallecido. Se negó a decir quién era o qué quería, pero no permitió que lo criticasen o que le dijeran que no volviese. Las contadas veces que los habían visto charlar era evidente que discutían. El viejo parecía alterado, pero nadie oyó lo suficiente para saber sobre qué conversaban y Magnus se negó tajantemente a hablar de la cuestión.

Pitt abordó el tema de la procedencia de los fondos de la célula; al principio lo planteó indirectamente y no obtuvo respuesta. Welling se mostró muy precavido.

—No es necesario protegerlo —comentó Pitt con indiferencia—. Sabemos de quién se trata. En realidad, la policía también lo sabe.

Welling sonrió.

—En ese caso, no necesita que se lo digamos.

—Exactamente. No lo mencionaría si existiera la más remota posibilidad de que

pudieran avisarle.

—Por supuesto.

El tono de Welling había recuperado el escepticismo del inicio del interrogatorio.

—Es Piers Denoon —aseguró Pitt y detectó contrariedad en la mirada de Welling.

No necesitaba que lo confirmase. Estuvo en un tris de preguntar si Magnus y Piers se habían peleado. Tal vez Magnus se había dado cuenta de que su primo jugaba a dos bandas, para los anarquistas y para la policía, y había amenazado con desenmascararlo. Antes de tomar la palabra pensó en el peligro que correría Tellman y se mordió la lengua. Welling podría defenderse declarando en el juzgado y la información llegaría a la policía. Cambió de idea. De todos modos, la posibilidad seguía siendo válida. Tal vez había sido Piers Denoon el que había matado a Magnus para protegerse a sí mismo.

Al final averiguó a través de Welling todo lo que quería saber. Tras una fugaz visita a Carmody, que no le proporcionó más datos, abandonó la cárcel con la mente en ebullición.

Al día siguiente, poco después de las doce, Pitt inició la ronda por las tabernas y sustituyó a Jones «el Bolsillo». Nunca había realizado una tarea tan detestable como aquélla. Tal vez porque sabía cuánto le desagradaría, se vistió con ropa gastada y muy distinta a la que solía llevar, como si intentase alejarse de lo que tenía que hacer. Se puso una chaqueta de lanilla con varios remiendos, una prenda que en otras circunstancias jamás habría elegido. Era áspera al tacto y abrigaba demasiado.

Tuvo que explicar en todas partes que Jones estaba enfermo y que, hasta su recuperación, ocuparía su lugar.

—Así que está enfermo, ¿eh? —preguntó esperanzado un tabernero—. ¿Es muy grave?

—Probablemente —repuso Pitt—. Y si pasa una temporada en Coldbath Fields empeorará todavía más. —Se refería a la cárcel londinense que tenía la peor reputación.

—Es francamente triste. —El patrón de la taberna sonrió de oreja a oreja. De repente se puso serio y miró a Pitt con cara de pocos amigos—. ¡Espero que sea contagioso!

—Tal vez. —Pitt ya había decidido qué haría—. De todos modos, yo no seré tan duro.

—¿Por qué lo dice? ¡A mí me parece que son de la misma calaña!

—Yo no soy tan avaricioso —replicó Pitt—. Jones es muy severo. Yo quiero que usted siga haciendo negocios. Me llevaré la mitad de lo que pedía él. Me parece suficiente. Sólo espero que me lo entregue regularmente.

El tabernero se mostró sorprendido y, poco después, receloso.

—No quiero que el condenado Grover se presente aquí y me destroce la taberna

—acotó con cautela.

—¿Cree que Jones se guardaba una parte? —Pitt enarcó las cejas.

—¿Qué le parece? ¿Acaso usted lo hace por nada? ¿Cree que nació ayer?

—Tengo mis motivos —aseguró Pitt—. Págueme la mitad y siga atendiendo a sus clientes. Cuanto más tiempo discuta conmigo más los descuidará.

En el siguiente local pasó otro tanto de lo mismo y así en todos. Reunió aproximadamente dieciséis libras, lo mismo que un agente ganaría en tres meses.

No podía guardar el dinero ni correr el riesgo de perderlo. Sólo había un lugar donde estaría a salvo y en el que, además, se libraría de una posible acusación de extorsión. ¡A Wetron le encantaría poder acusarlo de algo así! Sería una paradoja.

—¡Dieciséis libras...! —exclamó Narraway. Arrojó el dinero sobre el escritorio como si sólo por tocarlo se mancillase—. Son más de sesenta libras al mes las que arrebatan a esos pobres desgraciados.

—Lo sé —confirmó Pitt—. Y eso que sólo he recibido la mitad que Jones.

—¿Jones se llevaba el doble? ¿Por qué no ha ido a verlos a todos?

—Los he visitado a todos, pero les he cobrado la mitad. —Narraway puso los ojos en blanco y dio a entender qué opinaba de aquello con la expresión en lugar de con palabras—. Guárdelo —pidió Pitt.

—¿Cómo dice? —inquirió Narraway y, repentinamente serio, frunció el entrecejo—. Alguien espera este dinero. Pitt, se ha metido en un juego endiabladamente peligroso. ¿Qué les impide cortarle el pescuezo para que sirva de ejemplo? Sobre todo si no tiene el dinero.

—La codicia —respondió Pitt—. Quien me persiga sólo recibirá una parte. Intentarán recuperarla y les ofreceré más. Muerto no les sirvo.

—Pero ¡no tiene más, sino menos! —exclamó Narraway.

—Como no lo llevo encima, no lo sabrán.

—¡Insensato, podrían llegar a la conclusión de que no tiene nada! —espetó Narraway, súbitamente furioso—. ¿Cree que tengo suficientes agentes para que lo sigan por Londres hasta que alguien lo busque por este asunto?

—No tardarán mucho —aseguró Pitt. Corría un riesgo y lo sabía. Esperaba no haberse equivocado con Narraway y que lo respaldase en ese asunto—. Fui un poco antes de lo que lo haría Jones y por dos locales no pasé. Si regreso dentro de un par de horas es posible que alguien me esté esperando. Necesito a alguien mientras hago estas dos visitas. Por favor... le ruego que me deje a un hombre que no vacile en intervenir si es necesario.

Narraway maldijo elegante pero enérgicamente.

—Pitt, está poniendo a prueba mi paciencia, pero contará con alguien que, además, irá armado. Le garantizo que, si es necesario, ese hombre disparará.

—Gracias, señor.

Narraway lo miró con cara de pocos amigos.

Anocheecía mientras Pitt caminaba lentamente por la calle en dirección a la última taberna en la que pretendía cobrar el dinero de la extorsión. Intentaba encontrar el mejor modo de comportarse. Si se mostraba demasiado seguro podría despertar sospechas. Había robado una considerable cantidad de dinero a la organización. Si no se mostraba temeroso deducirían que estaba convencido de que tenía más fuerza que ellos. En ese caso, habría perdido su oportunidad y no podría empezar de nuevo, ya que a la segunda no daría resultado.

No oyó pisadas a sus espaldas, sólo los movimientos de los mendigos que dormían en los umbrales, el ruido de las patas de las ratas en el callejón y el goteo de los tejados y los canalones. A cincuenta metros de distancia alguien que parecía borracho reía. Abrigó la esperanza de que el enviado de Narraway estuviera cerca, lo vigilase y lo protegiera cuando llegase el momento. Narraway no podía permitirse el lujo de perderlo porque era fundamental en su guerra con Wetron. Si este último se convertía en comisionado dismantelaría la Brigada Especial.

Pitt tropezó con un adoquín suelto y estuvo a punto de caer. Era imposible que Narraway formara parte del Círculo, ¿no? ¡Sería un doble farol!

Un hombre corpulento y de anchos hombros cruzó la calle hacia él. Aún no habían encendido las farolas, pero había luz natural suficiente para verle la cara. Era ancha, con una gran nariz y con la mejilla surcada por una cicatriz. La oreja izquierda prácticamente estaba deformada a causa de muchos tirones y golpes.

El hombretón se detuvo frente a Pitt. Cuando habló su voz sonó suave y con un ligero deje gutural:

—En su lugar, yo no iría a buscar nada más. Es inútil, ya que lo tengo yo, ¿me entiende?

Tenía más o menos la misma estatura que Pitt y quedaron cara a cara en la estrecha calzada, a medio metro de distancia. Pitt notó que un sudor helado corría por su cuerpo. Esperaba que su voz sonase lo bastante firme como para disimular el miedo que sentía.

—¿Ha cobrado las cantidades habituales? —preguntó amablemente.

—¡Por supuesto! ¿Qué le ha ocurrido al señor Jones?

—¿No se ha enterado? —Pitt fingió sorpresa—. Se confió demasiado. Le endosaron dinero falso y lo pillaron.

El hombretón apretó los labios.

—Jones es demasiado astuto para hacer algo así. ¿Qué pasó realmente?

—La falsificación era buena. Se confió demasiado.

—¿Usted se ocupó de que ocurriera?

Pitt decidió alzarse con los laureles y replicó:

—Tengo planes. Puedo hacer más que él. Tengo contactos. Y le gustará oír que

también puedo hacer más por usted... si quiere.

—¿De verdad? ¿Cómo es eso? —preguntó el hombre con escepticismo—. Dígame, ¿por qué no tendría que clavarle la navaja en las entrañas y llevármelo todo?

—¡Porque no lo llevo encima! —exclamó Pitt—. Si me pincha nunca sabrá qué planeo y, por añadidura, no tendrá dinero que entregarle a su... a su amo. —Pronunció las últimas palabras con desdén.

—¡Yo no tengo amo! —protestó el hombretón.

—¿Jones «el Bolsillo» trabaja para usted? —Pitt empleó un tono risueño para demostrar que semejante posibilidad le resultaba ridícula—. Usted no es más que el chico de los recados, un simple mensajero. Claro que no está obligado a seguir siéndolo, señor... señor...

—Yancy.

A pesar de todo se mostró interesado, pero mantuvo la mano derecha en el bolsillo; Pitt dedujo que con los dedos aferraba el mango de la navaja.

—Señor Yancy, ¿le basta con ser mensajero? —Pitt temblaba ligeramente y tenía la sensación de que el corazón estaba a punto de salirse del pecho—. ¿Le parece seguro?

—¿Qué pretende? —inquirió Yancy con cautela.

—¿A quién se lo entrega?

—¡Si se lo digo ocupará mi lugar! —se defendió Yancy—. ¿Cree que soy tonto?

—No, señor Yancy, no ocuparé su lugar. ¡Aspiro a mucho más! ¡Quiero el lugar de su amo! —Pitt detectó duda en la mirada de Yancy. No había ido suficientemente lejos. ¿Qué más sabía Yancy? Todo dependía de que lograra convencerlo. Una palabra de más o de menos y el asunto se le escaparía de las manos—. Hay demasiadas personas en este juego —apostilló y se atragantó. Necesitaba toser y carraspear, pero si lo hacía demostraría que estaba nervioso. En la acera no había nadie, salvo un par de mujeres de la calle a veinte metros de distancia. Si Yancy sacaba la navaja, mirarían para otro lado y no verían ni sabrían nada—. Puedo darle una parte mayor porque quiero deshacerme del intermediario. —Pitt se lanzó a por todas—. Tengo que dar cuentas al más alto nivel. ¿Se apunta o no?

—¡Caramba! —Yancy soltó una larga bocanada de aire—. ¿Al señor Simbister en persona? ¡Grover me matará!

—Incluso más arriba —aseguró Pitt sonriente—. ¿Se apunta?

Yancy abrió la boca para responder; a dos calles de distancia resonó un estrépito ensordecedor. Fue tan intenso que el suelo tembló y en un tejado próximo se soltaron varias tejas de pizarra, que se deslizaron por los canalones y se rompieron al chocar con la acera. Sonó otro estrépito arrollador y en el aire vieron una llamarada. Alguien gritaba. El derrumbamiento de las paredes anuló el sonido de las voces y el olor y el calor del fuego impregnaron el atardecer.

Pitt giró sobre sus talones, se olvidó de Yancy, corrió hasta la esquina, la dobló y se acercó a las llamas que ascendían hasta el cielo. Tras el perfil irregular, los tejados arrancados escupían fuego y el humo entró en sus pulmones cuando se acercó. La gente chillaba y lloraba. Algunas personas permanecían inmóviles, como si estuvieran demasiado confundidas y sin saber qué hacer. Otras corrían de aquí para allá y un tercer grupo se movía sin rumbo fijo. Aún caían cascotes, trozos de madera calcinados y en llamas y cristales que salían disparados como dagas.

Cuando llegó al final de Scarborough Street, el humo le entró en la garganta y notó el calor en la cara. Había varios heridos en la calzada: inmóviles, desplomados y con las extremidades retorcidas. Por todas partes había sangre, madera humeante, ladrillos y cristales. La gente lloraba y pedía ayuda; alguien gritaba. Un perro ladraba sin cesar. Por encima de todo se oía el sonido de las llamas que ascendían en el interior de lo que quedaba de las tres últimas casas de la calle. En medio del calor la madera estalló y las tejas de pizarra salieron disparadas como cuchillos con los bordes muy afilados. El polvo y los cascajos inundaron el aire.

Pitt permaneció inmóvil; intentaba mantener el control y sofocar el horror que sentía en su interior. ¿Alguien había llamado a los bomberos? La madera en llamas seguía cayendo sobre los tejados de la otra acera. ¿Habían avisado a algún médico, a alguien que pudiera prestar ayuda? Avanzó e intentó hallar un poco de orden en medio del terror y del caos. Se veía con claridad gracias al resplandor del incendio.

—¿Alguien ha avisado a los bomberos? —gritó en medio del estrépito que se produjo cuando se desplomó otra pared—. ¡Hay que sacar de aquí a la gente! —Cogió del brazo a una anciana—. ¡Diríjase al final de la calle! —ordenó con firmeza—. Aléjese del calor. Si se queda aquí le caerán cosas encima.

—Mi marido... —masculló la anciana con la mirada perdida—. Está en la cama. Estaba borracho como una cuba. Tengo que ir a buscarlo. Se quemará.

—En este momento no puede ayudarlo. —Pitt no la soltó. Vio a pocos metros a un joven descalzo que temblaba sin poder controlarse y lo llamó—: ¡Eh, usted! —El joven se volvió—. Llévase a esta mujer. ¡Que todos se alejen! ¡Ayúdeme!

El joven parpadeó. Lentamente se dio por aludido y obedeció. Otras personas también reaccionaron, intentaron ayudar a los heridos y cogieron en brazos a los niños para alejarlos del calor.

Pitt se acercó al cuerpo más cercano que yacía sobre los escombros y se agachó para observarlo con atención. Se trataba de una joven, a medias de espalda y con las piernas bajo el cuerpo. Una sola mirada a la cara le dijo que ya no había manera de ayudarla. Tenía sangre en el pelo y sus ojos desmesuradamente abiertos ya se habían empañado. Se arrodilló a su lado, se le revolvió el estómago y le dolieron las entrañas

de ira. La Brigada Especial tendría que haberlo impedido. Aquello no tenía nada que ver con el idealismo o el deseo de reformar las cosas, sino con una locura, una falta de humanidad impulsada por la estupidez y el odio.

A pocos metros alguien gemía. No era el momento de entregarse a las emociones, ya que así no ayudaba a nadie. Pitt se puso en pie y se acercó a la persona que se quejaba. Hacía cada vez más calor. Parpadeó y volvió la cabeza para protegerse de la ceniza que el aire arrastraba. Las tejas de pizarra seguían deslizándose y caían sobre la acera o la calzada. Llegó a la persona que gemía: una mujer mayor con la pierna fracturada en varias partes y una herida en el brazo, de la que manaba sangre. Sin duda sentía mucho dolor, pero era la pérdida de sangre lo que la asustaba.

—Se pondrá bien —aseguró Pitt con convicción. Le arrancó un trozo de enagua y le vendó el brazo. Quizá lo había apretado demasiado, pero era necesario detener la hemorragia. Seguramente alguien había ido a buscar a un médico—. Ya está. —Pitt se incorporó, se agachó y ayudó a la mujer a ponerse de pie. Era pesada, se movía con torpeza y estuvo a punto de perder el equilibrio—. Apóyese en mí y la llevaré hasta la calle principal.

La mujer se lo agradeció y avanzaron juntos. Tras dejarla con una vecina, Pitt se volvió hacia la calle y vio a Victor Narraway frente a las llamas. Estaba delgado como siempre, anguloso, con el pelo de punta y la cara manchada de hollín y teñida de rojo por el reflejo del incendio.

La primera reacción de Pitt fue de incredulidad.

—¿Cómo lo ha hecho para enterarse tan pronto? —preguntó a gritos en medio del estrépito—. ¿Sabía que ocurriría?

—¡No, por supuesto que no, insensato! —espetó Narraway y se acercó—. ¡Lo he seguido!

—¿Qué ha dicho? —A Pitt le costó entenderlo—. ¿Por qué? ¿Pensó que no lo conseguiría?

Otra casa se desplomó hacia dentro y las llamaradas ascendieron como la erupción de un volcán. El estallido echó a Pitt y a Narraway hacia atrás y el calor les dio de lleno en la cara. Pitt tropezó con una viga y con el cadáver de un hombre. Narraway evitó que cayera porque lo agarró del brazo, pero a punto estuvo de sacarle el hombro de sitio. Se incorporó con dificultades.

Llegó el primer coche de bomberos; los caballos jadearon con los ojos en blanco y al cochero le costó dominarlos. Inmediatamente después apareció otro, pero bastó una mirada para saber que era inútil tratar de sofocar los incendios. Lo único que podían hacer era evitar que las llamas se propagasen por las calles adyacentes.

Un joven con un maletín en la mano se abrió paso en medio de los escombros y de vez en cuando se agachaba.

Narraway gritó algo, pero Pitt no entendió qué decía. Meneó la cabeza y echó a andar hacia un lugar en el que el hombre, al parecer médico, intentaba ayudar a alguien a ponerse en pie, aunque pesaba demasiado.

Pitt ayudó mientras hubo algo que hacer. Vio que Narraway iba y venía. Varias veces registraron juntos los escombros en busca de personas que siguieran vivas; apartaron las maderas, los ladrillos rotos y los cristales. Narraway era más fuerte de lo que Pitt suponía a juzgar por su cuerpo delgado, sabía cómo mantener el equilibrio y se dejaba llevar por su fuerza de voluntad.

Al final apagaron las llamas y el ruido de las paredes que caían disminuyó. Más gente echó una mano. Tuvo la impresión de que carros y carretas se llevaban a los heridos y posiblemente también a los muertos. En numerosas ocasiones, Pitt vislumbró el reflejo de la luz roja en los botones lustrados o en la forma alta y familiar del casco policial. Sólo cuando se alejó un poco del desastre comprobó consternado que ya no veía la reconfortante panorámica de unas cuantas semanas atrás.

Permaneció junto a un carro lleno de escombros y vio a Narraway al otro lado, a un par de metros. Sin decir palabra, sostenía una taza de hojalata llena de agua. Pitt intentó hablar, pero no consiguió articular palabra. Cogió la taza, bebió y finalmente masculló:

—Gracias.

La noche había caído por completo y sólo se veía el resplandor rojizo de las llamas de dos casas que todavía ardían. Los bomberos habían remojado nuevamente los tejados, y los incendios no se habían extendido.

Narraway cogió la taza y se la llevó a los labios. Pitt se sobresaltó al ver que le temblaba la mano. Su superior tenía la piel manchada de sangre y ceniza y, por primera vez desde que lo conocía vio miedo en su mirada.

No se trataba de miedo físico. Narraway no era temerario, pero se había acercado sin vacilar a las llamas y a las paredes que se desplomaban y estallaban para rescatar a las personas atrapadas. Pitt no necesitó preguntárselo para saber que era la escalada de la violencia lo que lo asustaba y la reacción que se produciría ante tamaña destrucción. Casi toda la calle estaba prácticamente destruida. Habría que demoler los edificios, allanar el suelo y construir nuevas casas.

Lo más trágico era que había, al menos, cinco muertos y más de veinte heridos, algunos graves. Tal vez algunos de ellos morirían. En esa ocasión no había habido un aviso previo y evidentemente habían colocado, como mínimo, el triple de dinamita que en Myrdle Street. La Brigada Especial no tenía ni la más remota idea de quién había cometido aquella salvajada.

Pitt miró a Narraway, que estaba agotado y sucio. Sin duda el cuerpo le dolía tanto como a él, le escocía la piel, le retumbaba la cabeza y notaba los pulmones cerrados y cargados cada vez que aspiraba. Pero, por encima de todo, debía de tener una abrumadora sensación de fracaso. La gente esperaba que lo hubiese evitado. De momento la Brigada Especial no había atrapado a nadie. No tenía ni una sola pista. No sabía por dónde empezar, nada que indicase que no volvería a suceder cuando quisieran los anarquistas.



Narraway volvió a mirarlo. A ambos les habría gustado decir algo, pero la verdad no necesita palabras y las mentiras reconfortantes eran inútiles.

Narraway bebió otro sorbo de agua y pasó la taza a Pitt, que la vació.

—Vuelva a casa —ordenó Narraway y carraspeó—. Esta noche ya no hay nada que hacer aquí.

Pitt pensó que al día siguiente tampoco tendrían nada que hacer, pero deseaba volver a la seguridad de Keppel Street. De pronto lamentó profundamente que su jefe no tuviese un lugar así al que ir, ni nadie que lo quisiera con absoluta certeza. No quiso que éste leyera sus pensamientos.

—Gracias —aceptó quedamente—. Buenas noches.

No se había dado cuenta de que era tan tarde. Estaban a punto de dar las doce cuando abrió la puerta de su casa. En cuanto la cerró, Charlotte, todavía vestida, salió al pasillo y la luz del salón la iluminó por detrás.

—¡Estoy bien! —exclamó rápidamente al ver la expresión de horror de su esposa—. ¡Sólo es suciedad! Se va con agua.

—¡Thomas! ¿Qué ha...? —Estaba boquiabierta, con una mirada de espanto y las mejillas terriblemente pálidas—. ¿Qué ha pasado?

—Otra explosión —respondió.

Le habría gustado estrecharla entre sus brazos, pero estaba sucio. No sólo le mancharía la ropa, sino que le pegaría el olor del fuego.

Charlotte no pensó en ello. Lo rodeó con los brazos, lo abrazó con todas sus fuerzas y lo besó. Le apoyó la cabeza en el hombro y se aferró a Pitt como si quisiera impedir que escapara.

Pitt sonrió y la acarició con delicadeza; por fin estaba a salvo y la tenía en sus brazos. La cabellera de Charlotte se había soltado de las horquillas. Le quitó las pocas que quedaban y las echó al suelo. La melena cayó sobre sus hombros y Pitt hundió los dedos en ella y se regodeó con su suavidad. Era fresca, como la seda, tan resbaladiza y delicada que parecía líquida. Olía bien, como si las llamas, los escombros y la sangre sólo fueran producto de su imaginación.

Lamentó la soledad de Narraway y, si lo hubiera pensado, incluso se habría compadecido de Voisey.

Por la mañana Pitt despertó sobresaltado y el silencio del dormitorio resonó en sus oídos. Los recuerdos volvieron a su mente con toda su violencia y dolor. Charlotte ya se había levantado. La luz del día brillaba al otro lado de las cortinas y una franja dorada atravesaba el suelo en el punto donde no estaban totalmente cerradas. Oyó el ruido de cascos de caballos y ruedas en la calle.

Se levantó rápidamente. Su esposa le había dejado ropa limpia en la silla. La vestimenta de la víspera estaba en el lavadero para que el olor no impregnase el dormitorio.

Se afeitó, se vistió y un cuarto de hora después bajó. Le dolían los músculos a causa de los esfuerzos de la noche anterior y tenía más pequeñas heridas y arañazos de los que podía contar, pero había descansado. Había dormido sin pesadillas y tenía hambre.

El reloj de la cocina marcaba las nueve, pero sobre la mesa no estaban los periódicos. Charlotte se volvió desde el fregadero, donde secaba platos, y sonrió.

Gracie salió de la despensa con un cuenco con huevos y le dio los buenos días. Dejó que las mujeres lo mimasen antes de preguntar qué noticias había.

—Malas —comunicó Charlotte mientras Pitt terminaba la tercera tostada con mermelada y se servía otra taza de té.

Charlotte fue a la despensa y regresó con tres diarios. Los dejó sobre la mesa, delante de su marido, y recogió los platos.

En cuanto vio los titulares, se alegró de que Charlotte los hubiese escondido hasta después del desayuno. El periódico de Denoon era el peor. No criticaba a la policía, simplemente reconocía que se trataba de una tarea imposible. Aunque se le dieran más efectivos, armas y la libertad de detener a las personas de las que se sospechaba seriamente, era imposible que pudiese evitar atrocidades como aquélla. Para ello la policía debía obtener información antes de que la situación fuera más violenta. Había que saber quién había planificado semejante salvajada y quién defendía unas convicciones que desataban aquella guerra contra la gente corriente de Londres y quizá de todo el planeta.

El editorial era apasionado, simple y con un tono airado que compartiría gran parte de la gente de Inglaterra. La policía, la Brigada Especial y el gobierno propiamente dicho no estaban en condiciones de decir dónde o cuándo se repetiría otra atrocidad, qué casas serían las siguientes. Era mucho peor que lo ocurrido en Myrdle Street.

Allí no había muerto nadie. El aviso previo había dado tiempo a evacuar las casas. Esta vez no habían mostrado tanta humanidad. ¿Qué ocurriría a continuación? ¿Sería peor? ¿Más muertos e incendios que sería imposible apagar? Los bomberos no podrían controlar fuegos de mayores dimensiones. No disponían de efectivos suficientes. No había recursos, ni siquiera agua. Se quemarían barrios enteros de Londres.

La posibilidad de una devastación tan atroz exigía medidas extremas para evitarla. El gobierno debía tener competencias para proteger a quienes lo habían elegido y el pueblo tenía derecho a esperar que así fuese. Si hacían falta leyes habría que aprobarlas antes de que fuera demasiado tarde. Lo exigían el honor, el patriotismo y la decencia humana. La supervivencia dependía de que se hiciese.

Pitt esperaba leer algo por el estilo, pero al verlo impreso la realidad se imponía aunque se intentara no verla. Denoon no hablaba detalladamente de la ley que permitiría interrogar a los criados sin que el señor o la señora de la casa lo supiera. Aunque lo hubiese especificado, probablemente la mayoría de las personas no lo

habrían considerado siniestro. Los que no tenían nada que ocultar tampoco lo temían. Era muy fácil justificar la utilización de dicha competencia. Era la medida en sí misma la que significaba dar carta blanca al chantaje: la posibilidad de interrogar sin tener que demostrar a ninguna autoridad que existían motivos justificados y el hecho de que el hombre o la mujer de cuyos actos se hablaría, cuya vida íntima, costumbres personales y pertenencias, relaciones y amistades se mencionarían no tendría la posibilidad de negar, explicar o refutar lo que se diría. Un criado podía equivocarse, haber oído sólo una parte de la conversación, recordar lo sucedido con inexactitud o, simplemente, repetir cotilleos. Por si eso fuera poco, podía ser rencoroso, deshonesto, ambicioso o, lisa y llanamente, crédulo y manipulable. La ley dejaba en manos de los criados el poder de chantajear al señor o a la señora de la casa mediante una amenaza de traición, ante lo cual no había defensa.

El carácter privado del interrogatorio daba pie a que las posibilidades fueran casi ilimitadas y contra ello no existía la menor salvaguarda.

Levantó la cabeza y advirtió que Charlotte lo observaba.

—Es malo, ¿verdad? —preguntó quedamente su esposa.

—Sí. —Pitt vio en su mirada que también ella comprendía claramente la gravedad de la situación—. Desde luego que lo es.

—¿Qué podemos hacer?

Pitt se obligó a sonreír al ver que Charlotte se incluía.

—Volveré a la cárcel e interrogaré a los anarquistas detenidos, aunque no creo que puedan ayudar. Francamente, dudo que un miembro de su célula haya cometido esta salvajada. En este atentado han muerto al menos cinco personas. Supongo que se mostrarán más dispuestos a hablar. Tú no hagas nada, a menos que decidas ir a ver a Emily y prestarle un poco de apoyo. —Escrutó el rostro de Charlotte—. Jack es uno de los pocos aliados en los que podemos confiar. Esta situación podría costarle muy cara.

—¿Su carrera política? —inquirió Charlotte.

—Tal vez.

Charlotte sonrió con tristeza.

—Te agradezco que no hayas fingido. No te habría creído si me hubieras dicho que su carrera política no corre peligro.

Pitt se levantó de la mesa, dio un ligero beso a su esposa y se dirigió hacia la puerta de entrada para ponerse las botas. Sabía que Charlotte seguía de pie en la cocina y aún lo miraba.

En primer lugar, Pitt fue a ver a Carmody. Lo encontró recorriendo de un extremo a otro la celda; estaba tan tenso que le resultaba imposible permanecer sentado. Se volvió en cuanto oyó que la llave giraba en la gran cerradura de hierro, y ya estaba de cara a la puerta cuando Pitt entró. Tenía el pelo pegajoso y su cara pálida y llena de

pecas había adquirido un tinte grisáceo.

—¿Quiénes han sido? —preguntó Carmody en tono acusador—. ¡Es un asesinato! ¿Por qué no lo impidió? ¿Qué le pasa? ¿Quiénes son? ¿Son irlandeses, rusos, polacos o españoles?

—No creo que lo sean —repuso Pitt tan ecuanímente como pudo—. ¿Quién le ha hablado de la explosión?

—¡En la cárcel no se habla de otra cosa! —gritó Carmody—. Los carceleros cuentan las horas que faltan para que nos juzguen y nos ahorquen. Nosotros no tenemos nada que ver. Por favor, ya se lo dijimos. Queríamos sacar de en medio al maldito Grover y acabar con la corrupción policial, no matar a los habitantes inocentes.

—Todas las pruebas apuntan a que no se trata de anarquistas extranjeros, ya sea de Europa o de otros lugares.

—¡No... hemos... sido... nosotros! —chilló Carmody. Le temblaba la voz—. ¿Me ha oído? No es eso lo que queremos ni aquello en lo que creemos. ¡Un atentado es un acto salvaje con el que no tiene nada que ver la libertad, el honor ni la dignidad humanas! Es un asesinato... y nosotros no somos asesinos.

Pitt le creía, pero todavía no podía decírselo.

—Magnus Landsborough está muerto —afirmó y se apoyó en la pared—. Welling y usted permanecen entre rejas. ¿Se le ha cruzado por la cabeza la posibilidad de que el propósito del atentado en Myrdle Street fuera quitarlos del medio?

Carmody estuvo a punto de hablar, pero se contuvo. Su cara perdió el color que le quedaba.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¿Piensa que...? ¡No puede ser! —Meneó la cabeza y negó varias veces, pero era evidente que dudaba. Intentó convencerse a sí mismo y en ningún momento apartó la mirada de los ojos de Pitt.

—¿Por qué? —preguntó éste—. Es posible que en su célula hubiera alguien que tuviera otro plan, un proyecto más violento y decidido. ¡Lo que está claro es que a alguien le interesa esta estrategia!

—¡No!

La palabra sonó hueca. Carmody comprendía la gravedad de los hechos y a medida que pasaba el tiempo la situación adquiría más sentido, incluso para él. Súbitamente se sentó en el catre, como si las piernas ya no lo sostuvieran.

—Alguien que usted conoce asesinó a Magnus —añadió Pitt en voz baja pero firme—. Alguien lo planificó. Sabía adónde huirían en cuanto estallara la bomba en Myrdle Street y los estaban esperando. Alguien disparó a Magnus y escapó por la parte trasera. Bajó la escalera y pasó por delante de la policía, que lo confundió con uno de los nuestros, que habíamos entrado y perseguíamos a uno de los suyos. Una acción de este tipo requiere preparación, precaución e inteligencia. También exige un buen conocimiento de sus planes. Salvo alguien que quisiera deshacerse del cabecilla y ocupar su lugar, ¿alguien más de su célula quería ver muerto a Magnus?

Carmody se llevó las manos a la cara y se echó el pelo hacia atrás con tanta fuerza que estiró la piel de la frente y tensó sus facciones.

—¡Esto es una pesadilla!

—No, no lo es —replicó Pitt—. Es real y no despertará como si fuera un sueño. Su única salida es que diga la verdad. ¿Quién asumiría la dirección de la célula si a Magnus le ocurría algo? No me venga con que no se lo habían planteado, ya que sería una estupidez. Siempre han tenido presente la posibilidad de que a cualquiera lo atraparan o asesinasen.

—Kydd, Zachary Kydd —contestó Carmody con voz susurrante—. Yo habría jurado que cree en lo mismo que nosotros. ¡Me habría jugado la vida que era así!

—Pues parece que la habría perdido, como les ocurrió anoche a los habitantes de Scarborough Street. —Carmody guardó silencio—. ¿Dónde está Kydd? Tenemos que arrestarlo, a menos que quiera que se produzcan más actos como el de ayer.

Carmody le clavó la mirada con expresión de pesar.

—Me pide que traicione a un amigo.

—No puede ser leal a su amigo y a sus principios a la vez. Tiene que elegir. Incluso guardar silencio es una forma de elegir.

Carmody cerró los ojos.

—Su guarida está en Garth Street, en Shadwell, cerca de los muelles. No sé el número, pero está del lado sur y la puerta es marrón.

—Gracias. Ah, algo más. ¿Tendría la amabilidad de describir al viejo que hablaba con Magnus Landsborough? Dígame todo lo que sabe de él.

A regañadientes y con más emoción de la que le habría gustado mostrar, Carmody refirió los encuentros de Magnus con aquel hombre que sólo podía ser su padre y las acaloradas conversaciones que habían mantenido. El viejo suplicaba algo, pero siempre obtenía un no por respuesta. Después de esos encuentros Magnus siempre se mostraba retraído. No quería hablar de ello, evidentemente se trataba de algo que le causaba dolor. En dos ocasiones, Carmody también vio a cierta distancia a un hombre más joven, como si siguiera discretamente al viejo, pero no estaba seguro. Estaba claro que recordar aquello lo afectaba. Cuando Pitt se retiró, Carmody estaba tranquilo, sumido en sus tristes recuerdos.

El siguiente encuentro con Voisey sería en el monumento en honor a Turner y, como las otras veces, a mediodía. Cabía esperar que, tras el atentado de la víspera, Voisey acudiera.

Pitt se retrasó cinco minutos; cruzó rápidamente el suelo de mármol blanco y negro. Al ver la figura de Voisey, que miraba nerviosamente a su alrededor y pasaba el peso del cuerpo de un pie al otro, se sintió preocupado pero también divertido y aliviado.

Voisey esperaba que llegase por el otro lado, pero en el último momento se volvió

y lo miró. Pareció tranquilizarse y preguntó:

—¿Es tan malo como dice la prensa?

—Sí. En realidad, empeorará.

—¿Empeorará? —El tono de Voisey era amargo—. ¿Qué tiene en mente? —añadió con sarcasmo—. ¿Que destruirán dos o tres calles? ¿Tal vez que habrá otro gran incendio de Londres? Podemos considerarnos afortunados de que no fuera peor. Con marea baja, en esta época del año y con la falta de lluvias, anoche podríamos haber perdido la mitad de Goodman's Fields.

—Espere a que el Parlamento se reúna esta tarde —contestó Pitt—. No hacen falta más explosiones para que exija la aprobación inmediata del proyecto, incluida la disposición para interrogar a los criados. ¿Ha leído el editorial de Denoon?

Voisey se volvió y comenzó a caminar, como si permanecer quieto le resultase insoportable.

—Sí, claro que sí. Es su gran oportunidad, ¿no le parece? ¡Aprovecharán el atentado para aprobar la ley! —Era una afirmación más que una pregunta. Pitt tuvo que andar deprisa para darle alcance—. ¿Cree que en el caso de que vuelvan a quemar media ciudad, habrá un genio que pueda reconstruirla tal como está? —inquirió Voisey muy serio. Con la mano señaló la gran catedral y añadió—: Ya sabe que iniciaron la reconstrucción del templo en 1675, sólo nueve años después del incendio. La terminaron en 1711.

Pitt permaneció en silencio. Le resultaba imposible imaginar Londres sin St. Paul.

Llegaron a la placa en honor de *sir* Christopher Wren. Voisey leyó la inscripción en voz alta:

—«*Lector, si monumentum requiris, circumspice*». Supongo que no sabe qué significa. —En su tono había una mezcla de admiración y amargura—: «Lector, si busca un monumento mire a su alrededor».

Su expresión era de dolor y respeto y tenía los ojos brillantes.

De repente, Pitt vio una faceta distinta y sorprendente de Voisey: la de un hombre deseoso de dejar huella en la historia, de transmitir algo suyo. No tenía hijos. Había heredado pero no legaría. ¿Cabía la posibilidad de que parte de su odio tuviera que ver con la envidia? Cuando muriese sería como si no hubiera existido. Pitt observó su rostro cuando el parlamentario miró hacia arriba y durante unos segundos le pareció ver un ansia profunda y descarnada.

Sin embargo, sentía que era un entrometimiento, como cuando se pilla a alguien realizando un acto privado, y giró la cabeza.

Su movimiento llamó la atención de Voisey, que inmediatamente volvió a ponerse la máscara.

—¿Sabe algo de los responsables de la colocación de la bomba?

—Tal vez —respondió Pitt. Notó el odio de Voisey, que había adquirido más profundidad, como si fuera palpable en medio de aquel silencio casi absoluto. Cerca no había nadie y el ligero murmullo de las pisadas distantes era tan tenue que se

perdió. Podrían haber estado solos—. El hombre encargado de asumir la dirección si le pasaba algo a Magnus Landsborough se llama Zachary Kydd. Es posible que sea el asesino de Magnus.

—¿Rivalidades internas? —El desprecio de la expresión de Voisey era evidente.

Pitt se dio cuenta de que estaba a punto de perder los estribos.

—Lo mató alguien que lo conocía, uno de los anarquistas.

—¿Por qué? —Voisey parecía incrédulo—. ¡No hacía falta deshacerse de Landsborough para colocar una bomba en Scarborough Street!

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Pitt.

—¿Por qué demonios iba a hacerlo? ¿Landsborough intentaría impedirselo? —Su incredulidad resultaba mordaz—. ¿Cómo? ¿Avisaría a la policía para que se echase sobre ellos? ¿Está diciendo que alguien de la célula confiaba en la policía?

Pitt dio a su voz un tono de exagerada paciencia:

—Para desencadenar explosiones de ese calibre se necesita mucha dinamita, planificación y personas dispuestas a arriesgar la vida. Tal vez Kydd no podía saberlo hasta arrebatarse el liderazgo a Magnus.

Voisey dudó unos segundos, pero sabía que Pitt tenía razón, por lo que no tardó en reconocerlo.

—Kydd —repitió—. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué pretende?

—No lo sé —reconoció Pitt y esbozó una ligera sonrisa. Una sombra oscureció la mirada de Voisey.

Pitt se limitó a esperar.

—El atentado de Scarborough Street le hace el juego a Wetron —apostilló Voisey—. Es lo mejor para sus propósitos. ¿Cree realmente que se trata de una coincidencia?

Pitt llevaba el abrigo puesto y, a pesar de que en la catedral la temperatura era agradable, sintió un escalofrío. Le habría gustado librarse de llegar a esa conclusión y encontrar al menos un motivo convincente por el cual no podía ser cierta, pero no fue así. Preguntó suavemente:

—¿Cree que él está detrás de todo esto?

Al oír esas palabras fue Voisey quien sonrió.

—Pitt, su capacidad de pensar bien de los demás siempre me sorprende. No debería ser así. A pesar de todo lo que le ha ocurrido, y de lo que le sucedió a su padre; a pesar de todos los años que lleva resolviendo asesinatos y de que últimamente se ocupa de los fanáticos políticos, no deja de ser un ingenuo. Se niega a reconocer la evidente realidad de la naturaleza humana. —Su rostro se ensombreció y exclamó violentamente—: ¡Tonto, por supuesto que Wetron está detrás de todo esto! Se ocupó de que el desgraciado, estúpido e inofensivo Landsborough colocase la primera bomba. Dijo a los integrantes de la célula que nadie resultaría herido. Los jóvenes e insensatos anarquistas, que no saben lo que hacen, que sólo protestan contra la corrupción, seguramente estuvieron de acuerdo. Usted atrapó a unos pocos, lo que

sin duda era lo que pretendía; estaba todo preparado. La segunda vez fue muy parecida, pero mucho peor. Casi sin pensarlo, todos suponen que se trata de una escalada de la violencia y culpan a los mismos. ¿Y qué ocurre a continuación? El miedo se ha disparado y Denoon alimenta las llamas. Si Wetron no está implicado, es el hombre más incompetente del mundo. Pitt, ¿qué opina? ¿Qué piensan los servicios de información de la policía? ¿Cómo lo interpreta el cerebro de la Brigada Especial?

—Exactamente igual que usted —contestó Pitt—. Hasta qué punto aprovechó la situación y en qué grado la provocó no tiene realmente importancia, siempre y cuando lo conectemos con lo ocurrido y podamos detenerlo.

—¡Vaya, por fin es pragmático! Demos gracias a Dios. ¿Cómo se propone hacerlo? —Voisey sólo titubeó una fracción de segundo—. Por supuesto, tenemos a Tellman, un hombre que dispone de información confidencial.

Pitt miró a Voisey y por su expresión supo que esperaba que respondiese que no podía hacerlo; en ese caso su desprecio sería absoluto. Decidiera lo que decidiese, el político tenía el control de la situación; la certeza de su poder brilló en su mirada.

Pitt intentó encontrar otra solución igualmente válida que le permitiese una salida, pero no la había.

—Pediré a Tellman que intente rastrear el dinero hasta Wetron —accedió muy a su pesar.

—¡El dinero! —exclamó Voisey con desdén—. ¡Ya sabemos que Wetron se queda con el dinero de las extorsiones! De todos modos, sólo conseguirá rastrearlo hasta Simbister. Necesitamos dinamita, conexiones que demuestren su complicidad, saber para qué pretendía utilizarla.

—En primer lugar, me ocuparé del dinero —puntualizó Pitt con paciencia—. Lo rastrearé hasta Wetron y sólo entonces investigaré la compra de la dinamita. Si llega hasta Simbister estará muy bien, siempre y cuando podamos relacionarlo con Wetron. He seguido el dinero hasta el brazo derecho de Wetron.

—¿Ya lo ha hecho? —Voisey enarcó las cejas—. No me lo había dicho.

—Acabo de hacerlo. Me dedicaba a esa investigación cuando estalló la bomba en Scarborough Street. Estaba a pocos metros de distancia.

Voisey se quedó de piedra.

—¿Estuvo allí? ¿Fue testigo de la explosión? —Observó con más atención a Pitt y reparó en los rasguños en las mejillas y en el pelo chamuscado—. Estuvo allí —repitió con contrariado respeto—. Pensé que le habían avisado después de que ocurriera.

—Dediqué la mitad de la noche a ayudar a sacar a los heridos y a los que se quedaron sin techo —explicó Pitt, que intentó que el recuerdo no lo emocionara—. Supongo que todavía están buscando a los muertos. Le aseguro que estoy tan resentido con Wetron como usted.

Voisey exhaló un suspiro.

—Claro, supongo que sí. Si algo puede alterar su gran tolerancia es un acto como



éste. De acuerdo. ¡Relacione a Wetron con la dinamita y veremos cómo lo cuelgan de la horca! —Pronunció esa última palabra con una repentina y apasionada energía que, como sabía Pitt, tenía más que ver con el Círculo Interior que con los muertos de Scarborough Street.

—Es lo que me propongo —confirmó—. Pero lo haré con cuidado. ¿De qué se encargará usted?

Voisey sonrió y fue como si de repente saliera el sol.

—Buscaré a otros ilustres parlamentarios a los que no les preocupa que los criados sean interrogados en su ausencia y les recordaré los peligros de semejante práctica.

Voisey levantó la mano a modo de saludo y se alejó.

Tellman no se sorprendió al ver que Pitt lo aguardaba en la calle, a la puerta de su casa. Aparte de la comisaría de Bow Street, era el único lugar en el que Pitt sabía con certeza que lo encontraría. Pero en la comisaría indudablemente lo verían y lo reconocerían, por lo que en cuestión de minutos estaría informado Wetron de su presencia.

Pitt tuvo que esperar. Tellman siempre regresaba a una hora distinta, según el caso que se traía entre manos y los progresos que hacía. Wetron daba por sentado que estaban en contacto; de hecho, ya lo había demostrado en la conversación que sostuvo con Tellman, durante la cual le habló de Piers Denoon. Aun así, lo más aconsejable era que no lo viesen. Pitt se escondió en la penumbra vespertina del callejón hasta que Tellman llegó a la puerta.

No hablaron en la calle. Pitt lo siguió y subieron la escalera hasta su habitación. Tellman corrió las cortinas antes de prender la luz de gas. La chimenea ya estaba encendida, por lo que el aire no era frío. La casera llevó pan y sopa caliente para ambos y no hizo el menor comentario.

Tellman escuchó con creciente horror la descripción que Pitt hizo de lo sucedido en Scarborough Street. Ya le habían hablado del atentado, pero no era lo mismo que cuando se lo contaba alguien que había estado presente. Dejaba de ser una sucesión de datos y se convertía en un relato acerca de la sangre, la violencia, el ruido, el sufrimiento, el olor a humo, la carne quemada y ese insoportable calor en la piel.

—Voisey está convencido de que Wetron es el verdadero culpable —concluyó Pitt, con pesar.

A Tellman se le revolvió el estómago. Le costaba imaginar aquella maldad deliberada y planificada. Sabía que había hombres muy ambiciosos, pero le resultaba imposible concebir un ansia de poder tan grande como para conseguir que alguien realizara una matanza humana como aquélla. Imaginó la cara y la fría mirada de Wetron y aun así le pareció incomprensible.

Sin embargo, Pitt estaba dispuesto a creerlo; su cara traslucía la tristeza y la ira, y

sobre todo la terrible convicción de que no había nadie más dispuesto a la batalla, aparte de Voisey. Incluso Jack Radley no conocía el alcance completo de la amenaza, y no tenía ningún propósito de decírselo. Él ya estaba haciendo todo lo posible.

—Debemos relacionar a Wetron con la dinamita —apostilló Pitt quedamente—. Si no hay pruebas no tenemos nada.

—Probaré con Jones «el Bolsillo» —dijo Tellman tras reflexionar unos segundos—. Como ha dicho, deberíamos conectar la dinamita con alguien a través de la procedencia del dinero. No se me ocurre otra cosa.

Hablaron unos minutos más y Pitt se marchó. El fuego de la chimenea se redujo a una lluvia de chispas y Tellman añadió carbón. La noche había caído y oyó las gotas de lluvia que tamborilearon en los cristales de las ventanas. Se sentó pensando en cómo abordaría el tema con Jones y en lo mucho que las cosas habían cambiado en el breve tiempo transcurrido desde que Pitt ya no estaba al mando en Bow Street. Desde entonces habían ingresado un puñado de nuevos reclutas, pero la mayoría de los policías llevaban años en la comisaría. ¿Cuántos de ellos eran corruptos? ¿Siempre habían estado dispuestos a caer en la tentación pero él no se había enterado? ¿Era tan incompetente como parecía juzgando el carácter de los hombres? ¿Acaso por el simple hecho de que eran policías había dado por sentado que también debían ser honrados, cuando en realidad apenas se diferenciaban de los seres violentos, deshonestos, débiles o codiciosos a los que perseguían?

¿O esos policías estaban tan ciegos como antaño lo había estado él y dieron por sentado que Wetron, su comandante y oficial de mayor rango, debía de ser honrado? ¿Su propia honestidad y lealtad les impidió ver la realidad, por lo que ni siquiera se les cruzó por la cabeza la posibilidad de que Wetron fuese un hombre corrupto? Si Tellman hablaba en su contra lo considerarían un traidor.

Ciertamente allí radicaba la verdadera habilidad de Wetron: no estaba en las complejas tramas y maquinaciones, sino en el modo en el que se aprovechaba del ansia del codicioso, de los temores del débil y de la honradez de un buen hombre y los utilizaba en su favor. El hombre que es inocente no espera mentiras de los demás. El que nunca roba no sospecha que sus amigos lo hagan. El hombre en cuya naturaleza no anida la traición no se guarda las espaldas.

En Tellman había una ira profunda y gélida, tan impetuosa como la que impulsaba a Pitt, por lo que comprendió perfectamente la situación. Costara lo que costase no permitiría que Wetron continuase como hasta entonces. Claro que sí, tenía miedo de la reacción de Wetron. Ni por un segundo subestimaba su inteligencia o su voluntad, pero en aquel momento no venían al caso. No hicieron que reconsiderara nada; por el contrario, estaba más decidido si cabe.

Por la mañana, Tellman se dirigió directamente a la prisión en la que Jones estaba detenido y dijo que quería verlo. En el caso de que se demostrara, la acusación de

pasar dinero falso era muy grave, aunque no siempre resultaba sencillo. La gente hacía imitaciones deficientes de los billetes, pero jamás afirmaba que fueran de verdad. Lo llamaban dinero de relumbrón y lo utilizaban en teatros, juegos y trucos, pero se diferenciaba de las falsificaciones, que pretendían confundirse con el dinero de verdad.

Tellman se había ocupado de endosarle dinero falso al tabernero, que se lo entregó a Jones. Dado que éste lo había aceptado como cobro de una extorsión, no podía echarle la culpa al tabernero y, por consiguiente, quedar como la víctima. De todos modos, se le podía ocurrir cualquier cosa para recuperar la libertad en un período de tiempo relativamente breve.

Jones «el Bolsillo» se encaró a Tellman con una mezcla de confusión y de deseo de no enemistarse con la policía antes de saber exactamente cuáles eran sus opciones.

—¿Qué quiere? —preguntó hoscamente cuando cerraron la puerta de la celda.

Tellman lo miró de arriba abajo. Sin el abrigo amplio, Jones tenía una figura menos imponente, delgada y ligeramente barrigona, con los dedos de los pies hacia dentro, como las palomas. Su rostro oscuro denotó fuerza y mucha astucia cuando devolvió la mirada a Tellman. Es posible que fuera un instrumento de Grover, pero no tenía un pelo de tonto ni había actuado contra su voluntad.

Tellman pensó en adoptar la actitud afable de Pitt, pero estaba demasiado enfadado. Más le valía ser fiel a su carácter seco y un poco agrio.

—Algo que le podría venir bien, lo mismo que a mí —respondió.

—¿En serio? No sé por qué me parece que no va a favorecerme —comentó Jones con sarcasmo.

Tellman pensó que podía ser de origen galés, aunque su acento no tenía la musicalidad de los nativos de esa tierra.

—Está en una situación delicada —observó—. Lo detuvieron con un billete falso de cinco libras. Es un mal asunto.

—No es falso —lo contradijo Jones—. Sólo era un billete de relumbrón... lo que no tiene nada de malo. Han cometido un error. La policía siempre los comete.

—Pues no, no es de relumbrón —sostuvo Tellman—. Parece verdadero si no se conoce la diferencia. La única pega es el papel.

Jones pareció ofenderse.

—En ese caso, ¿cómo podía saber que no es verdadero? ¡Me engatusaron! Debería compadecerse de mí. ¡Es a mí a quien han timado!

Tellman fingió inocencia.

—Señor Jones, ¿qué le han robado?

Jones se indignó.

—Un billete de cinco libras, ya lo sabe. ¡Lo vio con sus propios ojos! ¡Me lo quitó! ¡Yo pensaba que era verdadero y me tomaron el pelo!

—Pues parece que así es. Me gustaría saber quién se burló de usted. ¿Sabe dónde se lo dieron? Creo que tendré que hablar con quien se lo dio.

—¡Es lo que debería hacer! ¡Me lo dio el tabernero ladrón de la Triple Plea! Fue justo antes de que usted me pillara. ¡No tuve tiempo de mirarlo bien! ¡Si lo hubiera hecho lo habría sabido!

—Y nos lo habría traído —acotó Tellman, que le siguió la corriente—. Así habríamos ido a hablar con el tabernero, le habríamos preguntado de dónde lo sacó y si sabe que se trata de una falsificación.

Jones retrocedió.

—Señor Tellman, no use esa palabra, es fea. Conozco falsificadores que han acabado muy mal.

—No padezca —lo tranquilizó Tellman—. Ya no mandamos tan fácilmente a la gente a la horca. La reservamos, sobre todo, para delitos como el asesinato. ¿Se han cargado a alguien que tuviera que ver con esto? Porque en ese caso la horca es la solución.

—¡No, por supuesto que no! —espetó Jones acaloradamente—. ¡Sólo tuve ese maldito billete durante menos de una hora!

—¿Se lo dio el dueño de la Triple Plea?

—¡Eso es!

—¿Puede demostrarlo?

—Bueno, veamos... —Repentinamente Jones se olió el peligro.

—¿Qué clase de servicio le pagó? —inquirió Tellman con toda la inocencia del mundo.

La mente de Jones funcionaba a toda velocidad, así lo reflejaba su mirada. Vio la trampa ante sus ojos.

Tellman aguantó.

—Me debía dinero —respondió Jones por último, con cierto tono de desesperación—. ¡Él mismo se lo dirá! —apostilló, desafiante.

—¿Por qué le debía dinero?

—No es asunto suyo. —Jones empezaba a sentirse más seguro; había evitado una desagradable trampa—. Le hice un favor.

—Sería un gran favor. Llevaba encima veintisiete libras. ¿O también le hizo favores a otras personas y, por pura casualidad, todas se los devolvieron aquel día? —Jones veía que la trampa se cerraba a su alrededor, pero en esta ocasión no supo cómo evitarla—. Planteémoslo de otra manera —propuso Tellman—. Si pregunto al dueño de la Triple Plea cuántos favores le hizo, ¿me dirá que fueron por valor de cinco libras o de veintisiete?

—Veamos... ¿Cómo quiere que sepa qué le dirá? ¡Ni siquiera le gusta mencionar este tema! —Una actitud triunfal iluminó fugazmente su mirada—. El tabernero se sentirá ridículo si tiene que reconocer que los clientes le prestan dinero.

—¿Le ha prestado dinero?

—¡Sí!

—¿Y de dónde ha sacado usted veintisiete libras? —Tellman sonrió—. ¿O sólo le

prestó cinco y el resto es usura? No se preocupe, él mismo me lo contará. Puesto que fue tan amable con él, recordará exactamente cuándo ocurrió. Supongo que le devolvió el pagaré.

A Jones le sudaba el labio superior.

—¿Qué pagaré?

—Vamos, señor Jones —acotó Tellman con desaprobación—, es usted demasiado inteligente para prestar dinero sin firmar un pagaré. En ese caso, ¿cómo haría para cobrarlo? Se lo pediré al tabernero y así el billete de cinco libras será su problema.

Tellman se irguió como si estuviera a punto de irse.

—¿No sería posible...? —comenzó a decir Jones y tragó saliva con dificultad.

Tellman se detuvo y se volvió.

—Lo escucho.

Logró dar a esas dos palabras un tono amenazador del que se sintió satisfecho. Recordó los destrozos de Scarborough Street; la furia que sintió debió de reflejarse en su expresión.

Jones volvió a tragar saliva.

—No era para mí... es la verdad —reconoció Jones con dificultad—. Recojo y entrego a alguien que... que hace préstamos... de vez en cuando.

Tellman siguió el juego de la mentira durante unos instantes.

—Ahora lo entiendo. ¿Quién es ese alguien que ha mencionado?

—No sé... —Jones enmudeció. Miró a Tellman con atención y pudo ver su cólera y su firme actitud—. Es el señor Grover de Cannon Street —reconoció con voz ronca—. ¡Que Dios me juzgue!

—En su lugar yo no tendría tanta prisa por ser juzgado —replicó Tellman, que experimentó una sensación de triunfo ante semejante confesión—. En el supuesto de que sea así, ¿cómo conseguirá que el juez de un tribunal ordinario le crea, ya que él no es Dios?

—¡El juez de un tribunal ordinario! —Jones tragó saliva por enésima vez—. ¡No he hecho nada malo! —Estaba asustado y por primera vez no pudo disimularlo—. ¡Está hablando de uno de esos hombres que se sientan en el estrado con una peluca en la cabeza!

—Y que meten a la gente en Coldbath Fields o en lugares peores. Sí, es exactamente a los que me refiero. Señor Jones, hay mucho dinero que va a parar a lugares sorprendentes.

—¿A lugares sorprendentes? No sé de qué me habla...

—¿Realiza otras tareas para el señor Grover? Le aseguro que no tiene nada de malo. Es policía y trabaja ni más ni menos que para el señor Simbister. Usted no tendría la culpa si pensara que todo es correcto y legal.

—¡No, no la tendría! —aseguró Jones, emocionado.

—Esas otras tareas, ¿incluyen pagar a otros por ciertas obras, trabajos u otras actividades?

Jones parpadeó lleno de dudas. ¿Se libraría de aquello o Tellman sólo jugaba con él? Se movía entre la esperanza y el terror.

Tellman adoptó una posición un poco más cómoda y flexionó ligeramente los hombros.

—Señor Jones, ¿está conmigo o contra mí? Alguien podría ponerle las cosas difíciles. Vengo de las proximidades de Scarborough Street. —En realidad no era cierto, pero era una mentira que carecía de importancia—. Tendría usted que ir allí y notar el olor a quemado. Aún no han retirado los cadáveres. Le aseguro que a uno se le acaban definitivamente las ganas de comer carne asada.

Jones blasfemó en voz baja y se puso pálido.

—¿No estará pensando que...?

—Sí, lo hago. —Tellman hablaba absolutamente en serio. En su interior la ira había formado un rígido nudo de dolor—. Ese dinero sirvió para comprar dinamita. ¿A quién se lo entregó?

—Ja... jamás po... podrá decir que yo... —tartamudeó Jones—. No sabía...

—¿No sabía a qué estaba destinado? —concluyó Tellman—. Probablemente no lo sabía. Si está contra ese tipo de atentados me dirá adónde llevó el dinero, a quién se lo dio y todo lo que sepa. De ese modo tendré pruebas de que usted no está implicado en lo que ha ocurrido, de que sólo hizo un recado para alguien a quien consideraba un buen hombre. ¿Me ha entendido?

—¿Entendido! Yo... —Volvió a tragar saliva compulsivamente—. Yo... —Tellman esperó. Jones miró la ventana alta y con barrotes, la puerta metálica y de nuevo al policía. Éste se irguió para retirarse—. He llevado un montón de dinero a Shadwell —explicó Jones y le tembló la voz de miedo—. A New Gravel Lane.

—¿Adónde?

—¿A la segunda casa del final de la calle! Juro que...

—Que Dios lo juzgará —concluyó Tellman—. ¿A quién se lo entregó? Si, como afirma, era una gran cantidad, debía de tener instrucciones precisas. No se lo pudo entregar a cualquiera.

—¿Se lo di a Skewer! El tal Skewer es un sujeto grande y con una sola oreja.

—Gracias. No hace falta que siga jurando. Si me ha mentido más le vale acordarse del nombre del verdugo. Tendrá que ser amable con él para que, cuando llegue su momento, lo sea él con usted.

Jones sufrió un ataque de tos.

Tellman se acordó de Scarborough Street y no sintió la menor compasión.

Salió de la cárcel y dedicó las cuatro o cinco horas siguientes a comprobar lo que Jones le había contado. No podía permitirse el lujo de equivocarse. Se dirigió a los muelles de Shadwell y encontró New Gravel Lane. La calle era lúgubre incluso bajo el sol estival y el viento que llegaba del río era cortante. En la vía fluvial se veía el ajetreo de las barcazas que se desplazaban desde Pool of London, así como el de las gabarras, los transbordadores, los remolcadores y los barcos de carga amarrados o a

la espera para atracar. Sería un lugar idóneo para guardar dinamita. Constantemente entraban y salían cargamentos de todo tipo.

Aún no sabía lo suficiente para informar a Pitt. Sólo podrían hacer un único registro en ese lugar. Después de éste, trasladarían la dinamita sin darles tiempo a organizar un segundo registro. No tenía otra opción que correr el riesgo de solicitar a la policía fluvial toda la información que pudiese proporcionarle. Lo plantearía indirectamente, como si se tratase de una cuestión de cortesía profesional.

A media tarde se enteró de que una de las viejas embarcaciones, amarrada en las escaleras de New Crane, pertenecía a Simbister y que esa misma noche sería trasladada. Le sorprendió que le resultara difícil haberlo averiguado tan fácilmente. ¿Se trataba de una doble e incluso de una triple traición? No había forma de saberlo, pero había llegado el momento de reunirse con Pitt y comunicárselo. Daba igual quién lo viese, ya no hacía falta ser discreto.

Cuando por fin dio con Pitt entre las ruinas de Scarborough Street, Tellman informó:

—El *Josephine*, en las escaleras de New Crane, en los muelles de Shadwell.

Tellman no había sabido dónde buscarlo porque desconocía si Narraway tenía despacho y dónde estaba. Estaba completamente seguro de que Pitt no estaría en casa y, por lo que tenía entendido, no estaba ocupado con otra investigación. Pasó por Long Spoon Lane, pero allí no había nadie, de modo que se dirigió hacia Scarborough Street.

Pitt estaba cansado, sucio y cubierto de ceniza de tanto buscar entre los escombros. Habían retirado gran parte de los restos. Las casas parecían tener dientes: había paredes ennegrecidas y vigas al descubierto que el fuego no había alcanzado. Los adoquines estaban cubiertos de tejas de pizarra rotas y fragmentos de cristal. El aire seguía teniendo el olor rancio del incendio.

—¿A quién pertenece el *Josephine*? —preguntó Pitt, se pasó la mano por el pelo y se manchó la cara con más ceniza.

—A Simbister —respondió Tellman—. La policía fluvial dice que esta noche lo cambiarán de sitio. No tenemos tiempo que perder. ¿Qué busca aquí?

—Cuerpos que no encajen en este lugar —respondió Pitt—. De momento hemos encontrado dos que no vivían aquí y nadie sabe quiénes eran. Podríamos relacionarlos con las explosiones. —Por su tono parecía que tuviera pocas esperanzas de conseguirlo.

—¿Anarquistas?

—Probablemente, aunque también podrían haber ido a visitar a alguien que ya no está vivo para confirmarlo. —Se incorporó—. Si encuentro el barco y todavía contiene dinamita o restos, ¿habrá alguna prueba de la vinculación de Simbister?

—Sí. —Tellman le explicó en pocas palabras lo que había averiguado a través de Jones «el Bolsillo». De todos modos, voy con usted.

Pitt sonrió; sus dientes contrastaban con la suciedad que cubría su cara.

Mientras abandonaban juntos los escombros de la casa central vieron, escoltada por un agente, la elegante figura de Charles Voisey que se acercaba a ellos. Al ver a Pitt apretó el paso; apenas miró a Tellman.

—¡No podemos esperar más! Mañana presentarán el proyecto de ley —declaró con cierta desesperación. A la luz del sol crepuscular su rostro parecía cansado. Tenía ojeras y podía verse que estaba luchando desesperadamente contra la derrota—. ¡Dios mío, esto es espantoso!

No volvió la cabeza para mirar las ruinas de la calle, las chimeneas sin techo que se perfilaban contra el pálido cielo, los escombros de la vida de toda aquella gente esparcidos por los adoquines, los muebles, los enseres, los cacharros de cocina, la ropa reducida a harapos. Por su expresión estaba claro que ya había visto a los muertos y que no quería que aquella imagen se grabara más profundamente en su memoria.

—Hemos vinculado a Simbister con la dinamita —le comunicó Pitt, que notó que Tellman se ponía rígido al ver que confiaba en Voisey—. Iré a Shadwell a registrar la embarcación.

—¿Cuándo? —inquirió Voisey.

—Ahora mismo.

—¡No puede ir solo!

—Claro que no. Me acompañará Tellman.

Voisey miró a Tellman por primera vez y lo observó con sincero interés. Apenas había tenido tiempo de fijarse en él cuando, desde el otro extremo de la calle, una figura se abrió paso entre los escombros y, tras cruzar unas palabras con el agente de policía, abordó a Tellman, que evidentemente lo había reconocido.

—Señor Tellman —dijo sin aliento—. Señor, lo necesitan en comisaría. Se ha producido un robo y el señor Wetron me ha pedido que viniera a buscarlo. Es un caso que, según el señor Wetron, es demasiado importante como para encomendarle el caso a Johnston. Al parecer golpearon al pobre mayordomo con un objeto contundente y asustaron tanto a la dueña de casa que se desmayó.

—Stubbs, díglele... —empezó a decir Tellman, pero calló en cuanto se dio cuenta de que estaba en un aprieto. Wetron lo había mandado llamar. Stubbs lo había encontrado en compañía de Pitt. Pero no permitiría que Pitt fuera sólo a los muelles de Shadwell.

—Señor Tellman, ¿qué responde? —inquirió Stubbs en tono apremiante—. ¡He tardado casi una hora en encontrarlo!

¿Por qué se le había ocurrido buscarlo allí? ¿Acaso Wetron sospechaba algo? Probablemente lo sabía. En la mirada de Stubbs había contrariedad y desafío. Tellman recordó que la familia de Stubbs dependía del joven, ya que era el único con edad suficiente para trabajar. No podía regresar a casa con las manos vacías y Wetron se aprovechaba de aquella situación.



—Al parecer ha ocurrido algo grave —intervino Pitt con decisión—. No pierda más tiempo. No creo que encontremos nada relacionado con el falsificador, pero si lo conseguimos se lo haré saber.

Tellman siguió a Stubbs; su figura rígida y encolerizada se fundió con las sombras.

—Los muelles de Shadwell —repitió Voisey con desagrado y miró sus elegantes botas—. De todas maneras, el inspector Tellman tiene razón: no es sensato que vaya solo. Creo que nos hallamos ante una de esas situaciones en las que, sin lugar a dudas, la cooperación es necesaria. No está muy lejos de aquí, ¿verdad?

Pitt no tenía otra salida. Fuera lo que fuese lo que pensaba de él, Voisey no sacaría nada protegiendo a Simbister y la dinamita. Además, al día siguiente presentarían la propuesta de ley.

—¡Adelante! —dijo. Deseó que no fuera una decisión insensata.

Sabía cómo llegar a New Grave Lane y a los muelles de Shadwell. Estaba lo bastante cerca como para llegar andando si no había otro remedio, ya que en esa zona las probabilidades de encontrar un coche eran escasas. Había tres kilómetros y medio en línea recta. Recorrer las estrechas calles con ángulos cerrados les llevaría prácticamente una hora. No sabía si Voisey estaba acostumbrado a hacer tanto ejercicio.

—Si subimos por Commercial Street tal vez encontremos un coche —añadió, pese a que dudaba de que lo consiguieran.

Voisey echó un vistazo al barro de la calle y al cielo cada vez más oscuro.

—¡De acuerdo! —exclamó y comenzó a caminar sin esperar a Pitt.

Encontraron un coche y, al final, tardaron menos de veinte minutos. Descendieron a varios cientos de metros de New Gravel Lane y Voisey pagó al cochero.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó y paseó la mirada por los extensos almacenes y edificios de los muelles. Las grúas se recortaban en el cielo, que estaba totalmente oscuro de no ser por el leve resplandor de las farolas. Ambos notaron el olor salobre del río; la humedad impregnaba el aire y se adhería a su piel. Oyeron que el agua golpeaba los postes de los viejos embarcaderos y salpicaba la escalera de piedra que bajaba hasta el río. También se oía el roce de las barcas y los botes amarrados en la orilla.

—Bajemos hasta el río y busquemos el *Josephine* —respondió Pitt en voz baja—. Por aquí.

—¿Cómo nos las apañaremos para ver?

Voisey lo siguió con sumo cuidado. Era difícil distinguir algo más que perfiles y en la oscuridad de los edificios apenas se definían las formas. Todo parecía moverse ligeramente, pero sólo se trataba de la ilusión creada por la luz que bailoteaba sobre el agua y por el incesante sonido de crujidos y goteos.

—Con cerillas —contestó Pitt y se acercó al viejo muelle y a las escaleras.

—¡Déjese de tonterías, estamos buscando dinamita! —puntualizó Voisey.

—En ese caso tendremos que ser muy cuidadosos —concluyó Pitt. Voisey maldijo y lo siguió lentamente. Al cabo de un par de minutos, Pitt añadió—: Hemos tenido suerte, la marea está subiendo.

—¿Cuál es la diferencia? —Voisey le pisaba los talones.

—Los escalones estarán secos. —Buscó algo en el bolsillo y sacó una caja de cerillas. Encendió una y la protegió con la mano para evitar que se apagase. Permaneció encendida justo el tiempo suficiente para poder leer el nombre que figuraba en la popa de la embarcación más próxima—. Se llama *Blue Betsy*. Hay tres más. Vamos.

—¿No sabe dónde está?

—No, pero dentro de cinco minutos lo sabré.

Pitt bajó la escalera. El agua en ese instante sólo estaba a poco más de medio metro bajo sus pies. Parecía sólida, como metal fundido, como si se pudiese caminar por encima hasta los barcos atracados a unos doce metros, y que tenían encendidas las luces de posición.

El segundo barco tampoco era el *Josephine*. Se vieron obligados a abordarlo para cruzar con mucho cuidado la cubierta; se agacharon, utilizaron otra cerilla que permaneció fugazmente encendida y leyeron el nombre de la tercera embarcación.

—¡Es el *Josephine*! —exclamó Pitt con satisfacción.

Voisey guardó silencio.

Pitt avanzó; se movía con mucho cuidado por si la madera de la cubierta estaba resbaladiza. Si se caía podía lesionarse o acabar en el agua. El mayor peligro era llamar la atención de alguno de los vigilantes de las embarcaciones grandes.

El *Josephine* estaba algo más sumergido, así que tuvieron que dar un pequeño salto hasta la cubierta. Pitt se puso a gatas para llamar menos la atención y para equilibrar el barco, que se balanceaba a causa de su peso.

Voisey lo imitó.

Avanzaron sigilosamente, buscaron la escotilla y la manera de abrirla. Era un barco muy viejo; la madera olía a podredumbre y varias planchas estaban esponjosas al tacto. Sin lugar a dudas no estaba en condiciones de navegar; sólo era un contenedor flotante en el que almacenar cosas para protegerlas de la humedad.

La escotilla se abrió sin dificultades. No tenía cerradura, sólo un sencillo tirador. Pitt se sorprendió. ¿Acaso la dinamita ya no estaba allí o quizá la habían protegido con otros medios?

—¿A qué espera? —susurró Voisey.

Pitt lamentó que no fuera Tellman quien lo acompañase. La razón le decía que a esas alturas, Voisey no podía permitirse el lujo de traicionarlo, pero la intuición insistía en que podría hacerlo.

¿Se decidiría a bajar? De repente, las luces trémulas del río, la sensación de espacio, el olor a sal y a pescado e incluso el hedor del cieno le parecieron la libertad. El aire de la bodega era asfixiante y despedía un ligero aroma químico.

Al amparo de la tapa abierta de la escotilla, Pitt encendió otra cerilla y la bajó con mucho cuidado. Pasara lo que pasase, aunque se quemase los dedos, no podía dejarla caer. Reparó en que Voisey estaba a pocos centímetros a sus espaldas.

La bodega se encontraba prácticamente vacía. Algunos minutos después, Pitt vislumbró unos paquetes envueltos y apilados en un rincón. Podían contener dinamita o cualquier otra cosa... incluso periódicos viejos, a juzgar por lo que podía verse desde donde estaba.

—Voy a bajar —afirmó con voz baja—. Y usted también.

—¿No quiere que me quede aquí arriba y monte guardia? —preguntó Voisey; parecía divertirse.

—¡No, no quiero! —espetó Pitt—. Necesito que alguien sostenga la cerilla.

Voisey dejó escapar una risa nerviosa.

—Pensé que no confiaba en mí.

—Y no lo hago.

—Veamos, no podemos pasar los dos por la escotilla —precisó Voisey—. Alguien tendrá que entrar primero. No tiene sentido lanzar una moneda... porque no veríamos de qué lado cae. Dado que confío en usted seré el primero en pasar.

Voisey apartó a Pitt y, tras pensar unos instantes cómo lo haría, se dejó caer ágilmente sobre el suelo de la bodega.

Pitt lo siguió; luego se dirigieron al rincón en el que se encontraban los paquetes. Voisey encendió una cerilla y la sostuvo mientras Pitt los examinaba. Tardaron unos segundos en comprobar que era dinamita.

—Simbister —murmuró Voisey con placer y un ligero tono de sorpresa.

Se apagó la cerilla. La bodega quedó totalmente a oscuras. Era imposible distinguir nada, ni siquiera se veía el cuadrado del cielo a través de la escotilla abierta.

Entonces Pitt se dio cuenta de que la escotilla no estaba abierta. Pero ¿no había oído que se cerrara!

Voisey se encontraba a su lado. Lo sabía porque lo oía respirar.

—¿Se ha cerrado sola? —preguntó Voisey en tono quedo, pese a que conocía la respuesta de antemano. En su voz, que intentaba parecer tranquila, se notaba el miedo—. ¿Hay otra salida?

Pitt pensó mientras intentaba controlar el pánico. Dado que Voisey estaba a su lado, no podía ser obra suya. Debía de haberla cerrado Grover o el mismísimo Simbister.

—No —respondió y respiró hondo—. No la hay... a menos que la hagamos nosotros.

—¿Que la hagamos?

Hubo una sacudida, luego otra y a continuación Pitt oyó el sonido del agua, ligeramente distinto al siseo de la marea. Parecía proceder de la otra bodega. Con despiadada certeza supo qué ocurría: los hombres de Simbister estaban hundiendo el

barco. Estaban dispuestos a sacrificar la dinamita con tal de acabar con sus dos enemigos más peligrosos. Tendría que haberlo previsto. Oyó que Voisey respiraba de forma entrecortada y soltaba aire entre los dientes. También se había dado cuenta de lo que ocurría. El suelo comenzó a inclinarse bajo sus pies.

—Lo único que tenemos es dinamita —declaró Pitt—. También hay detonadores. Tendremos que volar la escotilla y hacerlo tan rápido como podamos.

Voisey dejó escapar un jadeo.

—¿Cuántas cerillas quedan?

—Media docena —contestó Pitt—. Lamentablemente no preveía que ocurriría algo así.

—Creo que a mí me quedan tres.

—Me alegro. Bien, enciéndalas y sosténgalas para que pueda ver lo que hago.

Voisey obedeció y, en cuanto hubo una llamita, Pitt se puso manos a la obra: desenvolvió la dinamita, buscó un detonador y modeló la sustancia húmeda y ligeramente pegajosa hasta hacer una tira que adosaría al borde de la escotilla. Voisey encendió una cerilla tras otra, primero de su caja y luego de la de Pitt.

Éste encajó la dinamita alrededor de la escotilla, colocó el detonador, prendió la mecha y retrocedió, arrastrando consigo al parlamentario. El barco estaba muy escorado y era claramente audible el sonido del agua que entraba en la otra bodega.

No pasó nada.

—¿Cuánto falta? —preguntó Voisey con voz baja—. Nos hundimos.

—Ya lo sé. ¡Tendría que haber estallado! —Voisey se movió. Pitt lo cogió del brazo y lo retuvo—. ¡Quédese quieto! ¡Todavía podría explotar!

—No servirá de nada si no estalla en tres o cuatro minutos —puntualizó Voisey.

—Hay más detonadores —dijo Pitt—. Tendremos que hacer un agujero en otra parte. —Debía pensar a toda velocidad. Se hundían por la popa. Si provocaba una explosión en la proa, ésta volaría por los aires. En cualquier otro lugar el agua entraría y los arrastraría hacia el interior en vez de hacia fuera—. En la proa —afirmó y se puso en pie—. Encienda otra cerilla, tengo que ver la dinamita.

—Sólo quedan tres —informó Voisey, pero obedeció—. Será mejor que esta vez funcione.

Su tono no era de crítica, pero había ironía y temor.

Pitt no respondió. Había oído el comentario de Voisey y prefirió pensar en ello más que en Charlotte, su hogar, sus hijos y las frías y sucias aguas del Támesis, que se encontraban a muy poca distancia. Trabajaba tan rápido como podía; sabía que un apresuramiento excesivo o el menor error significaría fracasar.

Adhirió la dinamita a la pared más cercana de la bodega y colocó el detonador en su sitio.

Voisey encendió la última cerilla y un cigarrillo y aspiró el humo. La bodega quedó a oscuras.

Pitt sólo veía la luz incandescente del pitillo. No sabía qué decir.

—Esto durará más que una cerilla —explicó Voisey sin inmutarse—. ¡Coloque el detonador y siga con su trabajo!

Pitt obedeció con manos temblorosas.

Voisey no dejaba de dar caladas al cigarrillo para proporcionar un poco de luz.

Pitt comprobó el detonador por última vez.

—Listo.

Voisey acercó la colilla a la mecha. Retrocedieron tanto como pudieron. El barco estaba tan escorado que les costaba mantener el equilibrio. La mecha chisporroteó. Pareció tardar una eternidad. Pitt oyó una respiración intensa. Pensó que era Voisey... hasta que se dio cuenta de que era la suya. En el exterior, a medio metro y en plena oscuridad, el agua se arremolinaba y rompía contra el barco.

Se produjo un súbito y violento ruido y entró una bocanada de aire. Ambos se vieron impulsados hacia atrás, a continuación el agua helada los alcanzó y el barco se hundía cada vez más deprisa.

Pitt se lanzó hacia delante, hacia el orificio abierto en la popa. Debía llegar antes de que el barco se hundiera y el agua que entraba lo echase hacia atrás. Llegó hasta el borde dentado del boquete y se aferró a él. Sólo estaba treinta centímetros por encima del agua. En un instante sería demasiado tarde.

Se impulsó con todas sus fuerzas, notó que el aire le golpeaba la cara y vio las luces del río y el cielo. Se volvió para coger a Voisey, le agarró la mano y lo izó enérgicamente.

Voisey atravesó el orificio en el preciso momento en el que el *Josephine* se hundía en el río y desaparecía. Ateridos pero libres, llegaron hasta la escalera.

Pitt estaba sentado junto al fogón de la cocina de su casa. Iba vestido con la camisa de dormir y el batín, pero todavía temblaba. El té caliente lo había reconfortado, pero el viaje en coche con la ropa empapada había durado una eternidad, como si Keppel Street estuviera a cien kilómetros en vez de a ocho.

Voisey y él apenas cruzaron una palabra en cuanto subieron la escalera y volvieron a pisar el muelle. No había nada que decir, todo estaba muy claro. Directa o indirectamente, la dinamita pertenecía a Simbister, pero lo importante era que alguien había intentado ahogarlos y había estado a punto de conseguirlo.

El coche dejó a Pitt en Keppel Street antes de seguir hasta la casa de Voisey en Curzon Street. Charlotte esperaba a Pitt en la puerta. Angustiada, andaba de un lado a otro; estaba muy pálida.

En ese instante estaba de pie frente a su marido, lo miraba con preocupación. Pitt ya le había explicado a grandes rasgos lo ocurrido... callar habría sido imposible; además, no tenía la menor intención de ocultárselo. La oscura bodega, la sensación de impotencia a medida que el barco se hundía y los sonidos del río a su alrededor eran cosas que jamás olvidaría, ni siquiera en sueños. Sabía que en plena noche se despertaría y se alegraría de ver un poco de luz, el brillo de una farola a través de las cortinas, lo que fuese. Acababa de vivir la terrible sensación de ser ciego, de sufrir un ataque y ser incapaz de averiguar de qué dirección procede la agresión hasta que es demasiado tarde.

—¿Estás seguro de que Voisey no ha tenido nada que ver? —preguntó Charlotte por tercera vez.

—No creo que haya una causa que le interese tanto como para morir por ella —replicó Pitt convencido.

Charlotte no discutió.

—Al menos esta vez —aceptó—. Y ahora, ¿qué? Ya no tienes la prueba de la dinamita. Está en el fondo del río.

Pitt sonrió.

—Me parece que está en un lugar muy seguro, ¿no opinas lo mismo?

Charlotte abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Será suficiente?

—Sir Charles Voisey se ha convertido en un héroe y es parlamentario. Supongo que aceptarán sus pruebas. Además, todavía existen los archivos según los cuales el *Josephine* pertenece a Simbister.

—¿Y con eso qué puedes demostrar para que contribuya a que se rechace el proyecto? —insistió—. Se trata de otra explosión que parece un nuevo golpe anarquista y que dará más peso a los argumentos de Tanqueray.

—Si llevo la prueba de dicha propiedad a Somerset Carlisle y menciono la dinamita, a Grover y a Jones «el Bolsillo» tal vez sea suficiente para que algunos duden —añadió Pitt lentamente.

En el calor de la cocina, de repente se sintió terriblemente cansado. Notó el agotamiento en todo su cuerpo; ya no podía pensar con claridad. Las decisiones no estaban tan claras.

—No te fíes de Voisey —lo apremió Charlotte—. Aún puede traicionarte.

Charlotte se había inclinado ligeramente y le había cogido la mano.

—No es necesario que confíe en él. Quiere lo mismo que yo: que no se apruebe el proyecto de armar a la policía. Ya sé que es por razones distintas, pero eso ahora no tiene importancia. —Bostezó sin poder contenerse—. Disculpa.

Charlotte se arrodilló ante su marido y lo miró a la cara.

—Vete a la cama. Debes descansar. —La emoción le quebró la voz—. Le agradezco infinitamente a Dios que estés a salvo. No quiero pensar en lo cerca que estuviste de morir ahogado; no podría soportarlo. Thomas, ¿aún tienes la prueba de que la hermana de Voisey estuvo implicada en el asesinato del reverendo Rae? Si fuera necesario, ¿podrías lograr que la condenaran por esa muerte?

—No.

Pitt se esforzó por conservar la lucidez. Observó el rostro sincero de su esposa, tan próximo al suyo, su pelo sedoso y su mirada preocupada. Notó el calor de su piel y un tenue olor a lavanda y a jabón. Se dio cuenta de que la emoción lo embargaba. Había estado a punto de perderlo todo: esa estancia, el olor a comida y a ropa limpia, la vieja vajilla en el aparador; aquello era su hogar. Sobre todo, Charlotte; le importaba más que nada.

—¿Has dicho que no? —La mujer estaba asustada y Pitt lo notó en su tono de voz—. ¿Por qué? ¿Qué le pasa a la prueba? ¿En su momento dijiste que era válida!

—Y lo es. —Pitt parpadeó e hizo un esfuerzo por permanecer despierto—. Pero no podría lograr que la condenaran porque, si quieres que te sea sincero, no creo que esa mujer supiera que la comida lo envenenaría.

—¡No es ésa la cuestión! —La mujer hacía denodados esfuerzos para no perder la paciencia—. ¡No lo harás, pero podrías hacerlo! La prueba sigue siendo válida. ¡Al fin y al cabo, le administró el veneno!

—Creo que no lo sabía.

Pitt tenía enormes dificultades para mantener los ojos abiertos.

Charlotte se incorporó.

—Eso no importa. ¿Dónde está?

—¿Qué has dicho? ¿Dónde está... qué? —Se dio cuenta de que su esposa se refería a la prueba—. Está en la cómoda del dormitorio, a salvo. No sufras. No le diré a Voisey dónde está ni que me abstendré de usarla.

Francamente, creía que Voisey ya lo sabía, pero no estaba totalmente seguro.

—Vete a la cama —repitió Charlotte con dulzura—. Esta noche no importa.

Vamos.

Entonces le ofreció las manos como si fuera a ayudarlo a ponerse en pie.

Pitt se esforzó por incorporarse. Había entrado en calor y la idea de meterse en la cama le pareció muy agradable.

Por la mañana, Pitt tardó en salir de Keppel Street. Se despertó a las nueve y media. Se lavó, se vistió, desayunó deprisa y a las diez y diez se dispuso a reunir pruebas para demostrar que Simbister era el propietario del *Josephine*.

En cuanto Pitt se fue, Charlotte también abandonó la casa, pero en dirección contraria. Cogió un coche para dirigirse a Curzon Street y dio al cochero las señas de Voisey. Esperaba que todavía no se hubiese marchado a Westminster. Dado que la Cámara no se reunía hasta la tarde, había muchas probabilidades de que todavía estuviese en casa. Además, tenía la esperanza de que los acontecimientos de la víspera lo hubiesen dejado tan agotado como a Pitt y a ella misma. Claro que cabía la posibilidad de que hubiese ido temprano al Parlamento con la intención de reunirse con otros representantes antes de la sesión, pese a que era posible que ellos también llegasen tarde. Sólo eran las once menos cuarto, pero no había podido salir antes.

A pesar de que su corazón latía desbocado, se armó de valor para parecer segura cuando el criado abrió la puerta.

—Buenos días, señora —saludó amablemente; su voz reveló cierta sorpresa.

—Buenos días —respondió Charlotte—. Soy la señora Pitt. *Sir Charles* conoce a mi marido. Ayer por la noche se vieron metidos en un asunto muy importante. Al final corrieron un grave peligro y estoy segura de que, al llegar a casa, *sir Charles* estaba agotado y muerto de frío. —Dio esa explicación para que el criado comprobase que decía la verdad acerca de que conocía a Voisey—. La situación requiere que, en caso de que sea posible, hable con *sir Charles* antes de que se desplace a Westminster. Espero no haber llegado tarde.

El rostro del criado ya no mostraba desconfianza; en realidad, era casi amistoso.

—Desde luego, señora Pitt —respondió amablemente—. Ha sido un suceso terrible. Espero que el señor Pitt se haya recuperado.

—Gracias, está perfectamente.

—Si tiene la amabilidad de entrar, avisaré a *sir Charles* de que ha venido. En este momento está desayunando. —Retrocedió y abrió la puerta de par en par para que Charlotte entrase.

—Gracias.

Ésta lo siguió por el pasillo hasta una salita sencilla pero muy agradable. Miró interesada a su alrededor. Cualquier cosa que averiguase acerca de Voisey podría ser valiosa. Había varias fotografías en una pequeña mesa de caoba situada en un rincón; en una de ellas se veía a un hombre apuesto con uniforme militar y, a su lado, una mujer que, a juzgar por la pose, era su esposa. Parecían rondar los cincuenta y cinco



años y, dada la ropa que llevaban, la fotografía debía de haberse tomado hacia 1860. ¿Sería de los padres de Voisey?

Paseó rápidamente la mirada por los volúmenes de una librería con puertas de cristal. Eran tomos sueltos y viejos, no eran colecciones, y algunas encuadernaciones estaban desgastadas. Dedujo que se habían comprado de uno en uno, para leerlos, en lugar de en bloque, sólo para decorar la estancia, como hacía alguna gente. Los títulos eran variados, pero la mayoría parecían estudios históricos, principalmente acerca de Oriente Próximo y el norte de África, y también del origen de las civilizaciones de la antigüedad. Había historias de Egipto, Fenicia, Persia y lo que antaño había sido Babilonia.

Se sorprendió al ver que en la librería siguiente había poesía y varias novelas, incluidas traducciones del ruso y del italiano, así como poesía y filosofía alemanas. ¿Los libros eran de Voisey o habían pertenecido a su padre?

¿Qué sabía realmente de Charles Voisey? ¿Qué se escondía tras su ansia de poder?

En realidad, no le importaba. Nada justificaba que hubiese amenazado a Pitt. Podía incluso compadecerlo, lo cual no era del todo inconcebible, pero de todas maneras haría cuanto estuviese en sus manos para proteger a sus seres queridos.

Se abrió la puerta y Voisey entró. Estaba pálido y agotado. Se había afeitado y vestido correctamente, pero no mostraba su compostura habitual.

—Buenos días, señora Pitt —saludó y cerró la puerta.

Una sombra de ansiedad cruzó su rostro cuando escrutó la mirada y la expresión de la visitante. Charlotte se dio cuenta de que Voisey temía que a Pitt le hubiera pasado algo, sobre todo porque todavía lo necesitaba.

—Buenos días, *sir* Charles —respondió—. Espero que haya logrado conciliar el sueño después de la terrible experiencia vivida.

Pareció que Voisey se relajaba un poco. No sabía qué quería esa mujer, pero era evidente que no estaba allí para darle la noticia de una nueva tragedia.

—Sí, gracias. ¿Cómo está el señor Pitt?

Aquella era una conversación absurda. Momentáneamente, se habían convertido en aliados, pero en el fondo seguían siendo enemigos encarnizados. Pitt podía destruir a Voisey y se alegraría de verlo entre rejas durante el resto de su vida o incluso colgado de la horca. Voisey no habría dudado en asesinar a Pitt con sus propias manos si pudiera hacerlo sin ser descubierto. Había estado detrás de lo que no sólo parecía un atentado contra Charlotte, sino contra sus hijos y Gracie.

—Cansado, pero notablemente recuperado. Supongo que mi marido no olvidará que permaneció atrapado en ese barco mientras el agua entraba a raudales. Imagino que usted tampoco.

—Desde luego que no. —Pese al esfuerzo por mantener la calma, Voisey se estremeció ligeramente. Una fugaz mueca de contrariedad cruzó su rostro porque se dio cuenta de que Charlotte lo había notado—. Señora Pitt, ¿en qué puedo ayudarla?

Charlotte todavía no estaba preparada para abordar el tema de forma tan directa.

—*Sir Charles*, ¿cómo está su hermana? La recuerdo como una persona de lo más encantadora y muy independiente.

La expresión de Voisey transmitía calidez y cierta relajación a pesar del cansancio y la preocupación por saber las razones por las que la mujer se había presentado en su casa.

—Está bien, gracias. Señora Pitt, ¿por qué me lo pregunta? Supongo que no ha venido a mi casa a esta hora para preguntar por mi bienestar o el de mi hermana.

Charlotte sonrió. Había logrado confundirlo, aunque sólo fuese un poco.

—Es posible que, indirectamente, así sea. Mi pregunta tenía un sentido.

—Desde luego. —Voisey se mostró escéptico.

—Me alegro mucho de que su hermana esté bien —prosiguió—. Espero que sea feliz.

La irritación de Voisey fue en aumento. La sonrisa de Charlotte se esfumó.

—*Sir Charles*, el propósito de mi visita es dejarle claro que el bienestar de su hermana depende del de mi marido. Sé que es poco delicado plantearlo tan bruscamente, pero me he dado cuenta de que mis rodeos le han hecho perder la paciencia. —Vio sorpresa en el rostro de Voisey, así como una momentánea incompreensión—. Supongo que no se ha olvidado del reverendo Rae. Era un hombre extraordinario y muy apreciado. —Sostuvo la mirada de Voisey con actitud firme y resuelta. Entre ellos ya no había simulaciones—. Su muerte fue una tragedia. En lo que se refiere a la señora Cavendish, supongo que el veredicto de muerte accidental podría ser adecuado, al menos moralmente. No pretendió envenenarlo. Aun así, existen pruebas de que lo hizo, al menos desde un punto de vista legal. Evidentemente hay diversas copias de esa prueba. Sería muy insensato que sólo hubiese una. Todas ellas seguirán en su lugar mientras Thomas y mi familia, que también incluye a Gracie, estemos bien. Si nos ocurriese algo, aunque pareciera un accidente, la prueba acabaría en manos de la persona que corresponda, que seguramente se ocuparía de que todo el peso de la ley le cayera encima. —Voisey la miró, sorprendido—. No crea que no la utilizaré. No tengo el menor deseo de vengarme de la señora Cavendish. En realidad, me parece más que probable que no envenenase intencionadamente al reverendo Rae, pero durante un juicio le resultaría difícil demostrarlo, tal vez imposible. Y en ese caso acabaría en la horca. —Empleó la palabra deliberadamente y pudo ver cómo palidecía Voisey—. *Sir Charles*, le aseguro que quiero a mi familia tanto como usted a la suya. No dudaré en utilizar la prueba si hace daño a mi marido o a cualquier otro miembro de mi familia. —Afrontó firme e impasiblemente la mirada del parlamentario.

Se hizo un profundo silencio entre ellos. Charlotte no desvió la mirada.

—Señora Pitt, no creo que la utilice —declaró por último Voisey.

—¡Está muy equivocado! —Charlotte dejó que la pasión y la certeza se notaran en su voz—. ¡Lo haré!

Voisey esbozó una sonrisa.

—Si yo le hago daño a Pitt y usted destruye a mi hermana, ¿qué le quedará para protegerse a sí misma y a sus hijos? Y tendrá que protegerse porque, sin usted, los niños no sobrevivirían. —La mujer sintió que se le helaban las entrañas; se quedó paralizada—. Señora Pitt, es posible que hable irreflexivamente, pero no es tonta. Hará lo que tenga que hacer para proteger a sus hijos. No dudo de su valentía ni de su voluntad, pero también sé que conoce cuál es la realidad. No destruirá a mi hermana mientras tenga a alguien a quien proteger. —Ladeó ligeramente la cabeza—. ¿Quiere que la acompañe a la puerta? Le pediré a mi lacayo que le llame un coche.

Charlotte sintió que le daba vueltas la cabeza. Voisey estaba en lo cierto y ambos lo sabían. No tenía sentido discutir. Debía responderle algo e irse.

—No, gracias. Llamaré a un coche cuando me apetezca.

¿Debía añadir que también existían las murmuraciones, los rumores que podían herir sin matar o eso lo llevaría a pensar en las maneras en las que podía hacer daño a Pitt, a Daniel y a Jemima e incluso a Tellman?

Voisey seguía esperando.

Charlotte llegó a la conclusión de que era mejor guardar silencio. Se volvió y cruzó el umbral con Voisey siguiéndole dos pasos más atrás. Desearle un buen día sería grotesco.

Llegó a la puerta, salió a la calle iluminada por el sol sin volver la vista atrás y se alejó deprisa.

Al cabo de diez minutos encontró un coche, dio al conductor las señas de tía Vespasia y se recostó en el asiento. Estaba temblando después de su enfrentamiento con Voisey y no tenía la menor intención de que Pitt se enterase jamás. Había algunas cosas, poquísimas, que era más sensato no compartir. Ese aprendizaje formaba parte del proceso de madurar.

Llegó a casa de Vespasia, pagó al cochero y llamó a la puerta. Estaba decidida a ver a su tía o a esperar su regreso en el caso de que hubiese salido.

Tuvo suerte. Vespasia no sólo estaba, sino que pareció encantada de verla. Cuando llegaron al gabinete que daba al jardín y la doncella se retiró, Vespasia la observó, preocupada.

—Querida, estás muy pálida. ¿Ha ocurrido algo?

Charlotte no podía hablarle de su encuentro con Voisey. Estaba asustada. El escudo en el que había confiado se había deshecho en sus manos. No sólo se sentía vulnerable, sino estúpida. Todavía no había asimilado la situación ni elaborado un plan para resolverla. Pensó que bastaría con contarle a Vespasia la aventura de Pitt en el *Josephine*, por lo que se la explicó con todos los detalles que conocía.

—¿Thomas ya se ha recuperado? —preguntó Vespasia, inquieta.

—Es posible que haya pillado un resfriado y estoy segura de que, durante una temporada, sufrirá pesadillas, pero está ileso. Voisey también, lo cual es una suerte porque todavía lo necesitamos. —Pensó que no le había temblado la voz cuando

pronunció su nombre—. Por lo que me han dicho, esta tarde el proyecto volverá a presentarse en el Parlamento. Contará con muchos apoyos tras el atentado de Scarborough Street.

—Me temo que tienes razón —reconoció Vespasia, contrariada—. Lo único que podemos esperar es que el señor Wetron se vea favorecido por los acontecimientos.

—¿Lo único? —inquirió Charlotte—. ¡A mí me parece horroroso!

Vespasia la miró sin inmutarse.

—Querida, lo peor es que él es el causante de esos sucesos, y que eso lo convierte en alguien temible. Un hombre capaz de hacer explotar una bomba en una calle llena de personas carece de límites morales. Matará sin pensárselo dos veces... no sólo a sus enemigos, sino a hombres y mujeres corrientes cuya única relación con su ambición es que su muerte le beneficia. Pido a Dios que Thomas pueda demostrar que hay una conexión entre el barco y la dinamita y, en última instancia, Wetron. — Su tono revelaba su profunda emoción. Permaneció sentada muy recta, como siempre, pero su cuerpo estaba muy tenso—. Hace un par de días que no hablo con Thomas —añadió con seriedad—. ¿Han aumentado las probabilidades de descubrir quién mató a Magnus Landsborough? —Lo planteó como si fuera algo secundario, pero sus manos aferraron la delicada tela de la falda.

Con compasión y sentimiento de culpa, Charlotte vio que Vespasia estaba muy preocupada por ese asunto. Casi había olvidado que Magnus era el único hijo de uno de los amigos de Vespasia, alguien de quien había estado muy cerca en su juventud y tal vez más tarde, en años menos dichosos.

—No —contestó con gran delicadeza—. Salvo que, por las pruebas, cree que tuvo que ser alguien a quien Magnus conocía bien. Supongo que se refiere a otro de los anarquistas. Parece una monstruosidad tratándose de una persona que, en principio, luchaba por la misma causa.

Vespasia permaneció en silencio.

Charlotte observó su bello rostro de pómulos altos y vio temor. ¿Sería entrometida si lo planteaba y desconsiderada si no lo hacía? Prefirió juzgar erróneamente que pecar de cobardía:

—¿Te preocupa que haya sido un miembro de su familia?

Vespasia se volvió hacia su sobrina y palideció más si cabe.

—¿Es lo que piensa Thomas?

La situación no permitía falsos consuelos, sólo franqueza.

—No lo ha dicho, pero tuvo que matarlo alguien que sabía que utilizaban la casa de Long Spoon Lane, ya que lo esperaron allí. Quienquiera que fuese sólo asesinó a Magnus, cuando podría haber acabado fácilmente con los tres anarquistas. Y por si fuera poco, escapó.

Vespasia miró para otro lado.

—Es lo que me temía; fue una cuestión personal, no tuvo nada que ver con la política ni con la lucha por el poder entre los anarquistas.

Sólo había un comentario que hacer y Charlotte no quiso eludirlo:

—¿Es posible que lo matara su padre? —preguntó en un susurro.

Ambas conocían los motivos por los que un hombre cometería semejante acto: para evitar el deshonor que mancillaría a toda su familia y por temor a que la violencia fuera mayor la siguiente vez.

—No lo sé —reconoció Vespasia—. Es una... se trata de una idea espantosa. Si yo fuera hombre y un hijo mío se propusiera volar casas con dinamita, pensaría que mi responsabilidad es impedirselo. No sé qué haría. Una cosa es saberlo y otra muy distinta actuar. No sé cómo reaccionaría. —Una sombra oscureció su rostro—. A menudo mis hijos se han enfrentado a mí; he disentido, he desaprobado sus convicciones y me he opuesto a lo que hacían, pero jamás he temido que cometieran asesinatos. Si ocurriera algo semejante y lo supiera a ciencia cierta, no sé cómo reaccionaría.

—¿Quién más pudo hacerlo?

Charlotte se había dado cuenta de que abstenerse de plantearlo no serviría de nada y que debía afrontarlo. Vespasia frunció el ceño.

—He visto muy perturbada a Enid, la hermana de Sheridan, como si estuviese enterada de algo más trágico que la muerte de Magnus.

—¿Enid? —preguntó Charlotte, desconcertada—. ¿Cómo habría conseguido llegar a Long Spoon Lane y disparar a Magnus? Parece imposible.

—No tengo la menor idea —reconoció Vespasia—. Cordelia es la persona de la que menos me costaría creer que tiene la decisión y el valor para hacerlo, pero no creo que tuviera la capacidad de llevarlo a cabo, por mucho que supiera lo que Magnus se proponía. De lo que estoy segura es de que él no le diría nada.

—Lo lamento —dijo Charlotte amablemente. No pidió disculpas porque Pitt tuviera que investigar la verdad, lo condujera donde lo condujese o lo llevara a poner al descubierto otras tragedias. Ambas lo sabían perfectamente.

—Cordelia me ha invitado a visitarla de nuevo dentro de unos días —dijo Vespasia al cabo de unos segundos—. Creo que iré esta misma tarde, inmediatamente después de comer.

Charlotte se sorprendió.

—¿Te invitó a su casa? ¿Es posible que, después de todo, te haya cogido cariño?

La mirada de Vespasia se llenó de irónica diversión.

—No, querida, no me ha cogido cariño. El martes *lady* Albemarle da una cena. Me ha invitado porque debe de creer que no aceptaré. Supongo que Cordelia no está invitada, pero desea que yo asista a fin de ejercer toda la influencia que pueda en favor del proyecto. Tendrá que tragarse una enorme e incómoda ración de orgullo y pedírmelo. Ver cómo lo hace será todo un placer. —Lo comentó en tono ligero, pero su expresión no era de agrado. Charlotte se dio cuenta de que, aunque hablaba de Cordelia, tía Vespasia pensaba en Sheridan—. ¿Quieres quedarte a comer?

—Sí, me encantaría. Muchísimas gracias —aceptó Charlotte sin vacilaciones.

Vespasia se vistió de un color gris-lila muy oscuro. Era un tono que, en el caso de la seda, recordaba un cielo crepuscular. Le sentaba francamente bien, y ella lo sabía. No se trataba de vanidad. También sabía que algunos colores no le iban, como el naranja, el dorado y los marrones. Cuanto más difícil era la tarea que la aguardaba, más importante era mostrar su mejor aspecto.

Aunque llegó a casa de los Landsborough sin anunciarse, el criado la hizo pasar inmediatamente. Debía de tener esas instrucciones. Era primera hora de la tarde; tal vez era demasiado temprano para una visita, pero resultaba perfectamente aceptable en el caso de una buena amiga.

La familia acababa de levantarse de la mesa y se había reunido en el gabinete. Vespasia no se sorprendió al ver que también estaban Enid y Denoon. Dadas las circunstancias esperaba encontrarlos allí. Sheridan Landsborough se puso en pie para recibirla y los demás la saludaron amablemente.

—¡Vespasia! —exclamó Sheridan con calidez, aunque con una mueca de ansiedad. Aún estaba muy tenso y bastaba mirarlo para saber que apenas había conciliado el sueño—. ¿Cómo estás?

Por la expresión de Sheridan quedó claro que no sabía que Cordelia le había pedido que la visitase.

—Bien —respondió y con la mirada le transmitió que estaba preocupada por él. Preguntarle cómo se encontraba sería fingir no ver su evidente dolor.

Denoon se incorporó justo lo suficiente para no ser descortés.

Cordelia se adelantó con la barbilla en alto.

—Me alegro de que hayas venido —afirmó; intentó dar calidez a su tono pero sin éxito. Estaba impecable, con un vestido negro de seda y un collar de cuentas de azabache tan discretas que había que mirar dos veces para verlas. Iba bien peinada y, pese a que los mechones canosos de sus sienes destacaban dramáticamente, su piel tenía un tono de papel sucio, por lo que parecía manchada, demasiado delgada y estirada donde no correspondía—. Quiero pedirte un favor.

Vespasia sonrió. Supo que el último comentario iba dirigido a Denoon, ya que la mirada de contrariedad de él al volver a verla tan pronto era una extraordinaria falta de tacto en esas circunstancias.

Denoon abrió desmesuradamente los ojos.

—Lo haré encantada —respondió Vespasia sin inmutarse. Incluyó la cabeza hacia Enid, que respondió con una media sonrisa; se sentó en el sillón que Cordelia señaló y se acomodó las faldas con gracia natural—. ¿En qué puedo serte útil?

—Necesitamos toda la ayuda posible —declaró Cordelia con sinceridad—. A lord Albemarle lo escucharán con mucho respeto.

Sheridan se agitó ligeramente en su silla con un imperceptible gesto de fastidio.

Cordelia se tensó, pero no miró a su marido. Vespasia dedujo que ésta ya le había pedido que hablara en la Cámara de los Lores y utilizase el afecto que a lo largo de

los años había conquistado gracias a su honradez y encanto. Si apelando a su dolor modificaba sus perspectivas liberales, Sheridan se ganaría el apoyo de muchos representantes, tal vez de la mayoría de los parlamentarios.

Pero ella sabía que Sheridan no lo haría. No necesitó ver el gesto de su amigo, su ligero estremecimiento de desagrado o la ira apenas contenida de Cordelia para saberlo. Su esposa lo despreciaba por su cobardía. Sheridan se mantenía fiel a sus principios e indiferente a lo que pensase Cordelia. Ni la pérdida ni el ultraje ante la injusticia cometida contra él lo llevaron a ponerse en contra de lo que consideraba correcto.

A Vespasia le habría gustado expresar con palabras sus sentimientos, pero era un lujo que pagaría demasiado caro. Debía jugar la partida según le llegaban las cartas.

—Por supuesto que lo escucharán —confirmó, como si no hubiera sido testigo de las emociones que intercambiaron, del malhumor creciente de Denoon ni de la furia de Enid, que le resultaba imposible comprender. Esta última emoción fue la que más la desconcertó. No apartó la mirada de Cordelia—. *Lady* y lord Albemarle me han invitado a cenar el martes. Supongo que, a causa del duelo, no irás. —Fue un regalo a la vanidad de Cordelia; un mes antes, no se lo habría hecho. A Cordelia jamás la habrían invitado y ambas lo sabían—. ¿Te parecería útil que aceptase la invitación? Estoy segura de que *lady* Albemarle me permitirá cambiar de parecer. Verás, la recibí hace tiempo y excusé mi presencia. No tendré dificultades para justificar un cambio de opinión. Hace muchos años que somos amigas. Probablemente no creará ninguna de las excusas que le dé, pero tampoco le importará.

—¿No le importará? —preguntó Denoon con frialdad—. Da demasiadas cosas por sentado. Yo me ofendería si rechazara mi invitación a cenar y en el último momento pidiera que la aceptase. No podemos permitirnos el lujo de ofender a *lady* Albemarle.

Enid se ruborizó, avergonzada.

Vespasia miró a Denoon y enarcó ligeramente las cejas.

—¿Lo dice en serio? Entonces menos mal que entre usted y yo no hay una relación de amistad, que usted y yo no seamos amigos... o que no lo sean *lady* Albemarle y usted.

Enid se puso de espaldas y estornudó... o al menos eso pareció.

Denoon se enfureció.

—¡*Lady* Vespasia, me parece que no se hace cargo de la gravedad de la situación! No se trata de un juego de salón. Hay vidas en juego. En las explosiones de Scarborough Street murieron más de seis personas.

—Ocho, para ser exactos —puntualizó Vespasia—. Señor Denoon, me alegro de que haya sacado el tema, porque además hay bastantes personas que se han quedado sin hogar. Por lo que tengo entendido, el último cálculo asciende a sesenta y siete, sin incluir a las veintitrés de Myrdle Street. He creado un fondo, la mayor parte del cual ya se ha repartido, para proporcionarles refugio y alimento hasta que estén en

condiciones de organizar su vida de nuevo. Estoy convencida de que le gustaría contribuir, tanto personalmente como a través de su periódico. —Vespasia no lo planteó como una propuesta, no le dejaba salida.

Denoon aspiró aire, sorprendido.

—Desde luego que colaboraremos —intervino Enid sin dar tiempo a que su marido tomase la palabra—. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. Mañana a primera hora enviaré un criado con mi donativo.

—Gracias —dijo Vespasia sinceramente.

Si tiempo atrás las circunstancias hubieran sido distintas, probablemente Enid le habría caído bien. Vespasia siempre había creído que ésta la desaprobaba y que ni siquiera había sido capaz de ver su soledad. En ese momento Vespasia se dio cuenta de que había sido muy tonta y que había estado demasiado encerrada con su dolor, por lo que pensaba que ella era la única persona que sufría tanto física como emocionalmente. Enid debía de haber sentido más o menos lo mismo y quizá cosas peores, pero seguía allí, tal vez acostumbrada a las cadenas, pero no por ello menos dolida.

Vespasia se dio cuenta de que sonreía a Enid, como si por un instante sólo existieran ellas dos.

Denoon rompió bruscamente el hechizo y se ofendió por aquella exclusión, pese a que ni siquiera sabía de qué se le excluía.

—En el supuesto de que se le presente la oportunidad de hablar con él, ¿qué le planteará a lord Albemarle? —quiso saber—. Supongo que no le pedirá dinero.

Sheridan se puso de pie.

—Edward, eres muy desconsiderado. Lo que hagas o digas en tu casa es asunto tuyo, pero en la mía tendrás que ser amable con mis invitados, sean o no tus amigos. —Parecía cansado, dolido, harto y demostraba un profundo desdén por Denoon.

Éste se puso como un tomate y se lanzó sobre su cuñado:

—Sheridan, lo que sucede es demasiado importante para que nos ocupemos de las delicadezas de la aristocracia. No podemos permitirnos el lujo de dejarnos vencer por caprichos, vanidades o el deseo de que nos vean haciendo el bien. Los donativos son muy positivos y permiten que nos sintamos mejor y seamos públicamente admirados, pero no resuelven el problema. No impiden que vuelva a estallar una bomba ni atrapan a un anarquista. Necesitamos apoyo parlamentario. Precisamos leyes más firmes y hombres valientes y decididos en los puestos de poder, desde los que puedan hacer el bien. —Miró a Vespasia con indiferencia, como, si fuera una criada—. No pretendo ofender a *lady* Vespasia, pero estamos ante un asunto muy serio. Aquí no hay espacio para aficionados y diletantes. Es demasiado importante. Necesitamos a Albemarle. ¡Y te necesitamos a ti, Sheridan! ¡Por amor de Dios, déjate de sentimentalismos y súmate a la batalla!

Tal vez sin darse cuenta, Denoon dio un paso hacia Cordelia y se alió con sus sentimientos, que aunque no había expresado con palabras desde la llegada de



Vespasia, eran evidentes en su expresión.

Sheridan miró a Denoon y no hizo caso de las tres mujeres.

—Edward, eres un insensato —declaró apenado—. Un hombre estúpido con tanto poder como el que tienes es lo bastante peligroso como para asustar a cualquiera con dos dedos de frente. Es evidente que no sabes cómo funcionan las negociaciones políticas. Bastará una sola palabra de Vespasia para que te abran o te cierren las puertas de Londres. Un insulto, un gesto insensible y todo el dinero que tienes no te servirá de nada. Edward, también es necesario caer bien, algo que no puedes imponer ni comprar.

Denoon seguía sonrojado y no encontraba palabras para defenderse. Se había quedado mudo; por fin, Sheridan le había pagado con la misma moneda. Evidentemente no se lo esperaba.

Cordelia mantuvo la compostura. La ira alteró su expresión, pero seguía preocupada, ante todo, por la causa.

—Pido disculpas en nombre de mi cuñado —dijo a Vespasia—. Es la ignorancia lo que lo ha llevado a ser tan descortés. Está tan preocupado por el peligro de una violencia todavía mayor que... aunque, obviamente, eso no lo justifica.

Vespasia pensó en guardar silencio hasta que Denoon se disculpase. Habría surtido el efecto deseado. Sheridan habría hecho lo mismo. Lo habría comprendido, pero no habría admirado la actitud de Vespasia, por muy justificada que estuviera. A ella tampoco le habría gustado. Habría sido un acto de vanidad por su parte. Estaba más interesada en su propia causa, en impedir el proyecto de ley, y tal vez también en conseguir esa dignidad interior que está por encima de cobrar cualquier deuda.

—En este caso la necesidad de triunfar es mucho más importante que nuestros sentimientos individuales —declaró con recato—. Debemos superar nuestras diferencias y hacer únicamente lo que favorece nuestros propósitos. Estoy segura de que un discreto comentario a lord Albemarle dará sus frutos. Su influencia es mucho mayor de lo que se supone. Hablaré encantada con él si es lo que deseáis o no lo haré, según decidáis.

Enid la miró con expresión insegura y de desconcierto.

—Gracias —declaró Cordelia con franca gratitud.

Sheridan se relajó.

Aguardaron a que Denoon tomara la palabra.

—Por supuesto —accedió a regañadientes—, siempre y cuando no sea lo único que hagamos. Esta tarde tendrá lugar la segunda presentación del proyecto. Los anarquistas siguen en libertad y a cada día que pasa se vuelven más violentos. La policía no puede poner fin a sus actividades porque no le hemos dado el poder necesario. Podrían volver a cometer un atentado antes de que lord Albemarle ejerza su influencia. ¿Cuántas personas más volarán por los aires? ¿Cuántas calles más se incendiarán? Es posible que la próxima vez los bomberos no puedan apagar el fuego antes de que se propague. ¿Lo habéis tenido en cuenta? La Brigada Especial no sirve

de nada. ¿Qué ha conseguido? ¡Ha puesto entre rejas a un par de malhechores de poca monta y asesinado a un joven! Sólo Dios sabe por qué o quién lo ha hecho.

Sin querer, Vespasia miró a Sheridan y enseguida se arrepintió. Era un entrometimiento. Su rostro reflejaba una pena profunda y dolorosa. No era un sentimiento de culpa, sino el dolor de no haber podido evitar que su hijo siguiera el equivocado camino de la violencia.

Pese a su profundo deseo de descartarla, volvió a pensar en la posibilidad de que Sheridan hubiera matado a Magnus para no ver que caía todavía más bajo. Tal vez lo había hecho para anticiparse al verdugo y al dolor infinitamente más profundo que habrían supuesto una detención y un juicio. Después se habrían sucedido los días y las noches de horror, a la espera de la inevitable mañana en la que irían a buscarlo, lo llevarían a la horca, le taparían la cabeza con la capucha, accionarían la palanca y caería en el vacío.

Podía comprender que un único disparo en la nuca pareciera mucho más clemente. ¿Lo habría hecho Sheridan? Fueran cuales fuesen los pecados de Magnus, Sheridan quería a su hijo y el dolor de aquella situación estaba profundamente grabado en su rostro.

—No sabemos quiénes son, qué conexiones tienen, ni siquiera a qué aliados extranjeros podrían apelar los anarquistas —prosiguió Denoon, sin tener en cuenta el sufrimiento de Sheridan, aunque tal vez ni siquiera le importaba—. Los peligros son terribles. No debemos subestimarlos. Por muy difícil que nos resulte, nuestro deber es...

—Hablas como si los anarquistas estuvieran unidos —lo interrumpió Cordelia—. No creo que debamos dar por sentado que lo están.

Denoon se mostró contrariado.

—No entiendo qué quieres decir. Desconozco si están o no unidos, lo único que me interesa es deshacerme de ellos.

—Por muy equivocados que fueran sus objetivos, mi hijo estaba con ellos. —La voz de Cordelia sonó tensa y emocionada—. Alguien lo ha matado. Quiero saber quién ha sido y verlo ahorcado.

Vespasia volvió a temer que el asesino de Magnus fuera Sheridan. Era una posibilidad más que factible, incluso parecía lógica. Se apresuró en pensar en cómo podía protegerlo. ¿Qué podía hacer para evitar que se enterasen, incluido Pitt?

Vio que Enid también miraba atentamente a Sheridan, como si tuviera el mismo temor. ¿Qué era lo que sabía? ¿Qué podía saber, a menos que él se lo hubiera contado? ¿Sheridan habría sido capaz de decírselo, de poner semejante carga sobre sus hombros? ¿Enid lo había deducido? ¿Lo conocía tanto como para que a Sheridan le resultase imposible guardar el secreto?

Vespasia pensó que ya no era el hombre que había conocido, con el que había hablado de cosas insignificantes, bromeado, compartido anécdotas divertidas, excentricidades que hacían interesantes las cosas más sencillas, placeres como un

paseo bajo la lluvia o comer bollos junto al fuego. Nada de eso importaba; sólo era una forma de mantener a raya a la soledad, compartir cosas superficiales para que lo importante fuera tolerable. Tenía que ver con la amistad, que comprende sin necesidad de palabras.

Vespasia se preguntó si ese hombre habría sido capaz de matar a alguien por las razones que fueran. No supo la respuesta. El tiempo, el dolor y el amor lo cambian todo. Sin embargo, seguía pensando que Cordelia era una persona capaz de matar para salvarse a sí misma, su honor y su reputación. Su corazón era duro. ¿A quién podía haber utilizado para que apretase el gatillo? ¿Quién le debía o le temía tanto?

¿Qué sabían Enid o el lacayo en el que, al parecer, tanto confiaba?

—Nos gustaría que ahorcaran a todos los anarquistas —afirmó Denoon de repente—. Las razones no me importan. —No miraba a Sheridan, sino a Cordelia—. Por mucho que lo deseemos, saber de qué es culpable cada uno de ellos es algo que tal vez no podamos conseguir.

—Probablemente —reconoció Cordelia con frialdad—. ¡De todos modos, lo intentaré!

La expresión de Denoon se volvió lúgubre.

—No te lo aconsejo. Puede que haya cosas de Magnus que preferirías desconocer, por no hablar de que se hicieran públicas en la sala de un juzgado. Deberías reflexionar a fondo antes de sacar a la luz cuestiones cuya naturaleza o profundidad desconoces.

Cordelia lo miró con desprecio y su cara pareció de piedra.

—Edward, ¿sabes algo que yo desconozca acerca de la muerte de mi hijo?

—¡Por supuesto que no! —respondió Enid desesperadamente y se incorporó a medias. Hacía deliberados esfuerzos por no mirar a Sheridan—. ¡Qué absurdo! Cordelia, me parece que el dolor te ha hecho perder la perspectiva.

—¡Todo lo contrario! —espetó Cordelia—. ¡El dolor me ha hecho recordar muchas cosas que jamás debí olvidar!

—Todos sabemos muchas cosas. —Imperturbable, Enid sostuvo la mirada de su cuñada y la miró casi sin parpadear y con el cuerpo rígido—. Es mejor guardar silencio sobre muchas cosas para vivir en paz. Estoy segura de que, si reflexionas, coincidirás conmigo.

Cordelia se sonrojó, pero el color abandonó rápidamente sus mejillas y volvió a quedarse pálida. Se volvió hacia Sheridan, pero por su expresión era imposible deducir si le pedía ayuda o lo observaba por otros motivos.

Sheridan parecía cansado, casi indiferente; daba la impresión de que para él todo era viejo y pertenecía al pasado.

Vespasia se sintió rodeada por un sufrimiento y un malestar que no comprendía. Cabía la posibilidad de que, si se quedaba, averiguase algo más, pero se sintió obligada a poner fin a su visita.

—Estoy de acuerdo —declaró con firmeza—. En ocasiones olvidar es lo más

sensato; de lo contrario, vivimos en el pasado y no vemos el futuro. —Miró a Cordelia—. Aceptaré la invitación de *lady* Albemarle y haré cuanto esté en mis manos para conseguir todos los apoyos posibles. —Se acomodó las faldas—. Gracias por vuestra hospitalidad. Si me entero de algo os lo haré saber. Buenas tardes.

Sheridan también se puso en pie y la acompañó hasta la puerta principal. Al llegar se detuvo y la abrió personalmente, por lo que el lacayo se retiró a un lugar desde el que no podía oírlos.

—Vespasia —dijo Sheridan delicadamente. Ella no quería mirarlo, pero evitar deliberadamente sus ojos sería todavía peor—. Enid teme que yo haya matado a Magnus —explicó—. Ordenó a su lacayo que me siguiera. Es un criado leal que desprecia a Edward. No me traicionaría si ella no quisiera. Me parece que compartes su miedo. Lo he visto en tu expresión.

Ya no había escapatoria.

—¿Lo has hecho?

Sheridan sonrió levemente; las comisuras de sus labios apenas trazaron una curva.

—Te agradezco que no lo niegues. La honestidad es una de tus principales virtudes. No, no lo hice yo. Una y otra vez intenté apartarlo de su camino, pero no quiso atenerse a razones. Estaba apasionadamente convencido de que la corrupción había arraigado tanto que era imposible arrancarla, salvo con violencia. De todos modos, yo no lo maté ni sé quién lo hizo. Espero que el señor Pitt lo descubra.

—¿Enid? —susurró Vespasia.

—No creo, aunque podría haberle pedido al lacayo que lo hiciera por mí. Enid tiene más... mucha más pasión de la que se le supone... de la que suponen Denoon... y Cordelia. Espero que no sea así. Me parecería terriblemente espantoso que hubiese arrastrado a ese joven a cometer semejante atrocidad.

—Si teme que lo hayas hecho tú, entonces sabe que él no lo mató —precisó.

—Eso es cierto —dijo Sheridan y esbozó una sonrisa lúgubre y atormentada—. Tal vez me asusto hasta de mi propia sombra. Tú nunca has tenido miedo —añadió con absoluta certeza.

—¡Claro que he tenido miedo! —se defendió Vespasia con repentina franqueza—. Y todavía lo tengo, aunque no quiero averiguar hasta qué punto porque en ese caso me faltaría valor para seguir en pie.

De repente Sheridan se agachó y la besó delicadamente en la boca. A continuación terminó de abrir la puerta, y Vespasia se dirigió hacia el coche que la aguardaba.

A última hora de la tarde, llamaron a la puerta; Charlotte estaba en casa. Gracie abrió y segundos después entró en la cocina, con los ojos como platos, y le comunicó que el señor Victor Narraway quería hablar con ella.

Charlotte se sobresaltó.

—¿Aquí?

—Lo he hecho pasar al salón —explicó Gracie a modo de disculpa—. ¡Parece muy enfadado!

Charlotte dejó la plancha, se alisó la falda, se llevó automáticamente las manos a la cabeza para cerciorarse de que estaba más o menos peinada y se dirigió al salón.

Narraway se encontraba en el centro de la estancia, de espaldas a la chimenea. Iba de punta en blanco, con el pelo perfectamente peinado y el cuerpo rígido. Su expresión era tensa y, cuando habló, su voz sonó precisa:

—Señora Pitt, esta mañana fue a casa de *sir* Charles Voisey. No hace falta que se tome la molestia de negarlo.

La arrogancia de Narraway desató la cólera de Charlotte.

—Señor Narraway, ¿por qué diablos iba a negarlo? —preguntó acaloradamente. Sólo porque era el superior de Pitt se abstuvo de añadir que lo que ella hiciera no era asunto suyo y que era un maleducado—. No tengo ningún motivo para pensar que debo rendirle cuenta de mis actos.

—¿Ha olvidado quién es Voisey? —preguntó Narraway y apretó los dientes—. ¿Ya no se acuerda de que es el responsable de la muerte de Mario Corena y del reverendo Rae y de que probablemente también intentó acabar con usted, sus hijos y su doncella?

—Claro que me acuerdo —espetó cáusticamente—. Aunque olvidase mi miedo, por *lady* Vespasia no podría olvidarme de Mario Corena. —No mencionó al reverendo Rae porque, en ese caso, sólo importaba Corena.

—Señora Pitt, ¿para qué fue a su casa? —inquirió tajantemente.

Durante unos segundos estuvo a punto de explicárselo, pero la dominó el temperamento.

—Señor Narraway, supongo que es usted contrario al proyecto de aumentar las competencias policiales para interrogar sin justificación o para interrogar a los criados sin que su señor o su señora lo sepan.

Narraway se sorprendió porqué lo había cogido momentáneamente desprevenido.

—Claro que me opongo.

—Me alegro. —Charlotte lo miró a los ojos—. *Sir* Charles también está en contra.

—¿Señora Pitt, no es motivo para que vaya a verlo! Se trata de un hombre extremadamente peligroso... —Su tono de voz fue en aumento y se volvió más agudo y colérico—. Ni se le ocurra volver a acercarse a él. ¿Me ha entendido?

—Señor Narraway, todo eso ya lo sé —respondió gélidamente y pasó por alto el hecho de que estaba en lo cierto. La oposición de Voisey al proyecto no era motivo suficiente para visitarlo—. Por lo visto, ha olvidado que mi marido trabaja para usted. Yo todavía lo recuerdo. ¿Me está amenazando con que lo castigará si no hago lo que usted quiere?

Narraway se sobresaltó.

—¡Claro que no! —Su rostro estaba rígido y sus ojos echaban chispas—. De todas maneras, no permitiré que descuide su trabajo porque esté preocupado por culpa de que la irresponsable de su esposa corre el peligro de meterse donde no la llaman. Supongo que se preocupa por su seguridad y ha aprendido a ser leal, aunque no obediente.

Estaba tan furiosa que le habría gustado devolverle el golpe, incluso físicamente, pero no se atrevió por el bien de Pitt.

—Señor Narraway —espetó y estuvo a punto de atragantarse—, me gustaría decirle que se meta en sus asuntos y preguntarle cómo se atreve a presentarse en mi casa y hacerme preguntas impertinentes, pero todos sabemos que es el jefe de mi marido y si hago semejante cosa podría poner en peligro su trabajo, así que me callaré.

Narraway palideció y le brillaron los ojos.

—¡Por Dios, estoy preocupado por su seguridad! Si su marido no es capaz de controlarla, alguien tendrá que hacerlo.

Estuvo a punto de contarle el verdadero motivo por el que había ido a casa de Voisey, pero si lo hacía tal vez Narraway también sabría que, aunque le pasara algo a Pitt, ella no podría utilizar la prueba contra la señora Cavendish. Debía conservarla para defenderse a sí misma y a sus hijos. Ella tenía más familiares a los que proteger que Voisey. Tendría que haberse dado cuenta mucho antes. Si Voisey agredía al resto de su familia, la amenaza surtiría efecto en Pitt, pero no en ella. No estaba dispuesta a que Narraway lo supiera y la viese vencida. Lo observó con ira contenida.

—Señor Narraway, sus palabras resultan ofensivas. Le agradeceré que se vaya.

Intentaba expresarse con gran dignidad, pero de repente se dio cuenta de que Narraway había dicho exactamente lo que quería decir: temía por ella. Su expresión estaba cargada de emoción, por lo que resultaba curiosamente vulnerable. Estaba muy rígido porque temía por la seguridad de Charlotte y no estaba acostumbrado a preocuparse por esas cuestiones. Se sentía desnudo.

La mujer reparó en el ardor de sus mejillas y miró hacia otro lado.

—Le garantizo que no tengo la menor intención de volver a ver a *sir* Charles —dijo con seriedad—. No deseo entorpecer sus investigaciones ni hacer que Thomas se angustie por mi seguridad, pero creo que el proyecto presentado en el Parlamento es peligroso y seguiré haciendo lo que esté en mis manos para ayudar a los que se oponen a él. Buenas tardes, señor Narraway.

—Buenas tardes, señora Pitt —se despidió en voz baja y se dejó acompañar hasta la puerta.

Charlotte no volvió a mirarlo a los ojos porque le daba miedo lo que podría ver y no quería sentirse obligada a reconocerlo. En ese caso Narraway sabría que ella se había dado cuenta, y lo mejor era que eso nunca ocurriese.

Charlotte cerró la puerta en cuanto el jefe de la Brigada Especial la franqueó, permaneció inmóvil unos segundos y respiró con dificultad.

Esa tarde, cuando Pitt informó del incidente en el *Josephine*, Narraway declaró secamente:

—Supongo que debo considerarme afortunado de que haya escapado con vida.

Pitt había dedicado el tiempo transcurrido a rastrear tanto como había podido la conexión entre Simbister y el *Josephine*. Había encontrado pruebas documentales definitivas y estaba muy contento.

—Así es —coincidió Pitt.

Recordó con viva intensidad la helada oscuridad y el sonido del agua que lo rodeaba, se movía, regurgitaba y arrastraba el casco del barco hacia abajo, iluminado tan sólo por la luz de las cerillas que Voisey iba encendiendo. Pensó en preguntarle a Narraway si alguna vez había temido por su vida. Jamás lo había mencionado. ¿Se debía a que nunca le había ocurrido o, lisa y llanamente, a que se trataba de una parte muy privada de su vida? Además, ¿con quién podía compartirlo? Quienes lo habían experimentado ya sabían cómo era. Los que no lo habían experimentado o jamás lo harían eran incapaces de comprenderlo sólo con palabras. Pitt ni siquiera había intentado explicárselo a Charlotte. Lo único que sabía era lo que había deducido del cuerpo tembloroso de su marido, de su mirada y de que no quería dar explicaciones.

—En ese caso será mejor que pida a alguien que reflote el *Josephine* —comentó Narraway. Estaba tenso y pálido, como si le costase contener las emociones. ¿Realmente había estado tan angustiado por la seguridad de Pitt?—. Haríamos el ridículo siuviéramos que rescatarlo y descubriéramos que se lo han llevado discretamente.

—Claro, señor. —Pitt dejó los documentos sobre el escritorio—. Estos papeles lo conectan con Simbister y con Grover.

—¿Quién intentó ahogarlos? —preguntó Narraway.

—Creo que Grover. Debió de llegar poco antes que nosotros. Tengo testigos para demostrarlo. He incluido tres declaraciones. —Señaló los documentos con un dedo.

—Por lo visto ha sido muy competente. —Narraway le clavó la mirada y sus ojos se veían oscuros y ardientes—. Supongo que anoche, cuando llegó a casa, parecía medio muerto.

Pitt se sorprendió.

—Estaba un poco mojado —reconoció.

—Un poco mojado... —repitió Narraway—. ¿Qué le dijo a su esposa? ¿Que se había caído al río?

—Que estaba en un barco que se hundió y que logré escapar justo a tiempo —replicó Pitt sin contar toda la verdad.

La voz de Narraway sonó más fría de lo que estaba el agua del Támesis.

—¿Cree que fue por eso por lo que esta mañana fue a visitar a Charles Voisey? ¿Porque le preocupaba que hubiese cogido un resfriado?

—¿Ha ido... ha ido a visitar a Voisey? ¿Dónde se vieron? —Pitt se alarmó porque lo habían pillado con la guardia baja—. ¿En la Cámara de los Comunes? No creo que Voisey haya acudido tan temprano...

—Exactamente —confirmó Narraway en tono mordaz—. Fue a su casa de Curzon Street. ¡Pitt, parece que sé más que usted acerca de las idas y venidas de su esposa! Le aconsejo que, a partir de ahora, controle mejor sus asuntos domésticos. Su esposa es una mujer obstinada y necesita atarla más corto de lo que ha hecho hasta ahora. Evidentemente, le cuenta demasiadas cosas y su imaginación se ocupa del resto. —Parecía sincera y profundamente enfadado. Tenía el cuerpo rígido y los hombros tiesos, como si hubiera tensado todos los músculos—. Su esposa acabará gravemente herida si le permite seguir metiéndose en asuntos que no comprende; no tiene idea del peligro que corre. Pero ¡hombre, ya está bien! ¿Qué mosca le ha picado? ¿No controla su propia casa?

Sorprendido, Pitt observó a su superior. No sabía que Charlotte había ido a ver a Voisey ni por qué se le había ocurrido hacerlo. De lo que estaba absolutamente seguro era de que no había olvidado que Voisey había asesinado a Mario Corena y al reverendo Rae y de que jamás confiaría en él. Había ido por algún motivo. Charlotte no se enteraría por Voisey de algo que Pitt no supiese. Seguramente había ido a decirle algo. De pronto recordó que su esposa le había preguntado por la prueba contra la señora Cavendish y tuvo la certeza de que sabía lo que Charlotte le había dicho a Voisey y por qué había ido en ese preciso momento. Aunque con incertidumbre, una mezcla de temor y orgullo y cierta alegría, Pitt sonrió.

—¡Pitt, si cree que este asunto es divertido, me encantaría saber por qué! —espetó Narraway secamente.

Pitt se puso serio. Comprendió a Charlotte y, con sorpresa y una curiosa y repentina compasión, supo los motivos por los que Narraway estaba tan enfadado. No temía por él ni por el éxito de la Brigada Especial, sino por Charlotte. Se había dejado llevar por los nervios porque se preocupaba por ella.

Esquivó la mirada de Narraway para que no se diera cuenta de que sabía lo que le ocurría. Pitt conocía perfectamente la vulnerabilidad: es el precio que se paga por implicarte en algo. Y el único precio más alto que existe es el de no hacerlo. La cobardía de despreocuparse es la derrota definitiva. Recordó claramente su propia vulnerabilidad.

Cambió de tema.

—Tenemos que conectar las bombas con Wetrón —dijo Pitt—. De nada servirá atrapar únicamente a Simbister. Wetrón declarará que está horrorizado, se alzarán con los laureles por poner fin a la corrupción y buscará a otro hombre de paja que ocupe el lugar de Simbister, al que avisará de que sea más cuidadoso y no se deje pillar.

—¡Eso ya lo sé! —exclamó Narraway bruscamente. Miraba hacia la ventana y



estaba de perfil—. Tenemos que utilizar todos los recursos de que disponemos. No podemos darnos el lujo de proteger a los que nos caen bien ni mostrar reparos para utilizar a los que no nos gustan.

—Así es —reconoció Pitt—. Si se me ocurriera una manera eficaz de conseguirlo la pondría en práctica.

—¿Quién asesinó a Magnus Landsborough y por qué? —inquirió Narraway—. ¿Fue con el propósito de poner al mando a uno de los suyos? El atentado de Scarborough Street no tiene nada que ver con el de Myrdle Street. No fue una muestra de fuerza, sino un asesinato profesional e indiscriminado.

—Tal vez —reconoció Pitt—. Por lo que he averiguado, Magnus era idealista, pero no se trataba de un joven violento ni insensato. Le disparó alguien que conocía los planes de los anarquistas y que los esperaba en Long Spoon Lane.

—Evidentemente —comentó Narraway con amargura—. La calle de la cuchara larga... Es un nombre muy adecuado. Por lo visto han hecho tratos con el diablo. Nadie tiene una cuchara tan larga como para meterla hasta el fondo. Pitt, tenga mucho cuidado. Utilice a Voisey, pero no confíe en él... ¡en absoluto!

Pitt pensó en la prueba contra la hermana de Voisey. ¿Sería suficiente? ¿Su amor por ella era mayor que su ansia de volver a ostentar el poder y vengarse de los que ya se lo habían arrebatado una vez?

En el pasado, Pitt había cometido el error de suponer que las personas actúan por propio interés. No era así. La pasión, el miedo y la ira desencadenan toda clase de actos estúpidos y autodestructivos y los autores sólo se dan cuenta cuando es demasiado tarde.

—Pitt...

Narraway interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Sí, señor, seré tan cuidadoso como pueda con respecto a Voisey.

—Me alegro. Continúe investigando. Se acabaron los chapuzones en el río. No puedo permitirme el lujo de que agarre una neumonía.

—Agradezco su preocupación —respondió Pitt sarcásticamente y se retiró antes de que Narraway tuviera tiempo de decir nada.

Esa tarde llegó temprano a casa y, pese a que durante más de una hora había estado pensando cómo abordaría con Charlotte el tema de Voisey y si mencionaría la visita que Narraway había hecho a su esposa, al entrar en la cocina se dio cuenta de que aún no había tomado una decisión.

Ella lo recibió con una sonrisa radiante e inocente que demostraba su absoluta culpabilidad. Sabía perfectamente lo que había hecho y no tenía la menor intención de decírselo. No fue necesario tomar decisiones. De momento Pitt no diría nada porque, dadas las circunstancias, antes de actuar necesitaba reflexionar.

Su esposa le extendió una carta.

—La entregaron en mano hace aproximadamente una hora. Es de Charles Voisey.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Pitt y se la arrebató.

Charlotte abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Porque lo dijo el mensajero! Vamos. ¿Crees que la he abierto?

—Perdona —se disculpó y abrió el sobre. El rostro de Narraway, demudado por las emociones, apareció claramente en su imaginación—. Estoy seguro de que no la has abierto.

Pitt vio que su esposa no le quitaba ojo de encima mientras leía la misiva.

Pitt:

Espero que el remojón no lo haya afectado. Ahora sé dónde está la prueba que necesitamos. Está en poder del hombre al que involucra, pero no tiene el menor sentido coger al perro y dejar libre al amo. Por decirlo de alguna manera, no tardará en conseguir otro perro.

Ya sé que supone riesgos, sobre todo para el único que en esta situación puede registrar la casa de su jefe. De todos modos, no veo otra salida.

Aconséjeme.

Voisey

Probablemente Charlotte había intentado dominarse, pero esa carta fue más de lo que podía aguantar, por lo que preguntó en tono tajante:

—¿Qué pasa?

—Tengo que encontrar a Tellman —respondió, se acercó al fogón, lo abrió desde arriba con la ayuda de la barra y dejó caer la carta sobre las brasas—. Voisey dice que hay una prueba de que Wetron está directamente relacionado con Simbister en el atentado. Debemos conseguirla.

—Será muy peligroso —comentó con voz ronca y en tono muy bajo porque no quería que Gracie la oyese. De nada serviría que se enterara y se preocupase. Charlotte sabía demasiado bien qué era el miedo y no se lo deseaba a otra persona, menos aún, a alguien que quería—. ¿De qué prueba se trata?

—No lo sé.

—¿Es posible que esté mintiendo? Tal vez no hay nada y lo único que pretende es que pillen a Tellman. Sería la venganza perfecta; además, no podrías culparlo. Hay... —Charlotte lo cogió de la manga cuando se detuvo en el umbral, a punto de irse.

Pitt le apretó la mano.

—Antes de hablar con Tellman le preguntaré a Voisey de qué se trata —replicó.

—¿Y si no te lo dice? —Charlotte se negó a soltarlo.

—En ese caso no le pediré a Tellman que busque la prueba.

—¿No se lo pedirás ni siquiera ante la posibilidad de que...?

—No. —Pitt sonrió—. Claro que no, no se lo pediré.

Voisey fue muy concreto. Simplemente no había querido dar detalles por escrito, por mucho que lo enviase en sobre lacrado y a través de un mensajero.

—Tendría que haberlo visto antes —reconoció Voisey, contrariado.

Pitt y él se encontraban en el pequeño gabinete de la casa de Curzon Street. Era una estancia de proporciones muy agradables, pintada en tonos rojos oscuros, con los alféizares en blanco y ventanas que daban a la terraza. Las enredaderas oscurecían a medias la parte de arriba de dos ventanas, lo que suavizaba la luz y daba un toque de fresco verdor a la calidez de las paredes. El mobiliario era sencillo y la madera estaba tan lustrada que reflejaba la veta, como si fuera de seda. Pitt se sorprendió al reparar en que los cuadros eran apuntes a pluma y aguadas de árboles, unas preciosas imágenes invernales.

—¿Qué es lo que tendría que haber visto? —inquirió al tiempo que tomaba asiento en un sillón de terciopelo de tonos rojo y dorado intensos.

Voisey permaneció de pie.

—Que la policía se ocupa de los delitos. Es la respuesta evidente.

—¿La respuesta a qué? —insistió Pitt, a quien le costaba disimular su irritación.

Voisey sonrió mientras saboreaba la paradoja de la situación.

—Los policías se enteran de toda clase de delitos, grandes y pequeños. A partir de ahí suponemos que persiguen judicialmente a los responsables y, en el caso de que sean declarados culpables, los acusados son condenados. —Pitt se mantuvo a la expectativa. Voisey se echó ligeramente hacia delante—. ¿Qué sucedería si se encontraran con un delito del que no hay pruebas, salvo para ellos, o de un delito del que no es probable que la víctima hable? ¿Y si en lugar de llevar al sospechoso a los tribunales guardan discretamente las pruebas y lo chantajea? Pitt, me sorprende tener que explicárselo. —Pitt entendió de repente, como si le hubiesen clavado una navaja en el cerebro—. Ha guardado cuidadosamente las pruebas contra mi hermana para obligarme a hacer lo que le venga en gana. ¿No se le ha ocurrido pensar que Wetron pudo hacer exactamente lo mismo? En su posición yo lo habría hecho. ¿Hay algo más útil que un pelele a quien poder mandar lo que se te antoje: comprar dinamita, colocarla, hacerla estallar en el momento oportuno e incluso asesinar a Magnus Landsborough si es lo que necesitas?

Era tan sencillo que ambos tendrían que haberlo deducido. Pitt jamás habría sido capaz de ocultar un verdadero delito. Sabía tan bien como Voisey que la señora Cavendish desconocía que transportaba veneno con la comida que entregaba al reverendo Rae. Si hubiera sido posible condenar a Voisey por ese suceso, Pitt se habría encargado de hacerlo, incluso aunque implicase a su hermana. Tal como estaban las cosas, utilizar las pruebas habría supuesto condenar a la señora Cavendish y permitir que Voisey se marchase... sin lugar a dudas habría estado apenado, más

solo que nunca y hasta es posible que atormentado por la culpa, pero libre al fin y al cabo.

Por mucho que Voisey hubiese querido hacer daño a Charlotte, ¿habría estado dispuesto a que ahorcasen a la señora Cavendish por el delito cometido por su hermano? Pitt no conocía la respuesta a esa pregunta. Lo único importante era que Voisey creyese que era capaz de hacerlo.

Era evidente que Wetron estaba en la posición ideal para encontrar pruebas de un delito de esas características y poder utilizarlas.

—Podría tratarse de cualquier cosa... robo, incendio provocado, asesinato... algo que ha ocurrido en los últimos... —Pitt titubeó.

—En los últimos dos o tres años. —Voisey concluyó la frase.

—¿Por qué tan poco tiempo? —inquirió Pitt—. Ha pasado toda su vida en el cuerpo de policía.

—¡Piense, piense! —exclamó Voisey con impaciencia y retrocedió hasta que la luz del sol que entraba por la ventana iluminó la alfombra que había entre ambos—. Cuando era un simple agente no estaba en condiciones de guardar secretos. Habría resultado demasiado peligroso. En el caso de ocultar algo, habría tenido que compartirlo con otros a los que no controlaba. Una vez que lo ascendieron y pudo ocultar datos, lo más probable es que los utilizase en favor del Círculo. Habría sido la forma ideal de conseguir favores y poder. No, Pitt, este delito sólo tiene uno o dos años, como máximo tres. Y el autor es alguien vulnerable que teme caer en desgracia, sin amigos que lo defiendan o se pongan de su parte y que no se atreve a afrontar las consecuencias de lo que ha hecho. Todo lo cual significa que no se trata de alguien que se gana la vida como delincuente, sino de una persona que ha cometido un delito grave y que teme tener que pagar por lo que ha hecho. También es alguien a quien Wetron puede usar, lo que reduce enormemente las posibilidades.

Pitt se enfadó consigo mismo por no haberse dado cuenta antes. Resultaba vergonzoso que fuese precisamente Voisey quien lo señalara. Por mucho que le pesara, tenía razón.

—Sin duda Wetron guarda la prueba en un lugar seguro —añadió Voisey, muy serio—. Si la conseguimos demostraríamos su complicidad. Pitt, cueste lo que cueste, no podemos prescindir de dicha prueba. Da igual a quién tengamos que utilizar.

Mientras hablaba, Voisey no dejaba de observarlo atentamente.

Pitt se sintió arrastrado por una corriente demasiado fuerte para resistirse. Incluso ofenderse era absurdo. Al menos lo que ocurría no era obra del parlamentario.

—Así es. —Se puso en pie. No quería seguir en esa casa—. Hablaré con Tellman, confío plenamente en él.

Voisey retrocedió.

—Me alegro. Debemos actuar deprisa. Intentarán aprobar el proyecto lo antes posible.

Pitt se abstuvo de hacer comentarios acerca de que Voisey se había incluido a sí

mismo en ese «debemos», como si arriesgara algo. Empezó a pensar en cómo encontraría a Tellman y qué le diría.

La primera parte resultó más sencilla de lo que suponía, pero la segunda le dio más trabajo. Tellman estaba en su alojamiento y la casera lo hizo pasar sin poner objeciones. Se había acostumbrado a sus visitas. Le ofreció una taza de té, pero Pitt la rechazó pues no quería ser interrumpido.

Tellman se sentó frente a la chimenea. Los leños quemaban lentamente, sólo para quitar un poco el frío de la habitación y tal vez también para crear la ilusión de la compañía. Tellman se había quitado las botas y el cuello almidonado y parecía relajado.

Pitt experimentó una punzada de culpa, pues estaba a punto de estropearle el momento.

Tellman se puso inmediatamente de pie.

—¿De qué se trata? ¿Qué ha pasado? —preguntó nerviosamente y en tono tenso.

Con pocas palabras Pitt le habló de la dinamita del *Josephine* y de que Voisey y él habían estado al borde de la muerte.

—¿Grover? —preguntó Tellman, apenado, y volvió a sentarse frente a Pitt.

No se trataba de que Grover le cayera bien, sino de que era agente de policía. La traición era algo que siempre le dolía.

—Sí. He encontrado testigos de que estaba allí —respondió Pitt. Tellman lo miró muy serio bajo la luz tenue y el calor.

—No puedo detenerlo.

—Ya lo sé. No he venido por eso. Se lo he contado porque forma parte de la historia. Estoy aquí exclusivamente por Voisey. —Pitt no quiso dejar de mirar a Tellman mientras pronunciaba esas palabras, pese a que sabía que le haría preguntas; desviar la mirada no sólo le pareció cobarde, sino que pensó que daría la sensación de que no quería compartir con él lo que sucedía—. Dice que Wetron tiene pruebas de toda clase de delitos cometidos por diversas personas... lo que es evidente. Al fin y al cabo, es su trabajo. Pero también supone la oportunidad ideal de chantajear a alguien para que coloque bombas.

Durante unos segundos el rostro de Tellman careció de expresión. Al igual que a Pitt, ni siquiera se le había ocurrido pensar que alguien utilizara información policial con ese propósito. Sintió como un latigazo cuando por fin lo comprendió. Su cara cambió y pareció perder luminosidad. Guardó silencio unos instantes.

Fue Pitt quien rompió el silencio:

—Tiene que ser alguien que cometió un crimen por impulso o desesperación —añadió repitiendo la conversación que había mantenido con Voisey—, alguien que tiene mucho que perder. No hay chantaje sin miedo.

Tellman levantó la cabeza para mirarlo y afirmó severamente:

—Encontraré la prueba, buscaré hasta dar con ella. No hay tantos lugares donde esconderla. La conservó para mostrársela al chantajeado, para que supiese que ejerce poder sobre él. La cuestión está en saber dónde la ocultó. Si está en su casa, ¿cómo la conseguiremos? ¡El allanamiento de morada es un grave delito! Si sospecha que la busquemos, Wetron la destruirá. Si ha logrado que el pobre desgraciado ponga bombas, ya tiene otro motivo para chantajearlo de aquí en adelante.

Pitt se sintió como si el mundo se le viniese encima. ¿Y si Wetron ya había destruido las pruebas que podían existir? Conservarlas era peligroso. Sin duda había pensado lo mismo. Debía recordar que Voisey estaba obsesionado por vengarse.

Tellman lo observaba con gran atención.

Tal vez la situación era incluso peor. Quizá la prueba seguía existiendo y había dejado una pista que podía seguirse, precisamente para que Voisey y Pitt enviasen a alguien a buscarla y así poder atraparlo. Pitt haría cuanto estuviese en sus manos para exculpar a dicha persona y haría recaer las culpas sobre sí mismo. Se apresuró a mirar a Tellman.

—Es demasiado peligroso. Seguramente ha pensado en todas las opciones. Espera que cualquiera de nosotros lo intente. Espera que...

—Si no lo intentamos nos vencerá —lo interrumpió Tellman—. Prefiero ser derrotado a renunciar sin intentarlo.

—Si renunciamos sin intentarlo estaremos vivos para seguir luchando —precisó Pitt colérico, aunque no estaba furioso con Tellman, sino con Wetron, con las circunstancias que los habían conducido hasta ese punto, la corrupción, la estupidez y no saber en quién confiar.

—No tiene mucho sentido luchar después de haber perdido —declaró Tellman y sonrió a regañadientes. Su sonrisa tenía cierto tono de burla y un poco de tristeza. Su mirada revelaba que también se sentía atrapado e impotente. Por añadidura, tenía mucho que perder, toda una nueva y maravillosa vida que estaba a punto de empezar a saborear—. ¿Cree realmente que ha pensado que buscaremos la prueba?

—No podemos permitirnos el lujo de suponer que no lo ha hecho, lo que significa que habrá alguna pista para atraernos.

—¿Qué ha hecho que Voisey pensara en esto?

—No lo sé, pero es evidente, siempre y cuando no estés cegado por la lealtad o por la presunción de honradez... y está claro que Voisey no está cegado.

—¿Eso es todo? ¿Lisa y llanamente se trata de una deducción que se le acaba de ocurrir?

—No lo sé.

Tellman reflexionó unos segundos. El fuego chisporroteó. Ya había caído la noche y la luz no se colaba por el resquicio entre las cortinas.

—En el caso de que exista, si la prueba está en su casa, evidentemente utiliza a alguien. Por otro lado, si está en su despacho de Bow Street, podría tratarse de algo poco comprometedor. Podría decir que acaba de encontrarla, que estaba a punto de

investigar y podría echarle la culpa a cualquiera.

—Y sería muchísimo más fácil dar con ella —apostilló Pitt—. Pero podría estar en su escritorio, donde nadie más la vería. Lo que menos le interesa es que alguien descubra la prueba y juzguen a ese hombre. Wetron no puede permitir que lo interroguen, menos aún en un juzgado.

Pitt tenía cada vez más la sensación de que el documento, o lo que fuera esa prueba, había sido destruido. Podían pillarlos mientras lo buscaban, aunque no existiese la menor posibilidad de encontrarlo. Pero tener demasiado miedo para intentarlo sí que era una derrota.

—Podría echar un vistazo en el despacho de Wetron —dijo Tellman—. No es muy peligroso. Ya hemos establecido la conexión entre los anarquistas, la policía y los atentados. Es razonable que yo siga investigando en busca de más nombres, sospechas y acusaciones, que aunque no demuestren nada no dejan de ser interesantes.

—Tiene razón. De todos modos, si quiere cerciorarse de que podrá seguir usándola, no la pondrá donde cualquier miembro de la comisaría pueda encontrarla —supuso Pitt.

Tellman reflexionó unos instantes.

—Por supuesto, pero comenzaré por allí.

—Pero ¡eso es todo! —advirtió Pitt—. ¡Busque la prueba en la comisaría y luego olvídense del asunto!

—Está bien —replicó Tellman—. Lo haré mañana.

Mientras hablaba, Tellman sabía que no tenía la menor intención de olvidarse del asunto si no encontraba nada en Bow Street. De hecho, suponía que no hallaría pruebas de un delito que Wetron pudiese aprovechar. Lo que le parecía posible era que Wetron hubiese dejado alguna pista acerca de donde podía estar dicha persona, que era exactamente lo que había dicho Pitt, a fin de pillar a quien la buscara... a ser posible, el propio Tellman.

Esa noche se acostó y clavó la mirada en la luz parpadeante del techo de su habitación. Pasaba poco tráfico, las luces de los coches brillaban, y las ramas del tilo se movían y tapaban y destapaban la farola de la acera de enfrente.

Necesitaría ayuda. No tenía sentido pedírsela a sus colegas. Aparte de que no le creerían, no se atrevía a confiar en nadie, menos aún en Stubbs. Incluso la gente honrada podía ser víctima del miedo y de viejas lealtades. Por otro lado, los demás policías carecían de las habilidades que él buscaba. Necesitaba a un ladrón, un atracador de primera, alguien que entrara y saliese de una casa sin que nadie se enterase. Necesitaba a alguien capaz de romper una ventana con el silencioso método del «cristal laminado», escalar, encontrar la habitación deseada en cuestión de segundos, sin despertar al perro ni al lacayo, y abrir la caja fuerte con una ganzúa y el

estetoscopio.

Conocía a varios individuos capacitados para esa tarea, no era ése el problema. La dificultad radicaba en encontrar a alguien dispuesto, preparado y cuya lealtad pudiese conseguir mediante el pago o a través de alguna obligación. No le gustaba apelar al miedo, que sólo servía para atraer antipatías y que, tarde o temprano, conducía a la venganza.

Durmió con un sueño ligero. A las seis de la mañana lo despertó la luz del amanecer y se levantó. Si quería encontrar a alguien, tenía que buscarlo antes de esa noche; mejor dicho, tenía que hacerlo antes de dirigirse a Bow Street para cumplir su jornada laboral.

Tellman se había decantado por dos ladrones. Ambos serían difíciles de encontrar y convencerlos resultaría todavía más arduo. Se puso la ropa más vieja que tenía, a fin de pasar desapercibido por las callejuelas que tendría que recorrer en su camino hacia el este de la ciudad.

En Hackney Road compró un bocadillo de jamón en un puesto y caminó hacia el sur hasta Shipton Street. Sabía dónde encontrar a Pricey<sup>[1]</sup>, al que llamaba con ese apodo desde que lo conocía. No sabía si era un derivado de su apellido o hacía referencia a los honorarios que recibía por los infames servicios que prestaba a sus clientes. Tellman nunca lo había detenido, por lo que entre ambos no existía enemistad, incluso había una buena relación a la que en estos momentos podía apelar.

Pricey, que había pasado toda la noche fuera, aún dormía cuando Tellman llamó a su puerta. Sus aposentos estaban al final de una estrecha escalera que partía de un patio tranquilo, con los adoquines rotos. Si su necesidad de ayuda hubiese sido menos apremiante, tal vez Tellman se habría puesto nervioso por estar allí, incluso a plena luz del día y en la calle.

Al cabo de unos minutos, una voz adormilada preguntó desde el interior quién llamaba.

—¡Soy el inspector Tellman! —respondió—. Necesito un favor y estoy dispuesto a pagarlo.

Mostrarse evasivo carecía de sentido; además, no tenía tiempo.

Sonó un pestillo, luego otro y por fin la puerta se abrió lentamente, en medio de un bien engrasado silencio. Pricey estaba de pie, con la camisa de noche a rayas azules y blancas, descalzo sobre el suelo de madera y con un gorro que tapaba casi toda su cabellera negra y lisa. Su rostro era afilado y lúgubre. Al ver que Tellman no llevaba el traje y la camisa blanca habituales, sino prendas en tonos grises poco llamativos, lo miró con más curiosidad.

El policía entró y cerró la puerta. No era la primera vez que estaba allí y conocía el camino que conducía a la cocina. Era el único lugar donde había sillas y, si tenía un poco de suerte, Pricey incluso lo invitaría a una taza de té. El bocadillo de jamón le había dado sed.

—Vaya, no lo esperaba —comentó Pricey, interesado—. Señor Tellman, ¿qué le



trae por aquí a estas horas? Debe de ser algo bueno.

—Lo es —confirmó Tellman y se sentó con cuidado en una silla de madera, que inmediatamente se hundió bajo su peso, pese a ser escaso—. Necesito que encuentres y robes una prueba. Está en casa de alguien que conozco, probablemente en la caja fuerte o en un cajón del escritorio, cerrado con llave.

—¿Cómo sabré que he encontrado lo que busco? —quiso saber Pricey y torció el gesto con expresión dubitativa.

—Eso es lo más difícil —reconoció Tellman—. A lo largo del día de hoy sabré más cosas y te las diré antes de que actúes. Necesito quedar contigo en el lugar adecuado.

Pricey sopesó la situación y observó a Tellman con mirada dura e intensa.

—¿De qué clase de prueba me habla? ¿Por qué se mueve a hurtadillas en lugar de entrar a cogerla como hace habitualmente la policía? ¿Quién la tiene? ¿Para qué la quiere? Me parece que este asunto no es trigo limpio, de lo contrario actuaría de otra manera, aparte de que le saldría más barato. No trabajo gratis. ¿Quién paga? ¿La policía o usted?

Tellman sabía que no podía mentir a Pricey y que si lo intentaba lo ofendería; para él el orgullo era muy importante.

—Sí, es muy peligroso —reconoció sin andarse por las ramas—. No quiero que nadie se entere de que tengo esa prueba y menos aún la policía.

Pricey pareció sorprenderse.

—Señor Tellman, ¿es usted corrupto? ¡Vaya, vaya! Jamás lo habría imaginado. No sabe cuánto me decepciona.

—¡No, no soy corrupto! —espetó Tellman—. Quiero que se la robes a un policía corrupto. Es la prueba de un delito y, mediante la amenaza de utilizarla, ese policía chantajea a alguien para que cometa más atrocidades. Al menos es lo que pienso.

—¿Eso piensa? —Pricey no estaba muy seguro—. Señor Tellman, es espantoso... incluso peor que una extorsión. A mí me parece francamente malvado.

—A mí también. —Tellman pensó en conseguir que Pricey se comprometiera personalmente como incentivo añadido—. Si no me equivoco, tiene que ver con los atentados de Myrdle Street y Scarborough Street.

Pricey soltó una lenta exhalación y blasfemó.

—¡Le aseguro que no le saldrá gratis! —advirtió.

—Esta tarde a las siete tienes que estar en la Dog and Duck. Tarde lo que tarde, espérame. A esa hora dispondré de información para ti. Me encargaré de que el dueño de la casa esté ocupado en otro lugar.

—¿Para qué? ¡Señor Tellman, jamás me ha pillado... al menos no ha podido demostrarlo! ¡Reconozca que es así! —De repente sonrió—. ¡Y no dirá que no lo ha intentado!

—En la Dog and Duck a las siete en punto —repitió Tellman y se puso en pie.

Era más tarde de lo aconsejable; ya debía estar en Bow Street.

Tellman vivió uno de los peores días de su vida profesional, que para entonces ya había cumplido más de dos décadas. Dedicó la mañana a pensar en todas las posibilidades que se le ocurrieron, por muy inverosímiles que pareciesen, para alejar esa noche a Wetron de su casa.

Antes tenía que registrar el despacho de su superior; en el caso de que la prueba estuviese allí, la intervención de Pricey sería innecesaria.

La suerte le sonrió, pues Wetron salió a comer y, antes de irse, le oyó decir que estaría fuera dos horas. Había quedado con un parlamentario para asesorarlo acerca del nuevo proyecto de ley para armar a la policía. A Tellman se le pasó por la cabeza la posibilidad de que el parlamentario en cuestión también formase parte del Círculo Interior y quisiera reclutar más votos de apoyo a Tanqueray.

En cuanto Wetron se marchó, Tellman preparó una explicación por si alguien le preguntaba algo, se dirigió hacia el despacho escrupulosamente ordenado de Wetron y emprendió la búsqueda. Si le hacían alguna pregunta mencionaría el caso de falsificación en el que estaba implicado Jones «el Bolsillo» y su supuesta conexión con el atentado de Scarborough Street. Se trataba de un asunto del que la policía debía ocuparse porque, evidentemente, la Brigada Especial no estaba a la altura de las circunstancias. A la hora de la verdad, sólo una persona le preguntó qué hacía y obtuvo una amplia sonrisa de apreciación cuando dio la respuesta preparada.

—¿Alguien tiene que atrapar a esos cabrones! —exclamó el agente—. ¿Puedo ayudarlo?

—Podría si supiera qué busco —respondió Tellman con el corazón acelerado—. No lo sabré hasta que lo vea.

—Pero ¿tiene alguna idea? —El agente permaneció en el umbral con expresión de curiosidad.

—No estoy muy seguro —repuso Tellman, más o menos sinceramente—. De todos modos, si me equivoco me habré metido en un buen aprieto. Deje que siga con mi trabajo antes de que el superintendente vuelva, ¿de acuerdo?

—¡Por supuesto, adelante! —El policía retrocedió deprisa, ya que no quería correr riesgos.

Tellman volvió a revisar los papeles.

Transcurrieron diez minutos frenéticos hasta que, con dedos temblorosos, levantó una hoja de papel y la leyó. La releyó hasta estar absolutamente seguro. Se trataba de una referencia indirecta a un delito cometido aproximadamente tres años atrás y de una nota según la cual cualquier medida que pudiera adoptarse quedaba pendiente. No había que seguir con el asunto sin instrucciones explícitas de Wetron. Era lo que Tellman buscaba y Wetron lo había dejado donde pudiera encontrarlo, no demasiado accesible, sino con la suficiente dificultad como para merecer el esfuerzo y no levantar sospechas. Tal como Pitt suponía, la prueba estaría en casa de Wetron.

Los hechos habían tenido lugar tres años antes en una casa de huéspedes cercana

a Marylebone Road. Figuraba la dirección. Por fin tenía algo concreto que transmitir a Pricey.

A continuación debía encontrar la manera de alejar a Wetron de su casa.

Tellman abandonó el despacho y al salir cerró la puerta. Se sorprendió al ver que tenía las manos empapadas en sudor y notar los latidos del corazón en las orejas. Recorrió rápidamente el pasillo hasta la escalera y se dirigió hacia su pequeño despacho. Se sentó sin tenerlas todas consigo y reflexionó.

¿Qué podía ser irresistible para Wetron? Tellman necesitaba que permaneciese fuera toda la noche o, al menos hasta las tres o las cuatro de la madrugada, a fin de que Pricey pudiera encontrar la prueba. Por encima de todo, Wetron deseaba la aprobación del proyecto para armar a la policía. Era la clave de su plan. ¿De qué manera podía utilizarlo en su favor? Algunas ideas revolotearon por su cabeza, pensamientos incoherentes, fragmentos, nada inteligible. ¿Qué podía ofrecerle a Wetron? ¿Qué lo haría caer en la tentación o lo asustaría? ¿Con qué podía amenazarlo hasta el punto de que se sintiese obligado a resolverlo personalmente? ¿Había alguien que le importase?

Poco a poco la idea cobró forma: deseo y miedo entrelazados. De todos modos, necesitaría ayuda. Alguien debía correr peligro, alguien que Wetron necesitara y al que no pudiese sustituir. Tanqueray no contaba. Si lo mataban otro defendería el proyecto. Se convertiría en mártir. ¡Su muerte incluso podría resultar rentable!

Edward Denoon. Era un hombre poderoso, único, el principal defensor público del proyecto y con un periódico que leía casi toda la gente influyente del sur de Inglaterra.

¿Quién podía amenazar a Denoon? Los enemigos del proyecto. Voisey era el más evidente. ¿Qué complacería más a Wetron que pillar a Voisey cometiendo un delito?

Tellman se puso en pie. Debía hablar con Pitt o con Narraway, con alguien que lo hiciese creíble. Wetron tenía que aceptar el plan y sentirse obligado a ayudar a ponerlo en práctica.

Dio resultado, al menos aparentemente. Hacía buen tiempo, la brisa agitaba las hojas de los árboles y el olor a humo de la chimenea impregnaba el aire. Poco después de medianoche Tellman estaba junto a un coche de caballos. El vehículo estaba detenido a veinte metros de la casa de Denoon; cualquiera que echase un vistazo habría pensado que Tellman era un cochero que esperaba a un cliente. Wetron se encontraba en la acera y hablaba con uno de sus efectivos, como si fueran dos caballeros que daban un paseo a última hora mientras charlaban. Llevaban más de una hora de espera y comenzaban a impacientarse.

Tellman no dejaba de mirar hacia la casa de Denoon, con la esperanza de ver algún indicio de que Pitt había cumplido su palabra. No conseguiría que su superior se quedara mucho más y, por decirlo con delicadeza, intentar explicar por la mañana

lo sucedido sería, en el mejor de los casos, incómodo.

Un perro empezó a ladrar. Wetron se sentó. Tellman, que se encontraba junto a la cabeza del caballo, deseó con todas sus fuerzas que sucediera algo.

Los segundos transcurrieron. El animal golpeó el suelo con las patas y bufó ruidosamente.

Wetron se volvió cuando vio que una figura se movía en la otra acera, sigilosa como una sombra, y se deslizó por los escalones que bajaban hasta la entrada de servicio de la casa de los Denoon. Pasaron cinco segundos, luego diez y Wetron lanzó la orden de actuar.

—¡Todavía no! —exclamó Tellman tajantemente y en tono agudo.

¿Se había pasado de la raya diciéndole a Wetron que Voisey se proponía matar a Denoon? Lo aterrorizó la posibilidad de que el hombre que se movía entre las sombras fuese Pitt y de que Wetron lo arrestara.

—No podemos esperar —afirmó Wetron con furia—. Podría entrar y colocar una bomba. Sólo disponemos de unos minutos. ¡Vamos!

Wetron se dispuso a cruzar la calle, sus pisadas resonaron en los adoquines y el policía que lo acompañaba le pisaba los talones.

Tellman se apartó del caballo, persiguió al agente y en cuatro zancadas lo alcanzó.

—¡Vaya por allá! —ordenó y señaló el otro lado de la casa de Denoon—. Si entró por la parte trasera saldrá por allí. —El policía dudó y, a la luz espectral de las farolas, su rostro reveló una expresión de sobresalto e indecisión—. Tenemos que cogerlo —insistió Tellman—. Si ha colocado una bomba tenemos que averiguar dónde está.

—¡No lo dirá!

—¡Puede estar seguro de que lo dirá si lo llevamos de regreso a la casa! —Tellman lanzó una maldición—. ¡Adelante! —añadió y le asestó un ligero empujón.

Repentinamente el agente comprendió la situación y cruzó la calle corriendo hasta el otro extremo de la casa de Denoon.

Tellman alcanzó a Wetron, que había llegado a la entrada y se disponía a bajar los escalones. El sargento siguió sus pasos.

—¡Aquí no hay nadie! —espetó Wetron—. Ha debido de entrar y cerrar la puerta. Tellman, hemos tardado demasiado.

Era imposible que en tan poco tiempo Pitt hubiera hecho saltar la cerradura, por lo que no podía estar dentro. Seguramente había rodeado la casa.

—Señor, en ese caso lo cogeremos en el interior —propuso Tellman—. Es imposible que ya haya colocado la bomba. Lo atraparemos con las manos en la masa. Será el argumento más convincente que se presente a favor del proyecto parlamentario. Se trata de una ofensa mucho peor que la de Scarborough Street.

Wetron lo miró y durante unos instantes su rostro brilló de expectación. Se ensombreció en cuanto la cautela volvió. Estaba a menos de un metro de distancia y la luz de la farola, reflejada en las ventanas de la cocina, creaba la apariencia de que

se encontraban incluso más cerca. Tellman notó que le temblaba el cuerpo, como si los latidos del corazón fuesen tan violentos que lo asfixiaban. ¿Se había dado cuenta Wetron de su treta? ¿Se había ocupado ya de que alguien detuviera a Pricey? ¿Había permitido intencionadamente que Tellman lo condujese hasta allí?

—¿Quiere entrar por aquí o prefiere la puerta principal? —preguntó Tellman con voz ronca.

—Por la puerta principal —contestó Wetron—. Nos llevará toda la noche despertar a los que están aquí.

Pasó junto a Tellman, subió los escalones y estuvo a punto de tropezar en la penumbra.

El agente estaba en el otro extremo de la casa, por lo que casi no se le veía. Si salía por allí desde el fondo, tal vez pillaría a Pitt, pero no había forma de avisarle. A Tellman le dolía el cuerpo a causa de la tensión, el miedo había formado un nudo en la boca de su estómago y respiraba con grandes bocanadas.

Wetron llegó a la puerta principal, accionó el tirador del timbre, aguardó varios segundos y volvió a accionarlo.

Transcurrieron casi cinco minutos hasta que apareció alguien; para entonces Wetron estaba que trinaba.

—Dígame, señor —musitó fríamente el lacayo.

—Soy el superintendente Wetron. En la casa hay un intruso que probablemente pretende colocar una bomba. Avise de inmediato al personal, cierre las puertas con llave y pida a las mujeres que se reúnan en la habitación del ama de llaves. ¡He dicho inmediatamente! ¡No se quede quieto como si fuera tonto! ¡Podrían volar por los aires!

El lacayo palideció y miró a Wetron como si apenas comprendiera el sentido de sus palabras. Éste pasó a su lado y Tellman lo siguió. El vestíbulo era grande y las lámparas de gas estaban apagadas, salvo la que el lacayo probablemente había encendido para llegar hasta la puerta. Tellman apenas veía a dónde iba y se golpeó la espinilla con una mesa oriental baja mientras se disponía a encender las luces principales.

El superintendente recorrió lentamente la estancia, en busca de indicios de que algo no estuviera donde correspondía. Todo se encontraba exactamente como cabía imaginar: el biombo chino de seda bordada, el tiesto con el bambú decorativo, el reloj de caja y las sillas. Nada se movió. No se oyó sonido alguno. Aunque aguzó el oído, Tellman ni siquiera oía el crujido de la madera. Tenía la esperanza de que Pitt hubiese saltado el muro del fondo y estuviera muy lejos.

—¡Despierte a todos! —ordenó Wetron al lacayo en tono grave y tenso—. Ante todo, eche el cerrojo a la puerta principal. ¡Si ese hombre ha colocado una bomba me ocuparé de que permanezca aquí dentro, con nosotros!

—Sí, se... señor —tartamudeó el lacayo, que se movió nerviosamente.

Wetron se volvió hacia Tellman.

—¡Empiece por allí! —Señaló una de las grandes puertas de caoba con el dintel tallado—. Encienda todas las luces. Descubriremos a ese hombre.

—El gas, señor —dijo Tellman e intentó fingir que estaba asustado—. Si hay una explosión... —No acabó de expresar la espantosa posibilidad a la que supuestamente se enfrentaban.

—Inspector, una explosión del gas que contienen las tuberías sería suficiente para llevarnos al más allá —replicó Wetron—. Entre y encuentre al intruso antes de que pueda encender la mecha.

Las dos horas siguientes fueron las mejores y las peores de la vida de Tellman. Despertaron a todos los criados y, por supuesto, a Edward y a Enid Denoon. Piers Denoon salió del dormitorio frotándose los ojos, confundido y bastante ebrio. Parecía incapaz de comprender cuando Wetron le explicó que alguien había entrado en su casa para colocar dinamita.

Todos se asustaron. Algunas criadas jóvenes lloraron, la cocinera se mostró muy ofendida y hasta los criados se alarmaron visiblemente. El mayordomo se puso tan nervioso que derribó un florero, que cayó estrepitosamente y produjo el mismo sonido que un disparo, por lo que la aprendiz de criada, de trece años, se puso a gritar hasta que se desmayó.

Obviamente, no aparecieron ni el intruso ni el dispositivo explosivo. A las tres de la madrugada Wetron, pálido de furia y profundamente desconcertado, abandonó la casa, no sin antes dejar de guardia en la puerta a Tellman y al agente. Le produjo cierta satisfacción subir al coche al tiempo que comenzaba a llover y ver que sus hombres tiritaban de frío y de agotamiento mientras se alejaba, pero eso no era nada comparado con su sentimiento de ridículo.

Cuando regresó por fin a su alojamiento, Tellman tenía tanto frío que no sentía las manos ni los pies. La lluvia ligera había vuelto resbaladizas las aceras, y las cunetas, húmedas y negras, brillaban. Pricey lo estaba esperando. Parecía estar calentito, satisfecho de sí mismo y apenas se había mojado los hombros y la parte superior de la gorra.

—Lo he seguido —explicó al ver el mojado aspecto de Tellman y su expresión de contrariedad—. Señor Tellman, no lo veo muy contento. ¿Ha pillado a alguien?

—¡He estado ocupado asegurándome de que no te detuvieran! —repuso bruscamente—. ¿Has encontrado algo?

—Ah, sí. Sí, ya lo creo. —Pricey se frotó las manos—. He dado con información muy valiosa. Podríamos decir que la casa no está mal, aunque para mi gusto es demasiado nueva. Prefiero las viviendas viejas, cargadas de historia.

—¿Qué has encontrado?

—Declaraciones, señor Tellman. La confesión de la violación de una joven. No era una buena chica, pero tampoco era mala. Por lo visto la situación se desmadró.

Han conseguido hacer callar a todos los testigos. Habría sido un escándalo sonado, pero nadie hizo nada. Por decirlo de alguna manera, el asunto se tapó.

—¿Quién lo tapó?

—Señor Tellman, si quiere saberlo tendrá que pagar. Tendrá que apoquinar para saber quién lo hizo, quién lo sabe y quién calla.

Tellman tiritaba.

—Entra —ordenó y se volvió hacia la puerta. Al llegar a su habitación se dirigió al cajón en el que guardaba el poco dinero del que podía prescindir—. Es todo lo que tengo, Pricey. —Le ofreció diez monedas de oro. Detestaba tener que dárselas y, si hubiera habido otra opción, se las habría quedado, pero si Pricey había encontrado algo para acabar con Wetron merecía la pena pagar—. Ante todo quiero verlas.

—¿Sólo diez libras? —Pricey miró las monedas entusiasmado—. Señor Tellman, ¿es su propio dinero? Veo que realmente desea conseguir estas pruebas.

—Pricey, algún día necesitarás un amigo, incluso aunque no sea yo quien vaya detrás de ti para detenerte. Te aseguro que soy mejor amigo que enemigo.

—Señor Tellman, ¿me está amenazando? —preguntó Pricey, indignado.

—Este asunto es demasiado importante para jugar —repuso Tellman con gran seriedad—. Puedo ponértelo fácil o difícil. Pricey, ¿somos amigos o enemigos?

Pricey se encogió de hombros.

—Supongo que diez libras limpias son mejores que veinte sucias. Aquí tiene. —Le entregó los papeles—. Dígame, ¿de quién es la casa? ¿Me lo contará o no?

—Pricey, es mejor que no lo sepas, podría darte pesadillas.

Tellman miró los papeles que Pricey le había entregado y los desdobló con cuidado. El primero era la declaración de un testigo acerca de una muchacha que coqueteaba y que a continuación fue violada por un joven demasiado borracho y arrogante como para admitir una negativa. La escena era absurda, violenta y horrible.

La segunda hoja era la confesión de una violación; los detalles ponían de manifiesto que se trataba del delito descrito en la hoja precedente. Estaba firmada por Piers Denoon; la firma del testigo era de Roger Simbister, superintendente de la comisaría de Cannon Street.

—Gracias, Pricey —declaró Tellman sinceramente—. Te lo advierto por tu propio bien: borracho o sobrio, será mejor que jamás menciones este asunto.

—Señor Tellman, le aseguro que sé controlar la lengua.

—Más te vale, Pricey. Has robado estos papeles de la casa del superintendente Wetron. No lo olvides y recuerda también lo que supondrá para ti si alguna vez se enteran.

—¡Dios del cielo! Señor Tellman, ¿en qué lío me ha metido? —Pricey se puso terriblemente pálido.

—Pricey, tienes diez libras y mi agradecimiento. Haz el favor de largarte y ocuparte de tus asuntos. Anoche estuviste en tu cama, durmiendo, y no sabes nada de nada.

—¡Por mi vida que no sé nada! —aseguró Pricey—. No se lo tome como algo personal, pero me parece que no quiero volver a verlo jamás.

Pitt sostenía el documento y supo que empezaba a entenderlo todo. Estaba en la cocina de su casa, donde había permanecido desde que había vuelto de la residencia de Denoon. Había pasado al menos la mitad del tiempo deambulando de un lado a otro, profundamente preocupado por Tellman.

—Piers Denoon —musitó lentamente—. Probablemente, Wetron lo chantajeó para que proporcionase fondos a los anarquistas y le comunicara a él sus actividades. Como no consiguió que Magnus Landsborough colocara bombas en calles donde morirían inocentes, se encargó de que Piers lo asesinara para que otro asumiera el mando, alguien que hiciese lo que Wetron ordenara. —Levantó la cabeza—. Gracias, Tellman, ha estado fenomenal.

Tellman se dio cuenta de que se ruborizaba. Pitt no era pródigo en alabanzas, pero pese a su habitual modestia sabía que había actuado bien. Había tenido miedo. Todavía se estremecía cuando recordaba que Wetron había dedicado la noche a perseguir a un terrorista inexistente y a sacar de la cama a Edward Denoon y al resto de los habitantes de la casa para nada. Era un placer que tal vez le costaría muy caro. No le había contado a Pitt cómo se había desarrollado la situación. Tal vez debía hacerlo entonces, mientras el placer seguía intacto.

Pitt lo vio sonreír.

—¿Qué le pasa? —preguntó serenamente, aunque su mirada risueña daba a entender que lo sabía.

Al final y con pocas palabras Tellman le refirió los acontecimientos de la noche.

Pitt rio. Al principio fue un sonido tenso y algo agudo a causa del nerviosismo; cuando Tellman le contó los gritos de la aprendiz de criada, el enfado de la cocinera y el terror y la torpeza del mayordomo, Pitt se echó a reír. Rieron tan fuerte y con tanta alegría que ninguno de los dos se dio cuenta del ruido ni oyeron que Gracie se acercaba a la puerta, con el pelo recogido en una cofia limpia y el delantal puesto para limpiar el fogón.

Se disculparon como críos a los que se pilla haciendo una travesura y permanecieron obedientemente sentados mientras Gracie volvía a encender el fogón y calentaba agua para el té.

Eran casi las ocho y media cuando por fin Tellman se fue a trabajar, con ojeras de cansancio pero con un buen desayuno entre pecho y espalda. Pitt pensó qué le contaría a Charlotte y qué haría durante la jornada. Ya había decidido que debía entregar inmediatamente la prueba a Narraway. No permitiría que permaneciese ni siquiera una hora más en su casa, donde se encontraban su esposa y sus hijos. Luego visitaría a Vespasia; tenía muchas cosas que preguntarle, algunas muy dolorosas.



—Fantástico —declaró Narraway con profunda satisfacción y miró a Pitt tras leer los documentos. Iba elegantemente vestido, pero estaba pálido—. Su actuación ha sido extraordinaria, pero ahora Wetron es más peligroso que nunca. Sabrá que Tellman planeó el robo de los papeles y la engorrosa situación que vivió anoche no debió de resultarle nada divertida. Jamás olvidará lo que le han hecho.

—Ya lo sé —reconoció Pitt. En esos momentos temía por Charlotte y ya no lo asustaban las amenazas de Voisey, sino las de Wetron. También estaba preocupado por Tellman, que era el causante del desconcierto de Wetron en casa de Denoon. Y el hecho de que el propio Pitt fuera testigo de todo no hacía más que echar leña al fuego—. Debemos acabar inmediatamente con él... —Notó el apremio en su voz—. ¿No podemos detenerlo hoy mismo?

El rostro de Narraway mostraba diversas emociones.

—Pitt, por si acaso enviaré a uno de mis hombres a su casa... armado. No puedo hacer nada para proteger a Tellman. ¿Me equivoco si pienso que Piers Denoon es quien mató a Magnus? —Apretó los labios—. Su propio primo... Me gustaría saber si realmente lo odiaba o si sólo se trata de otra consecuencia del chantaje. La prueba de la violación relaciona a Piers con Simbister y a éste con Wetron, pero es imprescindible conectarla con los atentados antes de proceder a las detenciones. ¡O, para decirlo con más exactitud, antes de que los policías se arresten entre sí!

—Con esto es suficiente —insistió Pitt—. Condena a ambos y a Piers Denoon. Tiene sentido. —El peligro que Tellman corría le preocupaba mucho. ¡Wetron no pararía hasta crucificarlo! A esas alturas ya sabría que los papeles habían desaparecido y que Tellman era el responsable, por mucho que hubiese pagado a un tercero para que llevara, a cabo el robo—. Simbister es el dueño del *Josephine*, en el que guardaban la dinamita, y Grover trabaja para él. El círculo de las pruebas se ha cerrado.

Narraway parecía cansado e impaciente.

—¡Pitt, este trabajo es peligroso! —declaró en tono áspero—. ¿Alguna vez ha practicado la caza mayor?

—No, claro que no.

La sonrisa de Narraway era amarga.

—Hay algunos animales a los que sólo se les puede disparar una vez, de modo que es necesario asegurarse de que el disparo es mortal. Si sólo lo hiere, el animal se revuelve y puede destrozarle, aunque después muera. Wetron es uno de esos animales.

—¿Se ha dedicado a la caza mayor?

Narraway lo miró a los ojos.

—Sólo de la bestia más peligrosa que existe: el ser humano. No tengo nada contra los animales ni me interesa colgar sus cabezas de las paredes de mi casa.

Después de ese comentario Pitt pensó que Narraway le caía mejor.

—¡Sí, señor!

Pitt hizo una breve visita a Vespasia; sólo se quedó el tiempo imprescindible para contarle los acontecimientos de la víspera. La mujer respondió con una mezcla de satisfacción y pena, pero también temía que se produjesen nuevas tragedias. De todos modos, no quiso decirle de qué naturaleza suponía que serían ni a quién afectarían, pese a que Pitt tuvo la certeza de que su tía lo sabía.

Abandonó la casa de Vespasia y se dirigió a St. Paul, donde a mediodía se reunió con Voisey junto al sepulcro de John Donne, el gran pastor, abogado, filósofo, aventurero y poeta isabelino y jacobino. Como siempre, Voisey apenas habló. Un vistazo a la expresión de agotamiento de Pitt, la celeridad de su paso y que llegase diez minutos antes de lo previsto le quitó todo deseo de exhibirse después del primer comentario.

—A los once años ingresó en Oxford. ¿Lo sabía? —preguntó con ironía—. Tiene muy mal aspecto. ¿Ha vuelto al lugar del atentado?

—No —contestó Pitt quedamente, que hablaba en voz baja para que no lo oyese la pareja de ancianos que al pasar rindió homenaje a Donne—. He pasado en vela casi toda la noche. Llevé a cabo una maniobra de distracción para que, de acuerdo con sus consejos, cierto ladrón cogiera de casa de Wetron la prueba decisiva.

A Voisey se le iluminó la cara y abrió mucho los ojos.

—¿De qué se trata?

Su voz reveló tal impaciencia que la pareja de ancianos se volvió. Es posible que el hombre estuviera en mitad de la cita más famosa de Donne: «No preguntes por quién doblan las campanas...».

«Están doblando por ti». Pitt concluyó mentalmente la estrofa.

—Exactamente lo que usted suponía —replicó y su tono fue poco más que un susurro.

—¡Por amor de Dios! —espetó Voisey—. ¿Quién?

—Piers Denoon. Por una vieja acusación de violación.

Voisey exhaló un suspiro como si por fin se hubiera deshecho un nudo largamente estrechado.

—¿Es suficiente?

—Casi. Necesitamos demostrar todas las implicaciones. Hemos conectado la dinamita con Grover y a éste con Simbister a través de la confesión de Denoon, así como a Simbister con Wetron, aunque podría negarlo. Podría decir que acaba de encontrar la prueba y que se proponía tomar medidas en cuanto estuviera seguro. De esta forma, Simbister sería destituido y Wetron se limitaría a sustituirlo.

—¡Comprendo, comprendo! —exclamó Voisey con impaciencia—. Debemos relacionar a Wetron con el chantaje a Piers Denoon para que no pueda escapar. Si es quien disparó a Magnus Landsborough, puede acusar a Denoon de asesinato. Declarará encantado que lo chantajearon para que lo hiciera. ¿Los documentos están

a salvo? ¿Dónde? ¡No los tendrá en su casa!

—Sí, están a salvo —contestó Pitt sombríamente. Una ligera sonrisa demudó el rostro de Voisey ya que, en realidad, no esperaba respuesta a esas preguntas—. Utilice sus viejas conexiones del Círculo. Necesitamos la prueba rápidamente. Wetron sabe que los papeles están en nuestro poder.

La sonrisa se hizo más amplia.

—¿Lo sabe? Cuánto lamento no haber visto lo que ocurrió. —Su tono revelaba pesar y ansias de venganza: no bastaba con que se lo contaran, deseaba paladearlo.

Pitt experimentó una ligera sensación de repugnancia. Un estremecimiento recorrió su cuerpo, pero no había más remedio que trabajar con Voisey y no tenía sentido pensar en ello, como si pudiera librarse de hacerlo.

—Use hoy mismo sus contactos. Encuentre la prueba de que Wetron estaba enterado de la violación y la utilizó para obligar a Denoon a financiar a los anarquistas y asesinar a Magnus Landsborough —pidió Pitt.

El parlamentario se humedeció los labios. Fue un gesto lento y delicado y lo realizó sin darse cuenta.

—De acuerdo —accedió y miró a Pitt—. Ya sé a quién abordaré. Todavía me quedan algunas deudas por cobrar. ¿Tiene teléfono? Claro que sí. No se aparte del teléfono a partir de las cuatro de la tarde. Está en lo cierto, no hay que perder un minuto más. —Se encogió ligeramente de hombros—. ¡Por el bien de Tellman!

Pitt le dio su número de teléfono, se volvió y se alejó arrastrando los pies antes de ceder al impulso de golpear el rostro complacido de Voisey. Sabía que estaban a punto de lograrlo, pero también que todo podía torcerse. Voisey podía traicionarlo y acabar con Wetron y Simbister gracias a las pruebas; desacreditar a Edward Denoon a través de su hijo y rescatar lo suficiente de las cenizas como para volver a ocupar su puesto en el Círculo Interior. Tal vez incluso podría aprovechar para sus propios fines el proyecto presentado en el Parlamento. Pitt no podía hacer nada para impedirlo. Él lo sabía y en la mirada de Voisey vio que él también. Voisey saboreó aquel momento como si fuera un coñac de cien años: aspiró el aroma y dejó que embriagase sus sentidos.

A las cuatro en punto Pitt estaba en casa y se dedicó a esperar; andaba de un lado a otro y se sobresaltaba al menor sonido. Charlotte lo observaba. Gracie iba de aquí para allá con la fregona y mascullaba, porque sabía que existía un peligro pero nadie le había explicado de qué se trataba. Hacía dos días que no veía a solas a Tellman. El señor Pitt había comentado que Tellman se había comportado con extraordinario valor e inteligencia pero no se explicó, ni siquiera con su esposa.

A las cinco tomaron el té, lo bebieron deprisa pese a que estaba demasiado caliente, les apetecía comer pastel pero al final no lo probaron.

Eran las seis menos cuarto cuando por fin sonó el teléfono. Pitt fue corriendo al

pasillo y descolgó el auricular.

—Dígame.

—¡La tengo! —exclamó Voisey, triunfal—. Pero alguien ha avisado a Denoon. Se ha ido al embarcadero. Venga tan rápido como pueda. A la escalera de King's Arms, en Isle of Dogs, a la altura de Rotherhithe por el sur. Está en Limehouse Reach...

—¡Ya sé dónde está! —lo interrumpió Pitt.

—¡Venga ahora mismo! —lo apremió Voisey—. Venga tan rápido como pueda. Me adelantaré. Si lo perdemos habremos fracasado.

—Allá voy. —Pitt colgó y al volverse vio que Charlotte y Gracie no le quitaban ojo de encima—. Me voy a la escalera de King's Arms, en Isle of Dogs, para coger a Piers Denoon antes de que escape. Wetron ha debido de ponerlo sobre aviso.

Comenzó a caminar hacia la puerta.

—¡No puedes detenerlo! —gritó Charlotte—. Ya no perteneces a la policía. Permíteme hablar con...

—¡No! —gritó Pitt y se volvió para mirar a su esposa—. ¡No hables con nadie! No sabes en quién confiar. Díselo a Narraway si logras dar con él. Pero ¡a nadie más!

Charlotte movió afirmativamente la cabeza. Su expresión demostraba que sabía que ni siquiera debía intentar ponerse en contacto con Tellman. Pitt la besó tan rápido que apenas fue un roce; salió de casa y corrió hasta la esquina. Llamó al primer coche que se cruzó en su camino.

—¡A Millwall Dock! —ordenó al cochero—. Y de ahí a la escalera de King's Arms. ¿Sabe dónde está?

—Sí, señor.

—¡Vaya tan rápido como pueda! ¡Se lo compensaré!

—¡Agárrese!

El coche, avanzó a toda velocidad a medida que caía la tarde. Pitt se agarraba con todas sus fuerzas cuando giraban en las esquinas para dirigirse hacia el sur, a Oxford Street. Se abrían paso en medio del tráfico que iba hacia el este; el cochero no dejaba de gritar. Después de Oxford Street pasaron por High Holborn, Holborn Viaduct, Newgate Street y después Cheapside. En el cruce de Mansion House reinaba el caos. Dos coches estaban enganchados rueda con rueda.

El cochero se detuvo. La impaciencia consumía a Pitt. A su alrededor la gente chillaba y los caballos se encabritaban y relinchaban.

A continuación pareció que volvían atrás y bajaron por King William Street hacia el río.

—¡Por aquí no podrá pasar! —gritó Pitt furioso—. ¡Se encontrará con la torre!

El cochero gritó algo que no entendió. La noche llegó rápidamente y empezó a caer una lluvia brumosa. Volvieron a ganar velocidad, pero no serviría de nada. No podrían atravesar el impresionante bastión de la torre de Londres, construida ocho siglos antes por Guillermo el Conquistador.

Volvieron a girar y se dirigieron hacia el norte. ¡Claro! Irían por Gracechurch

Street, Leadenhall Street y, a través de Aldgate y Whitechapel, hacia el este. Pitt apoyó la espalda en el asiento, tragó saliva e intentó serenarse. Aún les quedaba bastante distancia por recorrer. Seguía lloviendo y la superficie del camino brillaba por las luces de los vehículos y las farolas. El chapoteo y el siseo de las ruedas prácticamente anulaba el repiqueteo de los cascos de los caballos.

Al final, casi en medio de la oscuridad, se detuvieron en la escalera de King's Arms. Casi en el acto, la alta figura de Voisey salió de la penumbra y su negrura compacta se perfiló contra el brillo cambiante del río, a la vez que las luces de posición de los barcos jugueteaban en las ondas de la marea, a su espalda.

Pitt se apeó de un salto y entregó el dinero al cochero, probablemente el doble de lo que le debía por la carrera. Le dio las gracias y siguió a Voisey por el muelle hasta el borde del río.

—Está en esa barcaza —comentó Voisey con voz ronca—. Se ha ocultado allí. Se lo llevarán con el cambio de la marea... dentro de aproximadamente veinte minutos. —Señaló hacia el río—. Tengo un bote que me ha dejado uno de los barqueros. No es gran cosa, pero nos permitirá llegar hasta donde está.

Voisey comenzó a bajar por la oscura escalera y se equilibró apoyando una mano en el muro del terraplén.

Pitt distinguió la estructura negra de un bote que flotaba en el agua y el cabo chorreante que lo sujetaba a la anilla de las piedras. Los remos estaban desarmados... expectantes.

Voisey subió a bordo y ocupó el lugar del remero. Pitt desató el cabo, se lo enroscó en el brazo y saltó a popa. El político armó los remos, los introdujo en los escálamos y se apoyó en ellos con todas sus fuerzas.

Se internaron en la marea, se deslizaron un instante, se enderezaron, giraron hacia el otro lado y aguardaron el oleaje de frente con los remos hundidos. Voisey se echó hacia delante y hacia atrás; por fin encontró el ritmo y empezaron a navegar a toda velocidad.

Voisey aflojó cuando llegaron a la barcaza y volvió a colocar los remos a bordo. Pitt se incorporó con cuidado y se equilibró para estirarse antes de llegar a la barca. Tenía que evitar el choque con el casco, lo que alertaría a quien estuviese en la barcaza. Piers Denoon no debía de estar solo. Extendió los brazos y se cogió a la borda. Saltó, rodó, aterrizó sin dificultades, se puso en pie y finalmente, por si alguien vigilaba, se arrodilló para no ser visto. Llevaba una porra en el bolsillo y en ese momento lamentó que no fuera una pistola. Afortunadamente, Voisey lo acompañaba y estaba tan interesado como él en atrapar a Denoon. Voisey era un hombre corpulento y ambos eran musculosos e implacables.

Pitt avanzó sigilosamente y divisó la escotilla iluminada. Allí sólo había un hombre de pie. Parecía rondar los veinte años y era esbelto y anguloso. Tras él se veía la sombra de otro individuo, más corpulento y ligeramente inclinado hacia delante. Por lo que Pitt pudo ver no estaba armado.

No quería golpear al más joven, de modo que le rodeó el cuello y lo echó hacia atrás. Sobresaltado, el otro se incorporó.

Hubo movimientos en la cubierta. Pitt se volvió para buscar al parlamentario con la mirada, pero se topó con un hombretón con una gorra de lana. Más allá, el bote en el que viajaba Voisey se alejaba y emprendía el regreso hacia la escalera. Por fin le había traicionado, precisamente en el único momento en el que Pitt no lo esperaba.

Pitt vio que el bote se deslizaba por el agua; tuvo un ataque de cólera que casi lo dejó sin respiración. ¡Había cometido un increíble y fatal error! ¿Qué era lo que se le había escapado? Voisey tenía tantas ganas como él de que detuviesen y acusaran a Piers Denoon. Era la conexión definitiva entre Wetron y los atentados. Era la prueba innegable de la corrupción policial.

El hombretón de cubierta se aproximó y se agazapó ligeramente, como si se dispusiera a golpearlo.

—¡Mike, apártate de mi camino! —espetó al joven rubio que intentaba zafarse de la llave de Pitt.

Pitt sólo podía ver a otra persona: el hombre mayor que se encontraba en la cabina.

¿Por qué había creído a Voisey cuando dijo que Piers Denoon estaba allí? Se lo había tragado porque se había acostumbrado a creerle. Se había dejado llevar por las prisas de la persecución y la expectativa del triunfo y había olvidado lo que era y siempre había sido Voisey. ¡Hasta cabía la posibilidad de que supiese dónde estaba Piers Denoon!

El hombretón se detuvo, momentáneamente confundido al ver que Pitt sujetaba al joven por la parte delantera del cuello, pero el respiro fue efímero. El otro subía los peldaños con una barra de hierro en la mano.

La única posibilidad que tenía el policía era retroceder y saltar por la borda con la esperanza de no golpearse con los palos sueltos y las cajas que había en cubierta o con cualquier cosa que flotase en el agua. Tenía muchas probabilidades de ahogarse. Estaba a treinta metros de la orilla y la corriente era fuerte y arrastraba hacia el mar. El agua estaba fría y llevaba botas y chaqueta. Tendría suerte, muchísima suerte, si conseguía llegar a la orilla sin darse con las barcas que se desplazaban río abajo y con las que podía chocar, perder el sentido, enredarse y acabar en el fondo del río. Bastaba con que se enganchara un trozo de la ropa con un palo o un madero medio sumergido y no tendría salida, sería arrastrado.

Retrocedió con mucho cuidado, arrastrando consigo al joven, que seguía forcejeando, soltando patadas e intentando arañarlo. Pitt pagaba el precio de su profunda estupidez. Narraway, Charlotte e incluso Vespasia se lo habían advertido. ¿Por qué Voisey había corrido el riesgo de que Charlotte utilizase las pruebas que inculpaban a la señora Cavendish? ¡Porque si las empleaba no tendría con qué defenderse a sí misma ni a los niños! Ese pensamiento le revolvió las entrañas hasta convertirse en un dolor físico.

—¡Salte!

El sonido lo sobresaltó tanto que tropezó, trastabilló, cayó hacia atrás, levantó del

suelo al hombre que sujetaba del cuello y finalmente lo soltó. Cayeron juntos en el preciso momento en que el hombretón se lanzaba al ataque, golpeaba la vela recogida y dejaba escapar un chillido de dolor.

—¡Salte!

En esta ocasión Pitt se puso torpemente en pie y se arrojó por la borda. Cayó en un pequeño bote de remos, que se balanceó tanto que entró agua. Por suerte el hombre que manejaba los remos logró enderezarlo, aunque con considerable esfuerzo.

—¡Estúpido zoquete! —exclamó, aunque no muy enfadado—. Permanezca agachado por si alguno de ellos lleva pistola.

El hombre empezó a remar, se dirigió hacia el centro del río y se alejó de las luces. Maniobró entre los barcos anclados en medio de la corriente y se fue hacia la otra orilla. Pitt se enderezó sin incorporarse y, en cuanto quedaron fuera del alcance de las luces, se sentó en la popa.

—Muchas gracias —dijo, aunque no sabía si en realidad estaba mejor que antes.

—Ya me lo cobraré —replicó el desconocido—. Lo habría dejado donde estaba si no supiera que es la única persona con verdaderas posibilidades de impedir el proyecto de armar a la policía.

Aunque maltrecho e incómodo, Pitt se alegró enormemente de no estar en el agua.

—Y usted, ¿quién es?

—Me llamo Kydd —respondió el hombre y gruñó a medida que remaba.

—Fue una suerte que pasara por aquí. —Pitt intentó respirar con serenidad y calmar los latidos de su corazón. El aire le humedeció la piel—. ¿Es usted barquero o farero?

—Soy anarquista —replicó Kydd en tono irónico y con el rostro hundido en la oscuridad—. No estoy aquí por casualidad. Mi trabajo consiste en saber lo que ocurre. Si no intentara poner freno a la corrupción policial, le aseguro que habría dejado que lo matasen pero, como suele decirse, la política hace curiosos compañeros de cama... ¡incluso ha hecho una pareja tan rara como la formada por Charles Voisey y usted! Cometió usted un error. Supongo que a estas alturas ya se habrá dado cuenta.

Daba la sensación de que se aproximaban a la otra orilla, ya que Kydd viró el bote para colocarse de popa frente a la escalera. De todos modos, Pitt sólo veía la negrura de los muelles y los almacenes sin luz. Debían de estar más abajo de la Dog and Duck, pues en ese caso verían las luces de la taberna.

—¿Dónde estamos?

—En la escalera de St. George —contestó Kydd—. Junto al almacén del ferrocarril. Le esperan una corta caminata y un coñac. Después emprenderá el regreso. En su lugar, yo cortaría por Rotherhithe y cogería el transbordador hasta Wapping. Yo no regresaría por el agua hasta un lugar que se encontrase río abajo.

Pitt aceptó el consejo en silencio y pensó en lo que Kydd acababa de decir. Amarraron el bote a una anilla de hierro y subieron por los resbaladizos escalones,



pero la marea apenas había comenzado a cambiar, por lo que se encontraban cerca de la parte más alta. Pitt siguió la oscura figura de Kydd por el embarcadero. El viento era frío, la ligera niebla comenzaba a posarse, las luces se difuminaban y parecía que el aire húmedo pendía en gotitas. Río abajo resonó el penoso lamento de las sirenas de niebla.

Caminaron cerca de diez minutos hasta que, en un callejón todavía próximo al río, Kydd se detuvo, abrió una puerta estrecha y entró en un pasadizo caldeado. Cerró la puerta, colocó la tranca de madera, franqueó otra puerta y llegó a una estancia sorprendentemente cómoda y ordenada. Había tres sillas, una de madera y dos tapizadas; en la más grande parecía haber un sombrero desechado o un par de guantes de piel cogidos entre sí. Al oír los pasos de Pitt aquel bulto se desenroscó hasta mostrar cuatro patas y una cola, bostezó, parpadeó y comenzó a ronronear. Pitt calculó que el minino tenía poco más de tres meses.

Kydd lo cogió con una mano y, distraído, lo acarició.

—El coñac está allí. —Señaló el armario colocado junto a la pared—. Ante todo le daré de comer a *Mite*. Ha estado sola todo el día.

Kydd sacó del bolsillo un poco de carne y lo partió en trocitos. La gatita se lo arrebató casi sin darle tiempo y ronroneó agradecida.

Pitt abrió el armario y vio el coñac, así como varios vasos y copas. Escogió dos, sirvió sendas medidas y reparó en que la botella estaba casi vacía. Bebió su medida de un trago y dejó la otra copa en la mesilla, para Kydd.

—¿Quiénes eran? —preguntó.

—¿Los de la barcaza? —Kydd dejó a la gata en la silla y cogió el coñac—. Probablemente ladrones del río. Pero ¿qué estaba usted buscando allí?

—¿Cómo supo que estaba en el río? —preguntó Pitt intrigado.

*Mite* se afiló las uñas, trepó lentamente por la pierna y por la espalda de Kydd y se colocó sobre su hombro. El hombre hizo una mueca de dolor, pero no la apartó.

—No lo sabía, pero imaginé que Voisey aguardaba a alguien. No fue más que una suposición afortunada.

—¿Se ha dedicado a seguirme?

Kydd se puso muy serio. A la luz, su rostro mostraba unos pómulos altos y ojos azules.

—Quiero averiguar quién asesinó a Magnus. Necesito saber que no fue uno de los nuestros. Pero si lo fue, lo ejecutaré yo mismo.

La situación empezaba a estar más clara.

—Usted forma parte del grupo de Magnus —afirmó Pitt— y es quien ha tomado el mando.

Kydd no parecía impresionado.

—¿Quién asesinó a Magnus? —repitió—. ¿Todavía no lo sabe? Alguien lo traicionó. ¿Fue su padre?

—¿Su padre?

—Vino a buscarlo varias veces. Intentó convencerlo de que volviese al redil y renunciara a sus convicciones. —La expresión de Kydd era de salvaje diversión y en su tono había tanto dolor como cólera. Distráido, levantó la mano y acarició a la gatita, que seguía apoyada en su hombro—. *Mite* era de Magnus —añadió sin que viniera a cuento—. La rescató... o lo rescató. En realidad, no sé si es hembra o macho. Con los gatos es difícil saberlo.

Aquello fue un repentino acto de humanidad, que concedía a Magnus Landsborough una dimensión infinitamente mayor que la de cualquier idealismo. Pitt estaba furioso porque lo habían asesinado para provocar determinada reacción pública y crear el clima que contribuyese a aprobar una ley monstruosa.

—No, no fue su padre —respondió Pitt bruscamente—. Lo único que quería era que Magnus cambiase de parecer. Fue su primo Piers Denoon. Es a él a quien buscaba en la barcaza, quería detenerlo antes de que huyese del país. Desde aquí es fácil bajar por el río y cruzar el canal de la Mancha.

—¿Piers? —Kydd no acababa de creérselo—. ¿Por qué? No tiene sentido. No le creo. —Su mirada era brillante y metálica.

—¿Tal vez porque les proporcionaba fondos? —preguntó Pitt.

—Si usted piensa eso, también sabrá por qué no le creo. ¿Por qué motivo mataría a Magnus?

Kydd apartó a *Mite* de su hombro y tomó asiento en la silla.

—Por el mismo motivo por el que hizo todo lo demás que tiene que ver con la anarquía —repuso Pitt—. Porque lo chantajearon. No podía negarse porque, en ese caso, habría acabado en la cárcel, donde dudo mucho que hubiese sobrevivido.

—Lo habríamos ayudado. Como acaba de decir, no es difícil cruzar el canal de la Mancha para llegar a Francia e incluso a Portugal.

—Tal vez lo habrían hecho por motivos ideológicos. Pero ¿habrían hecho lo mismo en un caso de violación?

Kydd se quedó sorprendido.

—¡Violación! —repitió—. ¿Violación?

—Sucedio hace tres años. Violó a una chica. Tal vez la tomó por lo que no era. De todos modos, fue un acto muy violento y podrían haber hecho que pareciese incluso peor. La muchacha podría haber sido la hermana o la hija de alguno de los tipos que habría conocido en la cárcel.

La expresión de Kydd reveló que comprendía lo que eso significaría y es posible que, fugazmente, asomase un atisbo de compasión, pero no tardó en esfumarse.

—¿Qué piensa hacer? Asesinó a Magnus... supongo que está seguro de que lo mató él.

—¿Usted no? Piense un poco. Tuvo que ser alguien que sabía que regresarían a Long Spoon Lane; lo estaba esperando. Conocía a Magnus y no mató a nadie más. Ni siquiera disparó contra Welling o Carmody. Además, evitó que lo viesen.

La expresión de Kydd se endureció.

—Comprendo, tuvo que ser Piers. Es la única explicación con sentido. Pobre desgraciado. Supongo que me gustaría verlo colgando de la horca, pero ya no estoy tan seguro como antes. —Volvió a acariciar a *Mite* y fue recompensado con un ronroneo—. Vaya a hacer lo que tiene que hacer. Al salir gire a la izquierda. Camine por London Road hasta Onega Yard, pase Norway Dock hasta donde se convierte en Brickley Road y llegará a Rotherhithe Pier. Allí podrá coger el *ferry*. —No se puso de pie.

Pitt asintió.

—Gracias.

—No se moleste en volver aquí.

—No pensaba hacerlo. Como ya ha dicho, le debo un favor. —Se detuvo en el umbral—. Supongo que no ha tenido nada que ver con el atentado de Scarborough Street.

Pitt no pudo ver el desprecio de la expresión de Kydd, pero lo detectó en su tono de voz:

—También me gustaría ver ahorcado al responsable de ese atentado... si logra atraparlo. Por eso lo rescaté, me parece que usted es la única persona que intentará detenerlo.

Vespasia estaba a punto de salir a cenar con unos amigos cuando el mayordomo le dijo que el señor Pitt aguardaba en la entrada.

—Dígale al cochero que espere y haga pasar al señor Pitt —ordenó sin titubear.

Vespasia se dirigió hacia el gabinete. Las cortinas estaban echadas porque la noche era lluviosa y no le apetecía ver la luz que se reflejaba en los árboles mojados. Cuando llegó oyó que Pitt daba las gracias al mayordomo; luego, entró en el gabinete y cerró la puerta. Estaba pálido y parecía aterido. Su rebelde pelo estaba mojado por la lluvia y se rizaba caprichosamente. Tenía la cara y la ropa sucias.

—Estabas a punto de salir —dijo Pitt al ver el magnífico vestido de Vespasia; tenía las mangas anchas, y se veía el brillo del raso gris bajo los adornos de encaje de color marfil—. Lo lamento.

El tono de Pitt y la actitud decidida pero temblorosa de su cuerpo anularon cualquier posibilidad de que Vespasia deseara salir.

—Es igual. —Quitó importancia con un ligero ademán y los diamantes de sus anillos reflejaron la luz—. ¿Le pido a la cocinera que prepare algo de cenar? Pareces... pareces un caballo que ha participado en una carrera decisiva... y ha perdido.

Pitt sonrió.

—En realidad, es posible que haya ganado. Así es. Tengo más frío que hambre y... —Calló. Estaba temblando.

—Siéntate —ordenó Vespasia—. ¡Haz el favor de quitarte la chaqueta!

Vespasia llamó al mayordomo. Cuando éste se presentó, le pidió que enviase al cochero a casa de sus amigos y disculpase su ausencia. Ordenó que la cocinera hiciese cena para dos y al mayordomo que preparase inmediatamente una taza de chocolate caliente y que, en cuanto pudiera, limpiara y secase la chaqueta de Pitt.

—Bien, Thomas —dijo en cuanto se sentó frente a él—. ¿Qué ha pasado?

Se lo contó brevemente; sólo se extendió cuando llegó a la muerte de Magnus Landsborough y a lo que Kydd le había referido.

—Lo siento. Será muy duro para la familia Landsborough, pero no puedo pasarlo por alto.

—Por supuesto —coincidió Vespasia con un nudo en la garganta que le impedía tragar saliva. Pensó en Sheridan y, un segundo después, en Enid. Estaban muy unidos, pero el hijo de ella había matado al de él. ¿Cómo lo soportarían?—. Supongo que no me habrías dicho nada si existiera la menor duda. —En realidad, no se trataba de una pregunta. Por espantoso que fuese, todo tenía sentido. Al menos Pitt estaba a salvo, por mucho que Voisey siguiera con vida—. Según Kydd, ¿el padre fue a ver a Magnus para convencerlo de que abandonase las ideas anarquistas?

—Sí. Me parece lógico. Si se tratase de mi hijo yo hubiera hecho lo mismo. Kydd se refirió a Magnus con respeto y, en mi opinión, con bastante afecto. Incluso adoptó a la gatita de Magnus.

—¿La gatita de Magnus? —repitió Vespasia.

Era insólito. Magnus debería ser tan alérgico a los gatos como el resto de la familia. No podía tener un gato porque estornudaría sin cesar y tendría problemas para respirar.

—Sí, una gatita negra a la que llamó *Mite*. Sólo tiene unas semanas, hace poco que abrió los ojos.

—Thomas, ese hombre te ha mentado. Los Landsborough son alérgicos a los gatos.

—Me parece una mentira absurda —opinó Pitt con actitud reflexiva—. Pero no cambia nada. ¿Estás segura?

—Absolu... —Estaba a punto de decir que lo estaba cuando se dio cuenta de que lo había dado por hecho porque sabía que tanto Sheridan como Enid eran alérgicos. Al parecer, su padre también lo había sido y lo mismo podía decirse de Piers. Sin embargo, quizá Magnus se había librado. En algunos aspectos se parecía más a su madre; por ejemplo, en la tez oscura. En lo referente a la estructura física era imposible saberlo, ya que tanto Sheridan como Cordelia eran bastante altos. Él seguía siendo delgado, pero ella había ganado algunos kilos. Varios años antes, cuando lo vio por última vez, no le pareció que Magnus tuviera un gran parecido con los Landsborough. Su cutis y la estructura ósea de su rostro eran distintos. Evocó su sonrisa y su hermosa dentadura.

Fugazmente recordó que en una ocasión había visto una sonrisa que le recordó a la de Magnus y que le provocó diversas impresiones. Tuvo una nueva y reveladora

percepción que explicaba las pasiones que siempre había visto en los encuentros en casa de los Landsborough: el odio de Enid, la furia de Cordelia, la indiferencia de Sheridan. En el caso de que fuese cierto, todo adquiriría un sentido espantoso, incluida la existencia de la gatita.

Pitt la observaba expectante.

Vespasia notó que todo daba vueltas y se sintió abrumada por un pesar salpicado por su propia culpa. Sheridan le había gustado muchísimo, en él encontró a un compañero, una diversión, una amistad sin obligaciones, sin expectativas ni intereses. Era como una soledad compartida, la comprensión ante la belleza marchita, una infinidad de pequeños placeres que a solas no se saborean totalmente. Ni siquiera había sospechado que existiera ese amor o esa pérdida. ¿Cuándo se enteró Sheridan?

—¿Qué pasa? —Pitt se sintió obligado a preguntarlo; la respuesta podría ser importante.

Vespasia lo miró y se sorprendió de lo fácil que le resultaba contárselo. Ella era hija de un conde, mientras que la madre de Pitt había sido una criada y su marido había sido deportado a Australia por cazar furtivamente en el coto de su amo. Aquella situación era paradójica pero era mucho más sincera de lo que la mayoría de las personas podrían comprender.

—Me parece que Cordelia tuvo una aventura —respondió—. Magnus no era alérgico a los gatos porque Sheridan Landsborough no es su padre... su progenitor es Edward Denoon. Por eso Enid odia a su marido y a su cuñada. Por eso Sheridan no siente nada por su esposa y su indiferencia es el peor insulto que Cordelia puede recibir. De esta forma se explica todo lo que hasta ahora he entrevisto y comprendido a medias.

Pitt guardó silencio. Vespasia vio que pensaba en esa revelación, en las repercusiones que tendría y se preguntaba si guardaba relación con el asesinato... y hasta qué punto. ¿Piers Denoon sabía que no era su primo, sino su hermanastro a quien se había visto obligado a matar? ¿Wetron lo sabía y, en ese caso, le había importado? Probablemente, no. Sólo se trataba de una tragedia paralela.

—¿Qué harás? —quiso saber Vespasia.

Pitt parecía cansado.

—No lo sé. Tenemos que detener a Piers Denoon y acusarlo pero, de momento, el proyecto de Tanqueray es más importante. —Su rostro estaba tenso y tenía la piel pálida y ojeras—. De momento está ganando Voisey. Aún tiene las pruebas de la responsabilidad de Simbister en el atentado de Scarborough Street y su relación con Wetron. Siempre y cuando me haya dicho la verdad acerca de ese asunto... y no quiero ni pensar que no lo haya hecho.

—Claro. —Vespasia sentía un extraño vacío interior. Sabía que, si se le presentaba la menor oportunidad, Voisey traicionaría a Pitt. Ciertamente, hacía falta una cuchara muy larga para comer con el demonio. Pitt era un hombre que había sido testigo de numerosas tragedias y de todo tipo de mezquindades, como la arrogancia y

el odio, pero aún se sorprendía cuando se encontraba frente al mal. Veía humanidad allí donde hombres más simples y menos generosos sólo habrían hallado delitos. No era el momento de decirle que tendría que haber sido menos confiado. Probablemente lo sabía. Además, Vespasia no quería que su sobrino perdiese esa cualidad que no sólo era su flaqueza, sino también su fuerza—. Más adelante habrá tiempo de pensar en él. —Sonrió con pesadumbre y con dulzura—. De todos modos, sospecho que tendremos que recurrir a toda nuestra imaginación e inteligencia. Voisey todavía no sabe que estás vivo. Es posible que mañana actúe como si hubieras muerto.

—¿Te refieres al proyecto? —A Pitt se le hizo un nudo en la garganta—. ¿Cambiará de bando y lo respaldará?

—Si estuviera en su lugar, denunciaría a Simbister por el atentado en Scarborough Street y utilizaría esa prueba de corrupción para frenar el proyecto, al menos de momento.

—Y después, ¿qué?

La mirada de Pitt le indicó a Vespasia que ya sabía la respuesta.

—También destruiría a Wetron —respondió ella—. Luego ocuparía su puesto, reunificaría el antiguo Círculo Interior y lo dirigiría como antes. Conociendo a Voisey, sé que se vengará de todos los que lo traicionaron.

Vespasia estaba en lo cierto. Pitt no merecía menos que los demás y a esas alturas no podían permitirse evasivas.

Pitt permaneció totalmente inmóvil. Se devanaba los sesos y su rostro manifestaba un desesperado agotamiento.

—Así es.

Vespasia guardó silencio unos segundos y finalmente añadió:

—Thomas, no te lo perdonará.

Pitt levantó la cabeza.

—Ya lo sé. Todavía conservo la prueba que inculpa a su hermana en el asesinato de Rae. ¿Debo utilizarla? Si lo hago no me quedará nada para proteger a Charlotte, y Voisey lo sabe.

—Desde luego. Es el problema de tener un arma definitiva. Una vez que la has usado, ¿qué te queda?

Pitt la miró directamente y con miedo. La ligera sonrisa provocada por su vulnerabilidad suavizó su expresión de agotamiento.

—Supongo que Charlotte tampoco la usaría aunque me encontraran muerto en el río. La conservaría para proteger a Daniel y a Jemima. Voisey lo sabe. A veces me preguntaba por qué no se arrepentía de haberme asesinado. Tendría que haber pensado en esa prueba.

—Querido, pensar en lo que tendríamos que haber hecho no sirve de nada —puntualizó Vespasia—. Consultemos con la almohada los acontecimientos de esta noche y ya veremos qué nos depara el mañana. Iré a tu casa a las nueve en punto y leeremos los periódicos. Debes permitir que mi cochero te acompañe. Te ruego que

no discutas.

Pitt no se opuso. Se sentía agradecido y así se lo dijo.

Pitt durmió mejor de lo que esperaba. Cuando regresó a casa no pensaba contarle a Charlotte los detalles de lo ocurrido. No quería asustarla más de lo necesario; también se dio cuenta de lo imprudente que había sido al creer las palabras de Voisey, por muy verosímiles que fuesen o por muy presionado que estuviera por las circunstancias.

Tal como habían ido las cosas, Charlotte había hecho demasiadas deducciones para ocultárselas sin mentir; Pitt descubrió que ella se mostraba mucho más comprensiva de lo que había esperado. El alivio de Charlotte era tranquilizador y no quería criticar a Pitt. Incluso coincidía con él en que no habría utilizado la prueba contra la señora Cavendish, precisamente por los mismos motivos que suponía su marido.

Cuando por la mañana despertó y bajó, Pitt se dejó absorber por las cuestiones domésticas hasta que los niños se fueron a la escuela. A continuación Thomas, Charlotte y Gracie ojearon la prensa de la mañana. Apenas habían leído los titulares cuando llegó Vespasia, seguida de Tellman y de Victor Narraway. Todos estaban muy serios.

—Buenos días, Thomas y Charlotte —saludó Vespasia—. Me había tomado la libertad de llamar al señor Narraway para que se reuniese con nosotros. Pero por lo visto, el inspector Tellman tuvo la misma idea.

*The Times* estaba abierto en la mesa de la cocina. Todos los periódicos publicaban la misma noticia. Las variaciones radicaban en el aspecto al que atribuían mayor importancia.

Todo sucedió la víspera, justo a tiempo para que lo publicara la prensa del día siguiente. Pitt se dio cuenta de que todo estaba planeado. Voisey lo había preparado todo para que fuese exactamente así. No podía permitirse el lujo de conceder a Narraway el tiempo de reaccionar ni de que pensara que Pitt había muerto.

Por lo visto, Voisey acudió directamente al ministro del Interior con las pruebas de corrupción que implicaban a Simbister. En lugar de denunciar el asesinato de Magnus Landsborough a manos de Piers Denoon, había optado por hablar de la extorsión sistemática que se hacía a pequeños empresarios como taberneros, tenderos y fabricantes, gente corriente que trabajaba por peniques y chelines y que constituía la inmensa mayoría de la población.

De ahí pasó al hallazgo de los explosivos en el *Josephine*, a la prueba de que los había colocado Grover y a su estrecha relación con Simbister. Añadió un espectacular relato de su intento de asesinato por parte de Grover, así como del de un agente de la Brigada Especial, cuya identidad era imprescindible proteger.

Fue una lectura emocionante. En todo momento se podía ver la indignación por semejante abuso de poder; el artículo estaba cargado de emociones y humanidad.

Evidentemente era un tema que analizarían a lo largo de los días siguientes, tal vez durante semanas. Para poder seguir la noticia, los lectores comprarían los diarios en cuanto salieran.

El periódico de Denoon también se hacía eco de lo ocurrido, aunque con más moderación, y mostraba desconcierto ante esa tragedia. Ciertamente no tardaría en quedar aclarada y resuelta. Debía de tratarse de un caso aislado; era la única explicación convincente.

A pesar de todo, debían aplazar la aprobación del proyecto de Tanqueray de armar a la policía y darle más competencias. Era impensable que un hombre como Simbister pudiera estar al mando de un cuerpo armado.

—Sólo será un respiro —reconoció Narraway muy serio—. Si no hay pruebas de que Wetron también está implicado en este asunto, se quedará en un caso aislado de un individuo corrupto que llevó por mal camino a una comisaría.

Gracie había puesto a calentar agua y el hervidor dejaba escapar una ligera bocanada de vapor. Estaba de espaldas al fogón, ya que acababa de mirar a Tellman; sus ojos se habían cruzado un fugaz instante. Las tazas estaban encima de la mesa de la cocina, junto a la lechera que había sacado de la despensa y el azucarero. La lata del té también estaba a mano.

—Al parecer, *sir* Charles vuelve a ser un héroe —declaró Vespasia secamente, mientras permanecía sentada en una de las sillas con respaldo rígido.

Charlotte permanecía junto al aparador que contenía la vajilla azul y blanca. Estaba demasiado tensa para sentarse. Dejó escapar una risa aguda.

—¡Ojalá pudiéramos encontrar la forma de que todo se volviera en su contra! —Aludió de pasada a la ocasión en que habían sido más listos que él a raíz de la muerte de Mario Corena.

Narraway la miró. Su expresión era ilegible. En su rostro se detectaban emociones, pero resultaba imposible definir las.

—Me temo que esta vez ha usado nuestro ingenio en nuestra contra —dijo y, aunque se dirigió a Vespasia, hablaba para todos. Si pensaba que era Pitt quien le había dado esa oportunidad a Voisey, no lo reflejó ni siquiera en el tono de voz—. Sospecho que ha utilizado a la Brigada Especial para reunir lo que quería y arrebatárnoslo en el momento adecuado.

—¡Tiene que haber algo que podamos hacer! —insistió Charlotte. Paseó la mirada de uno a otro de los presentes—. Si no tenemos poder ni armas, ¿no podemos volver las de ellos en su contra?

Narraway la miró con atención. Un tenue esbozo de sonrisa alteró las comisuras de sus labios, pero era de diversión, no de alegría.

Vespasia la entendió; Charlotte lo vio en la expresión de sus ojos. Como también era mujer, interpretó correctamente el discurrir de sus pensamientos: si eres lo bastante inteligente y conoces bien a tu adversario, la debilidad puede convertirse en fuerza.



—Hagamos una lista de todo lo que sabemos acerca de ellos —propuso Vespasia—. Tal vez podamos descubrir algo. —Miró a Tellman—. Inspector, usted trabaja a las órdenes de Wetron desde que Thomas dejó Bow Street. Seguramente ha hecho observaciones y se ha formado un juicio acerca de él. ¿Qué desea? ¿Qué teme? ¿Se preocupa por alguien que no sea él mismo, por alguien cuya opinión valora o necesita?

En cuanto se recuperó de la sorpresa inicial que le provocó la consulta de Vespasia, Tellman empezó a pensar. No era su manera habitual de abordar un problema, por lo que tuvo que hacer algunos esfuerzos.

Todos estaban expectantes. El hervidor siseó y Gracie preparó el té y dejó la tetera encima de la mesa.

—El poder —respondió Tellman, sin saber a ciencia cierta si era lo que a Vespasia le interesaba.

—¿La gloria? —insistió Vespasia. Tellman estaba desconcertado. Pitt pensó en echarle una mano, pero al final se mordió la lengua—. ¿Le gusta que lo admiren o que lo quieran?

—No lo creo —contestó Tellman—. Me parece que prefiere que lo teman. Le molesta correr riesgos. Siempre se anda con tiento.

—¿Es un hombre valiente? —preguntó Vespasia suavemente, con cierto sarcasmo.

Tellman esbozó una ligera sonrisa.

—No, *lady* Vespasia, yo diría que no. Me parece que no le gusta enfrentarse cara a cara con sus enemigos.

Narraway asintió y no interrumpió. Vespasia frunció los labios y añadió:

—Que sea cobarde podría sernos útil. A los cobardes se les puede crispar y provocar para que actúen irreflexivamente, siempre que se les conceda poco tiempo y se haga que se sientan amenazados. —Se dirigió a Pitt—. Thomas, ¿*sir* Charles también es cobarde?

Pitt conocía la respuesta sin necesidad de reflexionar.

—No, *tía* Vespasia, si es necesario planta cara. En realidad, creo que le gusta.

—Porque está convencido de que ganará —declaró Vespasia—. Pero también quiere vengarse, ¿verdad?

Era una pregunta retórica y todos lo sabían.

—Sí —confirmó Pitt.

—¿Wetron lo sabe? —prosiguió Vespasia y se volvió nuevamente hacia Tellman.

—Yo diría que sí.

—Y si no lo supiera podríamos decírselo —terció Charlotte. Narraway la miró bruscamente y frunció el ceño. La mujer se apresuró a añadir—: Siempre y cuando quisiéramos hacerlo.

—¿Se refiere a ponerlos el uno contra el otro? —Gracie simplificó la cuestión con esa pregunta y sirvió el té.

Vespasia sonrió a la joven y declaró:

—Extraordinariamente sintética. Puesto que no tenemos armas y ellos sí, está claro que debemos utilizar las suyas o dejarlos ganar... posibilidad que me niego a aceptar.

Narraway miró a Pitt y luego a Vespasia.

—Wetron ha creado una red de corrupción cuyo tamaño todavía desconocemos. Esa red, en la que participan agentes de varias comisarías, extorsiona a la gente corriente de sus distritos y utiliza a ciertos criminales para hacer el trabajo sucio. Por ejemplo, a Jones «el Bolsillo». Con los beneficios que obtiene, Wetron financia su imperio. Con la ayuda de hombres como Edward Denoon y su periódico ha exacerbado los sentimientos populares hasta el extremo de que la gente está dispuesta, mejor dicho, deseosa de armar a los policías y aumentar su poder, aunque no ha pensado en la posibilidad de que se cometan abusos. Se dan las condiciones para la aprobación de dicha ley. Los atentados y el asesinato de Magnus Landsborough han colaborado a que así sea.

Pitt lo entendía perfectamente y vio que Charlotte y Vespasia también lo hacían. Tellman permanecía con el ceño fruncido.

Narraway volvió a tomar la palabra, pero se cuidó de no mirar a Charlotte, como si temiese que sus miradas se cruzaran:

—Por lo visto, Voisey tiene suficientes pruebas para destruir a Wetron, para implicarlo con Simbister y el atentado de Scarborough Street, así como para relacionar el chantaje de Piers Denoon con el asesinato de Magnus. —Miró a Pitt—. ¿Voisey todavía tiene esa prueba?

—Sí —respondió Pitt a su pesar—. Tenemos las declaraciones del chantaje, pero Voisey posee la prueba que demuestra su complicidad en el atentado de Scarborough Street. Al menos ha dicho que la tiene.

—¿Le cree?

Pitt titubeó.

—Sí.

Vespasia dejó la taza sobre el plato e intervino:

—Creo que lo que hay que plantearse es si Wetron puede permitirse el lujo de no creerle.

Una expresión de entusiasmo iluminó el rostro de Narraway.

—¡Exactamente, *lady* Vespasia! Si Wetron lo sabe no puede permitir que Voisey siga vivo. Voisey está ansioso por recuperar el dominio y vengarse del hombre que se lo arrebató. Cree que ha destruido a Pitt. Concentrará su atención en Wetron sin perder un instante.

—Hay tantas probabilidades de que Wetron lo sepa como de que lo desconozca —precisó Pitt—. Es posible que de momento se dedique a garantizar que el Parlamento apruebe el proyecto. A pesar de que dice lo contrario, tal vez a Voisey también le gustaría para, a continuación, ocupar discretamente el lugar de Wetron en

el Círculo Interior. Luego se encargaría de que uno de sus aliados ostentara el cargo de Wetron a fin de continuar con las extorsiones, aunque con mucha más discreción. Los atentados cesarían y habría un gran despliegue en el que cogerían a anarquistas, los juzgarían y los ejecutarían. Los que ostentan el poder se darían por satisfechos y Voisey recibiría la recompensa destinada a Wetron... se convertiría en un héroe... y daría un gran paso para llegar a ser, en el futuro, primer ministro.

Tellman apenas había hablado desde su llegada. Vespasia lo miró; sabía que era el único que estaba en condiciones de transmitir esas opiniones a Wetron, y supuso que se hacía cargo de la gravedad de la situación. En su rostro tenso y delgado vio que comprendía lo que ocurría. Es posible que también se hiciera cargo del peligro pero ¿qué decir del aspecto moral? Tanto Wetron como Voisey eran asesinos. Si alguno de los presentes interfería en su rivalidad, ¿hasta qué punto sufriría las consecuencias?

Vespasia echó un vistazo a Victor Narraway y creyó intuir algunos conflictos en su interior: una faceta decidida y casi implacable de su personalidad, la que estaba acostumbrada a las amargas elecciones que acarreaba tener el mando, parecía luchar con algo más tierno y más frágil.

Vespasia se dio cuenta de que Pitt también había reparado en lo que ocurría. Lo que no esperaba era la comprensión de su mirada, la compasión fugaz, como si compartieran algo.

Gracie lo percibió en el aire, en las miradas y en los cuerpos rígidos y se asustó, por lo que instintivamente se volvió hacia Tellman.

—Samuel, ¿piensas decirle esto a Wetron? —Le tembló ligeramente la voz.

Tellman la miró con cariño, pero no vaciló.

—Nadie más puede hacerlo —respondió a Gracie—. No se atreverá a hacernos daño. Yo no he hecho nada... al menos es lo que Wetron supone —apostilló con pesar.

—¡No seas tan modesto! —lo regañó la muchacha—. ¡Sabe perfectamente de qué lado estás! Ni le interesa demostrarlo ni te acusará, simplemente tendrá ganas de aplastar a alguien y serás quien está más cerca. —Se dirigió a Pitt—: Señor Pitt, tiene que impedirselo. ¡No es justo! Es imposible que...

—Es peligroso para todos —la interrumpió Narraway—. El inspector Tellman es la única persona a la que Wetron creará. La otra opción es dejar ganar a Voisey. Señorita Phipps, recuerde que si gana todavía no se ha vengado de esta familia. —Hizo un gesto en el que la incluía—. No tardará en descubrir que Pitt sigue vivo y entonces no habrá quien lo detenga.

Gracie lo miró con furia, pero la protesta murió en sus labios.

—Saldrá bien —la tranquilizó Tellman—. Es la única salida. Debemos impedir que Voisey ejerza semejante poder. El señor Narraway tiene razón. Luego, vendría a buscarnos.

Gracie sonrió con tristeza, con la mirada cargada de orgullo y miedo y los labios tan apretados que era imposible saber si le temblaban.

Narraway hizo un gesto con la cabeza a Tellman.

—Inspector, no puedo ordenárselo pero, como acaba de decir, es el único que puede hacerlo.

—Sí, señor —confirmó Tellman.

Vespasia miró fijamente a Narraway.

—Una vez que Wetron se deshaga de Voisey de la forma que le parezca más adecuada... o no lo consiga y Voisey se lo quite de encima, ¿qué propone que hagamos con el superviviente?

—Eso depende de quién sobreviva.

—Señor Narraway, no ha respondido a mi pregunta —precisó Vespasia con tranquilidad, pero su mirada era inflexible. El jefe de la Brigada Especial sonrió.

—Lo sé.

Pitt cambió ligeramente de posición. Vespasia se volvió para mirarlo y preguntó:

—Thomas, ¿qué opinas?

—Wetron no puede permitir que Voisey sea juzgado —respondió a su tía, aunque en realidad se dirigía a todos los reunidos—. Encontrará la manera de protegerse y, al mismo tiempo, quitar de en medio a Voisey. Sospecho que será violento.

Vespasia miró con preocupación a Charlotte y vio ansiedad en su expresión. Después observó a Narraway, que comprendía lo que pasaba. Si éste había evitado mencionarlo era por esa faceta más tierna de su persona, que Vespasia detectó durante un segundo pero no reconoció.

Narraway se dirigió a Tellman:

—Informe inmediatamente a Pitt y no tenga piedad. Si cae en la tentación de ser misericordioso recuerde los muertos de Scarborough Street.

Vespasia vio la expresión de disgusto de Tellman.

—No piense en Scarborough Street —añadió—. Esas personas ya están muertas o lisiadas. Piense en la próxima calle y en la siguiente.

Tellman no pensaba en otra cosa; poco después se despidieron. Salió y caminó rápidamente un par de calles hasta llegar a Tottenham Court Road, donde cogió el primer coche que encontró hasta Bow Street. Si se concedía tiempo para pensar podía perder espontaneidad y las emociones que sentía tras haber estado en la cocina de Keppel Street. Tal como habían dicho, no había tiempo que perder.

Franqueó las puertas, pasó junto al sargento de guardia con el que cruzó un par de palabras y subió la escalera hasta el despacho de Wetron. No había preguntado a nadie si su jefe estaba porque todavía no había decidido si quería que alguien supiese lo que se proponía.

Llamó a la puerta del despacho de Wetron. La respuesta fue rápida e impaciente.

Tellman entró.

—Buenos días, señor —saludó sin titubeos y cerró la puerta. Su voz sonó tensa y algo aguda.

Wetron se encontraba de pie junto a la ventana. Se volvió y miró irritado a

Tellman. Su rostro denotaba ansiedad y también una especie de triunfo.

—Buenos días, inspector. Lamento lo que le ha ocurrido a Pitt. Nunca me cayó bien, pero sé que usted le guardaba cierta lealtad.

Tellman pensó a toda velocidad. A Wetron ya le habían dicho que Pitt había muerto... ¡qué rapidez! Tenía tres opciones: negarlo, reconocerlo como si también lo supiera o fingir que no estaba enterado de nada... y casi tres segundos para decidir cuál de las tres posibilidades servía mejor a sus intereses.

—Señor, ¿qué ha dicho? —Decidió ganar tiempo. No podía cometer el menor error.

—Esta mañana lo han sacado del río —contestó Wetron y lo observó con malicioso regodeo—. Parece que los anarquistas se lo han cargado.

—Ah. —Repentinamente Tellman se dio cuenta de qué quería hacer. Aprovechó la oportunidad de utilizar ese comentario como arma—. Parece que el señor Simbister pretende defenderse, ¿no le parece? Podríamos decir que es su último intento.

Wetron palideció. Durante unos segundos perdió la compostura. Le habría gustado enfadarse, gritar a Tellman y hacerle daño aprovechándose de su dolor, pero la sensatez prevaleció; decidió cuáles eran sus necesidades y habló con calma:

—¿Está al corriente de la corrupción de Simbister?

—Señor, sólo sé lo que he leído esta mañana en la prensa. Tengo mucha más información acerca de *sir* Charles Voisey.

—¿Está seguro? —Wetron enarcó las cejas—. Inspector, ¿cómo se ha enterado? No estoy informado de que sus investigaciones lo hayan llevado a tener que realizar preguntas acerca de un parlamentario.

Tellman se estremeció. Sería muy fácil pecar de exceso de confianza, hablar de más o decir lo que no debía. Había llegado la hora de la verdad.

—Verá, señor —replicó humildemente—, cortejo a la criada de los Pitt y esta mañana, por casualidad, estaba allí.

—¡Y se muestra totalmente indiferente ante la muerte de Pitt! —exclamó Voisey, desconcertado—. ¿Hay algún aspecto de su carácter que desconozco?

—Señor, que yo sepa, no. El señor Pitt goza de buena salud. Quizá el pobre desgraciado que sacaron del río se le parecía. Señor, me parece que *sir* Charles le ha mentado deliberadamente. —Se relajó un poco—. Por lo que sé, por lo que dice la señora Pitt y por mis propias deducciones da la sensación de que *sir* Charles le odia a usted. Por decirlo de alguna manera, es el responsable de la caída del señor Simbister.

Wetron permaneció impertérrito.

—Inspector, ¿qué lo lleva a pensar que eso es así?

Había llegado el momento de decirle lo que Narraway necesitaba que supiera.

—Fue él quien comunicó a la Brigada Especial que el señor Simbister utiliza a ladrones y a otra gente de su calaña para cobrar a los taberneros, y fue él quien descubrió que la dinamita usada por los anarquistas se guardaba en un barco atracado en Shadwell.

A Wetron le brillaron los ojos.

—Tellman, ¿cómo lo sabe? Por lo que dice parece que ha dedicado más tiempo a colaborar con la Brigada Especial que a cumplir su trabajo en el cuerpo de policía, que es el que le paga. ¿Adónde se dirigen sus lealtades? ¡Como si yo no lo supiera...!

—Señor, ya le he dicho que cortejo a la criada del señor Pitt. Esta mañana estuve en su casa y lo oí por boca del señor Pitt. Anoche *sir* Charles intentó asesinarlo, pero no lo consiguió.

—¿Estaba usted presente? —preguntó Wetron.

Tellman se mostró ofendido.

—¡Claro que no, señor! ¡Estuve de servicio en comisaría!

—Tellman, ¿a qué ha venido? —preguntó Wetron ásperamente, con los labios tan apretados que parecían el filo de un cuchillo.

—Señor, por lealtad a la policía. —Era una respuesta creíble. Al fin y al cabo, había pasado toda su vida en el cuerpo y Wetron lo sabía—. Me parece perfecto que el señor Simbister se vaya. Por lo visto es corrupto. Pero, el señor Pitt dejó escapar algunas palabras y he atado cabos. Señor, *sir* Charles también se propone prescindir de usted, poner aquí a un hombre de su confianza y llevar la misma clase de actividad en Bow Street, pero será él quien se quede con el dinero. Señor, ésta es mi comisaría y no permitiré que ocurra. —Tellman respiró hondo y profundamente—. Señor, no diré que usted me caiga tan bien como el señor Pitt, pero tampoco estoy dispuesto a que salga perjudicado por algo en lo que no ha tenido arte ni parte. Me parece injusto. Tampoco quiero que uno de los policías de *sir* Charles Voisey dirija mi comisaría.

—Desde luego —musitó Wetron—. ¿Exactamente por qué cree *sir* Charles Voisey que puede «perjudicarme»?

—No lo sé exactamente, señor. —Tellman temblaba y se le había hecho un nudo en la garganta—. Es algo que tiene que ver con el chantaje y con el asesinato de un joven. Dice que tiene un papel que demuestra lo ocurrido y que puede inculparle.

Pareció que el silencio creciera y se expandiera hasta ocupar todo el espacio.

Wetron miró atentamente a Tellman e hizo un esfuerzo por controlar la ira y por mantener la cabeza fría para pensar. La verdad de las palabras de Tellman quedó claramente de manifiesto en su reacción.

Tellman notó que el miedo aferraba con más fuerza sus entrañas.

—¿Puede inculparme? —preguntó Wetron lentamente y con tono chirriante—. ¿Se atreverá?

Tellman tuvo la sensación de que le faltaba el aire.

—Sí, se... señor. Me pa... me parece que es lo que tenía planeado desde el principio. Nada le gusta más que la venganza. Por eso se alió con el señor Pitt... en contra del proyecto de armar a la policía... pa... para tenderle una trampa.

—Pero ¡si acaba de decir que Pitt escapó! —estalló Wetron.

Tellman respiró por fin.

—Así es, señor. Fue un golpe de suerte. Alguien navegaba por el río y lo rescató.

—Fue un grave error —declaró Wetron satisfecho—. Siempre hay que rematar personalmente el trabajo. Está bien, si *sir* Charles quiere mi puesto y los frutos de lo que he construido... ¡puede quedárselos! Muy bien, Tellman, excelente. En realidad, me ocuparé de que lo tenga todo... incluida la culpabilidad. —Consultó la hora en el reloj de la repisa de la chimenea—. Supongo que todavía está en su casa. Magnífico. Justamente donde guarda la prueba. Iré y lo detendré. —Con un repentino entusiasmo, le tembló ligeramente la voz cuando preguntó—: ¿Ha dicho que intentó asesinar a Pitt? En ese caso es un hombre violento. Será mejor que vaya armado, ya que podría resistirse. —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja, sin alegría pero cargada de un placer salvaje—. Pitt es imbécil, pero que escapara de la aventura de anoche podría resultar útil. No mentirá. Si le preguntan dirá que Voisey intentó matarlo.

Wetron fue a un armario cerrado a cal y canto, quitó una llave de la cadena de su reloj y abrió la puerta. Escogió un revólver, lo cargó y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Tellman, no lo necesito —añadió al tiempo que se incorporaba—. Éste es un asunto entre caballeros. Ha realizado un buen trabajo.

Pasó junto a él y cruzó la puerta con la espalda rígida y el revólver oculto bajo la gruesa tela de la chaqueta.

Tellman esperó a que Wetron desapareciera de su vista, momento en que bajó la escalera a toda velocidad y salió. Pitt lo esperaba en un callejón situado a doscientos metros. Debían seguir a Wetron y atraparlo en el momento justo, antes de que asesinara a Voisey. Entonces los pillarían a ambos y conseguirían las pruebas que faltaban. Dado el odio que se tenían, cada uno declararía contra el otro.

Corrió por la calle y sus botas resonaron en las piedras.

Pitt aguardaba en el callejón, caminaba de aquí para allá, se detenía unos segundos, se asomaba y volvía a andar. Divisó a Tellman cuando todavía se encontraba a veinte metros y no tuvo dificultades para identificarlo porque corría entre la gente que caminaba por la acera.

Pitt echó a andar, pero se dio cuenta de que en medio del gentío podrían cruzarse y regresó al callejón. Segundos después, Tellman estuvo a punto de chocar con él.

—Wetron ha ido a buscar a Voisey —jadeó—. Se dirige hacia su casa. Lleva un arma. Sospecho que, pase lo que pase, le disparará y dirá que fue en defensa propia. Nadie lo pondrá en duda.

—¿Ha dicho a casa de Voisey? En marcha. No podrá dispararnos a los tres y a los criados.

Pitt avanzó a grandes zancadas hasta la calle principal, con Tellman al lado, e hizo señas al primer coche de caballos que pasó. Dio al cochero la dirección de Voisey, le pidió que fuese tan rápido como pudiera y montaron de un salto.

—¡Es una cuestión de vida o muerte! —aseguró Tellman con voz tan alta que otros cocheros se volvieron para prestarle atención, aunque con incredulidad.

El coche avanzó en medio del tráfico. Ni Pitt ni Tellman hablaban. Ambos intentaban mantener el pánico a raya y no pensar en lo que podía salir mal: que Voisey venciera y se vengara de todos ellos.

Tampoco debían dejarse llevar por el entusiasmo. Aún no estaban a salvo. Detendrían a Wetron por intentar asesinar a Voisey, la prueba de la culpabilidad de Wetron estaría allí; la tendría Voisey. El mecanismo de la corrupción dejaría de funcionar y el proyecto de ley fracasaría. Sin embargo, Voisey seguiría vivo... con todo lo que ello conllevaba.

El coche rodó por la calle medio vacía y, al girar en la esquina, Pitt y Tellman estuvieron a punto de chocar entre sí, pero continuaron en silencio. El vehículo volvió a acelerar.

Pareció transcurrir una eternidad hasta que por fin se detuvo. Pitt entregó un puñado de monedas al cochero: lo que calculó que costaba aproximadamente la carrera y una generosa propina. Tellman y él corrieron por la acera y subieron a toda velocidad los escalones de la entrada de la casa de Voisey. Pitt aporreó la puerta.

El mayordomo abrió con expresión de desagrado.

—Diga, señor, ¿en qué puedo ayudarlo? —Su tono mostraba qué opinión le merecía la gente ruidosa y vulgar, cualesquiera que fuesen las circunstancias.

—¡Tengo que ver inmediatamente a *sir* Charles! —respondió Pitt y tomó aliento—. Su vida corre peligro.

—Lo lamento, señor, pero *sir* Charles se ha trasladado a la Cámara de los



Comunes. Suele ir allí a esta hora.

—Hace cuarenta minutos estaba en casa —intervino Tellman, como si su protesta tuviese la menor importancia.

—No, señor —declaró el mayordomo con firmeza—. *Sir Charles* partió hace más de una hora.

—El superintendente Wetron dijo que... —insistió Tellman y elevó el tono de voz.

—Señor, lo siento mucho, pero está equivocado —aseguró el mayordomo.

La posibilidad de una conspiración alarmó a Pitt hasta que se dio cuenta de que había una respuesta evidente.

—No estaba en casa —declaró en voz alta—. Wetron nos ha engañado a propósito. Tenemos que ir a la Cámara de los Comunes.

—¡En la Cámara no podrá hacer nada! —dijo Tellman con incredulidad.

—Por supuesto que sí, en un despacho privado.

Pitt bajó los escalones y tuvo tiempo de gritar al cochero, que había dado unos minutos de descanso al caballo y disfrutaba del espectáculo que tenía lugar en la entrada de la casa. Estaba a punto de alejarse cuando oyó la voz de Pitt y se detuvo.

—¡A la Cámara de los Comunes! —ordenó Pitt.

—Supongo que también tendré que ir lo más rápido que pueda, ¿no? —inquirió el cochero—. ¿Acaso ustedes nunca se desplazan a velocidad normal, como el resto de los mortales? ¿Es otro caso de vida o muerte?

—¡Sí! ¡Dese prisa! Si el caballo está agotado, alcance a otro coche y cambiaremos de vehículo —respondió Pitt.

El cochero le dirigió una mirada de profundo desprecio, arrancó y no tardaron en ganar velocidad.

—¡Llegaremos demasiado tarde! —se lamentó Tellman con los dientes apretados—. ¡Ese miserable ya habrá disparado!

Pitt no contestó. Temía que Tellman estuviese en lo cierto.

Fue otra interminable carrera en medio de la congestión del tráfico. La impaciencia y la sensación de fracaso no consiguieron acortarla ni evitaron que ambos sintieran que estaban ante lo inevitable.

Por fin llegaron a la Cámara de los Comunes. Pitt pagó con casi todo el dinero que le quedaba, pidió al cochero que lo gastase en el caballo y corrió para alcanzar a Tellman, que ya se había adelantado una veintena de metros.

En cuanto se identificaron los dejaron pasar y los acompañaron hasta el despacho de Voisey. Al girar al final del largo pasillo se dieron cuenta de que era demasiado tarde. Un corro de personas muy serias obstruía el paso. Hablaban en voz baja, tenían el cuerpo en tensión y los rostros pálidos y afligidos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Pitt, que se detuvo al llegar junto a los congregados, pese a que temía que ya lo sabía.

—Es terrible —respondió uno de los secretarios. Era un joven pálido que iba bien

vestido. Llevaba un fajo de papeles y los agitaba, por lo que las hojas producían un sonido suave—. Ha sido realmente espantoso.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió Pitt en tono apremiante.

—¡Vaya! ¿No se ha enterado? Han disparado a *sir* Charles Voisey. El superintendente de policía está aquí. Es el superintendente de Bow Street. ¡Han disparado a un parlamentario en la Cámara de los Comunes! ¿Adónde iremos a parar?

Pitt se abrió paso a codazos hasta que llegó a la puerta y se encontró a un metro de Wetron, que estaba blanco como el papel y parecía compungido. En el mismo instante en el que sus miradas se cruzaron Pitt vio el brillo del triunfo y supo que lo había derrotado.

Wetron no dejaba ver absolutamente nada. Para los presentes sólo era un hombre asustado y afectado por un terrible suceso.

—Vaya, superintendente Pitt —musitó, como si Pitt todavía ostentara su antiguo cargo—. Me alegro de que haya venido. Ha sido terrible. Me temo que las pruebas son irrefutables. Ha sido trágico. Quería interrogar a *sir* Charles, con la esperanza de que me diese alguna explicación, pero no tenía nada que decir. El sentimiento de culpa lo dominó. Me atacó con un abrecartas. No tuve elección. —Daba la impresión de que le costaba pronunciar esas palabras y de que estaba triste, pero en su mirada se veía la victoria y el sabor intenso y dulce del poder. Para los que se encontraban a su lado esa expresión podía significar cualquier cosa, pero para Pitt su sentido estaba claro como el agua.

—Superintendente Wetron, ¿a qué pruebas se refiere? —preguntó Pitt inocentemente, como si no tuviese ni la más remota idea. La expresión de Wetron no se alteró.

—De corrupción, señor Pitt, de corrupción a todos los niveles, no sólo por parte de agentes de policía en servicio. Lamento profundamente tener que reconocerlo, pero *sir* Charles estaba confabulado con el superintendente Simbister, de Cannon Street. Por si eso fuera poco, parece absolutamente evidente que también estaba relacionado con los anarquistas que cometieron el horroroso atentado en Scarborough Street. Está indiscutiblemente ligado a la dinamita empleada. Ojalá no fuese así. —No sonrió porque había demasiados testigos, pero el sentimiento de triunfo encendió su mirada.

Pitt tenía que aceptar la derrota, amarga como la hiel; no encontró munición con la que devolver el golpe. Carecía de sentido preguntar si Voisey había reconocido su culpabilidad. Wetron diría que había admitido su culpa aunque Pitt supiera que no era cierto.

—Informaré al señor Narraway —masculló Pitt—. Las pruebas de la culpabilidad de los terroristas de Scarborough Street serán bienvenidas.

Se preguntó si Wetron delataría a sus cómplices, a los hombres que habían acatado sus órdenes. Era lo más probable. Si no tenían idea ni pruebas acerca de dónde procedían las órdenes, no tenía nada que perder y tal vez ganaría mucho. La

posibilidad de que Wetron se alzase también con esos laureles lo enfureció; le pareció muy injusto y se lamentó de su impotencia, pero no había nada que hacer.

—Comprendo —coincidió Wetron en tono ligeramente condescendiente—. Se las pasaré en cuanto mis hombres las hayan analizado. Es evidente que, ante todo, debemos resolver la muerte de *sir* Charles.

Otro de los secretarios parlamentarios presentes asintió.

—Naturalmente, naturalmente. Ha sido terrible. Señor, si me lo permite, debo reconocer que ha manejado la situación con gran pericia. Tuvo mucho valor al abordarlo en solitario. Es de agradecer que en la Cámara no hubiera un montón de agentes de uniforme. Habría sido un escándalo. Lo ocurrido es lamentable. Jamás sospeché nada de él.

—Son años de experiencia —afirmó Wetron con modestia—. Debo reconocer que todavía estoy afectado. Se trata de... de un delito terrible, de una tragedia para el país... —Se estremeció ligeramente—. Como comprenderá, de momento prefiero no decir nada más. Ha sido muy angustioso. —Desvió la mirada hacia la puerta cerrada del despacho de Voisey.

—Desde luego —declaró el secretario del Parlamento y se volvió hacia los que lo rodeaban—. Caballeros, es inútil que continuemos aquí; no podemos hacer nada. Ha llegado la hora de que otros cumplan con su triste deber. Volvamos a nuestros despachos o donde corresponda.

El secretario hizo un gesto para indicar que la gente se dispersara.

Pitt titubeó. Se sintió extrañamente reacio a entrar y ver el cadáver de Voisey. ¿Debía hacerlo?

Wetron lo aferró del brazo y lo retuvo con fuerza.

—Es un asunto policial —puntualizó con firmeza—. No olvide que usted pertenece a la Brigada Especial.

Pitt cambió inmediatamente de parecer.

—Superintendente, me parece que no he entendido sus palabras. Hace un momento ha dicho que *sir* Charles estaba implicado en el atentado de Scarborough Street y que el dinero de la extorsión a los comerciantes del distrito de Cannon Street sirvió para proveer de fondos a los anarquistas.

Wetron se sintió confundido porque acababa de pillarlo en falso. Pitt reparó en que al menos uno de los secretarios los había oído.

—Por lo tanto, es un asunto de la Brigada Especial —acotó Pitt y esbozó una tensa y amarga sonrisa—. Para eso estamos, para ocuparnos de los anarquistas y los atentados. Le agradecemos que lo haya atrapado y... y, por supuesto, que haya intentado detenerlo.

Wetron recuperó la compostura, al menos en apariencia.

—Es una pena que no pudiera cogerlo con vida —añadió con amargura—. En ese caso habría podido testificar contra otros, algo que ya no es posible.

—Sin duda *sir* Charles pensó lo mismo —dijo Pitt ambiguamente.

Se liberó del brazo de Wetron, abrió la puerta y dejó que Tellman decidiese si lo seguía o no. Hasta cierto punto, tenía la esperanza de que no lo hiciera.

Cerró la puerta del despacho.

La oficina estaba en silencio, iluminada por el sol matinal, y las ventanas cerradas la aislaban del ruido del tráfico de la calle. No llegaba ni el sonido de las voces en los pasillos ni el de las pasarelas junto al río.

Todo estaba en orden. No había indicios de lucha, como si hubiesen librado un combate verbal, una batalla de cerebros en vez de un cuerpo a cuerpo.

Charles Voisey yacía sobre la alfombra, entre el escritorio y la ventana. Estaba medio tumbado sobre el lado izquierdo, con la mano torcida y un limpio orificio de bala en la frente. Su expresión no mostraba sorpresa, sino irritación. Vio lo que se le venía encima y reconoció su error.

Pitt lo observó y se preguntó si sabía que la noche anterior había fallado, ya que él seguía vivo. ¿Había visión después de la muerte, o el alma, en el caso de que existiera, sólo se ocupaba de lo que le aguardaba?

¿La señora Cavendish se sentiría desolada? ¿Quién se lo diría? ¿Algún familiar, otros amigos? En las conversaciones que habían sostenido, Voisey jamás había mencionado a otros amigos. Había hablado de aliados y de personas sobre las que ejercía poder, pero no se había referido a nadie que, simplemente, lo añoraría porque le caía bien.

A Pitt casi había llegado a caerle bien. Voisey era un hombre inteligente que a veces lo había hecho reír, había vivido intensamente y era capaz de tener pasiones, curiosidad y necesidades. Su desaparición le producía un vacío.

—¡Qué estúpido ha sido! —dijo Pitt en voz alta a Voisey—. No era necesario que hiciera esto. Podría haber sido... podría haber sido muchas cosas. Oportunidades no le faltaron. —Observó el cadáver—. ¿Qué demonios hizo con la prueba... si es que alguna vez la tuvo?

¿Merecía la pena buscarla? Era probable que Wetron hiciera cuanto había podido para amañarla. Seguramente sólo había dejado lo que inculpaba a Voisey.

Una profunda sensación de derrota se apoderó de Pitt, mezclada con cierta cólera y tristeza. Durante mucho tiempo había luchado contra Voisey y sufrido grandes pérdidas, pero no le gustaba que todo terminara así. ¿Qué hubiera querido? Comprobó sorprendido que la respuesta era absurda: habría querido que Voisey cambiara, lo cual era del todo imposible. Se enfadó con Voisey, con Wetron y consigo mismo por no haber sido lo bastante listo para vencerlo.

Oyó que llamaban a la puerta. Seguramente eran los encargados de llevarse el cadáver. No podía hacerlos esperar. No había discusión posible acerca de lo ocurrido. Wetron había dicho la verdad en la medida en que era demostrable, por lo que Pitt no tenía motivos para retener el cuerpo como prueba.

—Adelante —respondió.

Una hora después, Pitt abandonó el Parlamento. Tellman ya había partido con Wetron. No tuvo otra opción: era su superior y le ordenó que lo acompañase. Pitt registró tan minuciosamente como pudo el despacho de Voisey. Muchos cajones estaban cerrados con llave y le explicaron que contenían papeles del gobierno a los que no podía acceder. En los demás no encontró nada útil. Las autoridades ya tenían las pruebas relativas a la dinamita del *Josephine*, la participación de Grover y los documentos que incriminaban a Simbister. Eran los que Voisey había utilizado para demostrar la culpabilidad de Simbister.

Pitt emprendió el regreso a Keppel Street sin apenas darse cuenta de lo que hacía. Después pensó que tal vez Narraway seguía en su casa, aguardando su llegada, y que sin duda Charlotte y Vespasia lo estaban esperando. Debía aceptar que Tellman había tenido que hacer lo que Wetron le ordenó. Era otro de los aspectos de la derrota. No se atrevió a desafiarlo porque, en ese caso, se habría desquitado con Tellman.

En cuanto abrió la puerta vio que Narraway estaba en el pasillo. Por la expresión de Pitt, su superior se dio cuenta de que habían perdido.

—¿Qué ha ocurrido?

Pitt se agachó y se quitó las botas.

—Una estupidez —respondió—. Telefoneó a Voisey a su casa, aparentemente habló con él y le dijo a Tellman que iba a verlo. Le creímos.

—¿Y qué más? —espetó Narraway. Una vez descalzo, Pitt se incorporó.

—Probablemente habló con el mayordomo o fingió que hablaba con alguien. Voisey estaba en la Cámara de los Comunes. Cuando llegamos ya estaba muerto. Wetron dijo que había ido a detener a Voisey, que éste se resistió, lo atacó con un abrecartas y que, en defensa propia, tuvo que disparar.

Narraway maldijo, sin tener en cuenta que Charlotte y Vespasia estaban a su espalda, en la cocina.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Charlotte quedamente; su voz sonó derrotada.

Narraway se volvió y se ruborizó. Dio la impresión de que pensó si debía disculparse. Contuvo el aliento. Vespasia no se dio cuenta y propuso:

—Gracie preparará el té mientras vemos las opciones que nos quedan.

Diez minutos después, sentados alrededor de la mesa de la cocina, Gracie incluida, mientras bebían té y comían finas rebanadas de pan con mantequilla, Charlotte preguntó:

—¿Qué posibilidades tenemos?

Vespasia también estaba sentada a la mesa de la cocina, como si fuera totalmente habitual estar allí con sus amistades, una criada y el jefe de la Brigada Especial.

—A media tarde el periódico de Denoon no hablará más que de Wetron el héroe —dijo Narraway, asqueado—. No tardarán en nombrarlo comisionado de la policía.

—Debemos suponer que es lo que siempre quiso —coincidió Vespasia—. Debo reconocer que hay pocas cosas que me encolericen tanto. Es un hombre ruin y

provocará daños irreparables a este país.

—Sigue siendo el jefe del Círculo Interior —intervino Pitt—. Y ahora ni siquiera está Voisey para vigilarlo. Me temo que, en mucho tiempo, nadie se atreverá a desafiarlo.

Gracie frunció el ceño.

—Es como todos nosotros, tiene que haber cometido algún fallo.

—Al parecer, ha pensado en todo —respondió Narraway, tras la sorpresa de que la criada interviniera libremente—. Las pruebas pueden atribuirse a Wetron con la misma facilidad con la que se han achacado a Voisey. Simbister ha quedado totalmente desacreditado y supongo que, dado que es inteligente, Wetron se ha asegurado de que esté lo bastante asustado para que Simbister no lo acuse. Tampoco es probable que haya pruebas. Sé que Voisey dijo que tenía una prueba, pero nadie la ha visto y, en el caso de que exista, Wetron ya la habrá destruido.

—La confesión de Piers Denoon no sirve. Sólo involucra a Simbister que, de todas maneras, ya está liquidado —argumentó Pitt—. Podemos detener a Piers, pero eso no implica a Wetron.

—¿Qué ha confesado Piers Denoon? —preguntó Gracie, desconcertada.

—Violó a una joven. Simbister le arrancó la confesión y la utilizó para chantajearlo a fin de que apoyase a los anarquistas y liquidara a Magnus Landsborough —sintetizó Pitt—. Wetron la tenía, pero no podemos demostrarlo. —Gracie frunció la nariz con disgusto—. Nosotros... nosotros la cogimos de la caja fuerte de Wetron pero no podemos reconocerlo.

—Eso da igual. Tiene que haber algo que le dé miedo o le haga daño —insistió Gracie—. En el caso del señor Voisey era su hermana. ¿El señor Wetron no tiene a nadie? —La irritación la llevó a soltar una exclamación—. ¡No podemos permitir que siga libre! ¡No es justo!

—Es indudable que ha acumulado mucho poder —comentó Vespasia con voz tranquila, y miró la figura menuda y tiesa de Gracie al otro lado de la mesa de la cocina—. Y la mayor parte de ese poder es secreto.

—¡Tiene que haber alguien a quien su poder le dé igual! —insistió Gracie—. Si es tan perverso, tiene que haber alguien a quien le haya hecho mucho daño. Sólo debemos encontrarlo.

En la mente de Pitt comenzó a formarse una idea, pero no le gustó. Serviría de muy poco y podría llevar mucho tiempo.

Charlotte no quitaba ojo a su marido.

—¿En qué piensas? —quiso saber—. ¿Qué se te ha ocurrido?

Pitt se pasó la mano por la frente. De pronto se sintió muy cansado. Tenía la sensación de que hacía semanas que no dormía por la noche. Todo aquello en lo que creía se desplomaba a su alrededor y la decencia no existía. Wetron personificaba ese hundimiento de los hombres buenos y la traición de los que confiaban en ellos.

—Creo que iré a decirle a los Landsborough que sabemos quién asesinó a su hijo

—afirmó y se puso lentamente de pie—. Tienen derecho a saberlo. No puedo detener al culpable hasta que sepa dónde está.

—Si lo dices, es posible que lord Landsborough avise a Enid Denoon —reconoció Vespasia a regañadientes y con la expresión demudada por una intensa piedad—. ¿O es eso lo que te propones?

Charlotte miró a su marido y a Vespasia.

—Tía Vespasia, no puedo permitir que siga suelto —reconoció Pitt. La sola idea le producía un profundo dolor—. Piers Denoon violó a una muchacha, ha proporcionado fondos a los anarquistas que colocaron una bomba en Myrdle Street, probablemente también colaboró con el atentado en Scarborough Street y, por encima de todo, asesinó a Magnus. Si lo detengo por esa muerte su padre sabrá cómo lo utilizó Wetron; es la única forma que tengo de atraparlo por fin.

—Comprendo —coincidió Vespasia—. A mí tampoco se me ocurre otra salida.

Pitt sintió una abrumadora tristeza que casi le impidió hablar.

—A menudo los primeros errores no son tan graves ni irreparables, siempre y cuando los pagues en su momento. Piers siguió equivocándose en su intento de librarse de pagar el primer error, hasta que se volvieron tan graves que fue imposible asumirlos. Lo siento.

Charlotte se inclinó y cogió de la mano a Vespasia. Fue un gesto íntimo totalmente espontáneo. De haberlo pensado, tal vez no se habría atrevido.

—Tienes razón. —Vespasia asintió casi imperceptiblemente—. He hecho ese comentario sin saber lo que decía. Puesto que, según Voisey, pensaba escapar del país por mar, ¿cómo te propones detenerlo?

—No hay pruebas de que esa afirmación sea cierta —puntualizó Pitt y se sintió incómodo al recordar lo fácilmente que la había creído—. Espero que el comportamiento de Denoon me diga si su hijo se ha ido o no. No lo sé con certeza, pero sospecho que Edward Denoon puso parte del dinero que Piers entregó a los verdaderos anarquistas, dinero que provino de sus propias fuentes o de las de Wetron. Es probable que Wetron permitiese que Grover se quedara con suficiente dinero de las extorsiones para financiar el atentado de Scarborough Street.

—Comprendo. ¿Te gustaría que Denoon estuviera en casa de lord Landsborough cuando le comuniqués la noticia? —Vespasia lo planteó como un ofrecimiento.

Pitt notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—Sí... por favor.

—He visto que el teléfono está en la entrada. Será mejor que lo use. —Pitt le ofreció la mano. Vespasia se incorporó sin ayuda y le dirigió una mirada fría, aunque en parte divertida—. ¡Thomas, estoy muy afectada, pero no me he quedado inválida!

Pitt se volvió hacia Gracie y dijo sinceramente:

—No sabes cuánto te lo agradezco. Es posible que, después de todo, Wetron tenga un punto vulnerable, por muy débil que sea.

Gracie se ruborizó encantada.

Pitt miró a Charlotte. No dijo nada ni dio explicaciones. Sus miradas se cruzaron durante un instante. Después siguió a Vespasia hasta la entrada.

El coche de Vespasia condujo a Pitt a casa de los Landsborough antes de llevarla a ella a la suya. Durante el corto trayecto no hablaron del tema y compartieron un agradable silencio. Pitt seguía pensando en Voisey tendido en el suelo del despacho, ya sin la ira y la codicia, el ingenio y el ansia que lo habían llenado de vida. No sabía en qué pensaba su tía, aunque supuso que en Sheridan Landsborough y en el sufrimiento que debía de padecer, así como en Enid y el dolor que no tardaría en experimentar.

No se le ocurrió pedirle a Vespasia que no les avisara. Semejante idea era impensable y sólo mencionarlo sería tan insultante que quizá podría perdonar, pero jamás olvidar.

—Gracias, tía Vespasia —murmuró cuando el coche se detuvo.

Aunque no respondió, la mujer sonrió ligeramente y con expresión de profunda compasión.

A Pitt le habría gustado decir o hacer algo, aunque sólo fuera un gesto, pero no supo cómo actuar, por lo que se limitó a despedirse, bajó y cerró la portezuela del coche.

El criado lo recibió sin sorprenderse y ni siquiera le preguntó el nombre. Sheridan y Cordelia lo esperaban en el gabinete y Edward y Enid Denoon se encontraban a su lado. Los cuatro estaban pálidos y tensos y, en cuanto oyeron sus pisadas en el vestíbulo, volvieron las caras hacia la puerta.

—Buenas tardes, señor Pitt. Me alegro de que acuda personalmente a informarnos.

—Supuse que querrían saberlo —respondió Pitt—. Tenemos pruebas suficientes para detener al hombre que mató a su hijo.

Landsborough se volvió hacia Cordelia, que dejó escapar un jadeo al tiempo que su expresión se llenaba de alivio.

—¡Muchas gracias! —exclamó y se le quebró la voz—. Ha sido... la espera ha sido muy dura.

Landsborough tenía dificultades para guardar la compostura.

—Pitt, le estoy profundamente agradecido. Es el fin de una pesada carga, sobre todo en medio de tantas noticias negativas. He leído en la prensa vespertina que *sir* Charles Voisey ha muerto.

Su rostro se tensó y la decepción de su mirada era muy intensa. Observó a Pitt, deseoso de encontrar alguna esperanza de que la propuesta saliera derrotada. Su hijo había muerto y las ideas liberales, tolerantes y cultas que tanto valoraba parecían a punto de hundirse a causa de la tiranía y la corrupción. No sabía cómo combatirla y, menos aún, cómo vencerla.



Quedaba pendiente un último y demoledor golpe que Pitt no podía evitar. Ni siquiera lo aplazaría por la presencia de Denoon. Wetron era un enemigo demasiado inteligente y letal.

—Así es —confirmó Pitt—. Por lo visto, su corrupción llegaba a unos límites que ni siquiera imaginábamos.

—Los periódicos no hablan de otra cosa —reconoció Landsborough con profundo desagrado—. El superintendente Wetron se ha convertido en un héroe.

—Es un buen hombre —intervino Denoon, tajante—. Tenemos una gran deuda con él. Actuó con gran valor y decisión. Admiro al hombre que defiende sus convicciones y se enfrenta personalmente a sus enemigos en lugar de enviar a sus subordinados. —Sonrió con tristeza—. Lo que hizo estuvo muy bien. Otros se habrían limitado a detener a Voisey, lo que habría sido negativo para todos; después se habría celebrado un complicado juicio durante el cual habrían salido a la luz muchos escándalos. Tal como actuó desenmascaró a Simbister y acabó con Voisey lo más rápida y limpiamente posible. Ya podemos empezar a recuperarnos, a olvidarnos de la corrupción y a poner fin a la anarquía.

Cordelia lo miró con expresión gélida.

—Edward, por muy grandes que fueran nuestras diferencias políticas con *sir* Charles, el señor Pitt ha venido a decirnos que está a punto de detener al hombre que asesinó a Magnus. Su misión no es alabar a Wetron por haber acabado con Voisey.

—Políticamente yo no estaba en desacuerdo con él —intervino Enid y clavó la mirada en Cordelia—. En lo personal me parecía un hombre temible, un ser cruel, codicioso y al que no le importaba el bienestar de la gente, pero en lo político estaba en lo cierto.

—¡Enid, ya está bien, no sabes lo que dices! —espetó Denoon—. ¡Se opuso al proyecto de armar a la policía! Ahora sabemos por qué lo rechazó. Era un corrupto y también corrompió a Simbister.

—Eso no lo justifica.

Denoon se puso furioso.

—Claro que sí. No podía permitir que la policía lo investigase porque estaba metido hasta el cuello. —Denoon se dirigió a Pitt—. ¿No es lo que ha venido a decirnos?

—¿Ha investigado usted la corrupción policial? —preguntó Landsborough a Pitt.

—Sí —contestó—. Y *sir* Charles Voisey no estaba implicado.

—Creo que es usted un incompetente —espetó Denoon—. Las pruebas del superintendente Wetron demuestran que Voisey estaba metido hasta las cejas... mejor dicho, que era el organizador. Si realizara bien su trabajo lo habría sabido y lo había demostrado sin necesidad de que Wetron tuviese que hacerlo.

Sheridan Landsborough se quedó de piedra.

—Edward, el señor Pitt es un invitado —precisó gélidamente—. Y como tal lo tratarás con cortesía y, si te resulta imposible, al menos con urbanidad. Ha venido a

decir que se dispone a detener al hombre que asesinó a mi hijo. Haz el favor de respetar al menos los sentimientos de mi esposa y los míos, ya que por lo visto te resulta imposible respetar que en esta casa también eres un invitado, por mucho que formes parte de la familia.

Pronunció la última palabra con tanta ironía y desesperación que Pitt tuvo la súbita y abrumadora certeza de que Landsborough conocía la verdad acerca del origen de Magnus.

Denoon vio la expresión de Pitt y se ruborizó. Su mirada transmitió cólera y también temor.

Cordelia observó furibunda a su marido, pero permaneció en silencio.

Enid continuó con la cabeza en alto y miró a Pitt directamente a los ojos, al tiempo que decía con claridad:

—Le pido disculpas por los malos modales de mi marido. Me gustaría encontrar una excusa razonable, pero no la tengo. A pesar de nuestra falta de cortesía, ¿tendría la amabilidad de contarnos lo que ha averiguado? Creo que a Sheridan le gustaría saberlo. Quería mucho a Magnus e hizo cuanto pudo por apartarlo del camino de la anarquía.

La compasión de Enid le resultó casi insoportable. Pensó fugazmente si existía la menor posibilidad de ahorrarle la detención de su hijo y, casi con toda seguridad, su juicio y condena a muerte.

—¿Qué es lo que sabe? —Fue Cordelia la que rompió el silencio.

Pitt no podía hacer nada más. No era la primera vez que detestaba haber pillado a alguien, aunque a otros los había comprendido mucho mejor que a Piers Denoon.

—Fue un anarquista. No sé si podré detenerlo, pero haré cuanto esté en mis manos. Lo lamento profundamente. Ojalá pudiera decir que el culpable es Voisey y acabar con esta historia, pero es imposible.

—¿Por qué preferiría que fuese así? —preguntó Cordelia en tono tajante—. ¡Todos queremos saber quién fue! Deténgalo de una vez. No pierda más tiempo. Avísenos cuando lo haya hecho.

Pitt sintió un chispazo de cólera ante semejante brusquedad, pero pudo reprimirlo.

—Lo lamento porque fue alguien a quien Magnus conocía y en quien confiaba. Hasta es posible que se preocupase por él. No pienso dar a conocer su identidad hasta detenerlo porque, si hablara, podría causar sufrimientos innecesarios y hacer una acusación que no estoy en condiciones de demostrar. De todos modos, estoy convencido de que mañana a esta hora ya lo sabré. Buenos días.

Landsborough lo acompañó hasta la puerta y se detuvo poco antes de llegar.

—Pitt, ¿ha dicho la verdad? ¿Sabe quién fue? —preguntó en tono apremiante.

—Al parecer sólo existe una respuesta.

—Pero necesitaba algo de nosotros; por eso ha venido.

—¿Siguió a Magnus e intentó hacerlo cambiar de parecer? —Pitt lo planteó como una pregunta, a pesar de que ya sabía la respuesta.

Landsborough se tensó y su rostro reflejó desolación y una asfixiante sensación de fracaso.

—Sí.

Pitt era muy consciente de la brutalidad de la situación, como si cortase a un hombre por la mitad cuando todavía estaba con vida, pero supo que disculparse sólo empeoraría las cosas.

—¿Vio a dos hombres, uno pelirrojo con la piel clara y el otro delgado y con el pelo oscuro y rizado?

—Claro. —Landsborough no entendía nada.

—Aseguraron que eran amigos de Magnus. ¿Es verdad?

—Sí. Los vi varias veces con Magnus. Parecían... parecían muy próximos. ¿Viene a cuento?

—Sí. Quiero usarlos para atrapar al hombre que mató a Magnus. —Pitt se sintió culpable de no poder advertir a Landsborough del desgarrador dolor que lo aguardaba, pero estaba tan unido a su hermana que, aunque no se lo propusiera, acabaría revelándole la verdad. Hasta era posible que lo hiciese intencionadamente, para ahorrarle una parte de dolor. Pitt tuvo la certeza de que Landsborough lo haría; era su manera de ser—. Muchas gracias. Me pareció que los chicos decían la verdad porque, si hubieran estado implicados, habrían mentido.

Landsborough frunció el ceño y precisó:

—Ha dicho que fue alguien en quien Magnus confiaba.

—Exactamente, pero fueron ellos. Sabemos dónde estaban cuando ocurrieron los hechos. Se lo agradezco, lord Landsborough. Debo irme y terminar mi trabajo.

Era absurdo desearle un buen día, por lo que Pitt esbozó una ligera sonrisa y salió.

Se dirigió directamente hacia la cárcel en la que permanecían Welling y Carmody. Pidió al carcelero que los reuniese en la misma celda y entró.

Los detenidos lo miraron sorprendidos. El cambio los había desconcertado y tenían miedo de lo que podía significar. Era lo que Pitt se había propuesto, pero sólo en parte. Había elaborado un plan para tender una trampa a Denoon y esperaba obligarlo a declarar contra Wetron a fin de salvarse. En el peor de los casos se traicionaría a sí mismo y proporcionaría a Pitt una cuña que encajar en algún resquicio y, de esa forma, iniciar la destrucción de Wetron.

Welling y Carmody lo observaban expectantes.

—Quiero que transmitan un mensaje a Piers Denoon —declaró sin dilaciones.

La mueca de Welling fue de burla.

—¿A qué se refiere? ¿Quiere que le enviemos una carta por correo? —preguntó con sarcasmo—. Envíela usted mismo.

—Quiero decir que salgan a buscarlo —contestó Pitt.

—Sí, claro. ¿También espera que regrese obedientemente a la cárcel para que me

meta entre rejas el resto de mi vida? —Su expresión decía que le gustaría mandar al infierno a Pitt, pero no se atrevía; no fuese a revocar los pocos privilegios que le había concedido o incluso dejara de cumplir su promesa de no acusarlo de la muerte de Magnus.

—Si permanece callado y me deja hacerle mi ofrecimiento, tal vez compruebe que es mucho mejor que lo que acaba de decir —añadió Pitt fríamente.

—Calla —espetó Carmody a Welling—. Señor Pitt, lo escuchamos.

Pitt agradeció esa respuesta con una rígida sonrisa.

—Quiero que uno de los dos salga, busque a Piers Denoon y lo convenza de que vuelva a su casa. Me da igual cómo lo haga. Lo que importa es que funcione. Asesinó a Magnus y no permitiré que salga indemne. —Detectó emoción en sus rostros, así como cólera y pesar—. Por si eso no es suficiente, también contribuyó a financiar la dinamita con la que volaron las casas de Scarborough Street, atentado en el que murieron siete personas y muchas más resultaron heridas y del que la gente culpa a los anarquistas.

—¿Y por qué mató a Magnus? —preguntó Welling, lleno de dudas—. ¡Eran primos, familiares!

—Porque lo chantajearon. —Pitt respondió con la verdad—. Es posible que no quisiera tener nada que ver con los anarquistas, pero no le quedó otra alternativa. Hace tres años cometió una violación. He visto su confesión y las declaraciones que la corroboran. La policía las guardó y las usó para obligarlo a hacer lo que le vino en gana. —Carmody insultó a la policía, con el rostro demudado de repulsión y odio—. No hay que olvidar que disparó a Magnus en lugar de hacer frente al castigo que le correspondía —puntualizó Pitt.

—Parece una traición —comentó Carmody y se mordió el labio.

—¿Por parte de quién? —quiso saber Pitt—. ¿De Piers o de Magnus?

—¿Y si el que sale no vuelve? —preguntó Welling.

—No espero que vuelva —respondió Pitt y esbozó una ligera sonrisa—. Si el que se va hace lo acordado, el otro también saldrá en libertad. En caso contrario, se quedará aquí y tendrá que hacer frente a las acusaciones del atentado de Myrdle Street. Si tenemos en cuenta a las víctimas de Scarborough Street, no creo que en este momento los jurados estén bien dispuestos hacia los terroristas. —Añadió ese comentario porque no podía permitirse el lujo de perder ni decirles qué ganarían o perderían según la decisión que tomaran.

—Iré yo —declaró Welling con arrojo.

Pitt lo miró y luego se concentró en Carmody.

—No —dijo tajantemente—. Irá Carmody y lo hará de inmediato. Si falla, Welling pagará los platos rotos y les garantizo que me ocuparé de que Kydd se entere. —Welling levantó la cabeza con un movimiento brusco y lo miró con atención. Pitt sonrió—. ¿No sabía que conozco a Kydd? —Welling exhaló aire sin hacer ruido. Pitt se dirigió a Carmody—. ¿Lo hará?

Carmody se incorporó.

—Sí... señor. Sí, ahora mismo.

Fue una espera larga y penosa y la vigilancia de la casa resultó casi insoportable, no sólo por el tiempo que llevó y por la posibilidad de que Carmody fracasara, sino porque ni siquiera intentó escapar. Pitt había amenazado con acusar a Welling si Carmody intentaba huir, pero en realidad no deseaba hacerlo. Castigar a un hombre por la debilidad o la cobardía de otro le parecía una injusticia. Pero todavía peor era la certeza de lo que supondría el éxito: la detención de Piers Denoon en su propia casa, en presencia de su padre. Era la única forma de poner a Edward Denoon en contra de Wetron. Pitt no estaba preocupado por los sentimientos del director del periódico; no se enorgullecía del placer que sabía que experimentaría al herir a un hombre tan arrogante, capaz incluso de arrebatar a Wetron la dirección del Círculo Interior si no se le ponía freno. Lo lamentaba por Enid y por Landsborough. Pensaba en ello mientras permanecía rígido y aterido en los escalones de la entrada de la casa de enfrente, con Tellman a su lado. Éste no estaba de servicio, pero Pitt necesitaba un agente de policía para proceder a la detención. Además, Tellman merecía estar allí.

Narraway también montaba guardia y en ese momento esperaba cerca de allí.

Eran poco más de las seis. La mañana era clara y desde el río soplaba una ligera brisa; de repente, sobresaltado, Pitt notó que Tellman le daba un codazo.

—¡Es él! —susurró cuando un repartidor con una bolsa colgada del brazo bajó rápidamente los escalones que conducían hacia la cocina de casa de los Denoon y, en lugar de llamar, entró.

Pitt subió la escalinata y advirtió a Narraway y a un agente que estaba de guardia. Tellman y él cruzaron rápidamente la calle y llamaron a la puerta principal de casa de los Denoon.

Abrió una criada con el delantal puesto y las manos manchadas de ceniza, ya que acababa de limpiar la chimenea del gabinete.

—Buenos días, señor —musitó dudosa.

—Policía —informó Tellman y pasó a su lado.

—Será mejor que despierte al señor —aconsejó Pitt.

Tellman ya se dirigía hacia la cocina. Pitt lo siguió; se cruzó con un perplejo limpiabotas, que no parecía del todo despierto, y con una mujer que acarreaba un cubo de carbón.

Encontraron a Piers en la cocina, mientras se servía una taza de té de la tetera que seguramente se preparaba el personal.

—No se moleste en salir por la puerta de servicio —advirtió Pitt con voz baja—. Alguien espera del otro lado.

Piers se quedó de piedra. La taza escapó de sus dedos y rebotó en la mesa de la cocina. A esa distancia su cara se veía demacrada, tenía las mejillas oscurecidas por

la barba de un par de días y la mirada vacía y atormentada. El terror se mezcló con una especie de alivio extraño y desesperado, como si por fin la persecución hubiera terminado y se resignase a lo peor.

—Piers Denoon, queda detenido por el asesinato de Magnus Landsborough —declaró Tellman con severidad—. Señor, será mejor que no oponga resistencia, hágalo por su familia.

Piers se quedó quieto, como si fuera incapaz de moverse. Tellman no sabía si colocarle o no las esposas.

—Señor Denoon, diríjase al otro lado de la casa —aconsejó Pitt—. No es necesario hacer todo esto en presencia de los criados.

Como si fuera un viejo, Denoon echó a andar por el pasillo y se dirigió al otro extremo de la casa con Tellman detrás de él.

Franquearon casi juntos la puerta forrada de felpa verde y vieron a Enid Denoon, inmóvil al pie de la escalera. Iba en camisón y se cubría con una bata. Tenía el pelo suelto y exuberante a pesar de las ojeras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Pitt, que tenía la desagradable sensación de que tal vez lo había deducido.

—Lo siento mucho, señora Denoon —dijo desde el fondo del corazón.

Habría dado cualquier cosa porque la situación fuera distinta. Le habría dolido bastante menos tener que comunicárselo a Edward Denoon, pero estaba demasiado pendiente de sí mismo y de su ambición para ocuparse personalmente de esas cuestiones. Probablemente su esposa lo sabía. Denoon era un hombre que utilizaba a los demás, como había hecho Wetron, siempre que podía.

Piers miró a su madre, pero no buscaba ayuda. Sabía que nadie podía hacer nada por él.

—No pude afrontarlo y pensé que lograría salirme con la mía —explicó llanamente. Enid miró a Pitt.

La mujer merecía una explicación, por lo que resumió los hechos con toda la sencillez de que fue capaz:

—Hace tres años cometió un delito. La policía guardó su confesión y las declaraciones de los testigos, y las utilizó para chantajearlo a fin de que ayudase a los anarquistas y les consiguiera dinero. Con los atentados pretendían generar suficiente inseguridad pública para que la inmensa mayoría de los ciudadanos se mostraran dispuestos a armar a la policía y concederle más poderes.

Enid estaba muy pálida; Pitt sabía qué oiría a continuación.

—¿Lo sabía Magnus?

—Lo desconozco —reconoció Pitt—. Magnus murió para acentuar el malestar del público y lograr que la prensa se hiciese eco del tema de los anarquistas. No habría tenido tanta importancia si se hubiera tratado de un hombre corriente, de alguien cuya familia no fuera relevante.

—¿Ha dicho la policía? —repitió Enid—. ¿A quiénes se refiere? ¿A Simbister o

al que acaba de matar a Voisey? No, no es necesario que responda a mi pregunta. Debe de ser Wetron, de lo contrario no le importaría tanto. Veo que le preocupa. Noto su cólera. —Miró a su hijo—. Avisaré a tu padre. No creo que pueda ayudarte, pero estoy segura de que lo intentará. Haré cuanto esté en mis manos. —Volvió a mirar a Pitt—. Por favor, ya conoce la salida. Tengo obligaciones que cumplir. Comprendo que ha venido a hacer lo que debía... pero ahora soy yo la que debe hacer lo que corresponde.

Enid Denoon se volvió, subió lentamente la escalera y se aferró a la barandilla como si fuera lo único que la mantenía en pie.

Pitt siguió a Tellman y a Piers Denoon hasta la calle, donde aguardaba Narraway. También había un coche. Tellman esposó a Piers Denoon, por si movido por el pánico intentaba huir o incluso decidía arrojarse del coche una vez que se pusiese en marcha. Narraway montó con ellos en el vehículo.

—Bien hecho, Pitt —declaró sin alegría—. Lo siento, tendrá que coger otro coche.

—Sí, señor —respondió Pitt—. Pero antes iré a ver a *lady* Vespasia. Me parece que la señora Denoon necesita todo el consuelo que puedan proporcionarle.

—¡Todavía no han dado las siete! —exclamó Narraway.

Pitt estaba decidido a ir; su angustia exigía que alguien reconfortara a Enid, aunque no fueran las ocho o las nueve de la mañana.

—Lo sé. Si tengo que esperar lo haré.

No se quedó para oír la respuesta de Narraway. Se dio la vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia el cruce más próximo, con la esperanza de que pasara un coche. Si no lo había andaría. La distancia no superaba los dos kilómetros y medio.

Cuando avistó un coche estaba a diez minutos de su destino, por lo que no lo cogió.

Como era lógico, Vespasia todavía no se había levantado, pero la criada abrió la puerta y lo invitó a esperar en el salón mientras la llamaba.

—Por favor, dígle que la señora Denoon necesita su consuelo lo antes posible.

—De acuerdo, señor. ¿Le parece bien que pida a la criada que le sirva té con tostadas?

—Sí, por favor, se lo agradezco.

De pronto Pitt se dio cuenta de que estaba aterido, vacío y tenso. Había averiguado la verdad, pero Piers Denoon sólo era un peón. Wetron seguía libre y todavía era el ganador. Pensar que Edward Denoon pudiera frenarlo era poco probable. Había muchas más probabilidades de que Wetron comprase su silencio prometiéndole algún tipo de perdón o una escapatoria para Piers. Denoon era suficientemente corrupto para aceptar. Tal vez Wetron hallaría la manera de culpar a un inocente, al menos de ese delito concreto... ¡por ejemplo, a Simbister!

Le sirvieron té con tostadas y comió con apetito. Estaba a punto de terminar cuando llegó Vespasia. Aunque apenas habían transcurrido veinte minutos, su tía se

había vestido con ropa de calle y evidentemente estaba preparada para marcharse.

—Thomas, ¿qué ha sucedido? —preguntó, con la voz llena de temor como si ya lo supiese, pese a que era imposible.

Pitt se puso instantáneamente de pie.

—Acabo de detener a Piers Denoon por el asesinato de Magnus Landsborough. Wetron lo chantajeó para conseguir que lo cometiese, pero eso no cambia lo ocurrido. Lamentablemente, no puedo demostrar que fue Wetron. Fue Simbister el que inició esta historia y es su nombre el que aparece en la prensa.

Vespasia se puso espantosamente pálida.

—¿Enid lo sabe?

La tensión que Pitt sentía lo apretaba como un puño.

—Pensaba hablar primero con Denoon. Pedí a la criada que le avisara, pero despertó a Enid.

—Me temo que le tiene miedo a Denoon —comentó Vespasia y se dirigió hacia la puerta—. Mi coche espera. —Su voz sonaba embargada por las emociones—. Piers es su único hijo. Deprisa, Thomas, quizá sea demasiado tarde.

Pitt no preguntó para qué podía ser demasiado tarde, pero siguió a su tía, temeroso de que Enid Denoon se hubiera quitado la vida ante la imposibilidad de soportar el oprobio y el dolor. Debería haberse asegurado de que su marido la cuidaría o, al menos, que tendría la compañía de un sirviente fuerte y capaz, el mayordomo o una criada con muchos años a su servicio. Se había comportado como un estúpido y maldijo su torpeza. Había estado tan concentrado en su desprecio por Wetron que no se paró a ver cómo afrontaba Enid Denoon la sorpresa inicial.

Vespasia no dio al cochero las señas de Enid, sino las de Wetron, y subió sin esperar a que Pitt la ayudase.

—¿A casa de Wetron? —preguntó Pitt sorprendido.

—¡Rápido, rápido! —se limitó a exclamar Vespasia.

El cochero obedeció y azuzó a los caballos. A esa hora temprana, en las calles casi desiertas apenas había movimiento, salvo el de los repartidores a domicilio, por lo que se desplazaron por las plazas y las avenidas como si no hubiese nadie más con vida.

Sostener una conversación era imposible y Pitt lo agradeció. Las ideas se agolpaban en su mente, pero eran inteligibles. Pararon y Pitt abrió la portezuela, se volvió para ayudar a Vespasia a apearse y ésta se movió tan rápido que estuvieron a punto de chocar. El coche de Enid aguardaba al otro lado.

Corrieron juntos por la acera y subieron los escalones. Era la segunda vez en la misma mañana que Pitt aporreaba una puerta y un sobresaltado criado la abría.

Pasaron a su lado en el preciso momento en el que sonó un disparo. Vespasia lanzó un grito y se volvió hacia el gabinete en el mismo instante en el que Wetron asomaba por la puerta. Estaba pálido, tenía el pelo revuelto y llevaba en la mano una pequeña pistola.



—¡Está loca! —jadeó y, fuera de sí, miró a Vespasia y a continuación a Pitt—. ¡Me ha atacado como... como una... como una loca! No he podido hacer otra cosa. Es... —Miró el arma que aferraba, como si se sorprendiera de verla en su mano—. Es suya. ¡Ha estado a punto de dispararme! Han detenido a su hijo. Se ha... está trastornada... pobrecilla.

Vespasia lo apartó como si se tratara de un criado que se interponía, entró en el gabinete y dejó la puerta abierta de par en par.

Incluso desde donde estaba Pitt vio a Enid en el suelo, boca arriba; la sangre manaba de una herida en la parte inferior de su pecho.

Vespasia se agachó a su lado y la acunó sin tener en cuenta que se estaba manchando de sangre.

Pitt cogió el arma de la mano de Wetron. Era una pistola de mujer, sorprendentemente pequeña.

Enid aún respiraba débilmente.

—¡Se ha vuelto loca! —insistió Wetron con voz aguda y frágil—. ¡No he tenido otra alternativa!

Vespasia lo miró desde donde se encontraba, arrodillada en el suelo y con un brazo alrededor de los hombros de Enid.

—¡Es mentira! —exclamó con salvaje y sentido triunfalismo—. ¡La bala está en la alfombra, debajo de su cuerpo! —gritó roncamente—. Enid ya estaba en el suelo cuando le disparó. Cuando la golpeó, se cayó y soltó la pistola. Usted la cogió y disparó a sangre fría. El forense lo demostrará. Señor Wetron, ha cometido un error imperdonable. Destruyó a su sobrino y a su hijo, pero Enid ha acabado con usted. Éste es el final del proyecto de armar a la policía y creo que, afortunadamente, también es el fin del Círculo Interior. Voisey ha muerto y Denoon está arruinado. —Miró a Enid y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Espero que sepas lo que has conseguido —musitó y la depositó en el suelo—. Thomas, será mejor que avises por teléfono para que alguien venga a buscar a este desgraciado. Seguramente hay quienes se ocupan de estas cosas. A continuación comunicaré a lord Landsborough lo que hemos perdido y lo que hemos ganado.

Pitt recordó que, entre todas las cosas que guardaba en los bolsillos, tenía un juego de esposas. Las buscó, sujetó a Wetron a una de las patas de la magnífica pantalla de bronce de la chimenea y lo obligó a sentarse en el suelo, a un metro del cadáver de Enid.

—Sí, tienes razón —reconoció—. Lo... lo lamento.

Vespasia lo miró y fingió no ver las lágrimas de Pitt.

—No sufras, querido. Es lo que Enid eligió y estoy convencida de que no había otra salida.

—Gracias, tía Vespasia —dijo Pitt, se tragó las lágrimas y se dispuso a obedecer.



ANNE PERRY (de nombre auténtico Juliet Marion Hulme). Nació el 28 de octubre de 1938 en Blackheath, Londres (Inglaterra), pero pasó gran parte de su niñez y adolescencia en Nueva Zelanda leyendo libros de autores como Lewis Carroll, Arthur Conan Doyle o Agatha Christie.

Su escolarización fue interrumpida en varias ocasiones por los frecuentes cambios de domicilio y sucesivas enfermedades, que le ayudaron a dedicarse a la lectura apasionadamente. Su padre trabajó como astrónomo, matemático y físico nuclear. Él fue quien la animó a dedicarse a la escritura. Tardó veinte años en publicar su primer libro. Durante todo este tiempo tuvo diferentes trabajos para poder vivir y dedicarse a lo que realmente era su pasión: escribir.

Anne fue protagonista de un escandaloso episodio en su juventud que fue objeto principal, con el protagonismo de Kate Winslet, de la película dirigida por Peter Jackson *Criaturas celestiales* (1994). Por aquella época, y todavía con el nombre de Juliet, Anne entabló una estrecha relación con Pauline Parker que terminó en el año 1954 con el asesinato de la madre de Pauline por parte de ambas.

Tras cumplir una pena de prisión de cinco años, Juliet, convertida en Anne Perry y condenada a no ver nunca más a Pauline (con quien se carteó a menudo), se marchó primero a los Estados Unidos y más tarde a Inglaterra, lugares en los que trabajó como comercial y azafata.

A finales de los años 70 dio inicio a su carrera como escritora, consiguiendo el éxito con su primera novela, *Los Crímenes de Carter Street* (*The Carter Street Hangman*)

(1979), título protagonizado por el policía Thomas Pitt y su esposa Charlotte, personajes, junto a la serie del inspector William Monk y su compañera Hester, que le concedieron fama internacional.

Sus libros, algunos de ellos dignos sucesores de la gran maestra del relato policiaco Agatha Christie, están narrados con un estilo sencillo y ligero que hace muy agradable su lectura. Anne Perry se ha consagrado como consumada especialista en la recreación de los claroscuros, contrastes y ambigüedades de la rígida sociedad victoriana.

Otros títulos de su bibliografía son *Los cadáveres de Callander Square* (*Callander Square*) (1980), *La secta de Paragon Walk* (*Paragon Walk*) (1981), *El callejón de los resucitados* (*Resurrection row*) (1981), *Los robos de Rutland Place* (*Rutland Place*) (1983), *El ahogado del Támesis* (*Bluegate Fields*) (1984), *Silencio en Hanover Close* (*Silence in Hanover Close*) (1988), *El rostro de un extraño* (*The face of a stranger*) (1990), novela en la que aparece en escena por primera vez el detective William Monk, *Luto riguroso* (*A Dangerous Mourning*) (1991), *Defensa o traición* (*Defend and betray*) (1992), *Una duda razonable* (*A sudden fearful death*) (1993), *El degollador de Hyde Park* (*The Hyde Park Headsman*) (1994), *La prostituta de Pentecost Alley* (*Pentecost Alley*) (1996), *Sepulcros blanqueados* (*A breach of promise*) (1997), *La conspiración de Ashworth Hall* (*Ashworth Hall*) (1997), *El misterio de Brunswick Gardens* (*Brunswick Gardens*) (1998), *Las raíces del mal* (*The twisted root*) (1999), *La amenaza de Bedford Square* (*Bedford Square*) (1999), *Los escándalos de Half Moon Street* (*Half Moon Street*) (2000) o *Marea incierta* (*The shifting tide*) (2004).

Algunos de sus últimos libros publicados en español son *Asesino en la oscuridad* (*Dark assassin*), intriga criminal con el inspector Monk investigando la muerte de una pareja de amantes, y *No dormiremos*, novela ambientada en la Primera Guerra Mundial. En *El brillo de la seda* (2010) ambientaba su historia en la Constantinopla del siglo XIII para narrar las aventuras de Anna Zarides, una mujer disfrazada de eunuco.

Volvió con el inspector Monk en *Un mar oscuro* (2012), intriga con una conspiración criminal en torno al negocio del opio.

Anne reside en una localidad del noreste de Escocia llamada Portmahomack.

## Bibliografía de la serie Thomas Pitt

- 01 *Los crímenes de Cater Street* (1979).
- 02 *Los cadáveres de Callander Square* (1980).
- 03 *La secta de Paragon Walk* (1981).
- 04 *El callejón de los resucitados* (1981).
- 05 *Los robos de Rutland Place* (1983).
- 06 *El ahogado del Támesis* (1984).
- 07 *Venganza en Devil's Acre* (1985).
- 08 *Envenenado en Cardington Crescent* (1987).
- 09 *Silencio en Hanover Close* (1988).
- 10 *Los asesinatos de Bethlehem Road* (1990).
- 11 *Incendios en Highgate Rise* (1991).
- 12 *Chantaje en Belgrave Square* (1992).
- 13 *El caso de Farrier's Lane* (1993).
- 14 *El degollador de Hyde Park* (1994).
- 15 *El cadáver de Traitors Gate* (1995).
- 16 *La prostituta de Pentecost Alley* (1996).
- 17 *La conspiración de Ashworth Hall* (1997).
- 18 *El misterio de Brunswick Gardens* (1998).
- 19 *La amenaza de Bedford Square* (1999).
- 20 *Los escándalos de Half moon Street* (2000).
- 21 *El complot de Whitechapel* (2001).
- 22 *La médium de Southampton Row* (2002).
- 23 *Los secretos de Connaught Square* (2003).
- 24 *Los anarquistas de Long Spoon Lane* (2005).
- 25 *Un crimen en Buckingham Palace* (2008).
- 26 *Traición en Lisson Grove* (2011).
- 27 *Conjura en Dorchester Terrace* (2012).
- 28 *Medianoche en Marble Arch* (2013).
- 29 *Muerte en Blackheath* (2014).
- 30 *The Angel Court Affair* (2015).

## Notas

[1] Literalmente «Dineros». (*Nota de la Traductora*). <<

[\*] Bolso exterior de origen francés con un cordón para su cierre. En sus orígenes fueron muy simples estando sujetos al talle por largas asas de cintas; con el paso de los años se sofisticaron con adornos o bordados y pasaron a ser un complemento de mano imprescindible. *(Nota de la Edición Digital)*. <<

[\*] En la segunda mitad del siglo XIX, la estructura jerárquica de la policía metropolitana de Londres estaba encabezada por el Comisionado (*Commissioner*) a cuyas órdenes servía el Subcomisionado (*Assistant Commissioner*). A éste le seguía el Superintendente de Zona (*Divisional Superintendent*), el Superintendente (*Superintendent*), el Inspector Jefe (*Chief Inspector*), el Inspector (*Inspector*), el Sargento (*Sergeant*) y el Agente (*Police Constable*). (N. de la E. D.). <<